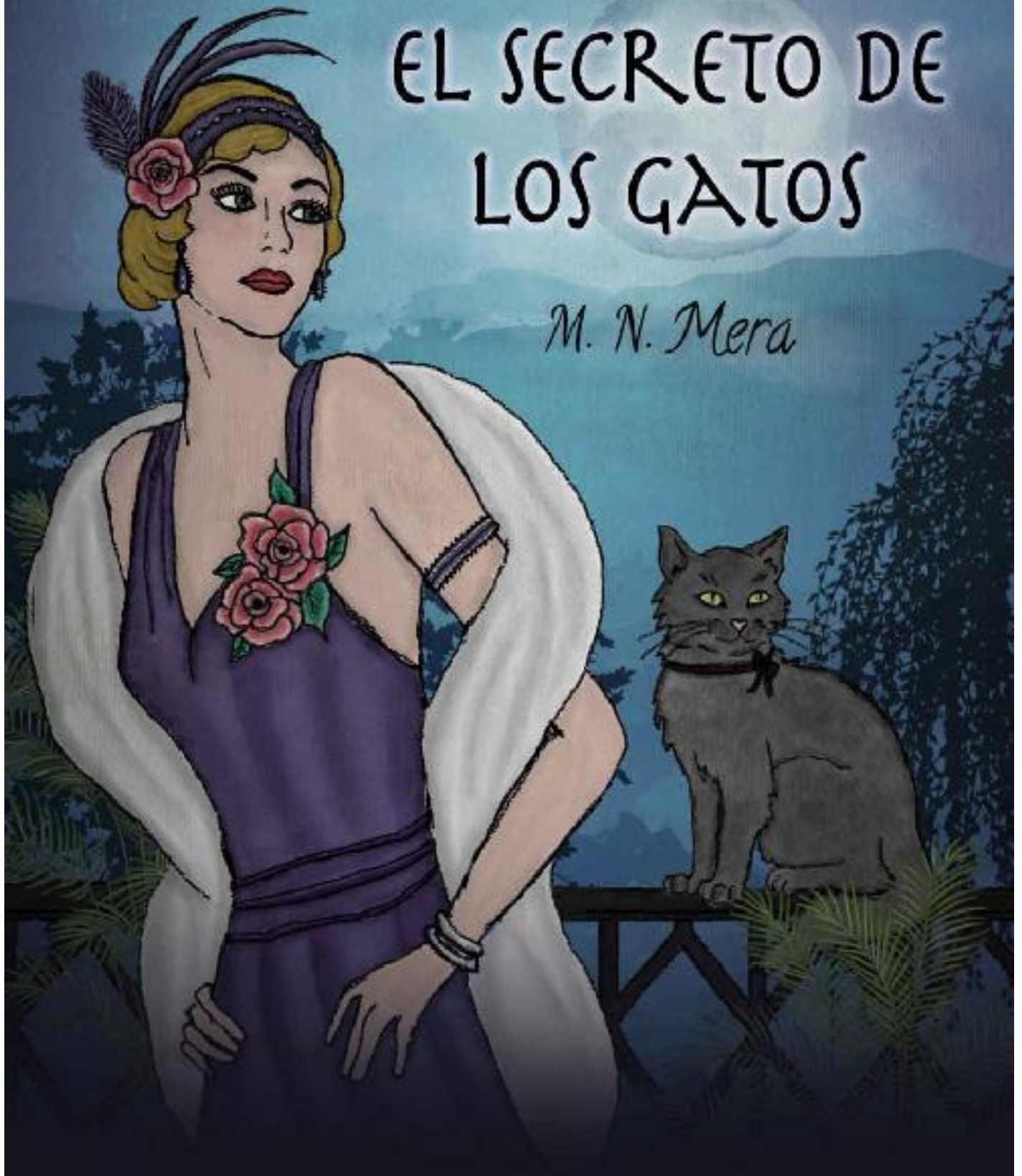


# Ojos de gata III

## EL SECRETO DE LOS GATOS

*M. N. Mera*



OJOS DE GATA III

El secreto de los gatos

M.N.Mera

**Título: Ojos de gata III. El secreto de los gatos**

**© 2016, Torrelodones Madrid**

**©De los textos: María N. Mera**

**Ilustración y diseño de portada: Begoña Núñez-Mera**

**Todos los derechos reservados**

**Twitter: @Mery\_Mera**

**Facebook: María N. Mera Escritora**

**Fran o Francesca**

**E-mail: [mnunezmera@gmail.com](mailto:mnunezmera@gmail.com)**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copy right. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## Letra de One Republic “Secrets”

I need another story

Something to get off my chest

My life gets kinda boring

Need something that I can confess

Tell me what you want to hear.

Something that will light those ears.

Sick of all the insincere.

So I'm gonna give all my secrets away.

This time don't need another perfect lie.

Don't care if critics ever jump in line.

I'm gonna give all my secrets away

## INDICE

- Prólogo. Émile.
- 1. Émile. En peligro.
- 2. Hans. De vuelta.
- 3. Eugène. Los encantos de Claude
- 4. Émile. Los dos teníamos razón.
- 5. Álvaro. Muchas cosas en que pensar.
- 6. Eugène. Cosechando más que lavanda.
- 7. Carla. Torbellino.
- 8. Émile. ¡Maldita seas, Irina!
- 9. Antonie. Iván o Edmund.
- 10. Helena. Otra visita no conveniente.
- 11. Val. El secreto de los gatos.
- 12. Émile. La tienda de perfumes.
- 13. Helena. La fiesta de cumpleaños.
- 14. Antonie. Sangre de mi sangre.
- 15. Helena. Los disparos.
- 16. Hans. Las mujeres de mi vida.
- 17. Émile. Los peligros de formar parte de la resistencia.
- 18. Eugène. Confesiones a medianoche.
- 19. Roberto. Recordando.
- 20. Epílogo.

AGRADECIMIENTOS  
MIS OTRAS NOVELAS

## **Personajes**

### **Familia Chatte**

Émile: padre

Irina: madre

Hijo mayor: Edmund

Hijo mediano: Claude

Hijo pequeño: Eugéne

### **Futura Familia Chatte del Valle**

Carla: madre

Eugéne: padre

Valentina: hija

### **Familia Claros Wolf**

Marion: madre

Miguel: padre

Hans: hijo y novio de Valentina

Anna: hija pequeña

## **Otros personajes**

Álvaro Casanova

Cristina Casanova, hermana de Álvaro  
Antonie, abuela de Hans Claros y madre de  
Marion Wolf

François, sirviente de la familia Chatte

Óscar (amigo de Hans y novio de la prima de Val,  
Ale)

Profesor Miró



## **-Prólogo. Émile.**

Me desperté bruscamente. Mi hijo Edmund acababa de hablarme a través de la mente, había sido como un susurro en el oído. Me alegraba tanto de que me hubiera despertado para contarme aquellas magníficas noticias..., noticias que, tengo que confesar, jamás pensé que llegarían. Por fin había encontrado a su mujer. Sabía que llevaba media vida buscándola, en las últimas décadas sin apenas esperanzas de encontrarla, pero jamás se había rendido, la perseverancia era quizá un rasgo de la familia Chatte. No es fácil olvidar a la mujer de tu vida, yo lo sabía mejor que nadie, aunque yo había tenido mucha suerte. Tan solo la perdí durante unos años y, cuando la recuperé, nunca más la dejé escapar de mi lado.

En esos momentos la mujer de mi vida dormía. Irina siempre me parecería un ángel cuando dormía, ya que cuando despertaba podía ser un poco demonio, siempre lo había sido. Daba igual que fuéramos mayores, yo me sentía muy joven y ella seguiría siendo mi bella Irina. Se revolvió en sueños. No sabía si contarle las novedades o que las descubriera por sí misma, no le iban a gustar nada en absoluto. Su hijo Edmund enamorado de una mujer-perro y su recién descubierta nieta, Valentina, enamorada del nieto de esa mujer, otro perro. Quizá fuera mejor que la preparara para la que se avecinaba.

La acaricié y la besé en el cuello. Emitió un dulce sonido que significaba que había notado mi deseo.

—Émile, ¡eres incorregible! —exclamó riéndose.

—Lo sé, pero estás tan guapa, Irina.

—Ojalá pudieras llamarme siempre Irina.

—Lo sé, pero decidimos cambiar de nombre para no levantar sospechas.

—Llámame Irina de nuevo —susurró dándose la vuelta y abrazándose.

—Irina, Irina, mi dulce e indomable Irina. Deberíamos insonorizar las habitaciones. Ahora estamos cuidando de unas niñas pequeñas.

—Ah, no son tan pequeñas. Anna debe tener quince años y Cristina trece; además, esas niñas saben más que tú y que yo cuando teníamos veinte años.

—Perdona, pero no estoy de acuerdo, tú sabías demasiado con diecisiete años, me sedujiste.

—¿Qué? Menudo mentiroso, yo no hice semejante cosa. Además, tú y yo no hicimos nada hasta años después.

—Pero no esperaste a que nos casáramos, eras un poco indecente.

—¡El indecente fuiste tú! ¿Quién me desnudó esa noche?

—Tú te dejaste desnudar y ahora te vas a dejar desnudar otra vez —dije besándola otra vez en el cuello.

Se rio. Daba igual que hubiera pasado una eternidad desde la primera noche que hicimos el amor, a mí me seguía pareciendo como si hubiese sido ayer.

—¿Cuándo vuelven?

—Ahora no me distraigas..., tengo algo importante que hacer —dije intentando quitarle el camisón.

—Dime cuándo vuelven y luego te dejo que me quites el camisón.

—Está bien, llegarán dentro de unos días —y acto seguido comencé a desnudarla.

Aunque vendrían acompañados de dos personas más con las que no contaba Irina, o mejor dicho, dos criaturas más de la especie que tanto odiaba mi mujer. No quería darle vueltas a lo que podría suceder cuando se enterara, porque lo más probable era que, por primera vez en mi vida, tuviera que ponerme en contra de mi esposa. Aunque lo haría si fuera necesario, no iba a permitir que nadie intentara alejar a Edmund de esa mujer, ni a Val de ese chico, sabiendo lo mucho que se amaban; yo no hubiera permitido que nadie me separara de Irina.

## **-1. Émile. En peligro.**

Carla entró en la biblioteca. Le costaba asimilar la idea de deshacerse del cuaderno de Émile, la había acompañado durante varios meses y, por alguna razón, le daba pena no poder continuar con la historia; pero desgraciadamente había llegado un punto en el que no había nada más sobre su vida, tan solo un montón de apuntes extraños llenos de secuencias de letras, dibujos, datos y diagramas que no significaban nada para ella. No entendía qué hacían allí, en ese cuaderno tan personal, aunque también era cierto que el cuaderno en un principio había tenido un fin médico con todos aquellos datos sobre pacientes de Émile.

No dejaba de darle vueltas a la situación. Todavía no había tenido tiempo de hablarlo con Eugène, desde que habían vuelto de Estados Unidos apenas habían tenido tiempo, pero definitivamente era algo que tenía que hacer. Sin embargo, seguía sin comprender por qué razón Eugène le había ocultado algo así. ¿Por qué no había confiado en ella? ¿Y qué sucedía con Val? ¿Se lo habría confesado a ella? En realidad lo dudaba, Val habría hablado con ella de algo tan importante.

Estaba a punto de guardar el cuaderno de Émile donde lo había encontrado hacía unos meses cuando la puerta se abrió de golpe. Se pegó tal susto que el cuaderno se le escapó de las manos y se cayó estrepitosamente al suelo.

—Perdona, Carla, no quería asustarte.

El padre de Eugène le sonrió desde el marco de la puerta haciendo que sus ojos azules brillaran más todavía. No dejaba de sorprenderle que sus ojos fueran exactamente iguales a los de su futuro marido y a los de su hija

Val, ojos de gato, profundos y azules como el mar. Carla le devolvió la sonrisa, pero la mirada de aquel hombre tan agradable ya no estaba clavada en ella, sino en el cuaderno desparramado por el suelo. Carla lo recogió con sumo cuidado intentando ocultárselo, pero por las palabras de Jean, ya no tenía sentido.

—Creo que tenemos que hablar, Carla... —dijo con voz grave sin dejar de mirar hacia el cuaderno—. También tendrás que hablar con Eugène, por supuesto —añadió leyendo mi último pensamiento—. Pero ya que el cuaderno es mío, quizá tenga que empezar yo.

A veces olvidaba que el padre de Eugène sí podía leerle el pensamiento, no como Eugène, que no tenía acceso a su mente, en realidad la única mente a la que no tenía acceso, y daba gracias de que fuera así.

—Supongo que sí, Émile. ¿Ese es tu verdadero nombre, ¿verdad?

—Sí, y me gusta mucho más que Jean. ¿Cómo lo averiguaste?

—No creo que haya mucha gente que quiera llamar a su hijo Paul Cezanne.

Se rio del mismo modo que solía hacerlo Eugène.

—Eres muy inteligente, Carla, aunque ya lo supe la primera vez que te vi.

—¿Por qué no usas tu verdadero nombre?

—Es una larga historia —dijo, repitiendo una frase que había oído muchas veces en aquella familia—. ¿Tienes tiempo? —Y señaló el sofá que estaba bajo la ventana que daba a poniente.

¿Por qué no? En realidad, le apetecía escuchar esa historia, y Eugène estaba muy ocupado, no creía que la fuera a echar de menos hasta dentro de

unas horas. Ya no tenían invitados; Oscar, Anna y Alejandra habían vuelto a España. Los echaría de menos y supuso que Val también, aunque en esos momentos era inmensamente feliz, ya que Hans había vuelto con ella, a su vida y al château, como si esos meses separados fueran tan solo una pesadilla. En realidad, los únicos que no parecían contentos con su llegada eran Álvaro y la madre de Eugène.

—Sí, lo tengo —repuso Carla.

No hacía demasiado tiempo había sido una mujer trabajadora, siempre ocupada, con escaso tiempo para estar con su única familia en aquel momento, Val. Sin embargo, su vida había dado un giro radical en ambos sentidos, ahora tenían una gran familia, pero demasiado tiempo; vamos que, salvo organizar su propia boda, que tendría lugar en unas semanas, no tenía nada que hacer. Echaba de menos trabajar, lo echaba tanto de menos... Aunque tenía que agradecerle a Marion que le hubiera hecho el encargo de investigar sobre los gatos; no solo la había mantenido ocupada durante un tiempo, sino que además había hecho un descubrimiento asombroso además de escalofriante.

—Está bien —dijo Émile pensativo mirando hacia la ventana—. Veamos por dónde empiezo.

\*\*\*\*\*

### *Lille, noviembre 1903*

Era de noche y me encontraba solo en el laboratorio, de hecho aquella era mi intención, no quería que nadie supiera lo que estaba haciendo. Mi cometido era un asunto personal y no tenía nada que ver con las investigaciones que llevábamos a cabo habitualmente en el laboratorio; lo cierto era que hacía mucho tiempo que lo hacía a escondidas, incluso antes de casarme con Irina.

No me gustaba dejar sola a Irina con Edmund en su estado avanzado de gestación, pero tan solo podía dedicarme a aquello cuando no había nadie en el laboratorio, de modo que algunas noches me escapaba para poder continuar con mi investigación privada. Irina era muy comprensiva y no me lo impedía, o quizá últimamente estaba demasiado cansada para discutir conmigo, porque una cosa era cierta, la quería más que a mi vida, pero a veces le gustaba demasiado discutir. A pesar de ello, la mayor parte de las veces acabábamos riéndonos de nuestros estúpidos enfados.

Mi vida no tenía nada que ver con lo que había sido antes, era un hombre feliz, ocupado, sin tiempo libre para nada, pero completamente satisfecho con lo que tenía, a Irina y a Edmund, y tenía la suerte de que dentro de poco tiempo tendríamos una niña tan bonita como su madre, estaba seguro de que Irina esperaba una niña, sin embargo, ella no estaba de acuerdo conmigo, insistía en que sería un niño. En fin, dentro de muy poco lo averiguaríamos.

Llevaba ya un tiempo inmerso en una investigación paralela. Conocía los estudios que había llevado a cabo Friedrich Miescher sobre los glóbulos blancos, pero siempre supe que había algo más y, desde que comprendí en lo que nos habíamos convertido Irina y yo, estaba obsesionado con descubrir qué éramos exactamente. Durante los últimos meses había avanzado mucho al descubrir la existencia de una secuencia de cuatro moléculas que contenían información sobre nosotros, información que podríamos transmitir a nuestros descendientes.

Era consciente de que nadie antes había llegado a esa conclusión, y en realidad era el descubrimiento más asombroso que había realizado hasta el momento, seguramente era el descubrimiento científico más importante desde el descubrimiento de la anestesia. Aunque a los científicos lo que más les interesaban eran las enfermedades, lo que yo ansiaba descubrir era a qué nos

ateníamos los tres al ser mitad gatos, mitad humanos, y mi interés crecía a medida que la barriga de Irina se hacía más voluminosa; dentro de poco tendríamos un hijo fruto de dos medio humanos y no quería retrasar mis conclusiones durante más tiempo.

Un ruido me distrajo de mi trabajo, aunque era imposible que hubiera alguien a las tres de la mañana, pero por si acaso cerré el cuaderno y guardé las muestras que estaba usando. Me acerqué a la puerta, el silencio era sobrecogedor, pero con mi fino oído y mi olfato pude captar quién era el intruso.

—¿Qué haces aquí, Gustave?

Mi compañero de laboratorio pegó un respingo al verme asomado a la puerta, no tenía la misma suerte que yo, ser mitad gato era bastante útil, casi nadie podía sorprenderme.

—¡Dios santo, Émile! Me has pegado un susto de muerte. También yo puedo preguntar lo mismo. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—*Sé que estás tramando algo*” —oí que pensaba Gustave.

—Adelantando trabajo, pero me iba ya. ¿Qué hay de ti?

—Oh, me dejé algo que necesito —dijo alejándose hacia su mesa y mirando hacia la mía con mucho interés.

Era obvio que mentía, y para eso no hacía falta ser un gato, aunque gracias a mi habilidad para escuchar los pensamientos sabía que había ido allí para vigilarme. A partir de ese momento, he de tener mucho cuidado con él.

Unos minutos después entraba en mi casa. Irina dormía profundamente, tumbada de lado, el volumen de su tripa le impedía desde hacía algunos meses dormir boca abajo como tanto le gustaba. Me metí en la cama y la besé en el cuello aspirando aquel aroma a lavanda que siempre



desprendía de forma natural y que tanto me gustaba. Recorrí el contorno de su cuerpo con la mano y la apoyé suavemente sobre su tripa; sentí un leve movimiento de nuestra hija.

—*Mmm*, has vuelto —susurró.

—Lo siento, no quería despertarte.

—Mentiroso, sí querías.

Tuve que reírme. Después de todo, ya no estaba tan cansado como pensaba, mi mujer conseguía despertarme con tan solo tocarla.

—Me conoces demasiado bien. Tienes razón, sí quería. Pero la verdad es que ahora me siento mal, estarás cansada, a veces olvido que estás a punto de...

—Estamos a punto de conocer a nuestro hijo.

—Hija —puntualicé.

—No empecemos.

—No, ahora solo te quiero a ti —dije deslizando mi mano por su muslo e introduciendo los dedos en aquella zona cálida y húmeda haciendo que Irina jadeara. No sabía cómo, pero siempre estaba lista y me encantaba.

—Me gusta que me desees a todas horas —murmuré.

—A todas horas no.

—Pues yo sí, te deseo a todas horas, Irina.

—Oh, yo también, Émile.

Sonreí en la semioscuridad de la habitación. Tenía tanta suerte de que Irina fuera mi mujer..., lo que podía llegar a sentir por ella era algo que nunca imaginé que pudiera sentir. Pero además, siempre hacía que estuviera

en guardia, haciendo que jamás me aburriera, sorprendiéndome con cualquier detalle, con cualquier comentario, incluso nuestras discusiones a veces encendían nuestra pasión. Estar casado con Irina era lo más divertido y apasionante que había hecho nunca. Ni siquiera los descubrimientos que realizaba en el laboratorio después de mucho trabajo conseguían que me sintiera tan vivo como cuando estaba con ella y tocaba su suave y aromática piel.

Durante unos días no pude continuar con mis escapadas nocturnas. Edmund estaba inquieto y no quería que Irina se levantara a cada rato para ocuparse de él, tenía que descansar, hasta que, después de una noche tranquila, decidí escaparme. Seguía convencido de que nuestras muestras de sangre, pelo y saliva podrían darme más información sobre muchas cosas. Aunque las enfermedades no eran lo que me interesaba, era consciente de que eran la clave para dar con lo que estaba buscando.

Esa noche volví a oír un ruido apenas perceptible en el edificio, lo cual me llevó a pensar que tal vez me estuviera volviendo un poco neurótico. Aun así, me levanté y abrí la puerta con mucho sigilo. No capté ningún olor fuera de lo normal en aquel helador pasillo, por lo que decidí volver dentro. Apenas me costó volver a concentrarme en mi trabajo, pero unos minutos después el chirrido de la puerta hizo que levantara la vista asustado. Aquello no podía ser cierto, ¿qué hacía el profesor Miró en el laboratorio? ¿Y por qué me miraba de aquel modo tan extraño?

—¿Profesor? ¿Qué haces aquí?

—He venido a advertirte, Émile.

—¿Advertirme?

Era extraño que no me llegara ninguna ráfaga de sus pensamientos, aquello solo me sucedía con Irina, la única persona hasta el momento

inaccesible a mi habilidad telepática.

—Sí, sé lo que estás haciendo —dijo mirando hacia la mesa donde se encontraban los ratones con los que hasta hacía un momento había estado experimentando.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —pregunté sintiéndome ansioso e inseguro; el hecho de no poder escuchar lo que pensaba me hacía sentir desarmado.

Además, no entendía qué demonios hacía en el laboratorio cuando él, a pesar de ser conocido del dueño del laboratorio y de haberme recomendado para ese trabajo, no tenía acceso al edificio, y entrar en el laboratorio era prácticamente imposible si no tenías un pase especial, sin contar con que era la primera vez que lo veía allí.

—Émile, sé lo que eres y sé lo que estás investigando. —Después de hacer esa confesión que me dejó más confuso todavía (¿cómo iba a saber lo que era yo si él era un simple humano?) se acercó a mi mesa y se hizo con mi cuaderno de apuntes.

—Te agradecería que dejaras eso donde estaba, profesor, es algo personal.

Aquella carcajada algo demoniaca además de cínica hizo que me estremeciera. No entendía nada de lo que estaba sucediendo; el profesor Miró, además de haber sido mi mentor durante mis años de universitario, había sido íntimo amigo de mi padre.

—Lo que has descubierto no puede salir a la luz, tengo que destruirlo —dijo agarrando con más fuerza el cuaderno.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Ni siquiera entiendo por qué estás en el laboratorio, ni cómo has podido entrar en el edificio.

—Émile..., este laboratorio es mío. Sí, no me mires con esa cara, es mío, el señor Fontaine es simplemente mi empleado. No sé por qué no te lo dije en su momento, supongo que porque cuando te volví a ver en París el día de tu boda, me di cuenta de lo que eráis tú y tu futura mujer, e incluso ese niño que dices que es tuyo a pesar de que no lo es. Después me alegré de no habértelo dicho. Sabía que acabarías investigando sobre vosotros, lo sé porque te conozco demasiado bien. Eres muy curioso. Además, por qué no confesártelo, eres el mejor científico que conozco, incluso mejor que yo. Llevo muchos años intentando descubrir lo que tú has descubierto en apenas unos meses.

—¿Cómo sabes lo que he descubierto? —no me gustaba lo que estaba escuchando.

—Llevo un tiempo vigilándote.

—Eso es imposible, me habría dado cuenta.

—¿Ah sí? ¿Acaso puedes olerme?

—No. —Era cierto, no podía, y seguía sin comprender la razón.

—Llevo mucho tiempo vigilando cada paso que das. Como te he dicho, este es mi laboratorio, y sé exactamente en qué has estado trabajando. Reconozco que el descubrimiento que has hecho es asombroso, una revolución —dijo señalando mi cuaderno—, pero no puede salir a la luz y no lo permitiré.

—¿Qué eres? No eres un gato.

—Algo parecido. Émile, tengo que destruir esto, lo siento —dijo señalando de nuevo mi cuaderno—. Y te aviso de que, si sigues con esta investigación o si la haces pública, le podría pasar algo a tu amada esposa, algún accidente.

No me consideraba una persona violenta y jamás había pegado a nadie, si bien era cierto que en una ocasión tuve ganas de golpear a Jean Paul cuando me di cuenta de que se había casado con el amor de mi vida. Sin embargo, al escuchar aquella amenaza de labios de alguien a quien había respetado y admirado toda mi vida, la rabia que sentí me hizo abalanzarme sobre él sin pensarlo dos veces. Jamás permitiría a nadie amenazar de muerte a Irina y mucho menos que le pusiera una mano encima.

El profesor no tuvo más remedio que soltar el cuaderno y defenderse de mis garras. Aun así, no estaba preparado para la fuerza con la que resistió mi embate. ¿Qué tipo de criatura era el profesor? Parecía un gato a pesar de que no olía como tal. Peleamos como auténticos animales, haciendo que gran parte del material que estaba usando cayera al suelo, incluidos los ratones. Cuando ya lo tenía completamente acorralado, a fin de cuentas el profesor Miró tenía unos cuantos años más que yo, alguien me agarró por detrás. Debería haberme imaginado que no era tan estúpido como para haber venido solo, dos hombres gato me agarraron por detrás y el profesor se acercó a mí con una media sonrisa dibujada en su labio partido.

\*\*\*\*\*

Irina se despertó sudando. Algo no iba bien. Al descubrir que Émile no dormía a su lado, se sintió todavía más ansiosa y se levantó apresuradamente deseosa de comprobar si Edmund estaba bien. Le encontró de pie en la cuna lloriqueando sin dejar de llamar a su padre. Por un momento se le pasó por la cabeza que tal vez ambos tuvieran un sexto sentido para presentir que algo malo le sucedía a Émile, pero después desechó ese pensamiento, tan solo era una coincidencia.

—*Shh*, no pasa nada, Edmund —dijo cogiéndolo en brazos—. Tu padre vendrá enseguida, seguro que está de camino.

Volvió a meterse en la cama pensando que tal vez el hecho de tener a su hijo en brazos le ayudara a serenarse y se quedó mirando las manecillas del reloj de la pared hasta que Edmund se quedó profundamente dormido. Sin embargo, sabía que ella no volvería a dormirse, estaba demasiado preocupada por aquella sensación de angustia que la invadía hasta que, finalmente, decidió que si Émile tardaba más tiempo en volver, iría a buscarle al laboratorio, aunque tuviera que romper la puerta para poder acceder al interior. Justo cuando estaba a punto de levantarse, oyó un ruido lejano en la calle y permaneció expectante hasta que, cinco minutos después, escuchó la llave de la cerradura. Casi se desmaya del susto al verle entrar en el dormitorio en aquel estado tan lamentable.

—¡Dios mío, Émile! ¿Quién te ha hecho eso?

Estaba ensangrentado, tenía el labio y la nariz rotos, además de un ojo morado y no sabía cuántas cosas más.

—Estoy bien, no te preocupes. Pero me temo que tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Ahora? —preguntó Irina mirando hacia Edmund, que seguía dormido.

—Ahora, voy a cambiarme e iré a buscar un coche. ¿Puedes preparar una maleta con lo imprescindible?

—Solo si me dejas curarte las heridas.

—No tenemos tiempo.

—Sí lo tenemos. Será un momento —dijo Irina dirigiéndose al cuarto de baño donde tenía un pequeño botiquín que había puesto Émile por si le pasaba algo a Edmund. Jamás lo habían tenido que usar, porque su hijo nunca se hacía daño.

—Irina..., Dios, eres tan cabezota. Está bien, cúrame, pero rápido, no quiero ponerlos en peligro —repuso Émile sentándose sobre la silla del baño —, eso es lo último que quiero.

Irina le miró extrañada, pero decidió continuar con lo que estaba haciendo. Sacó lo necesario del botiquín y comenzó a limpiarle el labio y la nariz.

—No sé por qué estamos en peligro, pero no puedes ir a buscar un coche con este aspecto. ¿Quién querría llevarte si pareces un bandido?

Ante su comentario, Émile soltó una carcajada para después hacer una mueca de dolor, por lo visto debía tener unas cuantas costillas rotas. Su mujer siempre le sorprendía, acababa de comunicarle que debían irse puesto que estaban en peligro y tan solo se preocupaba por su aspecto o por él, o por ambas cosas. Cualquiera otra mujer se hubiera asustado, pero Irina no era como las demás, nunca lo había sido.

Al darse cuenta de cuánto la amaba y deseaba, la agarró por la cintura atrayéndola hacia él.

—Déjame, Émile, o no podré curarte. Además..., estás hecho un asco.

—Lo sé, tú en cambio estás preciosa, soy el hombre con más suerte del mundo.

—Los hombres con suerte no llegan medio muertos a su casa en mitad de la noche. ¿Quién te ha hecho esto?

—Tengo suerte de tenerte a ti, me refería a eso. En realidad todavía no lo entiendo, te lo contaré cuando estemos de camino.

—¿A dónde vamos?

—A Digné.

La sonrisa deslumbrante llena de felicidad que le dedicó su mujer le hizo darse cuenta de que debían haberse ido a Digné mucho antes. Irina no podría ser del todo feliz lejos de sus campos de lavanda, de sus montañas, de sus recuerdos, y él la había apartado de todo aquello.



## **-2. Hans. De vuelta.**

Val escribía sentada ante el escritorio de nuestro dormitorio del château de Meyrargues. Estaba preciosa, su pelo negro brillante y sedoso le caía por la espalda. Era tan feliz de haberla recuperado que todavía no podía creerlo, aunque en realidad estábamos juntos gracias a su tenacidad, que la llevó a viajar hasta Estados Unidos en mi busca. Si no hubiera sido por ella, tal vez nunca habríamos vuelto a vernos, puesto que mi determinación de alejarme de ella había sido muy firme. Sin embargo, esa determinación se derrumbó en el momento en que volví a verla, a besarla, en el momento en que le hice el amor en casa de mi abuela.

De todos modos, nada podría impedir que en ocasiones temiera volver a hacerla daño, incluso aunque Val estuviera practicando (gracias a su habilidad de *désireuse*) el deseo de “que no le hiciera daño”. Habíamos llegado a la conclusión de que, como su verdadero deseo era que yo no me sintiera culpable ni que sufriera si le atacaba de nuevo, su deseo podría cumplirse al no ser un acto egoísta. De hecho, intuía que en parte estaba funcionando, al menos Val acababa rendida al final del día después de practicar su habilidad. Mi abuela nos había enseñado que, si utilizas tu habilidad de una forma intensa y continua, tus fuerzas pueden verse resentidas. Me sentía muy orgulloso de tener una novia como ella, tan poderosa, tan fuerte, y que me quisiera tanto como para esforzarse de ese modo por nosotros.

—¿Qué haces, Val?

—Escribiendo.

—¿Qué escribes?

—Oh..., no es asunto tuyo, es personal —repuso al mismo tiempo que me sacaba la lengua e intentaba ocultar el cuaderno en el que escribía.

Respiré hondo, el maravilloso aroma a melocotón de Val hizo que fuera consciente de lo mucho que la necesitaba. Por suerte, el resto de la familia dormía, o al menos no se oía ni un solo ruido, ni siquiera a los perros que a esas horas solían hacer maratón de ladridos. La quería para mí en ese preciso momento, quería besarla por cada rincón de su cuerpo y sentir sus manos sobre mi piel, de modo que me concentré en su perfil, su preciosa y perfecta nariz y en sus pestañas negras. Val tenía la mirada clavada en el cuaderno que tenía delante, lo cual me impedía contemplar el azul intenso de su iris, aunque para poder mantener una conversación de criaturas tan solo debía centrarme en ella, en su olor, en cada partícula de su rostro. Todo lo que me rodeaba comenzó a volverse borroso. Val debió sentir lo que estaba sucediendo, puesto que se giró para dedicarme su sonrisa más conquistadora. Lo tomé por un sí.

En una zancada estaba junto a ella, deslizando mi mano por su hombro para deshacerme de uno de los tirantes del camisón. Val no podía hacerse una idea de cuánto me gustaba que suspirara de aquel modo. Mi mano se deslizó por su escote hacia otro lugar suave y terso. Val echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Procedí de igual manera con el otro tirante, quizá de un modo más pausado, a veces disfrutaba viéndola sufrir de deseo. El camisón se escurrió hacia abajo dejando sus preciosos pechos al descubierto. Eché la silla hacia atrás y me arrodillé frente a ella. Val me miró traviesa y, antes de hundir la cabeza entre sus piernas, posé las manos sobre sus pechos. Conocía sus puntos débiles y sonreí para mí cuando, unos segundos después, Val levantó mi cabeza impaciente.

—Hans, ya..., por favor, quiero que lo hagas ya, no puedo más.

Me encantaba cuando se ponía tan impaciente. La tomé en brazos para después tumbarla sobre la cama, pero antes eché un rápido vistazo al cuaderno que tenía sobre el escritorio. Val se colocó de espaldas al cabecero y aproveché para repasar su silueta; su espalda, sus caderas, su precioso culo y, cuando supe que ninguno de los dos podría más, la penetré.

—Val, eres la mujer más bonita que he visto nunca.

—Soy una chica, Hans —protestó.

—No estoy de acuerdo, eres una mujer, además, eres mi mujer.

Esa certeza, la certeza de que iba a ser mía, solo mía, hizo que la penetrara con más fuerza por última vez antes de besarla sobre el lunar del cuello, uno de mis rincones preferidos.

—No sabía que escribieras diarios —susurré en su oído.

Val se dio la vuelta bruscamente obligándome a salir de ella precipitadamente.

—¿Has cotilleado lo que he escrito?

—No, solo he echado un vistazo rápido. ¿Es cierto que me quieres más que a tu vida?

Val resopló y bajó a toda prisa de la cama. Fue hasta el escritorio y cerró el cuaderno de un golpe. Estaba enojada, eso era obvio.

—No me lo puedo creer Hans, esto es personal y ni siquiera tú puedes leerlo.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo, ha sido un accidente.

—¡Ya!, un accidente. ¡No te lo crees ni tú! —su tono de voz se había suavizado.

—Te prometo que no volveré a curiosear. No sabía que fuera un

diario. Solo dime si es cierto o no.

Me miró muy seria, pero podía ver con claridad que su enfado se estaba diluyendo.

—Sí, claro que es cierto. Si hiciera falta, daría mi vida por ti.

—No quiero que lo hagas, Val, no me lo perdonaría jamás. Yo sí que daría la vida por ti.

—Lo sé, Hans, pero no me parece justo que tú sí puedas y yo no.

—Esperemos que nunca haga falta ponernos a prueba.

—Sí, es mejor, porque perderías la apuesta —eso último lo dijo bostezando—. Y ahora, si no quieres que te mate yo misma, abrázame, estoy helada —añadió acurrucándose junto a mí.

—Si estamos en junio, no hace frío.

—Si no te tengo cerca, tengo frío.

Me reí y la abracé intentando traspasarle todo el calor de mi cuerpo, que como siempre, me sobraba.

—¿Sabes algo de mi tío Edmund y tu abuela? —preguntó mi gatita curiosa.

—Sí, siguen en Tupper Lake, la excusa de mi abuela es que necesitan tiempo para cerrar la casa, pero entre tú y yo, creo que están disfrutando de una especie de luna de miel.

Val soltó una carcajada mezclada con otro bostezo.

—¿Dónde van a vivir?

—Aquí, quieren cumplir su deseo de vivir juntos en Francia, como hubieran hecho hace años cuando se casaron.

—¿En esta casa?

—Eso no lo sé.

—Espero verles pronto.

—Vendrán a la boda de tus padres, no pueden faltar.

—Por supuesto que no. A mi madre le daría mucha pena que no vinieran. ¿Qué hay de tu madre? ¿Sabe de la existencia de Edmund?

No podía imaginarme cómo se tomaría mi madre el hecho de que mi abuela le hubiera ocultado toda la vida la verdadera identidad de su padre aunque, según lo que mi abuela nos había contado, no pensaba contarle jamás la verdad, pero sí intentaría hacerla creer que Edmund era su padre biológico. A mí no me parecía buena idea que mintiera a mi madre, si descubría el engaño sería implacable.

—Que yo sepa no, mi abuela quiere contárselo en persona a mi madre, solo espero que venga con tiempo para hacerlo, si no en la boda se montará una buena, con el carácter que tiene mi madre...

Val se rio y asintió.

—Por cierto..., hablando de madres, ¿has hablado con la tuya sobre nuestra intención de casarnos? —le pregunté expectante.

Por el silencio que siguió, entendí que no lo había hecho; además, si lo hubiera hecho, lo habría compartido conmigo.

—No, todavía no, sé que tengo que hacerlo.

—*My kitten*, quiero que nos casemos lo antes posible, mi abuela está convencida de que eso nos ayudará; quiero decir, me ayudará a no hacerte daño, y yo estoy seguro de que además, eso impedirá que sienta tantos celos.

—De acuerdo, lo haré pronto, te lo prometo, pero ahora estoy tan

cansada... —dijo Val bostezando de nuevo.

—Es por mi culpa, tenerme a raya te agota.

—No solo es por eso, mi deseo por ti también ayuda a que esté cansada —comentó sonriendo casi sin fuerzas.

—Con respecto a lo de hablar con tu madre..., acabo de pensar que sería buena idea si tú se lo cuentas a tus padres al mismo tiempo que yo a los míos.

—¿A qué te refieres?

—A que mañana me iré a España, creo que les debo una visita. Llevo sin ver a mi familia unos cuantos meses. ¿Qué te parece?

Val no replicó, tal vez se hubiera quedado dormida, últimamente le pasaba a menudo cuando estábamos hablando en la cama.

—¿Val?

—Bien, claro, solo que..., me gustaría acompañarte. Ahora no puedo dejar que te vayas, acabo de recuperarte.

—He sido yo el que te ha recuperado, y no creo que sea buena idea que me acompañes. Verás..., mi madre...

—Ya..., no hace falta que me lo digas, no le hará muy feliz que nos casemos.

—Me temo que es así, creo que es mejor si se lo digo yo primero.

En realidad, mi temor iba más allá de lo que pensaría mi madre sobre nuestra boda.

—Además..., debería quedarme unos días, tengo que examinarme.

—¿Te vas a presentar a los exámenes? ¿Has estudiado?

—Un poco, pero los sacaré sin problemas, y de ese modo mi madre estará más contenta cuando se lo diga. ¿Te parece bien, *my kitten*? Yo tampoco quiero separarme de ti, es lo último que quiero en el mundo, pero no tengo más remedio.

—No, no me parece bien, pero estoy tan cansada que no puedo discutir. Pero prométeme una cosa, Hans.

—Dime.

Val bostezó por tercera vez, parecía una niña pequeña.

—Prométeme que no te irás sin despedirte de mí, por favor, nunca más te vayas sin despedirte de mí.

Me dirigió una mirada tan triste que se me encogió el corazón. Sabía que se refería al día en que la abandoné hacía tres meses, cuando le dejé aquella horrible nota en mitad de la noche, aquella nota que le rompió el corazón, aunque también me lo rompió a mí con tan solo escribirla; jamás había escrito algo tan difícil en toda mi vida.

—Por supuesto que no lo haré. Te lo prometo, *my kitten* —después de esa confesión, noté el peso de la cabeza de Val sobre mi pecho.

### ***De vuelta a casa. Linares (Salamanca).***

Me encontraba delante de la puerta de mi casa. Debía confesar que estaba algo nervioso; la idea de enfrentarme a mi familia al completo no era muy tentadora, después de todo no me había portado demasiado bien al huir a la otra punta del mundo sin haberme puesto en contacto con ellos en ningún momento. Aun así, mi madre había sabido desde el principio que me encontraba con mi abuela, aunque no había sido gracias a mí, sino a Eugène, el padre de Val, quien se había sentido responsable de hacérselo saber. Por

supuesto, contaba con que mi madre estuviera muy molesta debido a mi actitud escapista y no me esperaba que me recibiera ni mucho menos con los brazos abiertos.

Estaba a punto de meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió de golpe.

—¡Hans! Dios mío, Hans. —Me sorprendió su tono alegre y mucho más que me abrazara con tanta contundencia—. He captado tu aroma y no podía creer que fueras de verdad tú —añadió mi madre con una ¿sonrisa? en la boca.

Mi hermana Anna asomó la cabeza y me sonrió. Hacía tan solo unos días que me había despedido de ella en el Château y le había pedido que pusiera a nuestros padres al corriente de todo lo sucedido en Estados Unidos, sobre todo del hecho de que Val y yo volvíamos a estar juntos. Eso sí, ella desconocía los dos asuntos que podrían perturbar seriamente a mi madre.

—¿Te quedarás unos días? —preguntó mi madre expectante.

—¡Hans! —mi padre apareció en la escalera.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Bien, te echábamos de menos —dijo al tiempo que me daba un abrazo, después de todo no estaba siendo tan complicado como me esperaba—. ¿Estás bien?

—Sí, ahora estoy bien.

—Me alegro. Llegas justo a tiempo para cenar.

—¿Hasta cuándo te quedas?—volvió a preguntar mi madre.

—Unos días, he venido a veros y a examinarme.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso, Hans. —Sabía que a mi



madre eso le quitaría un peso de encima, los estudios eran muy importantes para ella—. Pero después, ¿qué harás? ¿Seguirás viviendo en Francia?

—No lo sé, mamá, por ahora sí.

En realidad, mi único plan era casarme con Val y vivir juntos, fuera donde fuera. No me importaba dónde, ni cómo, pero nadie podría impedirme que lo hiciera, ni siquiera mi familia.

Durante la cena me pusieron al corriente de todo lo que había sucedido en sus vidas en los últimos meses, además de sobre las habladurías que circulaban por el pueblo sobre Val y sobre mí; todo el mundo creía que a esas alturas Val estaría embarazada de más de seis meses. No podía evitar reírme al pensar que, cuando se enteraran de que nos íbamos a casar, ya no tendrían dudas sobre el estado de Val. Si la vieran en persona se darían cuenta de que sus suposiciones eran infundadas, sin embargo no podrían comprobarlo, ya que Val no vendría a Salamanca y yo, en unos días, estaría de vuelta en el château.

Mi hermana y yo habíamos decidido dar un paseo después de cenar, en realidad quería hablar con ella a solas, lejos del oído perruno de mi madre. Nos encontrábamos en el bosque de la Honfría; la última vez que había estado allí las ramas estaban cubiertas de escarcha, pero en ese momento los árboles estaban repletos de hojas verdes. No pude evitar pensar en Val, ese bosque me recordaba demasiado a ella. Recordé nuestro primer paseo, cuando Val descubrió a ese gatito encerrado en el sótano de una casa, ese fue el día en que comencé a darme cuenta de que Val no era normal, tan poco normal como yo mismo.

—¿Qué tal te ha ido estos meses, Anna?

—Bien, pero te he echado mucho de menos, hasta echaba de menos que me colgaras el teléfono para que me pusiera a hacer los deberes —dijo

riéndose.

—Buen intento, pero eso no me lo creo —repuse yo también riéndome—. Por cierto Anna, aunque solo hayan sido unos meses, te noto muy cambiada, estás..., muy mayor, muy guapa. Seguro que tienes un regimiento de chicos detrás de ti.

En unos meses Anna había pegado un estirón, su cuerpo había cambiado y se había convertido en toda una mujer. Su pelo negro hacía juego con sus ojos oscuros y brillantes, iguales a los de mi padre. Anna sonrió satisfecha, aunque un segundo después su rostro se entristeció.

—¿Qué pasa?

—Nada, que justo el chico que yo quiero que se fije en mí, no lo hace.

—Dale unos meses y seguro que lo hará. ¿Quién es ese chico? ¿Lo conozco?

Anna me miró temerosa.

—Sí, pero no te voy a decir quién es, todavía no.

—Bueno, como quieras, pero quiero comentarte algo al respecto. Aunque todavía eres muy pequeña, prométeme que la primera vez que te decidas a hacer el amor con alguien, será con alguien del que estés enamorada, con alguien que te quiera y que te respete, que lo que hagáis por primera vez sea hacer el amor y no acostarte con alguien por quien no sientes nada. ¿Me lo prometes?

Anna me miró extrañada, era consciente de que era muy pronto para hacerle una petición como esa, tan solo tenía dieciséis años, pero por alguna razón no quería que le pasara lo mismo que a Val; si ella no hubiera cometido ese estúpido error, si no se hubiera acostado con Álvaro, yo habría sido su primer amor, aunque sabía que nunca había sentido amor por él y eso a veces,

solo a veces, me reconfortaba.

—Por ahora no pienso en esas cosas, pero te prometo que tendré en cuenta lo que me has dicho.

—Lo sé, y no tienes que hacerlo en algunos años, hasta que tengas..., por lo menos treinta.

—¿Qué? Te has pasado un poco, ¿no crees?

Me reí. En ese momento me di cuenta de cuánto había echado de menos a mi hermana.

—También quería contarte algo.

Anna me miró expectante, no era muy habitual que quisiera confesarle algo privado y parecía realmente entusiasmada, incluso tragó saliva.

—Pero por favor, prométeme que no le dirás nada a mamá ni a papá hasta este viernes.

—¿Este viernes?

—Sí, es el día que acabo los exámenes.

—Por supuesto, te lo prometo.

—Verás, te parecerá una locura, y quizá lo sea, pero le he pedido a Val que se case conmigo.

Mi hermana abrió mucho los ojos y sonrió como si eso le hiciera muy feliz. Después me abrazó muy fuerte.

—Hans, no sabes cuánto me alegro por vosotros, por Val, por ti. Es una gran noticia.

—¿Cómo sabes que Val ha aceptado?

—¡Por favor, Hans! —Hizo un aspaviento con la mano—. Val está loca por ti, estáis hechos el uno para el otro.

—Entonces, ¿no te parece que somos demasiado jóvenes?

—Sí, y es una locura maravillosa. Si alguien me quisiera como tú quieres a Val, te aseguro que me casaba con él hoy mismo.

Me reí de nuevo. El entusiasmo de mi hermana era contagioso.

—Estás loca, Anna, pero gracias. Por lo menos hay una persona en todo el planeta, aparte de Val y de mí, que estará de nuestra parte.

—Sí, seguramente sea la única, pero os apoyaré completamente. En cuanto a mamá...

—Ya..., ni lo menciones.

En realidad Val y yo habíamos quedado en contárselo a nuestros padres al mismo tiempo, el jueves por la noche, pero no pasaría nada si yo se lo contaba un día después.

—Volvamos a casa, debería estudiar algo para los exámenes de mañana.

—¡Espera! —exclamó agarrándome de la manga de la camisa—. Yo también te quiero decir algo... Verás, he pensado que me gustaría mucho ir a estudiar a Francia el curso que viene. Lo he hablado con Eugène y Carla mientras estuve en Meyrargues y me han asegurado que puedo ir a su casa. Ya sabes que me encantan los idiomas, y desgraciadamente no tengo la misma facilidad que tú, necesitaré un año para ser bilingüe, como cualquier humano.

—A Francia —dije pensativo—. Pero... ¿Eugène y Carla se van a quedar a vivir allí?

—Sí, eso me han dicho.

—Ah, no lo sabía, siempre pensé que era algo temporal provocado por el secuestro de Val, pero ahora que Ágata ha muerto pensé que volverían a Linares.

—No lo sé, a mí me han propuesto ir allí el curso que viene. ¿Crees que mamá me dejará?

—No le va a hacer mucha gracia, pero tienes un punto a tu favor.

—¿Cuál?

—Lo tuyo está movido por un fin académico, o sea que seguro que la convenceremos. Ya sabes que para nuestros padres el tema académico es muy importante; si les dices que siempre has querido trabajar en temas diplomáticos y que necesitas ser bilingüe en varios idiomas...

—Diplomático, sí, me gusta, de hecho es posible que quiera trabajar en algo así. Gracias, Hans.

—Si quieres puedo estar contigo cuando se lo digas, para apoyarte.

—Vale, sí, seguro que me vendrá bien.

Era viernes, ya había terminado mis exámenes y estaba a punto de entrar en casa cuando una ráfaga de viento me trajo un aroma bastante conocido, aunque extraño al mismo tiempo. No era posible lo que estaba oliendo. El rastro me llevó hasta el bosque y me paré frente a un castaño gigante, justo donde había desaparecido. Miré hacia arriba esperando verla en la copa del árbol, pero no había nada más que hojas moviéndose al compás de la suave brisa. Definitivamente me estaba volviendo loco. Entonces sentí una mano sobre mi hombro, una mano ligera. Me volví tan rápido como lo haría un perro lobo ante la existencia de un peligro y agarré un brazo, un brazo suave e inofensivo.

—¡Val! No vuelvas a pegarme un susto así, podría haberte hecho daño.

—Ya veo..., pensé que me habrías olido.

—Lo hice, pero no me explicaba cómo podías estar aquí, no era posible. Y por cierto, ¿qué haces aquí?

—Me esperaba una bienvenida más bonita, la verdad. Para empezar, un abrazo, un beso, un “te echaba de menos”. En lugar de eso, me agarras del brazo como si fuera tu enemigo —dijo señalando mi mano, que todavía agarraba su brazo con fuerza.

—Oh, lo siento, Val —y acto seguido la solté—. A veces me cuesta controlar mi fuerza. Me alegro de que estés aquí, te echaba de menos y... —hice un repaso a su cuerpo—, estás muy guapa con ese vestido. Pero, aun así, me gustaría saber por qué estás aquí y por qué no me has avisado de que venías.

—Demasiadas exigencias... ¿Y mi beso?

Le sonreí, cuando quería era muy traviesa.

—El beso después de que me expliques tu presencia.

—Sí, señor juez, le explicaré mi presencia cuando me plazca, pero ahora mismo no tengo intención de hacerlo. Su tono mandón y controlador no es muy alentador y, para ser franca, no tengo ganas de hacerlo —dijo dándose la vuelta y acto seguido comenzó a caminar en dirección contraria.

Sonreí a pesar de que no me estaba viendo, era una actriz espectacular.

—Ven aquí, *my kitten* —dije agarrándola de la mano, aunque esta vez con más suavidad.

No me impidió que la envolviera entre mis brazos y la besara. Después la miré a los ojos, no estaba enfadada, pero sabía que a veces no soportaba cuando me ponía tan mandón.

—Ahora, mi bella dama, dígame cómo puedo recompensarla por mi comportamiento mandón y controlador, haré lo que me pida, cualquier cosa.

Sonrió traviesa.

—*Mmm*, siempre he querido hacer el amor en un árbol, ¿haría eso por mí?

—Seguro que la señora gata no se ha dado cuenta de con quién está hablando. Los perros preferimos pisar tierra firme, sobre todo para satisfacer a una dama, en un árbol dudo que pudiera satisfaceros como os merecéis.

—Me han gustado sus sinceras palabras, está bien, lo haremos en tierra firme. Pero quizá a usted no le moleste que me suba a esta rama, ¿verdad? Usted no tendría que trepar en absoluto.

—Sí, en esa rama estaría bien, muy bien —dije subiéndola yo mismo y levantándole el vestido.

Le acaricié los muslos mientras la besaba y comencé a desabotonarle el vestido. Ese vestido corto era un peligro, lleno de botones de arriba abajo. Era una gata tan bella, tan suave, que su olor conseguía atraparme sin remedio. No fue un acto lento, pero la conversación que habíamos tenido nos había excitado a los dos. Justo cuando habíamos terminado, supe que la rama iba a partirse en dos y cogí a Val en mis brazos antes de que se cayera al suelo.

—Vaya..., menudos reflejos. ¿He roto yo la rama? —preguntó Val.

—Con lo poco que pesas eso no sería posible. No te sientas culpable, estaba completamente seca.

—Ahora, señor juez, le explicaré mi presencia en Linares. No, ahora en serio, hemos venido todos porque la abuela de Cris y Álvaro ha muerto.

—Oh, pobre Cris. ¿Cómo está?

—Los dos están tristes —puntualizó Val, no solía incluir a Álvaro en mis pensamientos—. Era la única familia que les quedaba.

—¿Y su tío?

—No están unidos, ni siquiera saben si vendrá al entierro.

—¿Cuándo es?

—Mañana. Por cierto, Hans, he notado que Álvaro y tú os lleváis mejor que antes. Gracias, estoy segura de que te estás esforzando para que sea así.

—Por ti haría lo que fuera —dije posándola sobre el suelo.

Me sonrió y me cogió de la mano mientras nos alejábamos del bosque.

—¿Qué tal se ha tomado tu madre lo de nuestra boda?

Tragué saliva, no tendría más remedio que confesárselo.

—Verás, Val, todavía no se lo he contado, pensaba hacerlo esta noche.

Val me miró con cara de reproche, pero luego sonrió.

—Tengo que confesar que yo tampoco se lo he dicho todavía a la mía. Quizá sea una señal para que se lo digamos juntos. ¿Qué te parece? Además, tus padres nos han invitado a cenar.

Lo único que temía era que mi madre se lo tomara tan mal que pudiera hacer daño a Val en un arrebato, pero si estaban presentes Carla y



Eugène, mi madre no podría estallar y Val no estaría en peligro. Además, no permitiría que nadie le hiciera daño, ni siquiera mi madre.

—De acuerdo, Val. Lo haremos juntos.

Nos alejamos del bosque agarrados de la mano y sonriéndonos a pesar de estar algo nerviosos por la perspectiva de que, en un rato, les daríamos a nuestros padres la gran noticia.

—Mira, Hans, el señor Martín —dijo Val señalando a uno de los vecinos del pueblo—. ¡Señor Martín! ¿Cómo está?

El rostro del señor Martín mostraba desconcierto.

—Muy bien, ¿y vosotros? ¿Qué tal en Estados Unidos? No sabía que hubierais vuelto.

—Hemos venido tan solo por unos días —comentó Val.

—Te..., te veo muy delgadita, Val, y muy guapa. Bueno, me alegro de haberos visto. Adiós.

Cuando se alejó lo suficiente, estallé en una risa incontrolable, me había costado mucho reprimirla.

—¿Se puede saber por qué te ríes? —me preguntó Val curiosa a la vez que sorprendida.

—No dejaba de mirarte la cintura, sus ojos estaban clavados en ella. ¿No te has dado cuenta?

—No. ¿Y qué tiene de gracioso?

—Val, la gente del pueblo piensa que a estas alturas estás embarazada de más de seis meses.

—Oh, las habladurías...

—Sí, exacto. Ahora ya sabes lo que pensarán.

—Que se equivocaban con lo del embarazo.

—No, que has perdido el niño.

### **-3. Eugène. Los encantos de Claude**

*Universidad de la Sorbona (París), junio 1925*

—¿Has leído el artículo de Le Corbusier? —preguntó mi compañero Edouard visiblemente entusiasmado.

—No estoy seguro... —comencé a decir pero me interrumpió moviendo la revista *L'Esprit Nouveau* en el aire.

—Es fantástico, habla justo de lo comentábamos el otro día y me gustaría verlo contigo —la abrió para mostrarme el artículo en cuestión.

—Ahh, sí, creo que lo leí, estuve en la conferencia el año pasado cuando estuvo en la Sorbona.

Me miró sorprendido.

—¿En serio? Guau..., qué suerte Eugène.

A mí no me parecía tan impresionante, pero no le dije nada en vista de lo emocionado que estaba.

—Ahí viene tu hermano Claude —comentó mi compañero con cara de fastidio.

Me reí para mis adentros, Claude provocaba rechazo entre los de su mismo sexo, pero ellos no le entendían. Claude no podía evitarlo, seducía a las mujeres a veces con tan solo mirarlas, y si les hablaba, el efecto era todavía peor, aunque todo aquello había comenzado hacía apenas un año. En esos momentos tenía veintidós, y sabía perfectamente no solo controlarlo, sino incluso potenciarlo. En realidad, comprendía perfectamente que no tuviera muchos amigos, aunque tampoco le hacían falta, puesto que para eso estábamos sus hermanos, Edmund y yo. Los tres vivíamos juntos en París,

aunque desgraciadamente Edmund terminaba sus estudios ese año y nos temíamos que no le veríamos tan a menudo cuando comenzara a trabajar.

—¡Hermano! Hola, Edouard, un placer volver a verte —dijo Claude mirando a mi amigo. Luego, se volvió hacia mí ignorándolo por completo—. Eugène, hoy es viernes, o sea que salimos a celebrar... ¿Qué podemos celebrar? —preguntó apoyando su mano en la barbilla en posición de pensador.

Edouard se alejó cabizbajo hacia el edificio principal, supuse que al comprobar que no le prestábamos demasiada atención.

—¡Ya lo tengo! Hoy es tu santo, ya tenemos excusa para salir a cenar, si es que alguna vez la hemos necesitado —y dicho eso, soltó una carcajada.

—Hoy no puedo, Claude, tengo que hacer una visita —contesté y comencé a caminar en dirección opuesta a la universidad.

—¿A quién? Si es a una dama, voy contigo, necesitarás ayuda para conquistarla, a ti no se te da nada bien, hermano.

—Por supuesto, Manet, nadie tiene tu potencial para conquistar mujeres, pero si no lo he hecho todavía, no es porque no se me dé bien, sino porque todavía no he encontrado ninguna lo suficientemente interesante como para que me involucre.

—¡Bobadas! Con las mujeres no hace falta involucrarse en absoluto, si le atraes y ella a ti, pues a disfrutar del amor. ¿O es que quieres casarte con la primera mujer que te interese?

—Puede ser, no lo sé, te lo diré cuando la conozca.

—Eugène, Eugène, eres muy ingenuo, primero disfruta del amor, pero sin involucrarte. Gracias a mí no eres virgen, pero eres casi virgen, porque haberte acostado con una sola mujer..., no sé, no lo veo suficiente.

—Ya basta, Claude. Ahora tengo que irme.

—¿A dónde? ¿No irás a dejarme solo?

—Ven si quieres, pero voy a trabajar.

—¿A trabajar? Que poco apetecible, pero te acompañaré. ¿A dónde vamos? —preguntó mientras me seguía calle arriba.

—Voy a ver una casa.

—¿Te vas a comprar una casa? Si ya tenemos una, además un apartamento lujoso en el mejor barrio de París.

—Es tan solo un negocio. Eso hago, ya te lo dije hace unos meses, pero como no tiene nada que ver con mujeres, no me escuchas. Busco oportunidades para comprar casas baratas, lo importante es encontrar el momento oportuno.

—¿Y después?

—Las reformo y las vendo por un precio..., digamos bastante superior.

—¿En serio? Eres muy inteligente, Eugène, eso tengo que admitirlo; pésimo con las mujeres, pero con el dinero eres un gigante.

Le ignoré, a veces tenía que ignorarle, ya que mi hermano podía ser bastante abrumador, por no decir agotador, pero era mi hermano y le quería, a pesar de sus defectos. Anduvimos durante escasos minutos en silencio, ya que Claude no podía mantener la boca cerrada durante demasiado tiempo. Aunque en realidad yo no le escuchaba, estaba concentrado en no perdernos por ese barrio desconocido. Sabía que Claude no prestaba ninguna atención al camino que estábamos tomando, nunca se fijaba, por eso muchas veces se perdía por París como un niño pequeño.

—¿Qué barrio es este? ¿No será aquí donde piensas comprar una casa? —preguntó con tono decepcionado—, es un barrio poco lujoso.

—Pero lo será, dentro de poco tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está cerca del centro, y por si no te has dado cuenta, la población de París crece a marchas forzadas; en unos años, este barrio formará parte del centro de la ciudad.

—Yo no compraría aquí una casa ni muerto, pero tú verás lo que haces. Y por cierto... ¿de dónde sacas el dinero para comprar casas?

—Papá es mi inversor número uno, pero para esta casa en concreto no necesitaré dinero.

—Yo no veo el negocio en esto, te gastas el dinero que has ganado con la anterior casa para comprar otra.

—Tú céntrate en las mujeres, y yo lo haré en los negocios. Lo que estoy haciendo se construye poco a poco, tú no tienes paciencia para hacer algo así.

—Por supuesto que no, eso sería como tener que enamorar a una mujer durante meses. Hay hombres que lo hacen, pero eso es agotador, acabaría con mi paciencia.

—Lógico, no la tienes.

Me miró alterado, como si le sorprendiera que me metiera con su paciencia.

—Y además a ti no te hace falta —añadí.

—Quizá tengas razón —dijo algo más convencido.

No tardamos demasiado en llegar. El edificio, o más bien la casa, era

de muros de piedra al descubierto, sencilla pero a la vez moderna, y tenía un pequeño jardín a su derecha. Estaba un tanto destartada, se notaba que no habían invertido en ella durante muchos años. Necesitaba una reforma urgente, pero a mi juicio era una casa con muchas posibilidades, se podrían hacer muchas cosas para mejorarla y aprovechar la luz del sol.

—¡Es horrible! Tendrás que trabajar como un negro —exclamó Claude mirando la fachada.

—No te creas, pero será divertido; si quieres, puedes ayudarme.

—No gracias. No cuentes conmigo, prefiero ocuparme de los perfumes o de ir al teatro.

—Ya, por eso has elegido una carrera tan práctica.

—Reconozco que no es práctica, pero es lo que me gusta, la literatura, los libros, la filosofía, divagar, pensar.

—Ya, ya, por eso yo he elegido justo lo contrario, una carrera con un fin objetivo, construir casas.

—Todos sabíamos a qué te dedicarías, desde pequeño siempre has estado dibujando casas y edificios. Menudo aburrimiento.

—Y tú, ¿qué harás cuando acabes de estudiar?

—No lo sé, quizá siga ayudando a mamá con los perfumes, la verdad es que me gusta mucho.

No sabía si realmente le gustaba el mundo de los perfumes o que el mundo de los perfumes estaba lleno de mujeres, de cualquier manera ambas cosas se le daban bien.

—Sí, eres el único, aparte de ella, que tiene talento con ese asunto.

—O quizá me dedique a escribir obras de teatro, todavía no lo sé.

Papá y mamá se empeñaron en que estudiáramos una carrera, pero no me dijeron que eligiera algo útil, he elegido lo que me hace feliz.

—Suerte que no existe una carrera que se llame “Antropología de la mujer”; si la hubiera, serías el único estudiante.

—Muy gracioso, y no sería el único, eso te lo aseguro. La mujer es un auténtico misterio, pero solo para los humanos y las criaturas sin la habilidad que tengo yo; de hecho, debo ser de los pocos que saben siempre lo que quieren escuchar las mujeres.

—Quizá algún día te encuentres con alguna con la que no te sirva tu habilidad.

—¡Ja! Estás celoso.

—¿Yo? No, me parecería aburridísimo conquistar a las mujeres sin esfuerzo, eso no es nada divertido, es mucho más interesante enfrentarse al misterio de lo desconocido.

Se rio muy fuerte pero no dijo nada.

Llamé a la puerta y esperamos un rato hasta que se abrió. La penumbra era tal que casi no distinguí los rasgos de la mujer que nos hizo pasar al interior, de hecho tardamos un poco en acostumbrarnos a la falta de luz. Cuando lo hice, descubrí frente a nosotros a una mujer un poco más mayor que nosotros, aunque no demasiado, era elegante y hermosa.

—Disculpe, ¿es usted la señora Tzara?

—En realidad es señorita Knutson, pero puedes llamarme Greta.

—Ah, perdone, pensaba que era Tzara.

—Bueno, ese es el nombre de mi futuro marido, se le conoce con ese pseudónimo.



—Sí, he oído hablar de él —comenté sin demasiado entusiasmo.

Su futuro marido era un escritor que formaba parte de un movimiento muy revolucionario llamado dadaísmo, un movimiento literario y artístico en contra de los convencionalismos, era una especie de anti-arte moderno. Claude se mantenía a distancia sin abrir la boca, algo poco habitual en él. Seguramente se habría hecho a la idea de que la señorita Knutson sería pobre y viviría en la miseria, nada más lejos de la realidad. Había olvidado comentarle que la misión de aquel día era diferente de mis actividades habituales y que Greta era una mujer distinguida, aunque solamente había que fijarse en sus ropas, vestía un traje blanco de dos piezas de gran calidad. De hecho, si no me equivocaba, el modelo que llevaba era de Chanel.

—Esta es la casa que a tu marido le gustaría reformar, ¿no es así?

—Así es. Me gustaría que la examinaras y me presentaras una propuesta de reforma para la semana que viene. Te advierto que Tristan tiene en mente otro arquitecto, pero me gustaría darle una oportunidad a un estudiante joven y con talento.

—¿Cómo has llegado a saber de mí?

—Conozco al director del departamento de arquitectura de la universidad de la Sorbona. Él te recomendó.

Era cierto, el director, el profesor Moço, estaba al tanto de mi habilidad para reformar casas antiguas.

—De acuerdo, Greta. Daré una vuelta para hacerme una idea. Será más bien un boceto, sin medidas exactas, lo que te podré presentar la semana que viene.

—Bien, date una vuelta por la casa. ¿Y tú quién eres? —preguntó Greta mirando a mi hermano.

—Soy Claude Chatte, su hermano, para servirla, señora Knutson —le dijo dándole un beso en la mano.

Si la besaba era porque se había dado cuenta de que no era una mujer pobre, a Claude no le gustaba la pobreza ni nada que se relacionara con ella. Subí la escalera que llevaba al piso superior sabiendo que mi hermano la tendría en sus manos cuando volviera abajo.

Enseguida me hice una idea de lo que quería hacer con aquella casa, la haría luminosa, con grandes ventanales; me gustaba la luz natural y en esos momentos era una casa escondida tras la penumbra. Cuando me encontraba recorriendo la segunda planta, oí un llanto, suave y femenino. No pude evitar seguir el rastro del sonido por la escalera hasta que lo localicé en la quinta planta. Una joven muy hermosa estaba llorando mientras miraba por una de las ventanas.

—Disculpe madame, no sabía que hubiera alguien aquí. ¿Está usted bien?

Se giró sorprendida por mi intrusión. ¿Quién sería aquella joven tan hermosa de cabello rubio y ojos azules?

—Sí —dijo secándose los ojos rápidamente—. Pero no me hables de usted, me hace sentir mayor. ¿Quién eres?

—Eugène Chatte, para servirte.

—Sophie Sartre. ¿Has venido a ver la casa?

—Sí, me han pedido que haga un boceto para la reforma.

Ese comentario no pareció hacerla feliz.

—¿Qué sucede?

—Esta casa era..., es de mi familia, pero esa señora la va a comprar.

—Ah, ¿la has puesto en venta?

—No, jamás haría algo así, pero estoy desahuciada, la casa es del estado ahora y la han puesto en venta.

Dios mío, eso era lo que hacía yo casi siempre, comprar casas que vendía el estado a buen precio.

—¿Tienes a dónde ir?

Negó con la cabeza y eso hizo que se me encogiera el corazón.

—¿Algún familiar?

Volvió a negar con la cabeza.

—Mis padres murieron en la guerra y mi hermano murió hace unos meses. Él trabajaba y yo no he podido encontrar nada, de modo que...

—¿Cuándo tienes que marcharte?

—En cuanto se haga efectivo el pago.

—¿Y el estado no se hace cargo de ti?

—No, soy mayor de edad, tengo dieciocho años, si fuera menor sí lo harían.

Cogí una pluma y papel de mi maletín y le escribí mi dirección.

—Toma, por favor, cuando compren la casa, ven a verme, intentaré buscar algún sitio para ti.

Por alguna razón no quería dejar sola a aquella mujer tan bonita y delicada a merced de su destino en una ciudad tan peligrosa como París, por lo menos por la noche lo era. Podría pasarle cualquier cosa. Lo tomó en sus manos con timidez.

—Lo harás, ¿verdad? —insistí.

Asintió.

—Hasta la vista, Sophie.

Se quedó mirándome en silencio. Cuando me encontré de nuevo en la planta baja y nos despedimos de mi nueva clienta, ya me había olvidado de la reforma, en ese momento tan solo había lugar en mi mente para Sophie. Vendría mañana a verla, y pasado mañana, vendría todos los días hasta que vendieran la casa.

—¿Qué te pasa Eugène? —me preguntó mi hermano de camino a casa —. Te noto distraído.

Claude sería la última persona a la que confiaría mis sentimientos, le daría una razón para atormentarme o darme consejos sobre cómo conquistarla, y aquello se me antojaba insoportable. De modo que expliqué que estaba dibujando bocetos en mi cabeza; hizo un aspaviento con la mano, como alegando que había perdido el juicio, y quizá lo había perdido, pero sería la primera vez que lo hacía por una mujer.

Al día siguiente fui caminando hasta la futura casa de Tristán Tzara, sin embargo nadie abrió la puerta. Reanudé la marcha hacia mi casa malhumorado, sin dejar de preguntarme dónde podría haberse metido aquella mujer. Unos metros más allá, capté su inconfundible aroma, no podía creer que la mujer que estaba tumbada sobre el banco del parque y tapada con su propia capa fuera Sophie. Por un momento llegué a pensar que mi olfato se había confundido, pero su pelo rubio la delató. Además, aquel delicioso aroma no podría ser de nadie más. Me senté con sumo cuidado junto a ella, para un gato era fácil pasar desapercibido. No estaba seguro de cómo despertarla sin ser descortés, de modo que le rocé la mano suavemente. Sophie pegó un brinco y se alejó de mí como si fuera un asaltante.

—Sophie, soy yo, Eugène Chatte, me conociste ayer en tu casa.

¿Recuerdas? ¿Qué haces en la calle?

Su rostro se fue relajando al reconocirme.

—Ayer tuve que marcharme.

—¿Ayer por la noche? Oh, Dios mío. ¿Has pasado la noche aquí?

Asintió. Me sentí fatal por ello, aunque no sabía por qué razón, ella no era mi responsabilidad y yo no había comprado la casa, pero esa mujer, la señorita Knutson, no se había portado nada bien.

—Lo siento mucho, ¿por qué no fuiste a buscarme?

—Pensaba ir hoy, me daba miedo perderme por las calles de París de noche y este parque es muy tranquilo.

—Hiciste bien. ¿Quieres venir conmigo?

Me miró durante unos segundos indecisa, como evaluando si podría fiarse de mí, y no se lo reprochaba, podría ser un asesino.

—Sophie, te prometo que no te voy a hacer ningún daño, de hecho, si quieres, te llevo a mi casa y te dejo dormir, porque sé que no has pegado ojo en toda la noche, y yo me marcharé de casa, te dejaré sola para que te sientas segura. ¿Te parece bien?

Asintió y se levantó del banco. A pesar de ser verano, la mañana era fresca, de modo que me quité la chaqueta y se la coloqué suavemente sobre los hombros. Estaba seguro de que había pasado mucho miedo durante la noche y yo no me perdonaba el hecho de no haberla llevado conmigo el día anterior. Había sido un estúpido.

—¿Alguien ha intentado hacerte daño esta noche? —Necesitaba saberlo.

—No —dijo sonriéndome con timidez—. Gracias Eugène, eres un

caballero.

Recogí su pequeña maleta y nos encaminamos hacia mi casa. Por el camino recordé feliz que Claude tenía planes con una dama —según él para desayunar, aunque ambos sabíamos que harían algo más que desayunar—, con lo que estaba seguro de que no le vería en todo el día. Acomodé a Sophie en la habitación de invitados después de asegurarme de que no tenía hambre, y abandoné el piso como le había prometido.

A pesar de que estaba deseando volver a verla y hablar con ella, tardé horas en volver a casa y me entretuve perdiendo el tiempo por la ciudad, por suerte hacía un día maravilloso de verano. Antes incluso de meter la llave en la cerradura, distinguí el aroma de mi hermano y no pude evitar sentirme contrariado, ansiaba el encuentro con Sophie a solas, y no con mi hermano de por medio; además, esperaba que no la hubiera asustado, pero sobre todas las cosas esperaba, o más bien rezaba, para que no la hubiera seducido.

—¡Eugène! —exclamó mi hermano—, ¿dónde estabas? —me increpó nada más atravesar la puerta principal.

—¿Dónde está ella —exigí.

—¿Te refieres a la bella dama? Por cierto, ¿de dónde ha salido?

—¿Dónde está, Claude? ¡No la habrás despertado! —le reproché usando su primer nombre, y por esa razón mi hermano supo que no estaba para bromas.

—Tranquilo, Eugène, cuando entré en casa la desperté sin querer, es posible que diera un portazo, ya sabes cómo soy de ruidoso. De modo que de pronto me encontré con la mujer más bella que había visto en años y pensé: “por fin mi hermano se ha decidido a acostarse con una mujer”. Tengo que reconocer que te envidié. ¡Dios, esa niña es preciosa!

—Y no la vas a tocar, ¿te enteras? Ella no es de la clase de mujeres a las que estás acostumbrado, tan solo tiene dieciocho años.

—Te sorprendería saber cuánto saben algunas mujeres de esa edad.

—No, Sophie no es de esas, y ni se te ocurra seducirla. ¿¡Lo has entendido!?! —le avisé antes de comenzar a recorrer la casa en su busca.

—¿Seducirla? Menudo concepto tienes de mí —pero al ver la cara de incrédulo con la que le estaba mirando, añadió—. Tranquilo, no he hecho nada. Tan solo le pregunté si quería desayunar y le preparé algo de comida, estaba muerta de hambre. ¿De dónde la has sacado?

—¿Dónde demonios está? —no se encontraba donde la había dejado y comenzaba a sentirme ansioso.

—Relájate, estás hecho un manojo de nervios. Le propuse que se diera un baño y ha aceptado con gusto. Le he prestado algo de ropa de mamá; y ahora... ¿me vas a contar de dónde la has sacado?

Suspiré antes de comenzar el relato, y lo hice a regañadientes, sin darle muchos detalles de lo que había sucedido y, justo cuando estaba terminando mi historia, la puerta del baño se abrió. Era tan bonita que Claude y yo nos quedamos sin habla. La falda negra de mi madre y aquella chaqueta blanca entallada le daban un toque muy distinguido —mi madre era la mujer más elegante que había conocido—, a pesar de que le quedaba un poco más larga de lo necesario, mi madre era una mujer muy alta.

—¿Por qué me miráis así? No me queda bien, ¿verdad? —preguntó mirándose algo decepcionada.

—No, no, estás... —Claude, que tenía mucha más facilidad de palabra que yo, terminó la frase por mí.

—Querida..., estás tan sumamente bella que nos hemos quedado

hipnotizados. Ninguna mujer podrá brillar a tu lado.

Sophie sonrió satisfecha, aunque con claras muestras de timidez.

—Bueno, esto hay que celebrarlo. Eugène —mi hermano me miró directamente—, tenemos que sacar a esta bella dama por París. ¿Qué os parece ir a ver una obra de teatro? Estrenan *Tripes d'or*, de Crommelynck, después podemos ir a cenar a uno de esos barcos sobre el Sena, te gustará Sophie.

Ese fin de semana no hicimos otra cosa más que entretener a Sophie; la llevamos a pasear por los Campos Elíseos y a las galerías Lafayette, donde aprovechamos para comprarle algo de ropa. Además, el buen tiempo nos acompañó en todo momento. Claude y yo competíamos por su atención y aquello parecía confundirla, a veces nos miraba preocupada, sin saber a cuál de los dos darle la razón o a quién de los dos contestar primero.

Por supuesto, me olvidé por completo de aquellos bocetos que había prometido preparar; por un lado no quería dejar a Sophie a solas con mi hermano, no me fiaba de él, y por otro, no me gustaba que la señorita Knutson hubiera dejado a Sophie en la calle. Poco después me enteré de que la remodelación se la habían encargado a Adolf Loos, un arquitecto austriaco al que, lógicamente, había elegido su marido, Tristan Tzara. Era consciente de que había perdido una gran oportunidad y, sin embargo, no me importaba, después de todo tenía escrúpulos.

—¿Te sientes a gusto con nosotros?

Por primera vez Sophie y yo estábamos a solas desayunando en casa. Claude, muy a su pesar, había tenido que ir a la universidad para presentarse a su último examen. No tenía ni idea de qué pensaba Sophie sobre mí, sobre nosotros, y no podía evitar preguntarme constantemente qué pasaría por su mente. Daría lo que fuera por ser capaz de leer la mente de las personas,



aunque no como hacía Claude, él solamente adivinaba lo que quería oír cada mujer, pero yo quería saber mucho más.

—Sí, Eugène, sois encantadores y unos auténticos caballeros. Pero...

—¿Pero?

—A veces pienso que en algún momento me pediréis algo a cambio.

Su comentario me dolió, haciendo que me levantara bruscamente de la mesa; sin embargo, intenté controlar mi enfado, no quería que salieran mis uñas retráctiles delante de ella, si hacía eso, desaparecería de mi lado para siempre.

—¿Pedirte algo a cambio? No sé a qué te refieres Sophie, pero eres libre de irte en cualquier momento, no lo dudes. No eres una prisionera, sino una invitada. Puedes irte ahora mismo si así lo deseas.

Me miró un poco asustada, como si no se hubiera esperado aquella reacción.

—Aunque lamentaría que te fueras —añadí.

—¿De verdad, Eugène? —preguntó recobrando la seguridad.

—Sí, lo lamentaría mucho, pero te prometo que jamás te pediremos nada a cambio, puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras. De hecho, te iba a preguntar si te apetecería venir con nosotros a ver a mi familia.

—¿A dónde?

—A la Provenza, la alta Provenza. Mis padres están allí y siempre vamos a pasar el verano con ellos. Tenemos plantaciones de lavanda y ahora es época de cosecha, siempre nos juntamos todos para ese momento.

—Pero... ¿qué dirán tus padres sobre mí? Quiero decir...

—Oh, no te preocupes por ellos, te aceptarán, y mi hermano Edmund y mi hermana Helena también.

—No sabía que tuvieras tantos hermanos.

—Edmund es el mayor y Helena es la única mujer, aparte de mi madre, claro.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi madre hace perfumes, unos perfumes maravillosos y bastante famosos, habrás oído hablar de *Fleur de Irina* o *Terre du lavande*.

—¡No puedo creerlo! *Fleur de Irina* era el perfume que usaba mi madre. ¿De verdad los hace tu madre?

—Sí, y Claude tiene su talento, él tiene olfato para los perfumes.

—¿Tu padre también se dedica a eso?

—No, mi padre no tiene olfato, ni yo tampoco. Dios..., si él hiciera un perfume, a saber lo que saldría —dije sin poder evitar reírme al imaginarme a mi padre entre las esencias de mi madre—. Él es médico, pero en realidad lo que más le gusta es esconderse en su laboratorio y hacer experimentos.

—¿Experimentos?

—Oh, cosas de científicos, mi hermano Edmund a veces le ayuda, a él le gustan esas cosas también.

—Entonces, tú eres la oveja negra.

—¿La oveja negra?

—Sí, te gusta algo totalmente diferente a tus padres y tus hermanos, la arquitectura.

—Es posible que tengas razón, debo ser la oveja negra.

—¿Y qué hay de tu hermana?

—Mi hermana..., ella es muy especial, la más especial de todos.

—¿Por qué?

—Ya lo verás con tus propios ojos. Eh, Sophie, si no quieres venir, puedes quedarte aquí, en nuestro piso, pero me gustaría mucho que vinieras con nosotros. Digné es precioso, te gustará.

Se quedó pensativa por un momento y después me sonrió.

—Iré, me gustaría conocer a tu familia.

Le sonreí y recordé algo que me había dicho mi padre en una ocasión.

«—Hijo, cuando tengas delante a la mujer con la que quieres compartir el resto de tu vida, es posible que al principio quieras engañarte a ti mismo y no reconocer los sentimientos que te produce, pero hay algo que ayuda mucho si tienes la menor duda; la distancia; bueno, y algo más..., algo incluso mucho más clarificador, verla junto a otro hombre que la desea tanto como tú. Espero que no necesites probar ninguna de esas dos cosas, pero si no tienes más remedio, no te recomiendo que estés demasiado tiempo lejos de ella, te la puede quitar otro y no sabes lo horrible que es eso».

Decididamente no quería probar ninguna de esas dos opciones, ni la de separarme de ella ni la de que la deseara otro hombre, pero mucho me temía que tendría que enfrentarme a la segunda, y de hecho bastante rápido. Claude la deseaba tanto como yo, y no podía olvidar que él era un encantador de mujeres.

## **-4. Émile. Los dos teníamos razón.**

### *De camino a Digné, noviembre 1903*

El traqueteo del tren hizo que Edmund se durmiera en mis brazos. A pesar de que me hacía daño tenerlo dormido sobre mí —aquellos gatos me habían dado una buena paliza —, sentirle cerca me producía sosiego. En realidad tenía razones para sentirme feliz, Irina y Edmund estaban bien y cada vez nos encontrábamos más lejos de París y del profesor Miró.

Irina me miraba expectante. La conocía demasiado bien y, a pesar de que debía estar agotada, sabía que no se iba a dormir hasta que le contara lo que nos había hecho huir tan apresuradamente de Lille.

—Te advierto que todavía estoy confuso con lo que ha pasado —le dije en un tono de voz normal, a esas horas no había ni un alma en el vagón y no era necesaria una conversación de criaturas.

—Ajá, te escucho.

—Creo que todo tiene que ver con la investigación que estaba llevando a cabo..., sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros? —obviamente Irina estaba confusa, no le había mencionado nada sobre ello.

—Sí, quiero averiguar en lo que nos hemos convertido, por eso os pido muestras de saliva constantemente.

—Oh, me preguntaba para qué lo necesitabas.

—Quiero saberlo todo sobre nosotros, sobre Edmund y sobre nuestra futura hija.

Irina iba a protestar al respecto del sexo de nuestro inminente hijo,

pero al final decidió callarse.

—Y tengo que reconocer que he descubierto algo asombroso. He continuado el estudio donde lo dejó Friedrich Miescher y él tenía razón, pero él no llegó a saber nunca la envergadura de su descubrimiento. He descubierto una secuencia de moléculas cuya unión en espiral contiene información genética sobre nosotros.

—Émile... —me interrumpió Irina—, no tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

—Perdona, intentaré explicártelo de forma que lo entiendas —respiré hondo—. En nuestro cuerpo tenemos unas moléculas que contienen información sobre nosotros; nuestro color de pelo, nuestros ojos, y estas moléculas las reciben nuestros hijos, la mitad del hombre y la mitad de la mujer, aunque esto tendré que comprobarlo cuando nazca nuestra hija, pero estoy completamente seguro de que es así.

—¿Te refieres a que en nuestro cuerpo está toda la información sobre nosotros?

—Sí, exacto. Nadie había llegado a esta conclusión y, aunque te parezca una tontería, lo que he descubierto es muy importante. Para que te hagas una idea, nos ayudará a saber si una enfermedad hereditaria la va a heredar nuestro hijo o no. Pero bueno, en realidad lo que me interesa a mí de todo esto no es encontrar nuestras enfermedades genéticas, aunque por supuesto, si lo encuentro, será muy útil.

—¿Entonces?

—Intuyo que nuestra parte de gatos ha podido influir en cómo somos y quiero profundizar en ese aspecto. Llevo meses estudiando una célula cancerígena y he descubierto que nunca muere. Esa mitosis...

—Émile... —volvió a interrumpirme—, has vuelto a hacerlo, ya me he vuelto a perder.

—Verás, he cogido una célula cancerígena, ¿de acuerdo? Una célula que tiene un tumor mortal y he descubierto que la secuencia del ADN de esa célula nunca muere, es inmortal, ya que no tiene ningún error genético, nunca degenera. Sin embargo, una célula normal, que no es cancerígena, sí lo hace.

Irina me miraba cada vez más confusa y era lógico, lo que le estaba contando ni le interesaba ni le resultaba fácil de comprender, y en realidad podía entenderla, a mí me sucedía lo mismo cuando Irina me hablaba sobre las mezclas que realizaba para crear un nuevo perfume, me sonaba a chino.

—Pues bien, después de comparar el ADN de una célula normal y una cancerígena, y después de secuenciar el ADN de las dos, he encontrado sus diferencias y, al mismo tiempo, dentro de esa diferencia he encontrado la secuencia del ADN de la célula cancerígena que la hace ser longeva.

—¿Eso qué significa?

—Pues que cuando lleguemos a Digné y me haga con el material científico que necesito, tengo que intentar buscar esa secuencia en nuestro ADN.

—¿Por qué? ¿Qué sospechas? ¿Crees que somos longevos? —la verdad es que no lo hacía nada mal, después de todo seguía muy bien lo que le estaba contando.

—No lo sé todavía, es pronto para decirlo, pero es posible.

Miré por la ventana, era noche cerrada y el tren avanzaba alejándonos cada vez más de París y eso me hacía sentir menos ansioso.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la paliza que te han dado esos hombres?

—¿Te acuerdas del profesor Miró?

—Sí. Ese hombre encantador y tan elegante que estuvo en nuestra boda.

—Sí, encantador... —repuse sarcástico—. Por lo visto, no es quien yo pensaba, lleva meses espíandome, sabe perfectamente cada paso que he dado. Resulta que el laboratorio es suyo y, además, creo que es una especie de medio animal como nosotros, aunque diferente.

—¿A qué te refieres con diferente?

—No tiene ningún olor a gato, pero él sabe lo que somos nosotros tres y parece tener las mismas capacidades auditivas y olfativas que nosotros. Verás, él quería destruir todos los apuntes que tenía sobre este descubrimiento. Me dijo que esto no podía salir a la luz y que tenía que dejar de investigar sobre nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere que investigues si él es lo mismo que nosotros?

—Eso es lo que no entiendo. Hay algo que le da miedo que descubra, pero él mismo me confesó que yo había llegado a una conclusión asombrosa, que él nunca había podido llegar tan lejos. Con lo cual no sé por qué tiene miedo de que este descubrimiento salga a la luz. En definitiva, me ha amenazado, no a mí, que eso no me importa, sino que ha amenazado con hacerte daño a ti, y eso no puedo permitirlo. Por eso hemos huido.

—¿Por qué no le dijiste simplemente que no seguirías investigando? De ese modo no estaríamos en peligro, ¿no?

—No lo creo, Irina. Tenías que haber visto a esos matones gato que venían con él. De hecho, creo que su intención era matarme allí mismo, pero conseguí huir sin que lo consiguieran. Su intención no era darme un aviso, su

intención era destruir mis pruebas y hacerme desaparecer.

Irina me miró horrorizada y se sujetó su hinchada barriga con ambas manos, como si temiera perder al bebé.

—¿Te habrían matado? Ahora lo entiendo...

—¿El qué?

—Mi reacción. Me desperté sudando y preocupada por ti. Presentí que te pasaba algo malo y a Edmund le pasó lo mismo.

—¿En serio? Eso es muy interesante.

—Émile, tienes pensado seguir investigando, ¿verdad? —me miró preocupada.

—Por supuesto que pienso seguir investigando. Esa es otra de las razones por las que nos vamos a Digné. Allí nadie nos encontrará. Ellos no saben nada sobre ti, ni sobre esa casa.

—¿Nunca le hablaste al profesor de Digné?

—No, sabe que tú tenías una casa en el campo, pero no sabe dónde. Es imposible que nos encuentren. Y, por si acaso, he decidido que nos vamos a cambiar de apellido. A partir de ahora dejaremos de ser los señores Declerq y pasaremos a llamarnos los señores Chatte.

—Chatte. Me pregunto por qué habrás elegido precisamente ese apellido —comentó con ironía—. Pero la gente del pueblo te conoce.

—No, no se acordarán de mi apellido, solo me llamaban el tutor de Irina. Los únicos que lo saben son la familia de Jean Paul, y ellos se fueron del pueblo.

En verano nos enteramos de que la familia de Jean Paul había abandonado Digné y se habían ido muy lejos intentando olvidar la muerte de



su hijo y primer marido de Irina.

—Pero Émile..., has perdido todos tus apuntes sobre lo que has descubierto, ¿cómo vas a poder seguir investigando?

Tenía razón, pero solo en parte. Le sonreí antes de introducir la mano en mi maletín para sacar satisfecho un cuaderno de apuntes. Ella no lo sabía, pero en ese cuaderno no solo se encontraban recogidas las conclusiones sobre mi descubrimiento, sino que también tenía una especie de diario de cuando nos habíamos conocido. No tenía intención de enseñarle lo que contenía el cuaderno, era demasiado personal, además de demasiado vergonzoso como para compartirlo con mi mujer.

—Aparte de que lo tengo todo en mi cabeza, siempre hago dos copias de todo, nunca se sabe lo que puede pasar. Tengo todo lo que necesito aquí mismo —le expliqué señalando aquel cuaderno.

—Oh, Émile, cuánto me alegro. ¿Y tienes pensado hacer público tu descubrimiento?

—Por supuesto que no, todavía no puedo, tengo que seguir investigando. Y dependerá de lo que descubra finalmente. Pero no sabes lo mejor de todo..., la información de la que disponen ellos, la que creen saber, no está completa. La última parte de mi conclusión sobre las células cancerígenas longevas, la desconocen. Lo único que sabe el profesor Miró es que he descubierto que nuestro propio organismo lleva toda la información sobre nosotros, incluso nuestra parte de gatos, pero no saben nada sobre nuestra posible longevidad.

—¿Y por qué sospechabas sobre eso? ¿Qué te llevó a indagar sobre la longevidad?

—Simplemente una corazonada, solo eso.

—Pues has trabajado mucho para que solo sea una corazonada.

—Gracias a mi corazonada, estoy descubriendo un mundo paralelo. Tienes que entenderlo Irina, no somos normales y me asusta desconocer lo que somos, lo que son y lo que serán nuestros hijos. Soy científico y médico y no puedo evitar querer controlarlo todo.

—Todo, todo, no lo controlas —y acto seguido volvió a acariciar su barriga—. Esto que llevo dentro es un niño, no una niña, estás equivocado con el sexo, Émile. Además, sé algunas cosas sobre él, será muy guapo y tendrá un gran espíritu artístico; además, volverá locas a las mujeres.

—Entonces se parecerá a mí —repuse sonriendo, a lo que Irina respondió sacándome la lengua—, menos en lo del espíritu artístico, eso lo reconozco, no tengo ninguno.

—¿De modo que vuelves locas a las mujeres? No sabía nada de eso.

—Verás..., no te lo había dicho antes para que no te preocuparas, además a mí tan solo me vuelve loco una mujer y está sentada frente a mí —le aseguré intentando mostrarle una sonrisa seductora—. Bromas aparte..., gracias y lo siento, Irina.

Me miró extrañada.

—Gracias por tomarte así las cosas, eres una mujer fuera de lo normal, a punto de dar a luz y te embarco en mitad de la noche en un viaje de varios días. Y lo siento, siento tener que hacerte pasar por esto en tu estado, y también a Edmund.

Aunque Edmund parecía feliz tumbado sobre mí y completamente ajeno a las incomodidades de un viaje; mi cuerpo parecía lo suficientemente cómodo para que no echara de menos una cama.

—Por lo que me has contado..., en realidad nos has salvado la vida, a

mí, a Edmund y a ti mismo; además, me llevas de vuelta a casa.

—De acuerdo, soy un héroe, pero ¿por qué no me siento como tal? — le acaricié el rostro—. Ahora..., sé obediente por una vez en tu vida, Irina. Tumbate y duerme un poco, necesitas descansar.

Me sonrió débilmente, incapaz de sostener ni la comisura de sus labios hacia arriba, y por fin me obedeció.

Cuando llegamos a Digné, unos días después, estaba oscureciendo. Todo parecía en orden desde que abandonamos el pueblo a finales de agosto para volver a Lille. Irina y Edmund habían permanecido nada menos que los tres meses de verano en Digné ocupándose de su adorada lavanda mientras yo intentaba sobrevivir sin ellos hasta el día que fui a recogerles. Tenía que reconocer que ya no sabía estar solo, mi vida de soltero estaba gratamente olvidada y no quería pensar en volver a separarme de mi familia, no me sentaba bien estar lejos de Irina.

—¡Hay luz en la casa! —exclamé algo preocupado.

—Es cierto —contestó Irina y acto seguido sacó la llave de su equipaje—. Ahora veremos quién es.

—Espera..., entraré yo primero, vosotros esperad aquí — prácticamente le quité las llaves de las manos. ¿Y si alguien nos había localizado a pesar de estar completamente seguro de que nadie conocía nuestro paradero?

—No pienso esperar aquí ni un segundo más, Edmund y yo estamos helados de frío, prefiero morir caliente a manos de unos gatos matones que congelarme aquí fuera.

Tuve que reírme.

—Me gusta que no pierdas nunca el sentido del humor.

—Lo decía en serio, Émile.

—Por lo menos..., déjame pasar a mí primero —y me coloqué delante de ella, no creía que fuera una protección muy efectiva, pero me hacía sentir mejor.

—Sí, buena idea, seguro que si te matan al entrar, podré escapar con facilidad con esta enorme tripa y un niño pequeño cogido de mi mano.

A pesar de que si había alguien dentro de la casa a esas alturas ya debía saber que estábamos allí, le hice una señal a Irina para que se callara y abrí la puerta con mucha suavidad. Los tres entramos tan sigilosos como éramos capaces, es decir, muy sigilosos si nos comparáramos con unos humanos. Era evidente que había alguien en la casa, pero no acababa de localizar aquel aroma a pesar de que me resultaba familiar, y por descontado que era un gato. Se acercaba, podía sentirlo a pesar de su paso sigiloso.

En ese instante chocó contra mí.

—Oh, disculpe señor.

—¡François! Me has pegado un susto de muerte.

—Lo siento señor, yo también me he pegado un susto.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que dormías en tu casa y solo venías durante el día.

—Sí, hasta hace un mes lo hacía.

—Está bien, François, luego hablamos. ¿Puedes ocuparte de darle algo de comer a Edmund? Voy a acompañar a Irina a la cama.

—Sí, señor Declerq.

—François, con respecto a eso..., verás, hemos cambiado de apellido. Ahora somos los Señores Chatte, ¿de acuerdo?

Me miró confuso. Suponía que la gente no solía cambiar de apellido de repente.

—Sí, señor Chatte.

Por su pensamiento sabía que no era una persona curiosa ni chismosa. No quería ni saber la razón por la que queríamos cambiar de apellido y eso me tranquilizaba, no debían abundar las personas como él.

—¿Hay alguien en el pueblo que supiera nuestro anterior apellido?

—No señor, siempre nos referimos a la casa Vallée y en el pueblo siguen llamando a Irina por su anterior apellido; de hecho, prácticamente nadie sabe que se ha vuelto a casar.

—Bien, bien, mejor todavía, pues ahora puedes propagar a los cuatro vientos que somos los señores Chatte, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo señor Chatte —se giró hacia el pequeño Edmund—, ¿vienes conmigo Edmund? Te daré algo de comer.

Mi hijo, que era bastante tragón y la palabra comida era la que mejor entendía, se soltó de la mano de su madre para irse con François.

—Estoy agotada, Émile —murmuró Irina.

—Lo sé, ¿crees que podrás subir la escalera con esa enorme tripa o te llevo en brazos? —pregunté burlón.

—No podrías conmigo aunque quisieras.

—¡Claro que podría! —aunque no sonó muy convincente, la verdad es que tenía una barriga mucho más grande que cuando nació Edmund.

—Émile... —susurró, le costaba respirar mientras subía la escalera.

—Dime.

—Recuérdame que no quiero tener más hijos.

En cualquier otra circunstancia me hubiera reído, sin embargo, su tono de voz era demasiado serio.

La ayudé a quitarse la ropa y la tapé con todas las mantas que pude encontrar.

—¿Estás bien? ¿Te traigo algo de comer?

—No, estoy tan cansada que solo quiero dormir.

—Si quieres duermo en la otra habitación, así no te molestaré.

—No, quiero que duermas conmigo, pero esta vez te confieso que no te deseo.

—Ah, muchas gracias madame, aunque no te lo reprocho. Que duermas bien, te quiero —y la besé.

—*Mmmm.*

Intuí que con aquel murmullo había querido decir que también me quería.

Cuando Edmund estaba ya acostado y profundamente dormido, decidí bajar a aclarar ciertos asuntos con François. Le encontré en la cocina recogiendo los platos, esa cocina que tantos buenos recuerdos me traía.

—François, creo que tenemos una conversación pendiente.

—Sí, señor.

—Siéntate, François —le pedí señalando una de las sillas de madera.

—Verá, señor. La razón por la que duermo en su casa se debe a..., hace un mes aproximadamente tuve un enfrentamiento con mi padre, por eso no puedo..., no quiero...

En realidad no le iba a pedir ninguna explicación sobre el hecho de que estuviera viviendo en la casa. Nos vendría de perlas que durmiera allí, necesitaríamos mucha ayuda en cuanto naciera nuestra hija. Además, sabía que su padre bebía más de la cuenta y le había pegado en alguna ocasión. Nunca se había enfrentado a él, hasta hacía un mes. Estaba seguro de que se había refugiado en nuestra casa para no tentar a la suerte.

—Entiendo, lo entiendo François. Has hecho bien. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Verás, ahora la situación ha cambiado, realmente necesito que te quedes a vivir con nosotros, hemos venido para quedarnos y habrá mucho trabajo. ¿Puedo contar contigo?

Sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto. Me gustaría mucho quedarme con ustedes.

—Bien, pero no me hables de usted.

—Oh, eso sí que no puedo hacerlo, es mi manera de demostrarles mi respeto.

—Está bien, François, como tú quieras.

—Señor, quiero decirle que puedo ocuparme de todo.

—¿De todo?

—Sí, del campo, de hacer la comida, de limpiar. No es necesario que contrate a nadie más.

Eso sería muy útil, ya que dudaba que hubiera muchos gatos en los alrededores y, para convivir, necesitábamos a alguien como nosotros, alguien de confianza, y aunque apenas le conociera, si Irina confiaba en él, yo

también lo haría.

—¿Estás seguro? Es mucho trabajo.

—Sí.

—¿Sabes si alguien ha comprado el terreno de los Le Brun?

—No, nadie tiene el dinero necesario para comprarla, por lo menos nadie del pueblo.

—¿Y dónde viven ahora?

—Bastante lejos de aquí, no han vuelto a pisar Digné.

Lo sabía perfectamente, y prefería que siguieran sin pisar nuestro pueblo.

—¿Te podría encargar en unos días ir a hacerles una visita? Estoy pensando en negociar la compra de su terreno.

Estaba seguro de que ellos no tenían ni idea de que yo me había casado con Irina, incluso podría ser que ni me recordaran, pero por si acaso no quería correr el riesgo de que me reconocieran y no quisieran vendérmelo. Por ello mi idea era hacer la gestión a través de François. Quería que aquel terreno perteneciera a Edmund, en realidad le pertenecía, por lo menos en parte, pero por lo visto los padres de Jean Paul no querían saber nada de su nieto y mucho menos de su madre, de modo que lo conseguiría de otro modo, aunque tuviera que gastarme una fortuna.

De cualquier manera me alegraba enormemente de que la familia de Jean Paul no reclamara a su nieto, ahora Edmund era mi hijo y prefería comprar la finca y no deberle nada a nadie.

—Por supuesto señor, puede usted confiar en mí para esa tarea.

—Bien, tendremos la mayor plantación de lavanda de la zona —



aquello le gustaría a mi querida Irina, aunque en ese momento no tuviera la cabeza ni el cuerpo para esa idea.

François abrió mucho los ojos.

—Señor..., quizá necesite algo de ayuda para la cosecha si finalmente conseguimos la plantación de los Le Brun.

Me reí tan fuerte que comencé a toser.

—François, no te preocupes, para la cosecha contrataremos a gente, como hemos hecho este verano, no puedes hacerlo todo tu solo.

Por un momento François había dejado de respirar y pude ver que retomaba su respiración de nuevo, agradecido por mi comentario.

—Verás, François, de lo que realmente quería hablarte era sobre... ¿Sabes en lo que te has convertido?

Me miró confuso.

—Tranquilo, yo sí lo sé. ¿Estuviste muy enfermo? —asintió—. ¿Cuándo sucedió?

—Hace aproximadamente un mes.

—Te explicaré lo que ha pasado..., imagino que un día te quedaste dormido en esta casa y, a la mañana siguiente, te levantaste con un fuerte dolor en la espalda y viste en el espejo la marca de unas garras —François me seguía atónito asintiendo con la cabeza—. Te sentías mal, débil, con fiebre y tenías mucha sed. Te tumbaste en una cama pensando que nunca te despertarías y, un día después, te despertaste sintiéndote mejor que nunca.

Aquello fue exactamente lo que me sucedió a mí, aunque no en la casa de Irina, sino de camino a París aquel horrible día en que me enteré de que mi madre había muerto y tuve que irme sin siquiera despedirme de Irina.

—Después volviste a tu casa y, cuando tu padre intentó pegarte, como solía hacer siempre que se emborrachaba, te sorprendiste a ti mismo cuando, en lugar de aceptarlo, te defendiste. Verás, François, no hay nada peor que un gato enojado —me miró perplejo—. Sí, un gato, eso es lo que eres, y lo que somos nosotros tres. François, no pudiste evitar arañar a tu padre en el brazo, podría haber sido peor. Y además, tu padre estaba tan borracho que no lo recordará jamás, y eso es bueno, nadie debe saber que existimos.

A partir de esa noche, François pasó a formar parte de la familia, como un gato más, aunque nunca jamás conseguí que dejara de hablarnos de usted.

A la mañana siguiente fui caminando al pueblo con la intención de comprar dos caballos y aprovisionarnos de suficiente comida. Nadie me creía, ni siquiera Irina, pero sabía que pronto iba a nevar, y no quería que nos quedáramos aislados por la nieve sin comida y con Irina a punto de dar a luz. Comprobé, para mi satisfacción, que nadie me reconocía e incluso me miraban incrédulos, o quizá me tomaron por loco cuando me presenté como el marido de Irina, pero no me importó, ya se encargaría François de corroborar mi testimonio. Era ya media tarde cuando volví a casa con todo lo que necesitábamos sobre nuestros nuevos caballos.

Nada más entrar en la casa, oí un grito desgarrador, era Irina. No dudé en tirar al suelo lo que llevaba y subir la escalera casi de un salto. François estaba aterrorizado sin saber qué hacer y Edmund lloraba desconsolado mirando a su madre. Irina estaba retorcida sobre sí misma, muerta de dolor y completamente empapada en sudor. Algo iba mal, muy mal, porque Irina jamás se quejaba de nada. Enseguida comprobé que François había hecho algo muy útil, mi maletín estaba sobre la cómoda, además de un cacharro lleno de agua hirviendo.

—Tranquila, Irina, todo irá bien —le susurré al mismo tiempo que comprobaba si tenía fiebre—. François, llévate a Edmund de aquí, pero te necesitaré.

—No se preocupe señor, le dejaré en su dormitorio, los gatos cuidarán de él y me avisarán si le pasa algo.

Por un momento dudé, pero después recordé lo bien que cuidaban esos gatos de Irina, seguramente harían lo mismo por nuestro hijo. François salió con Edmund, que se dejó llevar, por suerte era un niño muy listo.

—Irina, estoy contigo —dije intentando separarla de sus rodillas, a las que se aferraba con excesiva fuerza—. Tumbate, te prometo que no te dejaré sufrir.

Me dedicó una mirada de súplica, como deseando confiar en mis palabras y, en cuanto se tumbó, coloqué mis manos sobre su vientre. Estaba duro como una piedra y sin episodios de relajación. Si el útero estaba contrayéndose constantemente y no había expulsado a la niña, algo iba muy mal.

—Irina, por favor, dime desde cuándo tienes contracciones.

—Desde ayer por la mañana.

—¿Ayer? ¡Por Dios, cómo no me dijiste nada!

—No eran dolorosas y no quería preocuparte —dejó de hablar y cerró los ojos con claras muestras de una nueva oleada de dolor.

—¿Cuándo han empezado a ser dolorosas?

—Hace unas horas... Émile, no me hagas hablar más o juro que te mataré; haz que este dolor pase —dijo con el rostro contraído de dolor.

Si llevaba más de veinticuatro horas con contracciones, no tendría

más remedio que asumir que no sería un parto normal, de hecho no sería un parto, no me quedaban más opciones. Mientras rebuscaba en el maletín en busca del éter, me maldije por no haberla reconocido antes de irme de casa esa mañana. Seguramente me hubiera dado cuenta de que estaba dilatando. ¡Cómo podía haber confiado en que Irina me tendría al tanto de sus contracciones! Tampoco lo hizo con Edmund. Aunque, en realidad, no hubiera importado, me hubiera encontrado en la misma situación en la que estaba en ese momento, con la diferencia de que podría haber buscado a una matrona que seguramente sabría más que yo, o tal vez no.

—Todo va a ir bien, no te preocupes, no dejaré que te pase nada, Irina —le dije besándola tal vez por última vez—. Ahora te voy a poner esta mascarilla para que no sufras más. ¿De acuerdo?

Asintió y le coloqué la mascarilla sobre la nariz; después, eché unas gotas de éter a través del algodón. En apenas unos segundos Irina se quedó inconsciente. Comencé a sudar de preocupación. Tenía su vida en mis manos y jamás había realizado una cesárea. Había ayudado hacía unos años en una, pero hacerlo yo solo sería muy diferente. Aunque lo que más miedo me daba no era enfrentarme a una operación, sino conocer las escasas probabilidades que tendría Irina de sobrevivir a lo que estaba a punto de hacer. Si pudiera elegir entre una de las dos, no lo dudaría ni un segundo, elegiría a mi mujer, no podría vivir sin ella, y en cambio a mi hija no la conocía todavía. De cualquier manera nadie me estaba dando la opción de poder elegir, pero lo que era obvio era que no habría ninguna forma de que tuviera un parto normal, ya no la había.

Me hice con una sábana y la rasgué intentando tapar el resto del cuerpo de Irina, dejando tan solo visible la parte en la que tendría que trabajar, esa única parte de carne en la que tendría que hacer una incisión transversal desde el ombligo hasta el pubis, una incisión rápida y calculada.

Debía concentrarme, incluso debía olvidarme de que la mujer que estaba bajo la sábana era la mía. A partir de ese momento sería una desconocida cualquiera, solo así podría seguir adelante.

Introduje las manos bajo el agua hirviendo con la intención de desinfectarlas y quemarme un poco me sentó hasta bien, tenía que sentir algo de dolor por todo el dolor que había pasado Irina y que pasaría si sobrevivía a la operación. Me había colocado un paño limpio sobre la boca, quería esforzarme al máximo en que el ambiente fuera lo más aséptico posible, a pesar de que estaba muy lejos de conseguirlo.

Justo en ese momento entró François y me alegré de que el cuerpo desnudo de Irina estuviera oculto.

—François, lávate bien las manos y ponte esto en la boca —le tendí un trapo limpio.

—Ya me las he lavado.

—Bien hecho, François. ¿Te desmayas con la visión de la sangre?

—No, jamás lo he hecho. No se preocupe por mí señor, podré soportarlo.

Asentí. Ese muchacho había sido todo un descubrimiento.

Al cabo de unos minutos estaba concentrado en esa parte del cuerpo, en ir profundizando en las distintas capas hasta poder llegar al útero.

—Ahora, François, cuando haga la incisión en esta membrana, empezará a salir líquido junto con sangre. Sécala rápidamente con esas toallas que has traído.

Cuando ya había abierto la membrana y François había secado todo, pude ver con claridad la cabeza de nuestra hija asomando. La agarré con

fuerza pero con sumo cuidado y tiré de ella.

—Toma, François, coge a mi hija y límpiala bien —después de todo, había tenido razón con respecto al sexo.

El llanto de la niña me alegró durante una fracción de segundo, después volví a fijar la mirada en el útero de Irina, aquello todavía no había terminado. Palpé el útero en busca de la placenta, y por un momento me asusté al comprobar que el abdomen no había descendido como debería haber hecho al salir el feto. ¿Qué estaba sucediendo? Y entonces lo comprendí todo de golpe, había otra membrana. ¡Pero qué estúpido había sido! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Había tenido todas las pistas delante de mis propios ojos y no las había visto. No solo por el hecho de que ninguno de los dos nos poníamos de acuerdo con el sexo, sino porque la barriga de Irina había sido demasiado voluminosa. Me había equivocado pensando que su gran tamaño se debía a que nuestra hija sería tan grande como yo lo había sido al nacer.

—¡François! Ven, rápido. Tenemos otro bebé que traer al mundo.

—¿Otro?

—Irina ha tenido mellizos.

Volvimos a repetir el proceso y un segundo después nuestro hijo estaba emitiendo un quejido. Después de todo, los dos habíamos tenido razón, tendríamos una niña y un niño.

Cuando mis tres hijos estaban en manos de François, en la habitación de al lado, me dediqué a limpiar y coser cada una de las capas de tejidos. Primero el útero, después los músculos y por último la piel. Cuando por fin terminé, tapé a Irina con todas las sábanas y mantas limpias que pude encontrar, a partir de ese momento era imprescindible mantenerla a una buena temperatura. Estaba pálida y lo peor de todo, fría como un témpano,

jamás la había visto tan mal. Le tomé el pulso, era débil y eso hizo que se me encogiera el corazón. Me negaba a aceptar que, después de todo, después de lo que había pasado ella, después de lo que me había costado recuperarla, muriera en mis manos, por mi culpa, por haberla dejado embarazada de dos niños.

—Irina, por favor, tienes que ser fuerte, tienes que luchar. Tenemos dos hijos, ahora tres, no puedes dejarme solo, te necesito conmigo. Sin ti no puedo hacerlo. Por favor, no te vayas de mi lado. Yo..., te amo, nunca jamás pensé que pudiera amar a alguien de esta manera. Reconozco que puedo ser mejorable, a veces soy egoísta y un bromista, pero te juro que haría lo que fuera por ti, lo que fuera, moriría por ti y lo sabes. Todavía tenemos muchas cosas que vivir juntos y quiero vivirlas contigo, con nuestros hijos. Quiero seguir levantándome a tu lado, quiero seguir peleándome contigo por la manta, a partir de ahora te la dejaré siempre a ti, te lo prometo, quiero seguir despertándote en mitad de la noche para hacerte el amor, quiero ver esa sonrisa arrebatadora que tienes las veces que decides sonreír y..., aunque no te lo creas, me gustan nuestras discusiones.

Pero mis peticiones no parecían surtir ningún efecto, su pulso seguía descendiendo y eso hizo que me enfadara con ella.

—¡Maldita seas, Irina! ¡No pienso dejar que te vayas de mi lado! Te obligo a que no te duermas, despiértate para mí, es una orden, ¿me oyes? Tú eres mi caos alrededor de la meticulosidad y el orden, necesito tu desorden para poder vivir. Eres una cabezota, siempre lo has sido, selo ahora, pelea por lo que tienes, por Edmund, por Claude y por Helena. Así es como vamos a llamar a nuestra hija, lo he decidido yo y no pienso retractarme.

Dejé de hablar cuando las lágrimas me lo impidieron, pero en ese momento noté un movimiento en su mano, en la mano que hasta el momento

había permanecido inerte dentro de la mía, y volví a tomarle el pulso. Irina era una leona, o mejor dicho, una tigresa. Su pulso se estaba haciendo cada vez más fuerte. Había conseguido que mi mujer reaccionara, aunque para eso hubiera tenido que enfadarme con ella. Ese pensamiento me hizo sonreír, sin embargo apenas duró un segundo, todavía podría pasar cualquier cosa, y la infección era lo que más me aterrorizaba, aun así decidí permitirme el lujo de sentirme feliz, Irina había decidido luchar por nosotros, por mí y por sus hijos.



## **-5. Álvaro. Muchas cosas en que pensar.**

### *Linares de Riofrío, Salamanca.*

Estábamos cenando en casa de Hans y no podía evitar sentirme incómodo; por supuesto, no todos los presentes hacían que me sintiera de ese modo, pero a veces me preguntaba qué demonios hacíamos Cris y yo con esas personas. Carla, Eugène y Val estaban fuera de esos pensamientos, siempre me habían hecho sentir parte de la familia y en Francia nunca me había sentido tan ajeno a lo que me rodeaba como en ese momento. Supuse que Hans tenía mucho que ver en mi estado de ánimo, y el hecho de estar con su familia. Aunque Anna también estaba excluida, de hecho era el único miembro de la familia Claros Wolf que me gustaba.

No solo era fácil hablar con ella, sino que Anna me tenía fascinado con el cambio que había pegado en tan solo unos meses; su cuerpo había dejado de ser el de una niña para convertirse en una mujer, una mujer con un cuerpo escultural; sus pequeñas caderas, su pecho redondo y prominente, sus kilométricas piernas, pero desgraciadamente era demasiado joven para mí. De hecho, me sentía como un canalla cada vez que la desnudaba con la mirada y era consciente de que tendría que olvidarme de ella.

Desde que habíamos vuelto de Estados Unidos hacía unas semanas — cuando había quedado patente que Hans y Val volvían a estar juntos—, estaba practicando a borrar a Val de mi mente, al menos en cuanto a la parte sexual y amorosa se refería, ya que nadie podría impedirnos ser amigos. Además, para mi sorpresa, Hans era consciente de ello y me había explicado sus razones hacía unos días.

Yo estaba en el linde con la casa del braco francés practicando mis

ejercicios mentales para intentar sacar a Val de mi cabeza, cuando capté que Hans se acercaba. Por fin había una clara división entre los dos terrenos. Eugène había mandado construir un pequeño muro de piedra y, cuando volvimos de América, ya estaba terminado. Aún así, me preguntaba cómo era posible que un perro pudiera tener miedo de un gato, pero el día en que ese braco francés atacó a Val y después se enteró de que era hija de Eugène, pude oler su miedo.

—Álvaro, ¿puedo hablar contigo? —era Hans que acababa de aparecer entre los arcos centenarios.

—Ya lo estás haciendo ¿no? —no podía evitar ese humor ácido con él.

Por el cosquilleo de mi estómago supe que estaba iniciando una conversación privada, aunque no entendía la razón, estábamos muy lejos de la casa y de cualquier modo nadie podría oírnos.

—Sé que no te hace ninguna gracia que Val y yo hayamos vuelto — asentí eufórico para que lo tuviera bien claro—. Val me ha contado que, durante estos meses, os habéis hecho muy amigos y que la has ayudado mucho. Verás..., quiero pedirte que empecemos de cero.

—¿Qué es lo que quieres, Hans? Ve al grano —exclamé molesto por aquella conversación.

—Sé lo que no quiero, y no quiero que volvamos a mantener una relación tensa como la que teníamos antes de marcharme a Estados Unidos.

—No pienso ser amigo tuyo —ya se podía ir olvidando de eso.

—No te pido que seamos amigos, tan solo que nos respetemos, yo respetaré tu..., relación de amistad —dijo recalcando la palabra “amistad”— con Val y tú respetarás mi relación con Val.

—¿Qué gano yo con todo esto?

—Que Val sea feliz y, si estamos todo el día peleando, no lo será. Solo te lo pido por ella, a mí me da exactamente igual que me odies, puedes odiarme toda la vida si quieres.

Durante unos instantes medité sobre ello.

—Odiarte toda la vida, eso me gusta...; sí, está bien, te seguiré odiando, pero lo disimularé por Val, que quede claro que lo hago por ella y no por ti.

—¿Me das tu palabra?

Quería que fuera algo formal, no pensé que fuera a llegar hasta ese punto.

—Te doy mi palabra. Pero no quiero que me mates con la mirada cada vez que la hago reír, ¿de acuerdo? No soporto tus celos, se pueden hasta oler.

—Miraré hacia otro lado, no querría por descuido matarte con la mirada —dijo con una media sonrisa—. Bien, gracias.

Cuando se alejó, le maldije. Ya no había vuelta atrás, había dado mi palabra y, cuando un perro da su palabra en un acuerdo, tiene que cumplirlo, como si nuestra naturaleza nos impidiera contradecirnos.

—¡Álvaro! ¿Estás aquí o estás en otra parte? —Anna, mi compañera de mesa, me había sacado de mis ensoñaciones.

—Perdona. Me he distraído. ¿Qué decías?

—Que siento mucho lo de tu abuela —me clavó aquella mirada tan tierna y acto seguido me tocó el brazo como gesto de apoyo.

No entendía cómo aquella chica tan dulce podía ser hermana de Hans e hija de Marion, tal vez se pareciera más a su padre.

—Gracias, Anna. Perdóname si hoy no soy un buen compañero de mesa.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente —dijo mirándome con sus ojos negros profundos y luminosos.

El resto de los comensales hablaban sobre la inminente boda de Carla y Eugène y de cómo irían a recoger a toda la familia Claros Wolf al aeropuerto. Al parecer la boda no se celebraría en el château, sino en otra casa que tenía la familia de Eugène a una hora de distancia, de camino a las montañas. Pero no lograba concentrarme en la conversación, tenía demasiadas cosas en que pensar; para empezar, en la propuesta que me habían hecho Eugène y Carla cuando les comuniqué que mi abuela había fallecido.

Me habían llamado para hablar a solas conmigo y no fue difícil intuir que debía ser algo importante cuando propusieron que nos adentráramos en el bosque que rodeaba al château. Me gustaba aquel lugar, inundado por la frescura que proporcionaban los árboles.

—Verás, Álvaro, queríamos preguntarte qué tienes pensado hacer. Bueno... —Eugène parecía un poco inseguro y eso me extrañó—, ahora que tu abuela ha muerto, supongo que legalmente la custodia de Cristina pasará a ser de tu tío. Tú, como ya eres mayor de edad, podrás hacer lo que quieras. Pero queríamos plantearte otra opción.

—¿Otra opción?

—Lo que Eugène quiere decir es que nos encantaría que os quedarais con nosotros. Ya os consideramos parte de la familia y nos gustaría

muchísimo que siguierais viviendo con nosotros, aunque de una forma más formal.

Les miré extrañado.

—Nos gustaría que legalmente fuerais nuestros hijos —añadió Eugène.

Me quedé estupefacto. Jamás se me hubiera pasado algo parecido por la cabeza. ¿Por qué harían algo así? ¿Qué ganaban ellos con eso, aparte de dos problemas para toda la vida?

—Yo..., me siento muy halagado, de verdad, pero no me gustaría cambiarme de apellido. Mis padres...

—No, por supuesto que no te pedimos eso —dijo Carla—. Jamás pretenderíamos algo así, tenéis que seguir teniendo vuestro apellido, tú eres Álvaro Casanova y seguirás siéndolo. Solo queremos que tengáis un hogar, una familia, y por supuesto un apoyo económico. Nuestra intención es que tengáis los mismos derechos que Val.

Me sentí tan emocionado que me aparté ligeramente de ellos intentando parecer que estaba dando vueltas pensativo, pero la realidad era que casi por primera vez en la vida alguien había tocado mi fibra sensible, y estaba realmente sorprendido por ello. Nunca pensé que existieran personas tan generosas como ellos, y en ese momento comprendí la forma de ser de Val.

—No tienes que contestarnos ahora, piénsalo con tranquilidad —añadió Eugène dándome un ligero apretón en el hombro. Oí cómo ambos se alejaban.

—Esperad. ¿Y Val? ¿Qué opina de esto?

—Lo hemos hablado con ella y está encantada —aseguró Carla—. Ya

os consideraba como hermanos, con lo que está realmente emocionada con la idea.

Hermanos, me consideraba un hermano, si ya tenía claro que lo nuestro sería imposible, ahora más todavía.

—Gracias, sois muy buenos con nosotros, aunque no entiendo por qué.

—¿Tiene que haber un porqué? —exclamó Carla sonriendo—. Os hemos cogido cariño y la idea de que no sigáis viviendo con nosotros, no nos gusta nada.

—¿Y mi tío?

—Si a ti te parece bien, yo me ocuparé de hablar con él cuando le veamos en el funeral —intervino Eugène.

—No sé ni siquiera si irá al funeral, pero de acuerdo. Lo hablaré con Cris, aunque estoy seguro de lo que dirá.

—¿Qué dirá? —preguntó intrigada Carla.

—Que nadie podría alejarla de vosotros. Os quiere demasiado.

Y yo también, pensé, sin embargo no dije nada.

Carla sonrió e incluso vi una lágrima asomando a sus ojos color avellana. A pesar de que Val tenía la misma mirada gatuna que su padre y su mismo color de ojos, era evidente de quién había heredado esos rasgos tan bonitos que la diferenciaban del resto de mujeres: su boca perfecta y sensual y su preciosa nariz.

Por fin habíamos terminado de cenar y decidí que era el momento perfecto para escabullirme de casa de Marion sin ser grosero. Había quedado con unos amigos del instituto y hacía meses que no les veía. Por supuesto,

David era al que más ganas tenía de volver a ver. Se podría decir que era mi mejor amigo, él era el único que sabía la verdad sobre dónde había estado durante los últimos meses. Incluso estaba al tanto de que había estado viviendo con la familia de Val, aunque lógicamente ignoraba la verdadera razón por la que habíamos huido, no se lo podía contar puesto que él desconocía lo que éramos realmente.

—Si me disculpáis, he quedado con unos amigos —dije levantándome de la mesa.

—¡Espera, Álvaro! No te vayas todavía... —me pidió Val.

Volví a sentarme con desgana. Hans y Val se sonrieron y enseguida me di cuenta de que allí estaba sucediendo algo. Ambos se traían algo entre manos y de pronto ya no tenía tanta prisa por escabullirme. No había nada que quisiera más que saber de qué se trataba.

—Veréis..., queremos aprovechar que estáis todos aquí para contaros algo importante —explicó Val y miró a Hans como para instarlo a continuar.

¿Querrían irse a vivir juntos? No, no podía ser, Val era demasiado joven para eso, además acababan de reencontrarse después de algunos meses separados. En realidad, llevaban más meses separados que juntos.

—Bueno... —dijo Hans mirando a su madre en primer lugar—. Creo que a estas alturas todos sabéis la razón por la que me marché a Estados Unidos, pero gracias a lo cabezota que es Val hemos vuelto juntos; sin embargo, no pienso arriesgarme a hacerle daño de nuevo. Por eso estamos poniendo en práctica varias soluciones para que mi instinto cazador no vuelva a salir con ella. Una de las soluciones ya la estamos llevando a cabo y está surtiendo efecto, y lo estamos haciendo usando una de las habilidades de Val, la de désireuse. Pero hay otra solución añadida que queremos llevar a cabo. Es una posibilidad para nosotros, aunque la persona que nos la ha

recomendado está segura de que es completamente efectiva. Esa persona es alguien en quien confío plenamente. No sabemos si funcionará, pero yo creo que tiene mucho sentido y además no es mucho sacrificio para mí llevarla a cabo —dijo esto último sonriendo a Val—; de hecho, es algo que tenía pensado hacer dentro de unos años.

Val parecía arrebatada sin dejar de mirarle.

—Le he pedido a Val que se case conmigo.

—Y yo he aceptado —intervino Val.

El silencio que se hizo en ese momento fue absoluto además de tenso. La mirada de Marion daba miedo, Carla había palidecido, a juzgar por la mirada de Anna estaba al tanto de la noticia, mi hermana Cris parecía feliz, pero al parecer era la única aparte de Anna, el padre de Hans estaba igual de pálido que Carla, Eugène era el único que parecía estar tranquilo y, en cuanto a mí, no sabría explicar con palabras cómo me sentía, sorprendido y decepcionado sería quedarme corto. ¡Era una auténtica locura!

El local estaba medianamente bien. Mis amigos todavía no habían llegado, pero no me importaba, necesitaba una copa más que cualquier otra cosa en el mundo, ni siquiera correr podría desahogarme, y menos después de lo sucedido en casa de Hans.

—¡Álvaro! —exclamó mi amigo David al descubrirme en la barra—. ¿Cómo estás, tío? —Nos dimos un abrazo.

—Bien, ¿y tú?

—Pues no lo pareces. Estás pálido. ¿Has visto un fantasma?

—Algo parecido.



—¿Qué tal en Francia? ¿Qué tal está Val, la chica por la que suspirabas antes de irte?

Como respuesta solté un suspiro contenido.

—Ahora no tengo ganas de hablar de ella.

—Oh, oh. ¿Sigue con Hans?

—Sí, por supuesto.

Y además se van a casar, pensé, pero no dije nada porque no sabía hasta qué punto querían extender la noticia.

—Esa chica de la esquina no te quita ojo.

—¿Quién? —pregunté siguiendo la mirada de mi amigo.

—Esa rubia de allí, oh, oh, viene hacia aquí.

—No tengo humor para eso ahora —repuse volviendo a centrar mi atención en la copa que tenía en la barra.

—¿Que no tienes humor? Vale, tú pórtate bien y yo me quedaré con ella. Solo sonríele, de ese modo se quedará seguro.

David era un tío simpático, pero no era un as con las mujeres, quizá debía echarle una mano con aquella chica, aunque por lo que a mí respectaba, pasaba totalmente del sexo opuesto aquella noche, no estaba de humor.

—Hola, me llamo Silvia —saludó la chica nada más llegar a nosotros —, y esta es mi amiga Lucía.

Decidí echar una mano a mi amigo a pesar de que no tenía ninguna gana de hablar con nadie, lo último que me apetecía era estar con desconocidos.

—A tus cuarenta y cinco, está Val con su novio —me susurró David

un poco después. David y yo siempre usábamos las manecillas virtuales del reloj para localizar algo o a alguien.

Pero no estaba sola, estaba con Óscar y Ale, además de su prometido. Qué asco me daba aquella palabra, y también la palabra boda. Estaba tan enfurecido que sin querer rompí la copa que tenía en la mano, y aquello no solo llamó la atención de Val, que miró hacia donde estaba yo, sino que las chicas con las que estábamos hablando pegaron un pequeño brinco asustadas. Por la mirada de Val, debía estar enfadada conmigo, y aun así escuché cómo le decía a Hans que enseguida volvía para después avanzar hacia nosotros.

—Val viene hacia aquí —me dijo David como si yo no lo supiera.

—Hola, David —saludó Val y después le dio dos besos. David se quedó embobado mirándola.

Saludó a las chicas con un simple hola y se giró hacia mí.

—¿Podemos hablar?

—Siempre estoy dispuesto a hablar.

—Aquí no —repuso mirando de reojo a aquellas chicas—. Salgamos.

Fuera la temperatura era agradable y había bastante gente fumando sentada alrededor de unas mesas altas de madera. Seguí a Val unos metros más allá, suponía que intentaba poner algo de distancia.

—Estoy tan decepcionada contigo... ¿por qué te quedaste callado cuando Hans y yo contamos lo de la boda? Dejaste que Marion y mi madre se pusieran como unas locas y no me apoyaste. Las únicas que lo hicieron fueron Anna y Cris.

—Sí, pero fueron acalladas rápidamente.

—Pero por lo menos nos apoyaron, para mí cuenta. Sin embargo, tu...

—¿Y qué querías que hiciera? Si abría la boca hubiera sido para apoyar a tu madre y a Marion, y creo que hubiera sido peor.

—¿Qué? —replicó incrédula.

—Sí, no estoy de acuerdo con lo de la boda.

—Pero..., tú y yo somos amigos —su mirada en ese momento era triste.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Los amigos se apoyan.

—Los amigos se cuentan las cosas, tú no me dijiste nada, si me hubieras puesto sobre aviso...

—Oh, vaya, en eso tienes razón —comentó Val algo arrepentida—. Quizá debí habértelo contado antes. Pero surgió todo hoy mismo, en realidad deberíamos haberlo hecho por separado, yo tendría que habérselo contado a mi madre en Francia y Hans a su madre, por separado. Pero no fuimos capaces.

—Claro, porque sabías que no iban a estar de acuerdo. De todas formas, Val, aunque me lo hubieras contado, no os habría apoyado.

Val se separó un metro de mí, aturdida. No estaba asustada sino enfadada, la conocía demasiado bien.

—¿Por qué? ¿No quieres que sea feliz?

—Precisamente por eso.

—Pero una vez me dijiste que preferías que Hans volviera conmigo con tal de no verme sufrir.

—Es cierto, pero una cosa es que salgáis juntos y otra muy distinta que os caséis. ¡Es una locura! Todavía tienes que estudiar una carrera, ¡Por

Dios, tienes dieciocho años!

—Ya, ya, eso ya lo he escuchado esta noche de labios de mi madre. No me repitas lo mismo que ella.

—Y tiene razón...; lo siento Val, sé que te decepciono, pero los amigos no solo están para apoyarse, sino para decirse las cosas que piensan, y creo que os estáis precipitando. ¡Y esa chorrada de que casaros impedirá que Hans te haga daño! ¿Quién os ha dicho semejante estupidez?

Val se quedó callada e incluso se separó un poco más de mí, sin embargo yo me acerqué a ella de nuevo.

—Supongo que a ti te lo puedo confesar, fue la abuela de Hans, Antonie.

—Pero... ¿y ella qué sabe de eso? —pregunté curioso.

—Sabe y mucho, estuvo casada con un gato.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Con Edmund, el hermano de Eugène.

La miré estupefacto. Durante nuestra visita, había notado que se gustaban, y por supuesto era obvio que Edmund se había quedado con ella después de habernos marchado, aunque pensé que se debía a que querían conocerse y no a que tuvieran que hablar sobre un pasado en común.

—Ella fue la que nos aseguró que funcionaría si nos casábamos, porque a ella le había funcionado. Sé que suena estúpido, pero tenemos que cubrir todas las posibilidades, aunque parezcan absurdas, y la opinión de Antonie merece mi respeto. No sabes por las cosas que ha pasado ella.

—¿Por qué no lo habéis contado esta noche? Quizá si Marion hubiera sabido que la persona que os lo propuso es su propia madre, habría cambiado

de idea.

Podía notar que Val ya no estaba tan enojada como antes.

—No podíamos. Marion no sabe nada de la historia de su madre. Es algo que nosotros no podemos contarle, tendrá que hacerlo Antonie cuando venga. ¿Puedo contar con tu apoyo, Álvaro? Para mí es muy importante, ahora no solo eres mi amigo, eres también mi hermano, o lo serás pronto.

Me miró con esos ojos tan tiernos que conseguían ablandarme, esa mirada que había visto tantas veces cuando salvaba a algún niño pequeño de algún accidente. Val siempre conseguía entermecerme, no sabía cómo demonios lo hacía. Me acerqué a ella y la abracé.

—Sí, Val, lo haré por ti, a pesar de que no estoy de acuerdo en absoluto —repuse mientras le acariciaba la mejilla.

Val se encontraba de espaldas a la puerta del bar. Tal vez olió a Hans o tal vez no, pero nuestras miradas se encontraron cuando se asomó al exterior y nos vio en esa actitud tan cariñosa. Imaginaba que le había costado horrores no acercarse a mí y darme una paliza, pero incumplió nuestro acuerdo al matarme con la mirada. Después volvió a meterse dentro del bar dando un buen portazo. Val sería su futura mujer, pero ella era mi amiga y mi hermana, después de todo, dos lazos que Hans jamás tendría.

## **-6. Eugène. Cosechando más que lavanda.**

*Digné-les Bains, junio 1925*

La primera de la familia en conocer a Sophie fue Helena. Cuando llegamos se encontraba dibujando en el jardín, su actividad preferida desde que era una niña. Era capaz de dibujar cualquier cosa; paisajes o retratos tan reales que parecían una auténtica fotografía, o imágenes indescriptibles llenas de imaginación. De hecho, desde donde me encontraba, podía distinguir, a pesar de la distancia, que lo que estaba dibujando en ese momento sobre el lienzo nada tenía que ver con lo que tenía delante, pero ella era así, tenía una imaginación desbordante. Si quisiera podría ser una gran artista, sin embargo aseguraba que tan solo lo hacía para relajarse.

Helena levantó la vista en cuanto captó nuestro aroma y se giró con una sonrisa en la boca para después salir corriendo hacia nosotros como siempre hacía cuando volvíamos a vernos.

—¡Claude, Eugène! —exclamó tirándose a nuestros brazos—. ¡Por fin estáis aquí!

Como era tan natural y despreocupada, se acercó a nuestra invitada incluso antes de que hubiéramos tenido tiempo de presentársela.

—Hola, soy Helena, ¿y tú?

—Sophie, encantada de conocerte.

—Es un placer.

Aunque Sophie lo desconocía, al igual que el resto del mundo, nosotros podíamos comunicarnos con el pensamiento gracias a las enseñanzas de nuestro padre, aunque a diferencia de él, no teníamos acceso a

los pensamientos de los demás. Era curioso que, sin embargo, mi madre no pudiera participar de aquella habilidad familiar. Ni siquiera mi padre podía explicar por qué razón nuestra madre estaba fuera del círculo familiar en ese sentido. A nosotros nos funcionaba perfectamente, tan solo debíamos pensar el nombre de la persona con la que queríamos comunicarnos para iniciar una conversación telepática. El único defecto era que no podíamos mantener conversaciones en grupo.

—*Eugène... ¿De dónde la has sacado?*

—*¿Por qué supones que he sido yo?*

Mi hermana me hizo una mueca.

—*De acuerdo..., he sido yo. Estaba desahuciada, no la iba a dejar tirada en la calle. Es una señorita distinguida pero sin recursos y no tiene a nadie.*

—*Por cómo la miras, puedo ver que no es solo una obra de caridad. Te gusta.*

—*Sí, pero por ahora no quiero que lo sepa nadie, ¿de acuerdo?*

—*Claro, Eugène, no te preocupes. Cuidaré de ella. Parece simpática.*

—Sophie, acompáñame por favor, te enseñaré tu dormitorio, que es el mío. Espero que no te importe. Hay muchas habitaciones en la casa, pero no tenemos habitación de invitados porque eres la primera invitada que tenemos.

Sophie la miró extrañada, como si no estuviera segura de si hablaba en serio o en broma. Helena la guio hacia la casa pero, a pesar de que ya estaban dentro, pude seguir la conversación.

—Tendré que dejarte ropa adecuada, no puedes andar por el campo con esa indumentaria. Ahora ya no estás en una gran ciudad y, si nos vas a

ayudar en la cosecha de lavanda, tendrás que llevar algo más cómodo.

—Yo no sé nada sobre lavanda.

—Oh, no te preocupes, es muy fácil, nosotros te enseñaremos. Pero tienes que participar, es una tradición familiar y lo hacemos todos, incluso mi madre; de hecho mi madre es la sargento al cargo. ¡François! François, tendremos que preparar la otra cama que tengo en mi habitación, tenemos una invitada.

—Sí, señorita. Ahora mismo la preparo.

—Gracias, François.

Hablando del sargento al mando, mi madre apareció frente a Claude y a mí con una mirada inquisitorial.

—Veo que habéis traído visita femenina. ¿De quién es? —preguntó como si Sophie fuera algo material.

Ni Claude ni yo hicimos ningún comentario al respecto.

—Oh, conque esas tenemos..., entonces os hacéis responsables los dos. —Aunque por alguna razón, su mirada se clavó en mí—. ¿Y bien? ¿Vais a explicarme qué hace aquí?

No hubo más remedio que ponerla al tanto de lo sucedido.

—¿No pretenderéis que nos hagamos cargo de ella? Una cosa es que venga de visita, pero otra muy distinta que tengamos que hacernos cargo de una humana como si fuera parte de la familia.

—Mamá... —protesté—. No tiene familia.

—No creo que eso sea posible.

—Eugène dice la verdad, mamá, no podíamos dejar a una belleza como ella en las calles de París. ¡Habría acabado en un burdel! ¿No crees que



hemos hecho algo bondadoso al traerla con nosotros? —preguntó Claude adoptando una de sus miradas conmovedoras que, solo a veces, conseguían engatusar a mi madre.

—Sí, por supuesto, puedo ver tus intenciones bondadosas, Claude —dijo con ironía, después nos miró a ambos—. Y si estáis intentando que me dé pena, no lo estáis consiguiendo. Y en cuanto a que no tiene familia, eso ya lo veremos. La cena estará lista en una hora, ahora tendré que decirle a François que prepare algo más de cenar, no tenía pensado tener otra persona a la mesa. —A juzgar por cómo se había girado para marcharse, no estaba nada contenta con nuestra obra de caridad.

—No come demasiado, o sea que yo no prepararía más comida. ¿Quieres que te ayude en algo? —preguntó Claude siguiendo con su plan de intentar que mi madre no se molestara demasiado. La verdad es que lo hacía mejor que yo.

—Sí, acompáñame, puedes echarme una mano en el laboratorio de esencias.

Un rato después nos encontrábamos en el comedor reunidos para la cena, a falta de que aparecieran mi hermana y Sophie. Cuando por fin lo hicieron, sonreí al darme cuenta de que la espera había merecido la pena, aunque dudaba de que mi madre opinara lo mismo. Ambas estaban deslumbrantes; Sophie llevaba el vestido que le habíamos comprado Claude y yo en París, un vestido de color crema de talle a la cadera y sin tirantes. Helena llevaba un vestido de la misma línea aunque de color rosa palo. Mi hermana era exacta a mi madre, con la única excepción de que tenía el pelo rubio y, al igual que le había sucedido a mi madre (o al menos era lo que decía mi padre), solía volver loco al sexo opuesto. Sin embargo, todavía no había aparecido en su vida ningún hombre que le interesara, siempre decía

que no se enamoraría de un hombre más bajo que ella y por ahora había cumplido su palabra.

Mi padre se levantó y se acercó para saludar a nuestra invitada de honor y después besó a su hija, la preferida. Todos éramos conscientes de que era su preferida y no le culpábamos por ello; si no hubiera sido por mi madre, Helena sería una niña completamente mimada y malcriada.

—Sophie..., mis hijos aseguran que no tienes familia —como siempre, mi madre iba directa al grano.

—Es cierto, mi hermano murió hace unos meses y mis padres murieron en la guerra.

—Pero eso no es posible. Tiene que haber algún familiar en algún sitio. ¿Fuera de Francia? ¿De dónde era tu madre? —insistió mi madre.

Mi madre era terca como una mula y, si estaba empeñada en encontrarle parientes lejanos, lo conseguiría, aunque para ello tuviera que inventarlos.

—Francesa.

—¿Y la familia de tu madre? ¿De dónde era?

Sophie se quedó pensativa durante unos segundos y de repente sus ojos se iluminaron.

—Mi abuelo era francés, pero mi abuela era española. Tienes razón, tengo familia, la familia de mi abuela.

—¿Tu abuela materna tenía hermanos?

—Sí, mis tíos. Ellos vivían en el norte, en Galicia. Mi abuela se casó con un francés y tuvo a mi madre. No volvieron nunca más a España.

—¿Cómo se apellidaba tu abuela?

Sophie se quedó pensativa de nuevo.

—Nogueira.

—¿Tienes alguna forma de contactar con ellos?

Enseguida comprendí lo que pretendía mi madre, quería deshacerse de Sophie más tarde o más temprano, pero no lo iba a conseguir fácilmente, no pensaba permitirselo.

—No estoy segura..., pero tengo todas las cartas que guardaba mi madre, es posible que entre ellas haya alguna de mi familia española.

—¿Las has traído?

—Sí, he traído todo lo que tengo, en realidad solo me quedan las cartas y un mantón de Manila.

—¿Un mantón de Manila? —preguntó Claude con curiosidad.

—Sí, es una especie de chal de seda muy valioso, era de mi bisabuela. Podría haberlo vendido, pero no fui capaz, es lo único que me queda de mi madre —dijo Sophie apenada y acto seguido bajó la mirada.

Estaba empezando a enojarme con mi madre. Sophie no había vuelto a estar melancólica desde hacía días, pero mi madre parecía dispuesta a desmoralizar a nuestra invitada haciendo que recordara cosas tristes. Por suerte mi hermana, que era la única sensible de la familia, puso su mano sobre la de Sophie y se lo agradecí a través del pensamiento. Como respuesta, me dedicó una de sus sonrisas. Mi hermana y yo siempre habíamos tenido una relación muy especial.

Debía cambiar el tema de la conversación antes de que mi madre consiguiera que Sophie soltara alguna lagrimita, y aquello solo empeoraría la situación, a mi madre no le gustaban demasiado las mujeres de lágrima fácil y

me temía que Sophie no era tan fuerte como las mujeres de mi familia, quizá por el hecho de ser gatas eran menos propensas al llanto.

—Mamá, ¿has creado algún perfume nuevo desde que te vimos la última vez en París? —intervine.

Desde hacía varios años mi madre había abierto una tienda en el corazón de la ciudad. Claude era el encargado de la tienda cuando mi madre no podía ir a París, además del responsable de las dependientas que contrataban, las cuales cambiaban al mismo ritmo que Claude se cansaba de ellas. Cuando la cosa se complicaba, mi madre viajaba a París y ponía las cosas en su sitio, aunque el efecto duraba apenas unos meses, después Claude volvía a dejar que su habilidad lo controlara. A pesar de todo, mi madre se entendía a la perfección con Claude, seguramente porque era el único que tenía olfato para los perfumes y, por encima de todo, Claude era el mejor vendedor de perfumes que existía, ya que siempre sabía lo que las mujeres querían escuchar, fueran jóvenes, guapas, feas, viejas o gordas. Quizá por eso mi madre no podía prescindir de él.

—Sí, he creado algo nuevo. Se llama Nocturne.

—Oh, tu inspiración esta vez ha sido la música clásica —aseguró Claude.

—No, en realidad mi inspiración ha sido por un lado el aroma de tu padre, a melocotón, y por otro... —miró algo insegura hacia Sophie— la noche, es lo que más nos gusta en esta familia.

Sophie la miró algo confusa, pero por el momento nadie le explicaría la razón de ese comentario.

—¿Te he inspirado para un perfume? *Mmm...*, eso me gusta —comentó mi padre complacido.

—Era una sorpresa, pero supongo que ya no. En realidad, si no fuera por ti, no haría perfumes —continuó mi madre.

—Oh, claro que los harías, nadie podría habértelo impedido. Creo que olvidas lo cabezota que eres, por eso me casé contigo.

—¿Solo por eso? —preguntó divertida.

—Por supuesto que no, mi amor..., también eres bastante guapa, además de dulce, pero definitivamente lo que más me motivó para pedirte que te casaras conmigo, fue tu carácter.

—¿Conque bastante guapa!, ¿eh?

—Bueno, en realidad eras la más guapa de la zona.

Mi madre rio halagada.

—Así está mejor.

—¿Mamá dulce? —exclamó Helena incrédula—. Lo dirás de broma, ¿no papá?

—Sí, tu madre es muy dulce, aunque solo cuando quiere, que quizá no sea muy a menudo —contestó mi padre.

Mi madre lo atravesó con la mirada, y Sophie, que no entendía nuestro sentido del humor, se movió incómoda en la silla.

—¿Y dónde ha ido a parar su dulzura? —preguntó Claude mirando a mi padre y lógicamente a propósito para provocar a mi madre.

—¿Pero bueno! ¿Acaso insinuáis que no soy dulce? —interrumpió mi madre.

—Síííí —dijimos todos al unísono, todos menos Sophie, que se mantenía un tanto tensa y temerosa de que mi madre fuera a molestarse.

Enseguida mi madre estalló en risas y todos la seguimos. Hasta Sophie decidió acompañarnos al cabo de unos minutos, cuando se dio cuenta de que todo había sido una farsa. Me alegré de que por lo menos hubiéramos conseguido distraer a nuestra invitada.

—Tu madre es una mujer con carácter —me susurró Sophie en el oído.

Habíamos salido a dar un paseo, Helena y Claude se habían adelantado y sabía que mi hermana lo había hecho a propósito para dejarme a solas con Sophie, aun así, no estaba seguro de que nuestra conversación fuera a ser privada del todo.

—Sí —asentí sonriendo—. Pero es una gran madre. De esas que se preocupan por ti pero sin atosigarte. Mi padre la adora.

—Se nota, ojalá yo encontrara un hombre como tu padre, parece encantador y es asombroso que, después de tantos años, tus padres estén tan enamorados.

—Yo..., Sophie..., me gustaría hablarte sobre algo.

Un ruido entre los arbustos hizo que me pusiera en guardia y agarrara a Sophie del brazo, colocándola estratégicamente detrás de mí. No estaba seguro de qué sería aquel ruido, pero no era un humano, era...

—¿Acaso os he asustado?

—¡Diablos, Edmund! ¿De dónde has salido? —exclamé aliviado.

—Venía hacia casa... ¿A dónde vais? Ahh, no me lo digas. Hoy es la noche, claro. Dejaré aquí el equipaje y luego lo recogeré a la vuelta. ¿Quién eres tú? —espetó mirando a Sophie de arriba abajo.

Enseguida les presenté y le comuniqué a mi hermano a través del pensamiento que más tarde le daría más detalles, no quería avergonzar a Sophie contándole lo del desahucio.

En ese momento Helena y Claude aparecieron junto a nosotros. Edmund alzó a Helena en el aire y le dio un beso, llevaban sin verse desde hacía meses, igual que nosotros. No solíamos ver a mis padres y a Helena mucho durante el año, por esa razón aprovechábamos el verano para hacer todas las cosas que nos gustaba hacer juntos. Aunque quizá ese verano sería diferente al tener una humana entre nosotros.

—Cada vez que te vuelvo a ver estás más guapa, pequeña. ¿Has conseguido romper algún corazón?

—Es posible... —contestó burlona—, pero ninguno que me apeteciera recomponer.

—Dios se apiade del hombre que se enamora de ti —comentó Edmund divertido.

Helena rio a gusto.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? Es una tradición, ¿no? Será la primera vez que llevamos a un desconocido —dijo Edmund mirando a Sophie de refilón—, pero por eso no vamos a dejar de hacerlo.

En realidad todos nosotros, menos Sophie, habíamos hecho nuestra propia lectura de las palabras de mi hermano, ya que con “desconocido” se había referido a alguien que no fuera una criatura como nosotros.

—Por supuesto que no. Vamos, hagamos una carrera hasta allí —propuso Claude.

—¿Pero adónde vamos? —preguntó confusa Sophie.

Nadie se paró a explicarle a Sophie a dónde nos dirigíamos y, cuando comprobé que los tres habían salido casi galopando hacia el lago, me permití agarrarla de la mano y tirar de ella. No tardé en darme cuenta de que Sophie no podía seguir mi ritmo, por lo que, después de unos segundos, paré en seco.

—¡Dios, cómo corréis! ¿Acaso sois atletas?

—No —repuse riéndome—, pero nos hemos criado en el campo, tenemos bastante resistencia.

«Además de ser gatos», pensé.

—Ya lo creo... ¿adónde vamos? —preguntó con dificultad, todavía exhausta por el repentino ejercicio.

—Vamos a darnos un baño en las aguas termales.

—Pero... ¿Cómo? ¡No llevamos trajes de baño! —exclamó alarmada.

En un principio me entró la risa, pero después me esforcé por mantenerme serio. Siempre nos habíamos bañado desnudos, al igual que mi hermana, pero era la primera vez que llevábamos a una señorita con nosotros y lógicamente bañarnos desnudos no sería lo más adecuado. A veces nos costaba comportarnos como unos humanos normales y corrientes, aunque era lógico, no lo éramos. Por un momento temí que Sophie se asustara, o peor, que le horrorizaran nuestras pequeñas tradiciones familiares. Por alguna razón quería parecer corriente y decente ante sus ojos. De cualquier manera, sería mejor ser sincero con ella, ya era demasiado tarde para no hacerlo; aunque ella todavía no se había dado cuenta, Claude y Edmund ya estaban prácticamente desnudos y a punto de tirarse al agua

—Nos bañamos sin ropa, pero claro, nosotros somos hermanos, no había pensado...

—¿Desnudos? ¡Dios mío! Yo... —empezó a balbucear.



—No te preocupes, tú no tienes que hacerlo, puedes darte la vuelta, aunque prácticamente apenas se ve nada. El agua está caliente y es muy agradable. No te importa que lo haga yo, ¿verdad? Es una tradición familiar.

A pesar de que la luz de la luna lo iluminaba todo, estaba oscuro y supuestamente no veríamos nada, aunque en realidad sí lo haríamos, pero Sophie lo desconocía.

—¿No lo harías si te lo pidiera? —preguntó medio sorprendida, medio halagada.

Miré esos preciosos ojos azules y me pregunté si sentiría algo por mí. Me conformaría con un sentimiento minúsculo, para mí eso sería suficiente.

—No, no lo haría.

Me miró visiblemente satisfecha, después sonrió.

—Supongo que deberías hacerlo..., quiero decir..., que si es una tradición familiar, es importante que lo hagas.

—Gracias.

Demasiado tarde para evitarlo, Claude acababa de plantarse delante de nosotros mostrando sus atributos sin tapujos; nuestra invitada le miró mezcla de horrorizada y sorprendida y después se giró bruscamente exclamando un “¡Dios mío!” ahogado. Yo no estaba al tanto de las costumbres de los humanos, pero me dio la impresión de que era la primera vez que veía a un hombre desnudo, aunque era algo un tanto incomprensible si había tenido un padre y un hermano.

—¡Vamos, Eugène! ¿Vienes, Sophie? —dijo Claude tirando de mí con fuerza.

—No, gracias, me quedaré aquí —respondió de espaldas a nosotros.

—No, claro que no, tienes que venir —insistió Claude acercándose más a ella.

—¡Claude, déjala tranquila! —intervine algo nervioso y le agarré del brazo—. ¿No ves que no quiere...? ¡Vamos!

Claude se dejó arrastrar por mí y dejamos a Sophie a solas y de espaldas. Yo por mi parte no paré de arrastrarle hasta que llegamos a la orilla.

—¡Sophie! —Mi hermana había salido en mi ayuda al acercarse a Sophie para echarle una mano—. Ven conmigo, no hagas caso a estos gatos salvajes —hizo un ademán hacia nosotros, que ya estábamos nadando en el lago.

En un segundo, mi hermana la había convencido para ir al otro lado de la orilla, justo al lado contrario de donde nos encontrábamos nosotros tres.

—No pienso bañarme desnuda —aseguró Sophie con determinación.

—No seas remilgada, apenas se ve nada. Déjate el corpiño y las bragas, de ese modo no estarás desnuda, pero tienes que probarlo, Sophie, es maravillosa la sensación de nadar en estas aguas. Por favor, acompáñame. Mis hermanos son unos caballeros y no se acercarán a nosotras y, de cualquier manera, mi hermano Eugène no dejará que ninguno se acerque a ti, te lo prometo.

Mi hermana tenía mucha razón, yo no me acercaría, pero tampoco permitiría que ninguno de mis hermanos lo hiciera, aunque en realidad sabía que el único peligro dentro del lago lo constituía Claude, a Ed no se le ocurriría hacer algo así.

Mi hermana era absolutamente asombrosa y, después de unos segundos, comprobé que Sophie comenzaba a desabrocharse el vestido. Aparté la mirada, no porque no soñara con verla desnuda, por lo menos no de

ese modo, no a hurtadillas, sino porque para mí era importante respetarla. En realidad, no habíamos sido justos con ella, nosotros veíamos como si fuera de día y con nuestro zoom inhumano podríamos distinguir cualquier rasgo de su rostro o de su cuerpo con todo lujo de detalles. De hecho, comenzaba a inquietarme aquella situación y decidí concentrarme en evitar que Claude mirara hacia ella. Por suerte, Ed le mantenía alejado y distraído mientras jugaban en el agua como si fueran niños pequeños. Esperaba que por una vez en su vida mi hermano se comportara como era debido, aunque no tenía muchas esperanzas.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Helena cuando ambas ya estaban con el agua por la cintura.

—Tenías razón, es una sensación maravillosa. ¿Se hace pie todo el rato?

—Más o menos, pero ahí donde estás ahora mismo, sí.

—Helena, ¿te puedo preguntar algo?

—Por supuesto.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo veintidós.

—Pareces más joven... ¿Y no te has enamorado nunca de un hombre?

—No, todavía no.

—Pero... ¿sabes cuáles son los síntomas?

—Sí, imagino que sí. Cuando te enamoras de alguien y se acerca a ti o te roza tiembles, no solo de nervios, sino también de placer. No dejas de pensar en él a todas horas; si no le ves, estás triste, como si te faltara la vida, y cuando estás con él, es como si estuvieras completa. Ah, y lo olvidaba, si

alguna mujer flirtea con él, te dan ganas de matarla.

—Pareces una entendida. ¿Te ha explicado todo eso tu madre?

—No, en realidad me lo ha explicado mi padre. Él me dijo que sabría cuándo llegaría el hombre adecuado. Me pidió que no me conformara con cualquiera, que tenía que hacerme sentir esas cosas y muchas más. Tiene que ser algo maravilloso. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que estás enamorada?

En un principio Sophie se quedó callada, y yo contuve el aliento, estaba deseando conocer su respuesta.

—Es posible, sí.

—¿De quién?

—De uno de tus hermanos —le susurró al oído, como si nosotros no pudiéramos escucharlo.

—Oh, Dios mío. ¿De cuál?

En ese momento, Sophie pegó un grito. ¡Pero qué estúpido había sido! Estaba tan centrado en sus palabras que había dejado de vigilar a Claude y ya no estaba en el lado correcto del lago, sino junto a las únicas dos mujeres. En dos brazadas estaba junto a Helena, sin embargo, cuando llegué, no había ni rastro de Sophie. ¿Dónde demonios se había metido?

—¡Sophie ha desaparecido! —exclamó mi hermana.

—¿Cómo que...? —dejé la pregunta inconclusa cuando comprendí de golpe lo que había sucedido. ¡Cómo no me había dado cuenta antes! En realidad había dejado alguna que otra pista. Teníamos suerte de ser gatos y de tener esa luz natural, ya que pude ver con claridad que Sophie se estaba hundiendo, lógicamente no sabía nadar y por eso, y no solo por el tema de la falta de trajes de baño, se había horrorizado con la idea de tener que bañarse

en el lago. La profundidad era mínima, y enseguida la alcancé y me impulsé hacia la superficie—. Ya la tengo —anuncié mientras la arrastraba hacia la orilla.

Llevé a Sophie en brazos y la coloqué con suavidad sobre el suelo. Después de toser un poco, nos miró asustada, en realidad yo también lo estaba, al fin y al cabo habíamos jugado con la vida de una persona y me arrepentía de ello.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —contestó temblando, y entonces se tapó como pudo al darse cuenta de que estaba casi desnuda delante de mí. Me di la vuelta, consciente de su incomodidad.

—¿Por qué no nos dijiste que no sabías nadar?

—Me daba vergüenza, además..., pensé que no cubriría demasiado. Lo siento mucho —murmuró.

—No ha sido culpa tuya, Sophie, si no llega a ser por... Helena, por favor, sécala y ayúdala a vestirse, está temblando.

En ese momento sentí unas terribles ganas de matar a mi hermano, si no hubiera sido por él, nada de esto habría ocurrido. Ni siquiera me consolaba el hecho de que no se hubiera acercado después de sacarla del agua. Sin pensarlo dos veces, fui directo hacia él.

—¡Te has comportado como un idiota! —le recriminé y acto seguido le empujé con fuerza, aunque fue en vano, su equilibrio natural le impidió caerse.

—¿Ah sí? ¿Tú quién eres para llamarme la atención? —me espetó Claude empujándome a su vez.

—No tenías que haberte acercado a ella.

—¡No sabía que se hundiría, estúpido! Si no, no lo hubiera hecho. Además... ¿Qué te crees? ¿Que Sophie es de tu propiedad?

Le miré extrañado a la vez que preocupado, cuando sentí sus uñas retráctiles sobre mi rostro.

Pude ver cómo los ojos de Edmund se posaron automáticamente sobre Sophie, pero gracias a Dios la noche era nuestra aliada y, a pesar de que Sophie miraba hacia nosotros por el escándalo que habíamos organizado, no podría distinguir en la oscuridad las uñas de Claude.

—¡Ya está bien! El espectáculo ha terminado —mi hermano mayor nos separó con brusquedad.

Edmund debió advertirle a través del pensamiento puesto que acto seguido Claude las escondió visiblemente avergonzado.

—Creo que deberíamos irnos. ¡Vestíos! —ordenó Edmund en el tono autoritario de hermano mayor al mando, ambos obedecimos sin rechistar—. Helena, ¿estáis listas? Nos vamos a casa.

—Sí, estamos listas.

Caminamos despacio de vuelta a casa completamente en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos o en sus remordimientos. Helena no soltó a Sophie durante todo el camino, y se lo agradecí de forma privada; me hubiera gustado hacerlo a mí, pero sabía que ella estaría más cómoda junto a mi hermana. Cuando estábamos llegando, Claude se acercó a Sophie y Edmund me agarró instintivamente para que no hiciera ninguna tontería.

—Lo siento, no quería asustarte. ¿Me perdonas?

—Claro que sí, Claude.

—Gracias. Buenas noches. —Por lo menos demostraba algo de sensibilidad, para variar.

Los tres permanecimos callados esperando a que Helena y Sophie desaparecieran dentro de casa, sabíamos que Ed querría echarnos un merecido rapapolvo.

—Vamos a ver... ¿qué diablos está sucediendo? Tengo la impresión de que estáis los dos interesados en la misma mujer. ¿Es eso cierto?

—No —repuso Claude.

—No, claro que no —contesté yo.

—¿No os gusta Sophie?

—Bueno..., a quién no le va a gustar, pero no, solo somos amigos —insistió Claude.

—¿Y tú, Eugène? ¿Sientes algo por ella?

—No —mentí.

Lógicamente, los tres sabíamos que estábamos mintiendo.

—De acuerdo, hasta que no seáis sinceros conmigo y con vosotros mismos, nadie atosigará a Sophie, nadie la molestará, ni se acercará a ella demasiado. Dejad que sea ella quien elija, que sea ella quien se decida por uno de vosotros —después se dio la vuelta para entrar en casa—. Ah..., me olvidaba, Claude, ni se te ocurra usar tu habilidad con ella. Si me entero de que lo has hecho... —Se quedó callado por un momento—. Será mejor que no lo hagas.

Nos quedamos mudos cuando Edmund entró en casa dando un portazo, me sentía un poco ridículo y avergonzado de que, a nuestra edad, mi hermano mayor tuviera que hacer el papel de padre. Pero lo peor no era

eso..., lo peor era que por primera vez en la vida, Claude y yo nos habíamos peleado en serio, tan en serio como la mirada que nos dedicamos ambos en ese momento, una mirada de desprecio, y todo había sido por una mujer, una mujer que no tenía la culpa de que yo estuviera enamorado de ella. No creía que Claude compartiera los mismos sentimientos que yo, más bien sabía que sus deseos eran simplemente terrenales, tan solo quería conquistarla para llevársela a la cama, pero lo que él no sabía era que yo haría todo lo que fuera necesario para impedirselo.



## 7. Carla.Torbellino.

En cuanto salimos de casa de los padres de Hans, me adelanté con paso decidido sin ni siquiera esperar a Eugène. Sabía que era una estupidez, en cuestión de segundos me habría alcanzado. Pero, por si acaso no se había percatado, quería que supiera que estaba enfadada y no quería caminar a su lado. Enseguida sentí su preocupación, cuando me alcanzó y me agarró con suavidad de la mano. No solía enfadarme demasiado a menudo, por no decir casi nunca, con lo que supuse que Eugène estaba muy confuso con mi comportamiento. Sin embargo, no pensaba ceder, mi paciencia llegaba hasta un límite y en ese instante mi cabeza era un auténtico torbellino a punto de explotar.

—¿Qué te pasa, Carla?

—¡Nada! —exclamé soltándome de su mano con cierta brusquedad.

—Por favor, Carla..., dime qué te pasa. Me siento frustrado contigo intentando leer tu mente impenetrable. No estoy acostumbrado y no se me da bien adivinar.

Seguí caminando ignorándole por completo, sintiendo cómo su preocupación aumentaba a cada paso. Por un brevísimo milisegundo me dio pena, y a punto estuve de cogerle de la mano y asegurarle que no pasaba nada, que le quería a pesar de todo, pero después recordé todo lo que me había ocultado, y cambié de opinión.

Cuando alcancé el jardín de nuestra pequeña casa miré hacia el tejado, cuánto me hubiera gustado ser un felino como el resto de mi familia y poder tranquilizarme subida en las alturas como le sucedía a Val, pero desgraciadamente yo no era como ellos, de modo que me dirigí hacia la

cocina. Eugène me seguía de cerca, aunque dejando prudentemente un espacio entre nosotros; no sabía si lo hacía para no agobiarme o si estaba empezando a enojarse conmigo y buscaba una distancia de seguridad. Lo más probable es que se tratara de lo segundo, los gatos no eran precisamente pacientes.

Fui directa al botellero de donde saqué un buen Ribera del Duero, aquello sin duda alguna me relajaría, sobre todo teniendo en cuenta que en casa de Marion apenas había tocado mi copa de vino. La conversación que Marion y yo habíamos mantenido antes de la cena me había dejado en tensión, quizá como presagio de lo que sucedería después del postre. Nunca se me había dado bien mentir, pero tuve que hacerlo, y estaba segura de que Marion se había dado cuenta de que no estaba diciendo la verdad.

—¿Has averiguado algo durante estos meses?

Marion se refería a la investigación que, como jefa del departamento de Historia de la universidad de Salamanca, me había encargado antes de marcharnos a Francia. Me había pedido que investigara sobre el origen de los gatos, dando por hecho que al estar en casa de Eugène, encontraría algún indicio de su procedencia. Ella desconocía, como casi todas las criaturas, cuál era su origen exacto. También sabía que lo que en realidad ella ansiaba descubrir no era el origen de los gatos, sino el de los perros.

—La verdad es que apenas he averiguado gran cosa, pero te contaré lo poco que he conseguido. Parece ser que el contagio, por lo menos en uno de los casos que he estudiado —dije sin especificar que eran los padres de Eugène—, fue debido a unos arañazos de gato. Todavía no sé qué raza de gato es la que contagia a los humanos y les traspasa su ADN, pero tiene que ser una raza grande, quizá de Main coon, como mis gatos, una raza que pueda dejar unos arañazos profundos y grandes, aunque, ojo..., son solo conjeturas.

—¿Un arañazo? ¿Dónde?

—En la espalda. En los dos casos que he estudiado, fue así. Los síntomas después de eso eran unas veinticuatro horas de fiebre muy alta, se sentían tan mal que, tanto ellos como los que estaban con ellos, pensaban que morirían. Después de eso, se despertaban sin fiebre, perfectos, con todas las ventajas de ser un gato y con más energía que nunca.

Marion se quedó pensativa.

—Nunca pensé que sería de esa manera, pero tiene sentido. Quizá sean muchas razas las que arañan a los humanos, si no, no se explicaría que hubiera diferentes razas de gatos. Me pregunto cómo será en el caso de los perros

—Tienes razón.

La realidad era que había averiguado muchas más cosas, sin embargo Émile, el padre de Eugène, había sido muy claro, no podría contar nada a nadie. Lo que había descubierto no podía salir de la familia, aunque si Val y Hans se salían con la suya, Marion pronto sería parte de la familia. Eso me recordó otra de las razones por las que estaba de tan mal humor.

—Carla... —susurró Eugène cuando ya estaba terminando mi segunda copa del vino—. ¿Puedes por favor hablar conmigo? No soporto este silencio.

Clavé la mirada en esos profundos ojos azules, esos ojos que me volvían loca y que siempre me miraban con ternura y me di cuenta de que debía ser horrible para Eugène no poder interpretarme. Su vida debía ser un constante ir y venir de pensamientos, una locura de sonidos y una ausencia de silencio. Quizá por esa razón se había enamorado de mí, conmigo podía sentir paz y disfrutar del silencio de mi mente por primera vez en su vida,

aunque sabía que en ese preciso momento no necesitaba mi silencio, sino que le explicara de una vez por todas el porqué de mi enfado. Me pasaban tantas cosas al mismo tiempo que no sabía cuál me molestaba más por orden de gravedad.

Cuando percibí que la paciencia de Eugène estaba a punto de agotarse, decidí hablar.

—Está bien... —por un momento me detuve, ¿para qué andarme por las ramas? Lo mejor sería ir al grano—. ¿Cuándo pensabas hablarme de tu edad? Me refiero a tu edad de verdad.

Sus ojos azules se oscurecieron y eso hizo que me sintiera más ansiosa todavía. ¿De qué tenía miedo?

—¿Cómo lo has sabido?

—Es una larga historia —contesté.

Eugène me miró sorprendido, arqueando una de sus cejas, como hacía su madre cuando algo la pillaba desprevenida. Estaba claro que el truco que usaban los Chatte para evitar hablar de algo (siempre decían “es una larga historia”) a mí no me salía nada bien.

—Encontré un cuaderno antiguo en la biblioteca del château. Era una especie de diario, de tu padre —recalqué—. Cuando lo terminé, me di cuenta de que era la historia de tus padres y no la de tus abuelos, como había pensado en un principio. Comenzaba en 1901.

Obvié el detalle sobre la larga charla que mantuve con su padre en la que me había ampliado la información, no quería que se molestara con él.

—Te lo iba a contar después de casarnos, todo..., absolutamente todo.

—¿Por qué? ¿Por qué no has confiado en mí?

Se aproximó a mí tan rápido que, a pesar de estar muy acostumbrada, sentí un ligero temblor de piernas, las caricias de Eugène seguían produciéndome cierto nerviosismo, sobre todo cuando al mismo tiempo me clavaba aquella mirada de gato. Al ver que no le respondía, apartó la mano. Me quedé fría en cuanto se apartó de mí y apuré la copa de vino para intentar recuperar la temperatura.

—Confío en ti, pero me ha podido el miedo, Carla. No sabes..., no sabes lo que significa para mí que te cases conmigo. No podía correr el riesgo de que no quisieras seguir adelante con la boda cuando te enteraras de que tengo más de cien años.

Quizá por efecto del vino, me entró la risa, aunque a juzgar por la mirada de Eugène no le hacía demasiada gracia que reaccionara de esa manera a un comentario tan profundo.

—Es normal que me entre miedo, Eugène, son muchos años —sonreí traviesa—, eres un asaltacunas, quieres casarte con una mujer que tiene más de sesenta años menos que tú.

—Físicamente no lo soy, son solo años de vida, experiencias, pero como puedes ver, no soy un anciano.

—Eso es obvio —repuse y repasé su cuerpo fuerte y musculoso—. Pero yo sí lo seré, mucho antes que tú. ¿Qué pasará entonces? ¿A qué velocidad envejeces?

—Digamos que en cien años he envejecido menos de cuarenta años.

—O sea que quizá te queden otros cien años de vida, quizá más. ¡Dios mío, Eugène! —En ese momento dejé mi pose traviesa al darme cuenta de las consecuencias—. ¿Qué harás cuando dentro de veinte años yo tenga sesenta años y esté llena de arrugas y con las tetas caídas? Ya no me querrás.

—Claro que te querré, Carla, y lo sé porque nunca he querido a nadie como a ti. No voy a negar que me gustas físicamente, es más, me vuelves loco, pero te aseguro que no es solo algo físico, te necesito a mi lado para ser feliz, no podría vivir sin hablar contigo cada día, sin dormir junto a ti, me encanta hacer cualquier cosa contigo. Eres parte de mí, eres mi familia.

—No sé, Eugène..., estoy hecha un lío. ¿Y Val? ¿Ella lo sabe?

—No, no sabe nada.

—Debería saberlo, más ahora que va a cometer la absoluta locura de casarse tan joven.

—Por cierto..., también quería hablarte sobre eso.

—Ah, esa es otra de las razones por las que estoy así —dije al recordar otro de los motivos que me habían hecho ir enfadándome poco a poco, había ido acumulando rencores, y habían salido todos en modo explosivo.

—¿¡Cómo no me contaste que Hans y Val querían casarse!? Tenías que haberme puesto sobre aviso, lo dijeron así de repente después de la cena, como si tal cosa, delante de todos. No sé cómo hicieron algo así.

—Carla..., no podía decírtelo, era algo muy personal, no puedo contarte todo lo que oigo en los pensamientos de los demás, no cuentes conmigo para eso.

A veces Eugène podía ser gélido como el hielo y sus palabras parecían dardos en mi corazón, aunque quizá ya estaba acostumbrándome, sin saberlo llevaba toda la vida rodeada de gatos, primero mi madre y mi hermana, después mi hija Val, y ahora Eugène.

Le di la espalda como respuesta a lo que acababa de decirme y tomé de nuevo la botella de vino. Sin embargo, Eugène me agarró fuertemente por

la muñeca y me la quitó de las manos.

—¡Ya está bien, Carla! ¿Qué pretendes?..., ¿emborracharte? No es propio de ti comportarte de esta manera.

—¡Me da igual! Y sí, esa era mi intención. Pero no puedo luchar contra ti, eres demasiado fuerte —y acto seguido me solté de nuevo de sus garras, aunque para qué me engañaba, en realidad había podido soltarme porque él me había dejado.

Huí al jardín trasero abandonando mi copa sobre la encimera de la cocina y me senté sobre el banco de hierro sintiéndome verdaderamente impotente. ¿Qué iba a hacer con mi vida? En tan solo unos días todo se había torcido, en ese momento parecía imposible poner orden en tanto caos. Mi futuro estaba borroso y, para colmo, el de mi hija también. Yo envejecería sola, sin poder contar con mi futuro marido, y a mi hija le pasaría al revés, tendría que ver cómo su marido envejecería a su lado. En realidad, si no fuera porque sabía en mi fuero interno que ni Émile ni Eugène me estaban engañando, todo parecería una pesadilla fantástica de la que despertaría en cualquier momento.

Pegué un brinco cuando sentí la presencia de Eugène junto a mí, no entendía por qué a esas alturas no estaba ya acostumbrada a las apariciones sigilosas de los gatos.

—Carla, lo siento..., siento no haberte contado la verdad.

—Me prometiste que no volverías a mentirme.

—Y no lo he hecho, tan solo te he ocultado algo.

—Sí, me has mentido, porque me dijiste que me querías toda la vida.

Oh, Dios, me estaba poniendo extremadamente sensible, casi parecía una niña pequeña haciendo pucheros.

Eugène acercó una silla y se sentó frente a mí. Tomó mis manos entre las suyas, me encantaba su tacto frío y áspero.

—Y lo haré, Carla, juro que lo haré, te querré durante toda tu vida y también durante el resto de la mía. No creo que deje de quererte ni aunque pasen cien años.

Decía la verdad, sus ojos eran dulces como la miel, si es que la miel podía ser azul.

—Guardas muchos secretos —añadí.

Era consciente de que no paraba de sacar un problema tras otro, como intentando que me convenciera para seguir adelante a pesar de todos los problemas que se me pasaban por la cabeza.

—No son secretos, son simplemente años de vivencias. Te las contaré todas, te lo prometo, pero eso me llevará algún tiempo y ahora tenemos que hablar de Val.

—¿De qué quieres hablar?

—Quiero que te replantees todo lo que has dicho esta noche.

—No pienso hacerlo —protesté muy en serio y acto seguido intenté sacar mis manos de entre las suyas, pero no pude, Eugène las tenía fuertemente agarradas—. No estoy de acuerdo, aun así, sé que se casarán, porque ya lo han decidido, pero no puedo apoyarles. Val tiene tan solo dieciocho años, todavía tiene que estudiar una carrera y hay que tener en cuenta que se están precipitando, tan solo lleva saliendo con Hans unos meses.

Aquella no era simplemente la primera discusión que teníamos en general, sino que era la primera vez que discutíamos como padres de Val.



—Y lo hará, estudiará una carrera, pero casada con Hans. Te voy a hacer una simple pregunta, Carla, y por favor sé sincera. Cuando me conociste con veinte años, ¿te habrías casado conmigo si te lo hubiera pedido unos meses después de haber empezado a salir?

Recordé nuestro primer encuentro, cuando me rescató en la sierra de Madrid, después de haberme torcido el tobillo, y me llevó en brazos durante varios kilómetros. Así mismo recordé cuando le volví a ver una semana después en la universidad —en un principio pensé que era un encuentro casual, pero después me confesó que había ido allí exclusivamente para encontrarme—, clavándome sus ojos azules como si quisiera penetrar en mi mente. No podía negar que me hubiera casado con él en ese mismo instante, cuando apenas le conocía.

—Sí, lo hubiera hecho, pero eso no tiene nada que ver. Yo era más mayor, ya estaba estudiando en la universidad.

—Una diferencia de dos años, Carla. Ahora piensa..., sabiendo lo que sabes sobre los gatos, ¿vas a impedir a Val disfrutar unos años más de Hans? ¿Vamos a dejar que desperdicien los años que tienen por delante para vivir juntos? Hans envejecerá, los perros no son como nosotros, pero Val no. Deja que Val pueda vivir el máximo de años posibles junto a él, aún le quedará una eternidad para echarle de menos.

¿Eso sería justo lo que le pasaría a Eugène? ¿Estaría una eternidad echándome de menos? Aunque no quisiera darle la razón, la tenía. Sabía lo que Val sentía por Hans, sencillamente porque no era muy diferente de lo que sentía yo por su padre. Nuestra familia no era normal y corriente como hubiera deseado (todo sería más sencillo), nada era lo que debería, de modo que, ¿qué más daba si Val se casaba tan joven? ¿Qué más daba si ni siquiera había empezado a estudiar? Tendría más de cien años para estudiar todas las

carreras que quisiera. En realidad, ¿qué diferencia había en que se casaran con la vida que llevaban desde que se conocieron? Vivían juntos como una pareja.

—Está bien, tienes razón.

Eugène sonrió feliz, aunque sabía que no lo hacía por tener razón, ni por haber ganado la partida, sino porque se preocupaba por la felicidad de nuestra hija además de porque apreciaba a Hans.

—Gracias, Carla. Ahora, voy a ser egoísta..., ahora me voy a preocupar solo de mí y de mis sentimientos. Y por favor, no pienses en el futuro a largo plazo, a mí no me preocupa, porque estaré contigo. Una última pregunta, ¿quieres casarte conmigo a pesar de saber lo viejo que soy?

No pude evitar sonreír. Era tan guapo, tan joven, estaba exactamente igual que cuando le conocí hacía unos cuantos años, con la única diferencia de que estaba más musculoso. No debía pensar en el futuro, solo en el ahora, en lo que sentía por él. En realidad no podía imaginarme mi vida sin él, era demasiado tarde. Si tenía que dejarlo dentro de unos años, cuando me sintiera vieja y arrugada, lo haría, pero por el momento disfrutaría de él, del presente.

—Sí, quiero casarme contigo a pesar de lo anciano que eres.

Me dedicó una de esas sonrisas de la familia Chatte que te dejaban sin aliento y me sentó sobre sus rodillas.

—Carla, eres tan complicada —me susurró al mismo tiempo que me apartaba el pelo de la cara—, tan poco previsible, eres un enigma para mí. Ahora entiendo lo mal que lo pasan los hombres normales intentando descifrar la mente de sus mujeres. Y a pesar de eso..., te quiero tanto. —Me besó con fuerza en los labios—. Pensé que ya no querías casarte conmigo.

—Creo que me he acostumbrado a vivir con un hombre mayor y no

podría enamorarme ahora de un jovencito —comenté traviesa.

—Te vas a arrepentir de lo que has dicho, ahora te demostraré de lo que es capaz un hombre anciano como yo —acto seguido me levantó en brazos para tumbarme sobre la hierba fresca del jardín.

Por suerte no había nadie en la casa. Cris dormía en casa de Anna y Álvaro en casa de un amigo y, aunque Val y Hans dormían con nosotros, no los esperaba hasta altas horas de la madrugada, sabiendo que habían salido con Oscar y Ale.

Me besó con pasión en los labios y después fue descendiendo al mismo tiempo que me desabrochaba el vestido. A pesar de no tener acceso a mi mente sabía tocarme como si supiera cómo hacerme delirar. No solo me demostró lo bien que hacía el amor un anciano como él, sino que me mostró lo mucho que me amaba. Tuve ganas de que el tiempo se detuviera y fuera hacía atrás para poder disfrutar de más años juntos.

—Hans y Val están a punto de entrar —me anunció Eugène de pronto.

—¿Tan pronto? —exclamé asombrada.

Eugene rio

—Aunque no lo creas, llevamos un buen rato aquí, contemplando las estrellas, es la una de la mañana.

—Se me ha pasado volando.

—¿Hablarás con ella ahora?

Tenía el pelo revuelto y estaba desnuda, pero en ese momento estaba de buen humor, aquello había sido obra de mi futuro marido.

—Sí —dije comenzando a vestirme a toda prisa—. Será mejor que lo

haga ahora. ¿Puedes decirle que venga al jardín?

—Si quieres me llevo a Hans a dar una vuelta para que tengáis algo de intimidad.

—No, voy a hablar con ella a solas, pero quiero que Hans lo escuche, de cualquiera manera va a ser parte de la familia. Parece que nuestra pequeña familia aumenta a marchas forzadas —dije pensando en Álvaro, en Cristina y ahora en Hans.

—Eso parece, pero me encanta —murmuró y me besó antes de desaparecer de mi vista.

Justo cuando acababa de terminar de vestirme, sentí cómo Val se acercaba, tan sigilosa como siempre.

—Mamá... —me llamó con precaución.

En realidad, había tenido mucha suerte de que el torbellino se lo hubiera comido su padre.

—Ven, siéntate —le dije señalándole el banco que tenía a mi lado, yo sin embargo decidí permanecer de pie.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Si me lo hubieras preguntado hace un par de horas te habría contestado que no, pero ahora estoy bien. He estado hablando con tu padre sobre lo de la boda y..., bueno, tu padre me ha abierto los ojos. Yo..., supongo que te tengo que dar la enhorabuena, Val, quiero que sepas que, a pesar de todo lo que he dicho esta noche, si casarte con Hans te va a hacer feliz, te apoyaré.

—Oh, mamá, gracias, sin tu apoyo no sería lo mismo —dijo levantándose y abrazándome con fuerza.

—Lo sé, pero dale las gracias a tu padre. Si no llega a ser por él...

—¿Cómo te ha abierto los ojos?

—Oh, eso tendrás que preguntárselo tú misma. Val, quiero pedirte algo a cambio.

—Claro, mamá. ¿De qué se trata?

—Quiero que os caséis al mismo tiempo que nosotros.

Val me miró sorprendida, por lo menos se le había abierto ligeramente la boca.

—¿Lo dices en serio, mamá? Eso es dentro de una semana.

—Lo sé.

—Pero, no quiero quitarte el protagonismo, es la primera vez que te casas.

—¡Me da exactamente igual el protagonismo, Val! Solo quiero casarme con tu padre; de hecho, si pudiera hacerlo sin testigos, sería todo más sencillo.

—Yo..., a mí también me gustaría casarme al mismo tiempo que vosotros, pero no sé si dará tiempo a...

—¿A ti no te importará compartir el protagonismo conmigo?

—Sería mucho más fácil para mí, no me gusta ser la protagonista de nada más que de obras de teatro, en la vida real, prefiero no serlo.

—De acuerdo, si Hans y tu padre están de acuerdo con nosotras, lo haremos.

En ese instante se oyeron dos voces provenientes de la cocina. —“¡Lo estoy!” —dijo Hans—. “¡Yo también!” —dijo Eugène.

—Es imposible tener una conversación privada en cualquier casa a la que vamos —protesté medio en broma—, vamos a brindar por ello.

No me sorprendió ver a Eugène y a mi futuro yerno sonriendo cuando ambas entramos en la cocina, pero sí me sorprendieron las cuatro copas llenas de, presumiblemente, champán que había sobre la mesa.

—¿De dónde habéis sacado eso? Ah..., ya veo —dije señalando acusatoriamente a Eugène—. Lo tenías preparado. Sabías que cambiaría de opinión y que tendríamos que celebrarlo.

—No estaba completamente seguro, pero tenía que estar preparado por si las moscas —confesó Eugène.

Hans se levantó y me plantó un beso en la mejilla.

—Gracias, Carla, así será todo más fácil.

Hans se acercó a Val y, después de agarrarla por la cintura, le colocó su copa de champán en la mano.

—Tengo que confesar que no tenía ni idea de que se te ocurriría que nos casáramos juntos, pero me parece una gran idea —comentó Eugène rodeándome con su brazo.

—No puedes saberlo todo Eugène, si no tu vida sería aburridísima.

—Tienes razón, gracias a ti mi vida es una auténtica aventura —repuso riéndose—. Brindemos entonces por nuestras bodas. Enhorabuena Val, Hans. Me hace muy feliz que os caséis con nosotros. No todos los padres pueden casarse junto a sus hijas, ¿no? Si ya éramos una familia poco común, ahora lo seremos menos todavía.

Después de todo, la velada no había acabado tan mal como auguraba. Me encontraba feliz al mismo tiempo que llena de dudas, aunque solo si

pensaba en un futuro lejano. Por varias razones: mi marido tenía más de cien años, yo envejecería antes que él, mi futuro yerno envejecería antes que mi hija y, para colmo, iba a casarse con un perro. Y además, ¿qué clase de hijos tendrían?

\*\*\*\*

Val estaba tumbada sobre el pecho desnudo de Hans y por supuesto su conversación de criaturas continuaba, ya que tenían la costumbre de mantener siempre aquella peculiar forma de comunicarse cuando hacían el amor, de ese modo nadie podía escucharles.

—Hans, estoy tan contenta porque mi madre esté de acuerdo con nuestra boda —comentó Val.

—Yo también, no me hubiera gustado casarnos sin su consentimiento —susurró al mismo tiempo que acariciaba el pelo negro de Val.

De hecho, Hans había estado dándole vueltas al asunto, incluso había estado a punto de dar marcha atrás, no quería que Val estropeara su relación con su madre por su culpa.

—Me pregunto de qué modo mi padre le abrió los ojos a mi madre.

—¿Le abrió los ojos?

—Eso dijo mi madre, que fue él quien se los abrió. Cuando le pregunté qué significaba eso, me dijo que lo hablara con él. Mañana mismo lo haré.

—Mi gatita curiosa —comentó Hans riendo.

—¿Sabes que mis padres les han propuesto a Álvaro y a Cris formar parte de la familia?

Hans se alegró de que Val no pudiera ver su cara en ese preciso

momento.

—¿A qué te refieres?

—A que les van a reconocer como sus hijos, aunque no cambiarán de apellido. ¿No es maravilloso? Ahora tendré hermanos.

No, no era maravilloso, sí lo era en el caso de Cris, pero no en el caso de Álvaro. No le gustaba la idea de tener que soportarle toda la vida, y no solo como amigo de Val, sino también como su hermano. Sintió un calor tremendo en forma de rabia y se dio cuenta de que tendría que salir a correr para desahogarse, pero justo en ese momento Val decidió derrumbarse sobre él. Se había quedado dormida de repente, sin esperar a que respondiera. Lo de practicar su habilidad, la dejaba exhausta. Supuso que el calor de su cuerpo había acelerado su sueño.

Sentirla tan cerca y vulnerable tumbada sobre su pecho desnudo hizo que su rabia se diluyera, como sucedía milagrosa e inexplicablemente muchas veces. Después de todo no haría falta que saliera a correr. No quería despertar a Val y, a pesar de que era verano, sabía que ella necesitaba su calor para dormir a gusto. Apartó a Álvaro de su mente, en ese instante no quería pensar en él, y se quedó acariciando a Val y sintiéndose el hombre más feliz del mundo porque en una semana Val sería suya. Quizá cuando ya fuera su mujer podría solucionar, o al menos disminuir, sus constantes celos.



## **-8. Émile. ¡Maldita seas, Irina!**

*Digné-les-Bains, noviembre 1903*

No me había apartado de su lado desde que comenzó la dolorosa cesárea y, a juzgar por la expresión de su rostro, estaba seguro de que el efecto del éter estaba llegando a su fin. Mi intención era administrarle láudano, pero antes de eso necesitaba comprobar cómo se encontraba. Irina abrió los ojos y, por su gesto, supe, como era previsible, que el dolor era insoportable

—¿Cómo estás, mi amor?

—Oh, Émile. ¿Qué ha pasado? Me quema el estómago.

—Bebe esto —le tendí un vaso de agua.

Era consciente de que si le daba láudano no podría alimentar a los niños, pero no pensaba dejarla con esos dolores, por lo menos hasta dentro de veinticuatro horas. Los niños podrían sobrevivir con leche de vaca reducida con agua. Yo mismo pensaba salir a buscar una vaca. Se la compraría a los vecinos aunque tuviera que pagar todo el dinero que nos quedaba.

—¿Dónde está mi hijo?

—Mi amor, los dos teníamos razón, ¿sabes?, me has dado dos hijos, un niño y una niña.

—No, no puede ser, solo debo tener uno.

—Son dos, te lo aseguro. Ella es igual que tú, es preciosa. Ah..., y por cierto, se llama Helena. Espero que te guste...

—¡No! No quiero dos, solo uno, ella no está, no la he visto.

Evidentemente deliraba, no podía esperar más, de modo que saqué del maletín el láudano y en unos segundos Irina dormía al parecer plácidamente. Después de comprobar el estado de los puntos (como había hecho sistemáticamente desde que había dado a luz), la envolví todavía en más mantas, temeroso de que empeorara con el frío que hacía. Los puntos no parecían estar infectados y eso eran magníficas noticias, ya que si se infectaban, nada podría hacer por ella, salvo rezar para que no se muriera. La besé y salí en busca de François. Edmund dormía plácidamente, igual que su madre. Encontré a François con Helena en brazos, mientras Claude dormía a su lado. Ese hombre era una auténtica joya, sin él hubiera estado perdido.

—François..., gracias por cuidar de ellos.

—Es un placer señor.

—Necesitarás dormir, dentro de unas horas habrá amanecido. Vete a dormir, yo me quedaré con ellos.

—De acuerdo señor.

—Mañana tendré que salir en busca de una vaca, no podremos contar con la leche de Irina, por lo menos en veinticuatro horas, y después no sé si será demasiado tarde para ella. Los vecinos tienen una vaca, ¿verdad?

—Sí, señor, tienen varias y seguro que, si les paga bien, le venderán una.

—Estupendo. Duerme un poco, François.

—¿Y usted? Está agotado.

—Yo me ocuparé de ellos y de Irina, de cualquier manera no podría dormir.

Tomé a la pequeña Helena en mis brazos y la coloqué sobre el

hombro. Al segundo, estaba dormida sobre mí. Todavía no podía creer que tuviera dos hijos y que Irina estuviera viva, por lo menos todavía lo estaba. Si pudiera traer a Irina junto a la chimenea, estaría mucho más caliente, pero sabía que no debía moverla, sería muy doloroso para ella.

De pronto caí en la cuenta de que podría hacer algo diferente para darle más calor. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tomé a Claude entre mis brazos y subí con mis dos hijos a nuestro dormitorio. Los niños darían calor a su madre y ella a ellos, y yo estaría pendiente de que todos estuvieran bien; a lo mejor incluso podría dormir un poco. Irina estaba inmóvil pero respiraba con normalidad. Coloqué a los dos pequeños encima de ella, enseguida se adaptaron a su cuerpo como si ese fuera su destino natural. Los tapé y, sin ser siquiera consciente, me dormí junto a ellos.

Me daba la impresión de que acababa de dormirme cuando Claude me despertó reclamando comida. Estaba amaneciendo. Irina parecía estar bien, al menos no tenía fiebre, y su herida estaba en buen estado. Oh Dios, estaba tan agradecido de que fuera así.

Esa misma mañana dejé a François al cuidado de toda mi familia. Todavía estaba asombrado de la confianza que depositaba en él, aunque en realidad no tenía muchas opciones, esa misma tarde caería una gran nevada y tenía que hacerme con esa vaca. Por suerte, no me costó demasiado, a las pocas horas estaba de vuelta en casa con Carlota, nuestra vaca. Respiré tranquilo al comprender que mis hijos no pasarían hambre mientras Irina se recuperaba físicamente de la operación.

Esa misma tarde comenzó a nevar como yo había previsto y al día siguiente estábamos totalmente aislados.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Irina cuando despertó a la mañana siguiente.

Estaba pálida.

—No vuelvas a dormirme, Émile, te lo prohíbo —dijo intentando que pareciera una orden, pero su voz apenas era un murmullo.

Sonreí, que sacara su carácter solo podía significar que estaba bien, que había sobrevivido.

—Quiero ver a mi hijo.

—Hijos. Claro, te los traeré. ¿Pero te duele mucho?

—Sí, pero puedo soportarlo. Tráeme a Claude por favor y luego me cuentas qué ha pasado. Está claro que no he tenido un parto normal.

—No, eres un caso de estudio. No creo que muchas mujeres hayan sobrevivido a esto.

—Eso es porque tengo la suerte de contar con un médico fantástico por marido.

—No, yo no he hecho nada, eres una tigresa, una luchadora, Irina.

Me sonrió débilmente. No podía ni imaginarme los dolores que debía tener, y sin embargo no se quejó. Al segundo aparecí en el dormitorio con los dos pequeños, sin embargo, solo quiso que le diera a Claude. Se lo puso al pecho y, para mi sorpresa, descubrí que todavía tenía leche. De cualquier manera la vaca sería muy útil para todos, también para Edmund.

—Cogeré a Claude, ahora le toca el turno a Helena.

—No, a ella no.

Le miré estupefacto.

—¿Cómo que a ella no?

—Ella no tendría que haber nacido, no la esperaba.

—¿De qué hablas, Irina?

—¿No lo entiendes? No la he visto en mis visiones, eso solo puede significar que ella no va a sobrevivir.

—¿Qué visiones? ¿De qué hablas?

—A veces veo cosas, del futuro. Y he visto a Claude, será muy atractivo, muy creativo, escribirá obras de teatro, las interpretará, escribirá poesías, pero sobre todo será un seductor de mujeres —explicó sonriendo perdida en sus pensamientos—. Pero ella... —dijo señalando a Helena—, no estaba.

—Eso es una completa tontería, es nuestra hija y la alimentarás.

—No lo voy a hacer, no puedes obligarme. No quiero hacerlo.

Sentí que me encendía por dentro y, sin embargo, no dije lo que pensaba, porque todavía temía por su vida, y por el momento no me quedaba más remedio que apechugar con su decisión. Dejaría que se saliera con la suya durante un tiempo, hasta que estuviera seguro de que se había recuperado por completo. Mientras tanto me ocuparía yo de Helena. Y así lo hice durante un mes entero. La cuidaba como si yo fuera su madre, con la única diferencia de que no podía darle el pecho. François me echaba una mano, puesto que también debía ocuparme de Irina y de Edmund. Claude no necesitaba mi ayuda, puesto que Irina le cuidaba amorosamente.

Irina se repuso muy rápido, más rápido de lo que era humanamente posible. No sabía si era por su carácter obstinado o si era su ADN de gato el que le hacía tener esa fuerza y resistencia inhumana.

—Irina, tenemos que hablar. —Ya había pasado más de un mes e iba siendo hora de que Irina asumiera su responsabilidad—. Te he dejado tranquila durante un tiempo mientras te recuperabas, pero ya estás en plena

forma. Tienes una hija, se llama Helena, es esta que tengo en mis brazos, por si no lo sabías. Ella también te necesita, tienes que alimentarla, es mucho más sano que le des tu leche.

—No, ya te lo dije Émile. Ella no sobrevivirá, no pienso encariñarme con ella.

—¡Deja de decir estupideces! Ella sobrevivirá, es nuestra hija, yo la ayudé a salir al mundo. Mírala, es igual que tú. —Sin embargo, Irina miraba hacia la pared—. ¡Mírala, demonios! Es fuerte, está saliendo adelante con leche de vaca, por Dios..., ¿qué clase de madre eres?

—No lo haré. No puedes obligarme.

—Claro que puedo.

—¿Ah sí? ¿Cómo? —levantó la vista desafiante.

—No te reconozco, Irina. No sé quién eres, pero no eres mi mujer —y acto seguido di media vuelta con mi hija en brazos completamente decepcionado.

Pensé en algunas posibilidades para obligarla, como darle un puñetazo, ganas no me faltaban, pero me negaba a hacerle daño y menos en su estado, con lo que al final abandoné el dormitorio dando un sonoro portazo, derrotado, frustrado y muy enojado. Desgraciadamente ella tenía razón, si no quería hacerlo, no podría obligarla.

Esa noche no dormí junto a ella. Me acomodé en el dormitorio de los niños. No quería ni verla, aunque en realidad apenas dormí. No paré de dar vueltas en la cama mientras intentaba solucionar aquel infortunio que podría acabar con mi pequeña familia. Estaba completamente decepcionado con Irina, no podía creer que fuera capaz de ignorar a su propia hija, después de lo que me había costado sacarla adelante, después de haber temido por su

vida, después de todo lo que había sufrido por ella. Todo había sido en vano.

A la mañana siguiente ya había tomado una decisión. Fui decidido hacia nuestro dormitorio, pero cuando abrí la puerta me di cuenta de que ni Claude ni Irina se encontraban allí, no sabía ni siquiera si habían pasado la noche en casa. Pero, ¿dónde estaban? Bajé a la cocina con Helena en brazos, ya que a estas alturas mi hija era una prolongación de mi cuerpo, donde encontré a François dándole el desayuno a Edmund.

—¿Dónde está Irina?

—Salió hace unas horas. Dijo que se marchaba a París.

—¿Qué? No es posible. ¿Cómo no me avisaste?

—Me dijo que si le despertaba, me cortaría la lengua.

—¿Y la creíste?

—No, pero justo después se despertó Edmund y no he tenido tiempo de pensar en nada. Lo siento, señor. Me pidió que le dijera que no la siga, que no quiere verle.

—Oh, me verá, vaya que sí. ¿Podrías ocuparte de Edmund y Helena en mi ausencia?

—Sí, señor, por supuesto. Pero...

—Bien, entonces me marchó.

—Pero..., señor, no hay más trenes hasta mañana.

—¿En serio? Oh, demonios.

—¿Papa? —preguntó en ese momento Edmund—. ¿Mamá?

—La traeré de vuelta Edmund, no te preocupes.

El viaje hasta París fue un infierno, no dejaba de preguntarme si Irina

estaría bien. No era nada adecuado que se fuera de viaje con un bebé recién operada. Además, no podía olvidar que unos gatos peligrosos podrían estar buscándonos, aunque en parte me tranquilizaba el hecho de que no supieran nuestro nuevo apellido. Cuando ya no se me ocurría nada peor que pensar, caí en la cuenta de que no tenía ni la más remota idea de adónde habría ido Irina, París era enorme y podría estar en cualquier sitio. Ella no conocía a nadie en la ciudad, ni siquiera conocía bien París, solo había estado una vez. ¿Adónde habría ido? Quizá estuviera en el pequeño hotel donde nos habíamos alojado cuando nos casamos. ¿Y si no estaba allí? ¿Dónde podría buscarla?

—Chatte, señora Chatte.

El encargado buscó en los registros demasiado lento para mi gusto.

—No, señor, lo siento.

—¿Qué hay de Señorita Valleé?

El señor me miró contrariado, pero volvió a mirar en los registros.

—No, tampoco.

—¡Por Dios! Es una mujer que no pasa desapercibida fácilmente, muy alta, muy bella, con los ojos grises, pelo castaño, y lleva un bebé recién nacido.

—Sí, señor, vino ayer buscando habitación, pero no había ninguna disponible. Le propuse que fuera al hotel de enfrente. Mire usted allí, quizá esté alojada en él.

—Gracias. Eso haré.

Antes de cruzar la calle, mis ojos captaron algo brillante en el quinto piso, aquello me animó, quizá estuviera en ese hotel.

Efectivamente, se había alojado con su nombre de soltera. Sin



embargo, el encargado no me permitió subir a su habitación, a pesar de que le aseguré que era su marido. Ni siquiera quiso decirme en qué habitación estaba alojada. Pero yo lo sabía, estaba en la quinta planta y solo tendría que seguir su rastro para encontrarla. A las malas podría trepar por la fachada cuando se hiciera de noche, pero no quería esperar tantas horas, necesitaba comprobar que estaba bien. Permanecí en el hall del hotel paseando sin tregua hasta que, una hora después, el encargado se había olvidado de mí.

El olor de mi familia era inconfundible y yo tenía razón, estaban en la quinta planta. Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —era ella.

Quizá había percibido mi aroma, pero por si acaso preferí no contestar. Era obvio que no sabía quién se encontraba detrás de la puerta, puesto que Irina la abrió ligeramente y yo aproveché hábilmente para meter un pie en la ranura antes de que Irina intentara cerrármela en las narices. Sabía que haría eso, la conocía muy bien.

—¡Vete, Émile!

—No pienso irme sin mi mujer y mi hijo.

Forcejamos en la puerta hasta que Irina se dio por vencida, no podía conmigo. Claude dormía plácidamente en una cuna.

Estudié el rostro de Irina, no solo en busca de huellas físicas, sino intentando descubrir por qué me había abandonado. Tenía ojeras y estaba pálida. Llevaba un camisón blanco a través del cual podía ver sus pezones. Sentí una presión bajo mis pantalones, pero intenté serenarme, necesitaba la mente despejada. Debía hablar y razonar con ella y no era el momento para dejarme llevar por la pasión que me producía la visión de su cuerpo.

Me acerqué con cautela hacia ella. En un principio se echó hacia atrás,

intentando huir de mí, pero después algo en su actitud cambió y se quedó plantada delante de la cama con una mirada sin duda desafiante.

—He venido a hablar contigo, pacíficamente —dije con toda la calma de que fui capaz.

—De acuerdo.

—Esta es la idea, o vuelves conmigo y con tus hijos, los tres —dije recalcando eso último—, o no quiero saber nada más de ti.

—¿Qué?

—Lo que has oído. O aceptas a tu hija como a los demás, o yo no quiero volver a ser tu marido.

—No lo voy a hacer, Émile. No pienso sufrir, no quiero sufrir.

—¿Es tu hija, demonios! Tuya y mía, es nuestra hija, carne de nuestra carne, fruto de nuestro amor. ¿Cómo no la vas a querer? —pregunté desesperado e incrédulo.

Irina me sorprendió rompiendo a llorar, aquello no era algo habitual en ella, solía controlar muy bien sus emociones.

—¿Crees que no lo sé? Por eso no quiero encariñarme con ella. Si luego muere..., yo no podré soportarlo.

—¿No va a morir! Yo no lo permitiré. Pero no puedes dejar de amar a tu hija por miedo. ¿Me entiendes? —dije y acto seguida la agarré de la muñeca, quizá con demasiada fuerza.

—Tú no lo entiendes. ¡No lo haré! ¡No puedes obligarme!

—Entonces, no hay nada que hacer... —repuse desolado.

—¿Suéltame! Me estás haciendo daño.

La obedecí y por un momento sus bonitos ojos grises me distrajeron, pero enseguida recuperé mi orgullo y di media vuelta completamente hundido.

—¿Me vas a dejar? —preguntó Irina ¿asustada?

La voz le había cambiado, en ese instante ya no parecía tan segura de sí misma. Me giré para mirarla ya en la puerta, me dio pena verla tan triste con los ojos anegados en lágrimas.

—Sí, no tengo más remedio. Te amo, Irina, no sabes cuánto, te deseo más que a nadie en el mundo, me duele todo el cuerpo por no poder poseerte ahora mismo. Pero ya no me siento orgulloso de ti. Nunca pensé que pudieras comportarte de esta manera.

Se dio la vuelta y continuó llorando. Estaba a punto de abrir la puerta cuando me di cuenta de que no podría hacerlo, no tenía la suficiente fuerza ni voluntad para dejarla, de modo que me vi volviendo hacia ella.

—¡Maldita seas, Irina! —exclamé y acto seguido la agarré del brazo obligándola a mirarme.

La estreché entre mis brazos y la besé con furia, puede incluso que le hiciera sangre en el labio, pero no pareció importarle, me devolvió el beso con fuerza, con desesperación. Tengo que reconocer que me volví un poco loco y le rompí el camisón. Le masajee los pechos con suavidad, los tenía duros, llenos de leche, por lo que no me atreví a chuparle los pezones como me hubiera gustado, aquel era en esos momentos territorio prohibido.

—Émile. Lo siento, volveré contigo, te lo prometo —dijo mientras me besaba. Sus lágrimas se mezclaban en mi boca.

La tumbé sobre la cama pero, antes de continuar en modo salvaje, decidí someterla a un pequeño juramento. Me perdí en sus pupilas mientras

me apoyaba con los brazos extendidos haciendo presión sobre la cama; pude ver que en realidad tan solo tenía miedo de sufrir, miedo de amar para luego perder a nuestra hija.

—Irina... ¿me prometes que lo intentarás? ¿Intentarás querer a nuestra hija?

Me sostuvo la mirada durante algunos segundos que se me hicieron eternos.

—Sí, lo intentaré. Lo haré por ti.

Con eso me bastaba, me perdí en su boca, sus pechos, su cintura. No estaba seguro de si estaría físicamente preparada para hacer el amor, al fin y al cabo hacía un mes que la había operado, pero estaba desesperado, la necesitaba más que nunca y tenía claro que, una vez que la penetrara, no podría pararme.

—Estoy bien, Émile —me susurró en el oído como si pudiera leerme el pensamiento.

—Gracias —repuse con alivio y después la penetré con suavidad, no podía olvidar que tenía una enorme cicatriz en su precioso cuerpo, una cicatriz que yo mismo le había hecho.

—¿Te he hecho daño, Irina? —temía no haber sido tan delicado como pretendía, pero Irina me volvía completamente loco. ¿Les pasaría eso a los demás hombres, el no poder resistirse ante el aroma, el sabor y el tacto de su mujer? Sinceramente lo dudaba. Aunque mi mujer a veces me sacara de mis casillas, incluso aunque a veces no la entendiera, no podría vivir sin ella, era algo superior a mí.

—No, por supuesto que no, jamás me haces daño y..., creo que estoy recuperada, a mí también me ha gustado mucho.

—Menos mal... —suspiré aliviado.

—Siento mucho lo que he hecho, Émile, me siento como una estúpida.

—¿Por qué has venido hasta París? —pregunté intrigado.

—No pensaba con claridad, solo quería alejarme de ti, irme lo más lejos posible, castigarte.

—¿Por qué?

—Por lo que dijiste. Dijiste que no era tu mujer.

Me apoyé sobre el codo y le acaricié el cabello.

—Irina..., no tienes idea de lo que he sufrido, no sabes lo que me costó hacerte este corte —dije repasando con la yema de mis dedos la cicatriz que le atravesaba su bonita cintura, seguía siendo bonita a pesar de todo—. Realmente pensé que no sobrevivirías. Después de pasar por eso, descubrir que no querías a nuestra hija me rompió el corazón. Tengo que confesar que te he llegado a odiar por hacer algo así.

—Yo también te he odiado.

—Lo sé.

—Émile, no quiero tener más hijos. ¿Puedes hacer algo?

La miré con preocupación, ya que no sería imposible que pudiera quedarse embarazada después de lo que acabábamos de hacer.

—Hay algunas opciones, pero pueden fallar.

—Bueno, me gustaría probarlo. ¿Te parece mal que no quiera tener más hijos? —realmente parecía inquieta por mi reacción.

—No, por Dios, claro que no. Te entiendo perfectamente. Estoy muy

agradecido de que me hayas dado tres hijos. No puedo pedir más.

—Dos hijos. Edmund...

—Edmund es mi hijo —repuse algo más contundente de lo que quería —, él no debe saber nunca que no lo es.

—No creo que sea buena idea, cuando sea mayor deberíamos decirle la verdad.

—No, se sentirá mal, se sentirá diferente a sus hermanos. No quiero que sufra, quiero que crea que yo soy su padre.

—¿No lo descubrirá? El olor...

—Por el olor no creo que lo sepa, si estamos en contacto, mi olor estará en él, no podrá saberlo por eso. La única forma de que se entere es si se lo decimos nosotros.

Irina asintió y no volvimos a hablar sobre la paternidad de Edmund nunca más.

Después de todo no había sido mala idea ir a París; había recuperado a mi mujer y además había aprovechado para comprar todo lo necesario para poder continuar con mis experimentos científicos.

En cuanto estuvimos de vuelta en casa, me aseguré en secreto de que Irina cumplía su promesa. Puede ser que sintiera que la vigilaba, al fin y al cabo era un gato, además una gata muy inteligente y perspicaz, pero aun así no cejé en el intento y puse todo mi empeño en ser la criatura más silenciosa de la tierra. Durante unos días pude comprobar, para mi media satisfacción, que Irina cumplía el trato y alimentaba a Helena, sin embargo me dolía ver que a ella no le hablaba ni la acariciaba mientras lo hacía, al contrario que

con Claude.

Nunca me había considerado una persona religiosa, pero desde que había temido perder a Irina, había rezado más que en toda mi vida. Recé para tener la suficiente paciencia para no obligar a Irina a querer a su hija. ¿Acaso se puede obligar a alguien a querer a otra persona? No me cabía en la cabeza que no quisiera a una gatita tan bonita, tan dulce, tan buena como Helena, además nunca se quejaba de nada.

Aquel día estaba subido en el tejado, completamente inmóvil, apenas respiraba. Desde allí podía verlas perfectamente a las dos, así como a Claude, que dormía plácidamente en su cuna. Irina estaba sentada en el sillón, Helena mamaba feliz y seguramente asombrada de lo delicioso y agradable que debía ser tomar leche de esa forma tan fácil y calentita. La temperatura de Irina había subido unos grados desde que habían nacido los mellizos, lo mismo le había sucedido cuando nació Edmund, aunque aquel efecto tan solo duraba unos meses. Reconocía que dar de comer a dos bebés tenía que ser agotador, pero mi único deseo era que Irina le diera el mismo cariño a Helena que a su hermano mellizo.

Me quedé perplejo cuando de repente Irina acarició la suave y pequeña mejilla de Helena, de hecho parpadeé para comprobar que aquella muestra de cariño no era efecto de mi imaginación, pero las palabras que le dedicó Irina a su hija me confirmaron que estaba en pleno uso de mis facultades mentales.

—Tu padre tiene razón, ¿sabes? Eres preciosa. Aunque no es cierto que seas igual que yo, tienes sus orejas, pequeñas y perfectas, y sus pestañas negras. Creo que vas a ser muy guapa —le agarró su pequeña manita—. Eres tan pequeña..., pero pareces fuerte. Espero que lo seas, no quiero que te pase nada.

Creo que jamás sonreí con tantas ganas como en ese momento. ¡Por fin Irina había aceptado a su hija! El único obstáculo que habíamos tenido como pareja se había solucionado satisfactoriamente y no tendría que separarme de mi mujer como tanto había temido. Mi familia se mantendría unida y además, al día siguiente, era nuestra primera Navidad juntos.

—¡Señor Chatte, señor!

¡Demonios! ¿Qué hacía François llamándome a gritos por toda la casa? Bajé del tejado con sumo cuidado de que Irina no me oyera y aterricé en el jardín. Estaba completamente helado de frío.

—¿Qué pasa François? —le intercepté en la entrada que daba al jardín.

—Hay un señor en la puerta que pregunta por usted.

No esperaba a nadie y en un principio me puse en guardia hasta que mi olfato me informó de que no era una criatura. Un hombre de mediana estatura con aspecto de suma preocupación esperaba tras la puerta de la entrada.

—Señor Chatte, perdone que le moleste, pero he oído decir que es médico y que ha salvado a su mujer de un parto complicado. Mi hija está de parto, pero tiene muchos dolores, ¿podría usted venir a verla? Está en el pueblo.

—Sí, por supuesto. Espere aquí, tengo que recoger mi maletín.

Al pasar junto a François no pude evitar oír su pensamiento y aquello hizo que soltara una carcajada, lo que provocó que mi ayudante emprendiera la marcha hacia la cocina con expresión perpleja. Pobre François, jamás podría entenderme, a veces era demasiado poco serio para él, sin embargo yo le apreciaba muchísimo, era una ayuda inestimable en casa, pero por lo visto



no solo en casa. Había sido precisamente nuestro ejemplar y discreto François el que había extendido la noticia de que yo era un magnífico médico por haber salvado a Irina.

Sinceramente algo no me cuadraba en aquella ecuación, no podía imaginarme a François envuelto en chismorreos de ese tipo. ¿De quién habría sido la idea? De cualquiera manera, no me vendría mal tener un trabajo remunerado ahora que tenía que mantener una gran familia además de querer comprar el terreno de la familia de Jean Paul, y sobre todo teniendo en cuenta que ya no trabajaba en un famoso laboratorio.

## **-9. Antonie. Iván o Edmund.**

### *Niza.*

A pesar de que no hacía demasiado calor, en aquella playa de Niza había gente bañándose; nosotros, sin embargo, simplemente dábamos un paseo disfrutando de aquella maravillosa sensación de sentir la suavidad de aquella arena fina y blanca bajo nuestros pies descalzos. Sonreí al pensar en lo maravillosa y diferente que se había vuelto mi vida desde que Val me había devuelto a Iván, porque había sido ella la que le había llevado hasta mí al emprender aquel viaje a Estados Unidos en busca de Hans.

Cuando creía que mi vida ya había casi terminado, cuando pensaba que no volvería a sentir nada por ningún hombre, mi vida había dado un giro inesperado y había comenzado una nueva vida junto a mi primer marido, al que jamás había olvidado. En ese momento, agarrada de su fuerte mano mientras paseábamos, me daba cuenta de que por fin podría decirse que éramos una pareja, sin embargo no había sido así desde el principio.

Después de que la familia y los amigos de Val y Hans se marcharan de vuelta a Francia, Iván y yo decidimos quedarnos, necesitábamos conocernos de nuevo; hablábamos de nuestras vidas durante los años que habíamos estado separados mientras paseábamos junto al lago, preparábamos juntos la comida, dormíamos abrazados e incluso nos besábamos, sin embargo no habíamos hecho el amor, y no porque Iván no quisiera —según él era lo que más deseaba—, sino porque yo había insistido en que todavía él no estaba lo suficientemente fuerte después del disparo, como si yo fuera una experta enfermera. No podría engañarle durante mucho más tiempo, en realidad aquella era una excusa como otra cualquiera; estaba muerta de

miedo.

—Antonie..., tenemos que hablar —dijo al cuarto día, justo cuando entrábamos en casa después de nuestro habitual paseo junto al lago.

—Claro Iván, dime —repuse y me senté sobre el sofá del salón dispuesta a escucharle.

Se puso en cuclillas delante de mí y me clavó una mirada que creía recordar, cargada de ¿deseo? ¿Duda?

—Por favor, dime qué te pasa —me suplicó.

—¿A qué te refieres? —contesté haciéndome la tonta.

Se levantó contrariado, podía intuir que lo estaba estropeando todo. Iván se puso a caminar de un lado a otro de la habitación ligeramente molesto, además de nervioso.

—¡Vamos, Antonie! —protestó—, no nos hemos visto en muchos años, pero te conozco perfectamente. Por favor..., necesito que seamos sinceros, siempre. Creo que nuestro matrimonio, aunque duró poco, fue muy sincero.

Aquello era un reproche en toda regla, y sabía que tenía razón pero, aparte de suspirar profundamente, no fui capaz de contestarle. ¿Qué podía decirle? ¿Que me daba vergüenza que me viera desnuda por si se sentía defraudado? ¿Que me daba miedo que esperara ver un cuerpo desnudo de veinte años cuando lo que vería sería el de una mujer de sesenta? ¿Que hacía dos años que no me acostaba con nadie? ¿Que llevaba una eternidad con el mismo hombre y que me sentía extraña con otro que no fuera Tom? ¿Que sentía como si estuviera traicionando a mi difunto marido?

—Antonie... ¡Háblame, por favor! Sé que te pasa algo, pero no soy adivino.

Bajé la mirada al comprobar que las palabras seguían sin querer hacer acto de presencia, me sentiría demasiado estúpida contándole todos los miedos que me impedían amarle de verdad.

Iván, o mejor dicho Edmund, se desesperó y salió fuera de la casa.

No fui tras él, necesitaba pensar un momento, a solas. Le quería, mucho más de lo que había querido a Tom, ya que lo que sentía por Edmund era mucho más que querer, era amar. Amaba la imagen que tenía del Iván que había conocido, y amaba la imagen del Edmund de ahora, por lo menos lo que había conocido durante esos días. Lo deseaba, más que eso, me ponía nerviosa cada vez que me rozaba o me tocaba levemente, como si mi piel ardiera en contacto con la suya. Cuando me miraba, me daban ganas de llorar o de reír de lo feliz que me hacía. Por eso no había querido hacer el amor con él, si le defraudaba, no sabía si podría soportarlo.

Al cabo de un rato la puerta se abrió, era él. Me incorporé preocupada, estaba segura de que iba a informarme de que se marchaba de vuelta a Francia, que lo nuestro no funcionaría, estaba tan nerviosa que me había subido la temperatura del cuerpo.

—Antonie..., he estado pensando. Quizá esto sea muy precipitado para ti, para los dos. Nos acabamos de encontrar después de muchos años separados y es posible que incluso necesitemos conocernos de nuevo. Lo siento si te he presionado, no era mi intención. Pero... —me clavó de nuevo esa mirada tan suya, y fue en ese preciso instante cuando distinguí que no era duda lo que expresaba, sino deseo, comprensión, amor.

Mis ojos se pasearon por el anillo que llevaba en la mano derecha, nuestro anillo de bodas, el cual, según me había confesado la primera noche que pasamos juntos, jamás se había quitado desde que se casó conmigo. Él no lo sabía, pero yo tampoco había dejado de llevarlo conmigo, aunque no de un

modo tradicional, sino en mi corazón, siempre colgado de mi cuello a pesar de que a Tom nunca le hizo gracia. Estaba segura de que Tom siempre supo que aquel anillo me había impedido amarle en cuerpo y alma.

Me levanté decidida y caminé hacia él. En cuanto le alcancé, abrió ligeramente los brazos para envolverme en ellos y le besé. Me sentí segura, como si estuviera de nuevo en casa, en la única casa de verdad que había existido jamás.

—No necesito conocerte para saber lo que me haces sentir. Lo siento, Iván..., digo Edmund, lo único que me pasa es..., es que tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Me tienes miedo?

Negué con la cabeza.

—No, claro que no. Tengo miedo de lo que me haces sentir y de..., no ser suficiente para ti.

Me separó ligeramente de él y sujetó mi rostro entre sus fuertes manos con tanta ternura que casi me hizo llorar. Ese gesto me recordó tanto a Iván...

—¿Suficiente? —exclamó como molesto o sorprendido—. Oh, Dios, Antonie, no tienes ni idea de lo que significas para mí. Llevo esperándote desde que te perdí. ¿No lo entiendes?

No dijo nada más, tan solo me besó con tal desesperación que olvidé por completo mis miedos. Y aquella vez fui yo quien dio el siguiente paso, desabrochándole la camisa, quería que estuviera seguro de que ya no tenía miedo y de que no me sentía presionada. Seguía siendo una mujer guapa, o por lo menos Iván me hacía sentir de ese modo, mi cuerpo seguía siendo delgado y musculoso, en realidad no estaba tan mal para la edad que tenía. Iván seguía siendo tan atractivo como siempre, un atractivo misterioso que

aparentaba diez años menos y que deslumbraba cuando sonreía. El placer que sentía cada vez que me quitaba una prenda de ropa y me besaba era casi insoportable. Si no me hacía el amor inmediatamente, perdería la cordura.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó cuando estábamos tumbados en el suelo del salón, no habíamos podido ir demasiado lejos.

—Mejor que nunca, Iván. No te importa que te llame así, ¿verdad?

—De hecho, me gusta que me llames así. Sigue haciéndolo el resto de tu vida. No te importa, ¿verdad?

—¿Llamarte así o hacerlo el resto de mi vida?

—Las dos cosas, pero sobre todo la segunda.

—Lo haré el resto de mi vida. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —preguntó confuso.

—¿Seguirás mirándome así el resto de tu vida?

—Sí, Antonie, lo haré, porque no sé mirarte de otra manera.

Después de ese día, ya no tuve más dudas ni miedos. Decidimos cerrar mi casa e intentar vivir esa vida que teníamos pensado vivir en Francia cuando nos casamos en nuestra otra vida.

Mientras caminábamos por aquella playa de Niza, me gustó comprobar cómo la gente con la que nos cruzábamos nos saludaba como si fuéramos un matrimonio consolidado, cuando en realidad acabábamos de empezar casi de cero.

—¡Esto es precioso! —exclamé feliz.

—Niza es un sitio especial.

—¿Es aquí donde vives?

—No, en realidad vivo en muchos sitios, pero en ninguno en concreto.

—¿Cómo es eso? ¿Esa casa donde me mandaste con mi madre no era tu hogar?

—¿Digné? Sí, en realidad, si tuviera que elegir, ese sería mi hogar. Allí vivían mis padres la mayor parte del tiempo y nosotros, cuando dejamos de ser niños, siempre íbamos a pasar el verano y las Navidades con ellos.

Me miró con deseo, ese deseo que ya me había demostrado que sentía por mí.

—Antonie..., sigues siendo igual de guapa.

—Oh, cállate Iván —hice una ademán con la mano como para ignorarle—, eso no es cierto, parezco mayor que tú.

—Ya quisieran todas las abuelas parecer tan jóvenes como tú. Estás en forma, y por supuesto, no aparentas la edad que tienes.

—Tú sí que no lo aparentas, estás tan joven y tan fuerte...

—Es normal, estoy fuerte por el deporte, ya sabes que nos gusta trepar, escalar. De vez en cuando voy con mis hermanos a escalar, bueno, con Claude —añadió algo triste. —Buscamos algún lugar apartado donde sabemos que no nos verá nadie y escalamos sin calzado, con nuestras uñas — me agarró de la mano—. Es un gusto estar contigo y hablar de estas cosas, normalmente solo las puedo compartir con mi familia.

Le sonreí. Era un verdadero gusto, a mí me pasaba lo mismo. Llevaba casi toda la vida ocultándome de la gente, excepto de mi amigo Ben el Schnauzer y de mi marido Tom, al que lógicamente había tenido que confesarle que era una mujer-perro antes de casarme con él. No me creyó hasta que me vio correr detrás de un gato. Pensé que le había asustado tanto

que no querría casarse conmigo, pero después de eso, me envolvió entre sus brazos y me dijo que me querría toda la vida y que lo único que no le gustaba de tener una mujer como yo, era no poder decírselo a sus amigos, le hubiera gustado ver su cara de envidia. Nunca entendí a qué se refería, ¿envidia?, pero cumplió su promesa, me quiso durante toda su vida.

—¿En qué piensas, Antonie? Tienes la mirada perdida.

—Oh, estaba pensando en el pasado. ¿Crees que tus padres me aceptarán?

—No te voy a engañar, Antonie, mi padre seguro que te aceptará, pero no estoy tan seguro con respecto a mi madre.

—Entiendo, en realidad lo entiendo perfectamente. ¿Y a Hans? ¿Tampoco le aceptará?

—No lo creo —repuso Edmund.

—No sé por qué me ha venido algo a la cabeza. Cuando te conocí, tú curabas a la gente, ¿por qué no usaste tu habilidad para curarte a ti mismo cuando te dispararon?

—No siempre se puede curar todo. De cualquier manera..., ya no puedo curar. Verás, eso tiene que ver con mi obsesión por ti.

Le miré extrañada.

—Cuando te perdí, me concentré en encontrarte, algo me decía que no habías muerto. Mis nuevas misiones consistieron en encontrar a personas, aunque en realidad siempre te buscaba a ti. Fui potenciando esa nueva habilidad, la de rastreador, y sin embargo, fui olvidando mi otra habilidad, la de sanador. Supongo que sabrás que si no usas una de tus habilidades, con el tiempo acabas perdiéndola. De modo que lo perdí, ya no soy sanador.



—¿Y ya no podrás recuperarlo?

—Creo que no. Y por eso quería pedirte que sigas ejercitando tu extraña y única habilidad de camaleón.

—No, no puedo, eso me ha mantenido oculta de ti todos estos años.

—Quizá puedas practicar a esconderte de los demás, de todos, menos de mí y de tu familia. ¿Crees que podrás hacerlo?

—No lo sé, pero puedo intentarlo. Aunque para mí es importante establecerme en un lugar antes. Si estamos yendo de un lugar para otro, va a ser demasiado esfuerzo. ¿Dónde vamos a vivir?

—Aún no lo sé. He viajado tanto que nunca he tenido un sitio fijo. Tendremos que decidir juntos dónde queremos vivir. ¿De acuerdo?

Asentí. Cuando levanté la vista teníamos delante de nosotros a una niña de unos cinco años que miraba tan solo hacia Edmund.

—¿Te has perdido, pequeña? —le preguntó al mismo tiempo que se acuclillaba para estar a su altura.

—Sí. Pero tú sabes dónde están mis padres, ¿verdad?

—Eres una niña muy lista. Claro que sí —repuso Edmund revolviéndole su pelo pelirrojo y recorriendo al mismo tiempo la playa con la mirada—. Ven conmigo, te llevaré con ellos.

La niña aceptó su mano y caminamos los tres de vuelta hasta el comienzo de la playa. Edmund sabía perfectamente quiénes eran sus padres, y seguramente yo también les hubiera podido localizar gracias al olor, pero era obvio que para Edmund era muy sencillo encontrar personas. Los padres de la niña se pusieron muy contentos de que les hubiéramos llevado a su hija de vuelta.

—¿Los niños saben que eres un rastreador? —le pregunté cuando nos habíamos alejado de ellos.

—Los niños se dejan llevar por sus instintos y suelen acertar, aunque cuando se hacen mayores suelen perderlo.

—Hubieras sido un padre maravilloso.

Iván me dedicó una sonrisa amarga y me pregunté si por el hecho de haberme ocultado toda la vida le había impedido formar una familia y ser feliz. Él podría haberlo hecho, pero según él, no lo había hecho por la simple razón de que no se había vuelto a enamorar.

—Me gustaría que me contaras qué pasó cuando te despertaste después de que yo me fuera de Checoslovaquia.

—¿Después de haber resucitado?

Asentí. Desde que supe que en realidad Iván no había muerto en Libejovice, como yo había pensado durante toda mi vida, me preguntaba qué había pasado, adónde había ido, por qué no había vuelto a Digné como habíamos acordado, por qué razón no me avisó de que estaba vivo. Tenía tantas preguntas sin respuesta y estaba deseando conocer los detalles. Para mí era importante comprender por qué el destino nos había separado cuando tanto lo necesitaba.

—Sí, supongo que ahora te puedo contar toda la historia. Ya no hará daño a nadie.

\*\*\*\*\*

### *Libejovice. 1955*

Me desperté sintiendo un horrible dolor en el pecho, me costaba respirar. La sensación que tenía era como si estuviera bajo el agua

ahogándome. Después de unos minutos creyendo que moriría sin remedio, aprendí a respirar de nuevo. Era de noche. Oía a sangre seca, la mía, aunque no me di cuenta hasta que miré mis ropas. Estaban manchadas, así como el suelo, aunque donde había más sangre acumulada era en mi pecho. Encontré un pañuelo tirado junto a mí. Al recogerlo y aspirar tu aroma, me vino a la cabeza todo lo que había sucedido; Čech me había clavado un cuchillo en el pecho, junto al corazón, y lo peor de todo era que tú debías pensar que yo había muerto. Estaba muy sorprendido de descubrir que tenía más de una vida, ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Desconocía cuánto tiempo había pasado. Tu pañuelo me indicaba que habías estado allí y que te habías ido pensando que había muerto. Decidí que lo primero que debía hacer para averiguar qué había sido de ti era ir a casa de mi amigo Alex, después de todo le había encargado que se ocupara de sacarte del país. Él tenía que saber si estabas bien, si habías podido cruzar la frontera, en realidad era mi única esperanza. Después de lavarme y cambiarme de ropa fui en su busca. Casi se desmaya al verme. Se echó hacia atrás como si hubiera visto un fantasma, aunque su reacción era completamente comprensible.

—Alex, soy yo. Estoy vivo.

—Eso es imposible, te he visto sin pulso, completamente muerto.

—Debe ser que tengo más de una vida.

—Había oído hablar de algunos gatos que tienen nueve vidas.

—No sé si tendré nueve, o siete, pero está claro que dos si tengo. ¿Antonie? —le pregunté preocupado y entré en su casa cerrando la puerta tras de mí.

—Está bien, las dos, ayer salieron del país sin ningún problema.

Pero por la expresión de sus ojos sabía que me ocultaba algo.

—¿Qué pasa? Hay algo que no quieres contarme.

—Verás, tuve que hacerlo Iván. No te enfades conmigo, pero tu mujer..., no había manera de separarla de ti.

—¿Qué? ¿Qué hiciste?

—Tuve que darle una bofetada..., bueno tal vez dos. Bueno..., en realidad hasta que no la dejé inconsciente no pude separarla de tu cuerpo. Pero tú me dijiste que tenía que sacarlas del país, que corrían peligro, y se nos estaba acabando el tiempo.

Mi sonrisa hizo que mi amigo se relajara.

—Es una mujer muy fuerte —añadió.

—Lo sé, no te preocupes, hiciste bien, lo más importante era que se fueran.

—Deberías escribirle una carta, tu mujer piensa que has muerto, está destrozada, Dios sabe lo que hará.

—No pasará nada, está embarazada y sé que cuidará de nuestro hijo. Pero tienes razón, le escribiré una carta.

—¿Estaba embarazada? Oh, no... ¡Dios mío, he pegado a una mujer y además embarazada! —exclamó horrorizado.

Le di unos golpecitos en el hombro para que no se mortificara.

—¿Lehas encontrado? —le pregunté refiriéndome a Čech.

—No, no hay rastro de él.

—Está bien, pero seguiremos buscándolo. Mañana te veo. Tengo que hacer algunas cosas.

Después de aquella visita fui a tu casa, Antonie. Tenía que registrar el despacho de tu padre por si había dejado algún rastro de mí, no podía quedar ninguna huella, ninguna prueba. Estuve toda la noche revolviendo sus papeles. Encontré algo, no estaba seguro de si sería importante, pero mi nombre estaba allí y por si acaso lo guardé en mi chaqueta. No tenía tiempo de seguir buscando, tu padre acumulaba demasiadas cosas y yo quería acabar con Čech y volver junto a ti lo más rápidamente posible, de modo que decidí quemar alguno de los papeles. No pretendía ocasionar un incendio, pero lo hice. No sé cómo explicarte Antonie, estaba vivo, pero no parecía poder controlar mi cuerpo correctamente, como si no tuviera reflejos. Estaba lento, tanto física como mentalmente. En mi estado normal, no hubiera hecho algo así, y si hubiera comenzado un incendio, yo mismo lo habría apagado.

Estuve a punto de morir asfixiado por el humo que yo mismo había ocasionado, pero en el último momento recobré el sentido e intenté solventar de alguna manera el desastre que amenazaba al edificio, ya que enseguida comprendí que era demasiado tarde para intentar salvarlo. Por suerte, conseguí sacar a todos los vecinos de sus casas antes de que aparecieran los bomberos, o eso creí.

—Señor, mi madre está en el piso de arriba —un niño de unos ocho años tiró de mi brazo sin dejar de señalar hacia una de las ventanas—. Los bomberos no me hacen caso.

—Te aseguro que la sacaré de ahí —repuse pensando que lo haría aunque tuviera que morir en el intento, si no hubiera sido por mí, aquello no habría sucedido.

El niño tenía razón, los bomberos no solo no le hacían caso a él, sino que a mí tampoco, y no dejaron que accediera al edificio, asegurando que este estaba demasiado dañado y caería en cuestión de minutos. No me lo pensé

dos veces, me escabullí hacia la parte de atrás y, después de cerciorarme de que nadie me estaba observando, me quité los zapatos y trepé por la fachada de atrás hasta el piso donde se encontraba la madre del muchacho.

La encontré inconsciente, por un lado me preocupaba que se hubiera dañado los pulmones, pero por otro, me facilitaba las cosas que estuviera dormida, de esa manera podría sacarla en cuestión de segundos utilizando mis habilidades gatunas. Salté con ella en brazos por la ventana y aterricé limpiamente sobre el suelo unos minutos antes de que se derrumbara el edificio.

\*\*\*\*\*

Había permanecido todo el tiempo recostada sobre Iván mientras me contaba aquella historia, mientras él me acariciaba el pelo. A través de las yemas de sus dedos había podido sentir lo mucho que había sufrido al descubrir lo que había provocado. Iván siempre había sido un hombre muy bueno, de nobles sentimientos.

—Antonie..., tuve que hacerme cargo de todas esas personas, por eso tardé tanto en volver a buscarte. Hasta que no les encontré un lugar donde vivir, no pude ocuparme de mí, de mi huida, de ir a buscarte, pero te mandé aquella carta, aunque más tarde descubrí que no llegó a tiempo. Todavía tengo esa carta, además del cuaderno que rescaté del despacho de tu padre. Tómalos, son tuyos.

Me incorporé para tomarlos con manos temblorosas. Aunque en cuanto abrí el cuaderno me di cuenta de que no entendía nada de lo que estaba allí escrito, a pesar de que podía reconocer perfectamente que aquella era la letra de mi padre.

—Iván, no entiendo nada. ¿En qué idioma está escrito?

—En checo.

—Entonces debería poder entenderlo.

—Me temo que está en clave. Si quieres te lo puedo leer.

—Oh..., de acuerdo.

—Está bien, pero será mejor que te alejes de mí.

—¿Por qué?

—Luego lo entenderás.

Me levanté algo confusa con la intención de obedecerle, alejándome un metro de él y sentándome de nuevo sobre la arena. Estábamos al final de la playa, prácticamente solos, el sol estaba descendiendo y la temperatura también, aunque a mí no me solía afectar el frío. Aun así, dejé que Iván me colocara su jersey sobre los hombros. En esos momentos me daba cuenta de que era mi marido, mi Iván. Después se alejó de mí apoyando su espalda contra las rocas y comenzó a leer con su profunda voz.

\*\*\*\*\*

*Praga, 15 de febrero de 1955.*

Volvía caminando hacia mi casa cuando dos hombres me cogieron por los brazos y me metieron en un coche. Fue todo tan rápido que apenas tuve tiempo de gritar. Cuando fui a preguntar qué demonios estaban haciendo, me amordazaron. No entendía qué estaba pasando, pero no podía hacer gran cosa salvo estudiar sus rostros por si después tenía que describirlos, además de fijarme en la ruta que estaban tomando. Me llevaron fuera de la ciudad y aparcaron en un pequeño bosque. No había ni un alma, ni siquiera pasaban coches por esa carretera local y estaba empezando a anochecer.

De repente, todos los ocupantes del coche descendieron y en su lugar entró un hombre, más mayor que mis raptos, aunque menos fuerte. Vestía un traje muy elegante, de esos que no se veían a menudo. Durante unos segundos me miró en silencio y después me quitó el pañuelo de la boca.

—Teniente coronel Janáček, es un placer conocerle.

Tenía cierto acento francés, aunque apenas era perceptible.

—No puedo decir lo mismo.

Se rio.

—Veo que tiene sentido del humor..., verá soy..., bueno, no hace falta que sepa mi nombre. Tan solo le diré que, a partir de ahora, colaborará con nosotros. Sé que mañana mismo le envían a Bohemia del Sur, a un pueblo llamado Libejovice. Bien, vamos a mandar a un hombre a la base, es uno de los nuestros, entrará como parte del cuerpo médico, se encargará de la enfermería, se llama Iván.

\*\*\*\*\*

Iván había dejado de leer y me estaba observando, supuse que estaba estudiando mi reacción. En ese instante comprendí por qué había insistido en que me alejara de él. Mi cuerpo estaba en tensión, en alerta, como si hubiera un enemigo cerca y tuviera que estar lista para salir corriendo o atacar. Mi instinto seguía funcionando perfectamente. Iván bajó la mirada apenado y reanudó la lectura.

\*\*\*\*\*

Lo que me estaba contando ese hombre no era posible, ya teníamos un médico en la base.

—Sé que ya tienen una persona ocupando ese puesto —continuó



aquel señor como si me hubiera leído el pensamiento—, pero dentro de unos días ya no estará. Necesitarán reemplazarlo y ahí es donde entra usted. Recomendará a Iván para el puesto. Los papeles estarán en orden, será un militar checoslovaco como otro cualquiera, nadie dudará de usted ni de sus documentos. Tendrá que ayudar a Iván en todo lo que le pida. Ah, no le he dicho que a cambio de su colaboración, le daremos medicación para su mujer. —Le miré más que extrañado, asustado. ¿Cómo demonios sabrían que mi mujer necesitaba con urgencia una medicación que no podía proporcionarle?—. Sí, sabemos perfectamente que su mujer está enferma y que no puede ayudarla. Los medicamentos que necesita son muy caros y no se encuentran en Checoslovaquia. También le prometemos que, cuando acabemos con esta misión, si usted quiere marcharse de Checoslovaquia con su familia a..., digamos a un país no comunista, podrá hacerlo. Nos ocuparemos de todo.

—¿Y si me niego?

Me miró durante unos segundos sin decir nada, como evaluando si hablaba en serio. Su propuesta era realmente atractiva, pero yo era militar, y sentía un gran respeto por mi país, no pensaba hacer espionaje, aunque eso significara que mi mujer sufriera por mi culpa. Pero sabía que Lenka jamás pretendería que traicionara a mi país a cambio de su vida.

—Da igual si está de acuerdo o no. Si no coopera voluntariamente, tendremos que convencerle de otra manera. Digamos que su mujer y su hija podrían sufrir algún daño. Yo que usted cooperaría, las ventajas son claras. Su mujer recibe tratamiento médico y después, cuando terminemos nuestra misión, podrán marcharse de este país si así lo desean. Esto es todo.

—Pero...

No me dejaron terminar, los gorilas que me habían atrapado, me

sacaron del coche con cierta violencia para volver a meterse, aunque antes de arrancar, se abrió la ventanilla.

—No se preocupe, que alguien le recogerá para acercarle a la ciudad. Le llegará información encriptada de lo que tendrá que hacer. Estamos seguros de que no tendrá ningún problema en comprenderla. Adiós, teniente coronel.

### ***Libejuvice, 20 de febrero de 1955***

Hoy he conocido a ese tal Iván. Cuando he ido a trabajar a la base estaba allí, en el pabellón de la enfermería, gracias a mí, gracias a mi traición. Odio a ese hombre, le odio por haberme obligado a ser un traidor con mi patria y conmigo mismo. Me ha pedido acceso a uno de los pabellones que contiene información militar confidencial. No sé qué pretenden, pero no me gusta nada estar envuelto en esto. Aunque por otro lado no quiero poner en peligro a mi familia y sé perfectamente que podrían hacerlo si se lo proponen.

### ***21 de febrero***

Después de mi traición del día anterior, hoy me ha llegado un paquete con medicinas. Me he informado por otros medios de si realmente esta es la medicación que necesita Lenka y un médico conocido de unos vecinos me ha confirmado que era todo correcto. Lo último que querría sería envenenar a mi mujer. Los medicamentos venían acompañados de una receta del médico con información encriptada. Para cualquier otra persona, el contenido parecería perfectamente médico, pero para un militar de alto rango como yo, no lo es. Estas son las siguientes instrucciones que debo cumplir, muy a mi pesar ya estoy envuelto en una trama oscura e incierta.

### ***10 de marzo***

He estado en el bosque hablando con Iván. Ha sido una charla muy

reveladora.

—Usted no es médico —le espeté.

—No, no lo soy. Pero le aseguro que tengo el conocimiento de un médico. He trabajado con un gran médico desde que era pequeño, mi padre. —Por lo menos era un hombre sincero.

—Eso no me da ninguna tranquilidad. Usted debe tener como mucho veinte años.

—No, soy más mayor de lo que aparento y le aseguro que sé lo que hago. ¿Ha tenido alguna queja de mi trabajo?

—No, no he recibido ninguna queja. No sé qué pretenden con todo esto, quiero que sepa que no coopero voluntariamente, si no fuera porque han amenazado a mi familia...

La expresión de su rostro, así como la de sus ojos, cambió radicalmente.

—¿Cómo? ¿Quién ha amenazado a su familia?

¿Estaba bromeando?, sin embargo podía ver con claridad que no lo estaba, sé perfectamente cuándo la gente actúa y cuándo dice la verdad. Ese hombre estaba realmente preocupado.

—Ellos, los que me obligaron a hacer esto, no sé quiénes son, pero usted sí debe saberlo si trabaja para ellos.

Iván permaneció en silencio durante unos segundos.

—No le pediré ayuda nunca más, teniente coronel, si necesito algo, me buscaré la vida.

—Pero..., no entiendo nada.

—Le prometo que este trabajo no implica la muerte de nadie, se lo

aseguro, de hecho, la finalidad es la contraria. No sé quién le ha amenazado, pero le aseguro que no hará falta que me ayude más. Si le llegan más mensajes encriptados, dígamelo, pero le prometo que no tendrá usted que ser un traidor. Y no se preocupe por su familia, no dejaré que les hagan daño.

Sus ojos me han mostrado que es completamente sincero, por lo que cada vez estoy más confuso.

### ***10 de abril***

Desde la conversación que tuvimos en el bosque, mi opinión sobre Iván ha cambiado completamente. Le he estado vigilando y tiene razón, sabe lo que hace. No es médico, pero sabe curar las heridas además de las enfermedades. También me he dado cuenta de que él no debe tener toda la información sobre la misión, como ellos la llaman, seguramente él solo sepa lo que ellos quieren que sepa. De cualquier manera, ha cumplido su promesa, no ha vuelto a pedirme ayuda, tan solo me ha pedido que no le delate. Y eso lo cumpliré. No parece un mal hombre.

Además, hoy he sido yo el que ha tenido que pedirle un favor a Iván, le he pedido que cuide de mi mujer. Tengo que marcharme unos días a Praga y me preocupa su estado de salud. En realidad, si no llega a ser por las medicinas que me proporcionan, quizá ya no tendría que preocuparme por ella. Antonie cuida muy bien de su madre y también de esos cachorros, pero me iré más tranquilo si Iván le echa un ojo. Cada vez confío más en él y es curioso, ya que sé perfectamente lo que es, aunque él no es consciente de ello, y precisamente por eso sé que es un hombre sincero y con buenas intenciones.

### ***21 de abril***

Ya llevo dos días en casa e Iván se va a pasar a hablar conmigo, le he invitado a casa, después de que ha estado cuidado de Lenka es lo mínimo. Mi

mujer no deja de hablar maravillas sobre él, su estado de salud ha mejorado gracias a él, o quizá sea gracias a las medicinas. Sé que Iván y Antonie se conocen de la base y supongo que estos días le habrá visto por casa. Me pregunto si Iván se ha dado cuenta del cambio que ha sufrido Antonie o quizá me esté volviendo loco. Me gustaría hablar con ella, pero primero necesito confirmar si mis sospechas son ciertas.

Esta noche ha pasado algo asombroso. Cuando Iván me ha pedido hablar a solas conmigo, he pensado que hablaríamos sobre aquella secreta misión y, sin embargo, me ha pedido permiso para cortejar a Antonie. De modo que mis sospechas sobre Antonie no pueden ser ciertas, estaré confundido. Ahora sé que Iván es un buen hombre y me alegro de que mi hija le haya permitido cortejarla, es el primer hombre que ha conseguido interesarle desde que es una mujer.

### *23 de Abril*

Iván me ha pedido la mano de mi hija. Me ha parecido un poco precipitado, pero Lenka ha insistido tanto que al final he dejado que me convenciera. Se casan la semana próxima. Lo he permitido por dos razones: Antonie es demasiado mayor y, si no se casa ya, no lo hará jamás; y no sé cuánto tiempo de vida le queda a Lenka, verla tan emocionada con la noticia me ha hecho recordar cuando estaba sana. No ha dejado de coser el vestido de Antonie desde que he dado el visto bueno. Está feliz y me gusta verla así. Aunque tengo que confesar que no solo lo he hecho por Lenka, nunca había visto a Antonie tan feliz en toda mi vida.

Sin embargo, todavía hay dos cosas que no entiendo: cómo ha podido Antonie convertirse en perro de la noche a la mañana y cómo puede sentirse atraída por un gato.

\*\*\*\*\*

—¡No puede ser! —exclamé poniéndome en pie—. ¡Mi padre sabía lo que éramos! ¿Cómo puede ser?

—Eso parece.

—Pero, ¿cómo?

—Es mejor que siga leyendo.

—Perdona que te haya interrumpido.

—Si no lo hubieras hecho, me habría preocupado, Antonie —repuso sonriéndome.

\*\*\*\*\*

### *5 de mayo*

Mi hija lleva casada algunos días. Somos muy felices por ella y también por Iván. Sé que cuando acabe su misión se la llevará de aquí, pero yo no sé si podré marcharme de Checoslovaquia, aquí tengo un trabajo, una vida, y no sabría qué hacer en otro país. Además, no sé si Lenka podría emprender un viaje tan largo. De cualquier manera, llevo algunas semanas sin tiempo para pensar en el futuro, no solo estoy muy ocupado con mi experimento de la base, sino que todo se ha complicado debido a una investigación interna sobre la desaparición del sargento Čech.

Además hay algo que me ronda la cabeza, no sé cuánto hay de instinto en mis sospechas y cuánto hay de realidad, pero no dejo de relacionar el hecho de que Antonie se haya convertido en un perro con que el sargento haya desaparecido. Todo ha pasado al mismo tiempo, cuando yo no estaba en Libejovice. Me gustaría hablar con mi hija o con Iván. Iván tiene que saber algo sobre este asunto, pero no quiero molestarles en sus primeras semanas

de recién casados.

### *7 de mayo*

Como si Iván supiera lo que necesitaba, hoy se ha presentado en mi casa preguntándome por el sargento Čech. Sabía que no le buscaba porque le echara de menos precisamente, y al preguntarle, he sabido que mentía. Aunque él no haya querido contármelo voluntariamente, al final he descubierto la verdad. Debería haber imaginado que ese desgraciado de Čech iba a hacer daño a mi hija, algo en él me hacía desconfiar y me arrepiento tanto de haberles puesto a trabajar juntos... A lo mejor incluso es el responsable de que mi hija se haya convertido en perro. En estos momentos sé lo que tengo que hacer: buscarlo yo mismo.

### *9 de mayo*

Le he encontrado. Se escondía en el bosque, a casi veinte kilómetros de distancia de la base. Estoy seguro de que le he podido encontrar debido a que no tengo aroma, ni rastro, ni olor y soy la criatura más sigilosa que hay.

—¡Conque este era su escondite! —le espeté cuando descubrí su escondite.

—¡Teniente coronel!..., menuda sorpresa —a pesar de su sonrisa era evidente que se había sorprendido con mi aparición, incluso sentía miedo—. ¿A qué debo su visita?

—Mi hija. ¿Qué le hiciste?

—Ah, con que se ha enterado... Si ya lo sabe, ¿para qué me lo pregunta?

—¿Fuiste tú el que la convirtió en perro?

El sargento era también una criatura, aunque no estaba seguro de qué

era exactamente. Su olor era diferente, no era un gato ni un perro. ¿Habría mordido él a mi hija?

—No fui yo, aunque sí que lo provoqué. Como va a morir después de esta conversación, no tengo ningún problema en contárselo. Unas horas después de que me hubieran mordido a mí, me acerqué al pabellón donde estaba su hija. Podía olerla, era de noche y no había nadie más que el cabo de la puerta. Abrí la puerta. Su hija estaba dormida sobre una silla y los cachorros también dormían en el suelo. Los metí en sus jaulas. Aunque me gruñeron, no consiguieron despertar a su hija. Me sentía mareado, tenía fiebre, de modo que me fui hacia la puerta y salí. La dejé abierta sin querer y, antes de irme, vi cómo un pastor alemán de los que estaban bajo mi responsabilidad se había metido en el pabellón donde dormía su hija. No le di mayor importancia, de cualquier manera el dolor de cabeza me estaba volviendo loco. Lo más probable es que ese perro mordiera a su hija, puesto que al día siguiente, cuando la encontré de nuevo en el pabellón, ella se encontraba igual de mal que yo el día anterior. Tenía una mordedura en el cuello y ya comenzaba a oler a perro.

—Esa noche abusaste de ella, ¿verdad?

—No lo voy a negar. Su hija no me gusta nada en absoluto, es una engreída y una niña mimada, pero tengo que reconocer que es muy bonita, una mujer con unas...

No le he dejado continuar. Hemos comenzado a pelear y he sacado toda la rabia que llevo dentro. Él no lo sabe, pero he traído un cuchillo conmigo. En la pelea he conseguido hacerle un corte profundo y doloroso en un lugar estratégico, la vena femoral. Lo tenía planeado, si no se cura rápido, morirá desangrado. Finalmente ha huído de mí dejando grandes rastros de sangre en su camino.



Mañana hablaré con Antonie, aunque estoy seguro de que ya sabe lo que es, puesto que se ha casado con un gato, pero quiero que lo sepa por mí, que sepa lo que la mordió y que sepa lo que es su padre.

\*\*\*\*\*

—Aquí se acaba —explicó Iván mirándome con preocupación—. ¿Cómo estás, Antonie? —preguntó y acto seguido se sentó junto a mí, a una distancia prudencial.

En ese momento sí sentía frío, lo cual era una novedad, por lo que decidí ponerme el jersey de Iván que descansaba sobre mis hombros, aun así eso no hizo que me sintiera mejor.

—Mi padre era un híbrido.

—Sí.

—¿Crees que por eso me convertí en perro?

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Conozco más casos de criaturas que se convirtieron en animales al ser atacados y en principio sus familias no eran criaturas ni híbridos.

—¿Quiénes?

—Mis padres.

Le miré asombrada.

—Me gustaría conocerles.

—Les conocerás, aunque ya te he avisado de que no será una experiencia agradable, sobre todo en lo que a mi madre se refiere.

—Y a todo esto, ¿cuál era tu misión en Checoslovaquia?

Me miró algo serio y, después de inspirar aire, me lo explicó.

## **-10. Helena. Otra visita no conveniente.**

### *Digné-les Bains, junio 1925*

A pesar de que vivía rodeada de aquel paisaje, me seguía sorprendiendo lo asombrosas que eran nuestras plantaciones de lavanda; las hileras moradas, perfectas, redondas y llenas de flores de lavanda. El aroma que nos envolvía era sinónimo de verano, familia, belleza, felicidad. La época de cosecha era el comienzo del verano para mí y para mi familia, y la estación que más me gustaba del año, ya que por fin estábamos todos juntos. Mis hermanos habían vuelto de París y ya no estaría sola con mis padres.

Los adoraba, sobre todo a mi padre, pero la casa estaba más alegre y divertida cuando ellos estaban de vuelta. A pesar de que los tres eran completamente diferentes, les quería de igual manera, aunque Eugène era el más especial para mí, quizá porque era el pequeño, por ser el más sensible, porque le costaba expresar sus sentimientos. Tal vez no haya una explicación a por qué alguien te parece más especial que los demás.

Sabía que Eugène sentía algo por Sophie, y lo comprendía, era realmente bonita y delicada. Y estaba sorprendida, era la primera vez que veía a Eugène interesado en una mujer y me alegraba de que fuera así. Pero no lo tendría fácil, parecía que Claude también estaba interesado en ella, aunque para Claude era algo habitual sentirse atraído por cualquier mujer bonita. Sería una competencia complicada. Su habilidad seductora era lo más peligroso, aunque esperaba que no lo usara con una chica que le gustaba a Eugène, eso no sería justo. Y tampoco sería justo para Sophie, las intenciones de Claude parecían muy intensas y profundas, pero apenas tenían efecto a largo plazo, lo cual no sería beneficioso para ella. Bastante tenía la pobre con ser huérfana y no tener familia.

Mi madre había comentado en el desayuno que esa misma tarde se encargaría de hacer que Sophie escribiera una carta a sus parientes de España, y mi madre era la más obstinada de la familia, con lo que, quisiera o no, Sophie no tendría más remedio que escribir aquella carta.

Cuando ya llevábamos gran parte de la cosecha de lavanda recogida, apareció Sophie. No había querido despertarla después de lo que había sucedido la noche anterior, debía estar agotada después de casi ahogarse en el lago y, por la expresión de su rostro relajado, parecía haber tenido un sueño reparador. En realidad, había sido mucho mejor que no apareciera temprano, gracias a ello habíamos podido trabajar más rápido; cuando no había ningún humano a la vista, nos movíamos con más rapidez y agilidad. Desde que los cuatro tuvimos edad suficiente para ayudar en la cosecha, entre los seis y François podíamos encargarnos perfectamente de todo sin necesidad de contratar a nadie, como en cambio sí hacían cuando éramos más pequeños.

—Hola Sophie, ven —le animé agarrándola de la mano—. ¿Quieres ayudarnos?

—Me encantaría —contestó sin dejar de sonreír.

Claude la interceptó.

—Espero que hayas dormido bien. —Sophie asintió y le sonrió—. Toma, te he traído estos guantes para que no te hagas daño. No quisiera que unas manos tan finas como las tuyas se llenaran de heridas.

Edmund tosió de un modo un tanto teatral haciendo que Claude se apartara ligeramente de Sophie.

—Pero vosotros no lleváis guantes —protestó ella.

—Eso es porque llevamos toda la vida haciendo esto, pero si no tienes práctica, puedes cortarte. Por favor, pónelos, hazlo por mí —repuso Claude

al mismo tiempo que le guiñaba un ojo.

Edmund volvió a toser y esa vez Claude se separó rápidamente de Sophie. No pude evitar fijarme en la reacción de Eugène, miraba indeciso hacia Sophie, vacilaba si debía o no acercarse a ella.

—Eugène... ¿por qué no le explicas a Sophie cómo se cortan los tallos? — pregunté a posta.

—Por supuesto. Ven, Sophie, acércate —ella no tardó en colocarse junto a mi hermano—. Es muy sencillo, primero coges un manojito de tallos con la mano, aproximadamente de este grosor —Eugène iba haciéndolo al mismo tiempo que lo explicaba—, y después lo cortas de un tajo con el cuchillo. ¿De acuerdo? Prueba a hacerlo tú.

Sophie cogió el cuchillo poco decidida.

—¿Así, Eugène?

Mi hermano se acercó más a ella y puso sus manos sobre las suyas.

Cuando Edmund volvió a toser, los tres le ignoramos. Podía sentir cómo mis padres, que se mantenían a cierta distancia de nosotros, estaban pendientes de todo lo que hacíamos y decíamos y lo más probable es que se estuvieran preguntando qué sucedía. Ellos no tenían ni idea de lo que había sucedido la noche anterior, y quizá tampoco supieran que Eugène y Claude estaban rivalizando por la atención de Sophie, ¿o quizá sí lo sabían?

—Mejor a esta altura, no queremos cortar el tallo leñoso —le explicó Eugène con su infinita paciencia.

Edmund volvió a toser sin dejar de mirar ligeramente contrariado hacia mi hermano, que acabó por sucumbir a sus silenciosas órdenes separándose bruscamente de Sophie. Estaba segura de que se traían algo entre manos y estaba relacionado con Sophie, pero desconocía qué sería. Estaba al

tanto de que la noche anterior, cuando llegamos del lago, habían mantenido los tres una conversación, la cual no había podido escuchar porque Sophie necesitaba desahogarse conmigo. Si no me equivocaba, parecía como si Edmund no les dejara a ninguno de los dos acercarse a Sophie. Pero, ¿por qué? Y, ¿por qué habrían accedido mis hermanos a no acercarse a ella?

Unas horas después, todas las criaturas levantamos la mirada al mismo tiempo y la clavamos en el mismo punto del camino de tierra que conducía a las plantaciones de lavanda, todos menos Sophie, que por supuesto no tenía olfato para saber que teníamos una visita inesperada. No era una criatura y no lo conocía, por lo menos aquel aroma era completamente desconocido para mí, pero tengo que confesar que me cautivó, permanecí unos segundos aspirando aquel aire embelesada por el aroma, era maravilloso, mezcla de arce y mar. ¿Quién sería?

A pesar de que estaba a más de un kilómetro de distancia, con nuestro zoom particular pude verle; era moreno, de ojos negros y profundos, ligeramente bronceado y lo que más me entusiasmó fue su altura, mucho más alto que yo, algo poco habitual. ¿Quién era ese hombre tan atractivo y elegante? Destacaba en aquel lugar, no solo por su porte y elegancia, sino porque se notaba que no pertenecía a ese ambiente campestre. Por un momento pensé que el sol me estaba haciendo ver visiones, pero no, todos estábamos mirando hacia él.

—¡Dominique! ¡Estamos aquí! —Edmund le hizo señas y enseguida nos distinguió a la lejos—. Oh, mamá, papá, olvidé deciros que había invitado a un amigo de la universidad. Pensé que no vendría, pero veo que me equivocaba. Insistió tanto en que quería venir a conoceros y ver nuestra plantación de lavanda, que no tuve valor para impedirselo. Solo se quedará unos días.

—Tendrías que habernos avisado, Edmund. Ya sabes... —dijo mi madre mirando de reojo a Sophie—, que no estamos acostumbrados a improvisar.

—Dormiré conmigo, mamá —añadió Edmund—. Y gracias por tomártelo tan bien.

En realidad, todos sabíamos que mi madre no se lo estaba tomando bien, sino que se reprimía debido a la presencia de los dos extraños.

—Os presento a Dominique Marchant, somos compañeros de la Sorbona. Estos son mis padres —explicó Edmund en cuanto el joven nos hubo alcanzado.

—Encantado Dominique. Espero que te guste nuestro humilde hogar —intervino mi padre tendiéndole la mano.

—Es un placer, muchas gracias por acogerme en su hogar. Señora Chatte..., encantado —dijo nuestro invitado a mi madre.

—Es un placer tener a un amigo de Edmund —contestó mi madre.

—Estos son mis hermanos, Eugène, Claude y Helena. Sophie, una amiga de mi hermana. Y por último, François, es..., una pieza clave en la familia.

Imaginé que sería más fácil explicar la presencia de Sophie si era mi amiga, no sería adecuado para la reputación de Sophie que la presentaran como amiga de mis hermanos. Cuando llegó mi turno para saludarle, repitió mi nombre sin necesidad, al mismo tiempo que me clavaba esos ojos negros como la noche. Su intensa mirada hizo que sintiera una corriente eléctrica por la columna vertebral que me dejó casi hipnotizada. En el instante en que me dio la mano, sentí un calor insoportable. Su mano era cálida y muy agradable, muy reconfortante, sobre todo teniendo en cuenta que mis manos siempre

estaban frías. ¿Quién era ese hombre capaz de desestabilizar mi tranquila existencia? Por lo menos había desestabilizado mi armonía corporal.

—Barón, vamos, tendrás que cambiarte si quieres echarnos una mano con la cosecha.

—Edmund, ¿has dicho barón? —pregunté sin darme cuenta de que lo estaba haciendo en voz alta y no en el pensamiento de mi hermano, como era mi intención.

—Sí, le llamamos así. —Se giró hacia Dominique—. Creo que era porque tenías un abuelo que era barón, ¿verdad?

—Sí, algo así —repuso sin dejar de mirarme.

—Espero que tengas ropas más adecuadas que esas —indicó Edmund al mismo tiempo que le hizo un repaso a su atuendo—, vayamos a casa para que te cambies.

Ambos desaparecieron dentro de la vivienda, pero por supuesto mis oídos quisieron seguir con su conversación, aunque seguramente era la única que estaba atenta, los demás habían vuelto a sus quehaceres.

—No me dijiste que tenías una hermana, y además tan hermosa.

Enseguida me di cuenta de que estaba equivocada, todos estaban igual de atentos o más que yo, puesto que sentí la mirada de toda mi familia clavada en mi espalda, suerte que no podían verme el rostro —estaba delante de ellos arrancando unos tallos de lavanda—, odiaba sonrojarme de aquel modo, era la primera vez en mi vida que lo hacía.

—¿Helena? —preguntó Edmund sorprendido, seguramente sabía que estaba escuchando su conversación—, sí, es muy hermosa, pero no es tu tipo, o sea que olvídate de ella.



—¿A qué te refieres con que no es mi tipo?

—Lo sabes perfectamente. No me hagas dar explicaciones.

Agudicé todavía más el oído, yo sí quería oír esas explicaciones. Edmund no quería dar detalles porque sabía que estaba muy pendiente.

—Si te refieres a que no somos de la misma clase social, me da exactamente igual.

—A ti a lo mejor no, pero a tu familia no creo que les hiciera gracia. Además, mi hermana es demasiado especial para ti.

—Me estas empezando a enfadar, Edmund Chatte. ¿Por qué insinúas que no soy suficiente para ella?

—Helena es salvaje, natural, independiente, no aguantaríais juntos ni un solo día.

—Eso ya lo veremos. ¿Independiente?

—No es como las demás mujeres a las que estás acostumbrado. Será mejor que nos vayamos, si no, te quedarás sin recoger la lavanda, y querías probarlo, ¿no?

—Sí, por supuesto. Y..., Edmund..., no te preocupes por tu hermana, mis intenciones siempre serán las mejores del mundo.

—He oído antes esa frase.

—No creo que de mis labios.

—No, de los tuyos no, de otros hombres.

—Yo no soy otros hombres.

Mi hermano no dijo nada y a los pocos minutos ambos estaban junto a nosotros.

No lograba concentrarme en mi tarea. No podía evitar sentirme algo avergonzada después de la conversación que habían tenido de forma semiprivada mi hermano y él, y además, podía sentir cómo Dominique me miraba de vez en cuando haciendo que me entraran unos calores insoportables y nada habituales. Necesitaba alejarme cuanto antes.

—Helena... —dijo mi padre—. ¿Por qué no empiezas a formar ramos y a colgarlos?

En ocasiones, que mi padre pudiera leer los pensamientos era muy beneficioso, y ese era uno de esos momentos. Le sonreí antes de dirigirme hacia el laboratorio de esencias. Después de recoger la lavanda todavía quedaba mucho trabajo por hacer. Teníamos que formar ramos de lavanda, atar los extremos y dejarlos colgados para que se secaran. Me adentré en el frescor del laboratorio encantada de poder estar lejos de ellos durante un rato y poner mis pensamientos en orden. Además, adoraba aquel lugar, desde que era pequeña solía refugiarme en él cuando algo me preocupaba o cuando estaba enfadada.

—¡Cleopatra! Baja de ahí, como te vea mamá te mata —exclamé al ver a una de las gatas subida sobre la gran mesa de trabajo sobre la que solíamos preparar los perfumes y aceites, aunque en realidad los perfumes eran patrimonio de mi madre y de Claude, que eran los que más talento tenían de toda la familia.

El mundo de la lavanda me gustaba, pero tenía que reconocer que disfrutaba mucho más enseñando en la escuela. Me gustaban más los niños, y sobre todo encontrar sus talentos, para mí era muy fácil descubrirlos. Tan solo tenía que absorber su aroma para descubrir cuál era el talento de cada uno. Estaba segura de que mi éxito como profesora y la razón por la que los niños me adoraban, radicaba en esa habilidad que poseía. Para mí, era fácil

adivinar lo que más le gustaba a cada uno y siempre acomodaba mis clases al talento de cada uno de ellos.

Cuando ya tenía todos los ramos atados y listos para ponerlos a secar, subí de un salto sobre la escalera y comencé la tarea de colgarlos de la cuerda que atravesaba el laboratorio de una pared a otra. Estaba completamente absorta en aquella mecánica tarea cuando me di cuenta, demasiado tarde, de que nuestro nuevo invitado acababa de entrar en el laboratorio.

—¡Hola!

Al girarme hacia él con cierta brusquedad, perdí el equilibrio y, de no ser por Dominique, que salió disparado en mi ayuda, me hubiera caído al suelo como una humana cualquiera. ¿Dónde habían ido a parar mis reflejos de gata?

—Lo siento, Helena, creo que te he asustado. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente —dije algo molesta, o quizá turbada por el hecho de sentir sus manos en mi cintura. Dominique se apartó de mí con lentitud, como si temiera que me fuera a caer de nuevo.

—Me ha dicho tu padre que te echara una mano —explicó sin dejar de sonreír.

Mi padre tendría que dejar de meterse en mi mente. Me preguntaba qué significaría la intimidad, tan solo podía preguntármelo, ya que lo desconocía; en una familia en la que tu padre puede leer las mentes y todos pueden escuchar las conversaciones de los demás, era una palabra que ni me planteaba.

—¿Por qué cuelgas los ramos de lavanda en alto?

—Tienen que secarse, y la mejor forma es colgarlos boca abajo. También es conveniente ponerlos en alto, lejos de la humedad y de los gatos

—le señalé algunos de los gatos que deambulaban por el sótano.

—Oh, no los había visto —repuso Dominique al descubrirlos—. ¿Puedo ayudarte? Quizá debería subirme a la escalera y tú me puedes ir pasando los ramos, no me gustaría que te cayeras de la escalera —noté su tono burlón, lo cual me hizo erguirme.

—Te aseguro que eso no volverá a pasar —contesté con la máxima dignidad posible—, si quieres tú puedes pasarme los ramos.

—Tú mandas, Helena. ¿Sueles ayudar a tus padres en la plantación?

—Mi padre no trabaja en esto, él es médico, y yo tampoco, soy maestra. Solo ayudamos cuando podemos, pero la cosecha es algo muy importante para todos, digamos que es un ritual familiar.

—Entiendo. Entonces eres maestra.

Asentí y me miró asombrado.

—Tu hermano tenía razón —murmuró entre dientes.

—¿Cómo?

—Oh, nada.

Mi sentido del oído me trasladó al exterior en ese mismo instante, sin duda alguna, algo había sucedido, puesto que mi padre me estaba pidiendo que le trajera su maletín. Las posibilidades de que fuera Sophie la que se había hecho daño eran del cien por cien. Nosotros no solíamos tener accidentes, y si los teníamos, mi hermano Edmund nos curaba rápidamente con su habilidad de sanador.

—Ha pasado algo, tengo que ir a por el maletín de mi padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi padre me lo ha dicho. ¿No le has oído?

—No —repuso confundido y sonreí para mí, lógicamente era imposible que lo hubiera oído a menos que fuera una criatura, y no era el caso.

—Disculpa —no había mucho espacio para que pudiera escapar de allí sin rozarlo, y al pasar junto a él sentí un calor repentino que ascendió directo a mis mejillas, algo que no pasó desapercibido a Dominique, que sonrió complacido. ¡Maldición! Ya era la segunda vez que me sonrojaba por su culpa y estaba empezando a enfadarme conmigo misma. En unos segundos me había convertido en una mujer normal y corriente; no solo patosa, sino también vergonzosa.

«¡Helena, contrólate, es solo un chico atractivo y muy alto!», pensé.

—El laboratorio de mi padre está en la planta de arriba —comenté para llenar el silencio tan incómodo que había creado yo solita.

—Te acompaño —comentó con decisión.

Mientras subíamos la escalera pude sentir cómo me observaba, era algo normal en los gatos, podíamos sentir con exactitud las miradas; seguramente fuera un instinto animal de protección, por si alguien intentaba atacarnos por la espalda. Dominique paseó su mirada por mi cintura, mi trasero, después se posó en mi nuca, para terminar en mi pelo. Según el poeta de la familia, Claude, mi pelo era dorado como el sol, aunque no sabía lo que pensaría Dominique.

Cuando Dominique volvió a descender sus ojos hacia mi trasero, me entraron ganas de reír al recordar lo que le había dicho a mi hermano hacía un rato: «mis intenciones siempre serán las mejores del mundo». De cualquier manera, enseguida descubrí que, a diferencia de otras ocasiones, no solo no me importaba que repasara mi cuerpo de esa manera, sino que incluso me gustaba. ¿Qué tendría de especial el barón, como lo llamaba mi hermano?

En cuanto llegamos al ático, donde se encontraba el lugar de trabajo de mi padre y abrí la puerta, la mirada de Dominique por fin se olvidó de mi cuerpo y sus bonitos ojos negros se maravillaron, a juzgar por cómo miraba embelesado, con la vista que tenía ante él. Traspasar esas puertas era como entrar en otro mundo, otra dimensión, a mí también me fascinaba. Estaba lleno de aparatos extraños para quien no fuera de ese gremio; microscopios, placas de Petri —no sabía lo que era realmente, pero así lo llamaba mi padre—, cuadernos llenos de diagramas extraños, dos banquetas, la de mi padre y la de Edmund —era el único a quien le gustaba ayudar a mi padre— y, por supuesto, una jaula con ratones. Todo estaba inmaculadamente limpio, según mi padre era muy importante que se mantuviera lo más aséptico posible.

—¡No toques nada! —le advertí al ver que se acercaba a la jaula de los ratones—. A mi padre no le gusta que entre nadie aquí. Ya tengo el maletín; venga, vámonos.

—Es asombroso este lugar —notaba en su mirada que no daba crédito a lo que estaba viendo—. ¿Qué es lo que hace tu padre aquí?

—Experimentos, no es solo médico, sino también científico.

Mientras bajábamos la escalera, Dominique seguía haciéndome preguntas, obviamente le había impresionado descubrir el lugar de trabajo de mi padre, y en realidad le entendía perfectamente.

—¿Y con qué experimenta?

—Con ratones, por supuesto.

—¿Pero qué está buscando exactamente?

—No tengo ni la menor idea, pero puedes preguntarle a mi padre si tanto te interesa.

—Lo haré.

No sabía hasta qué punto había hecho bien en llevar a Dominique al laboratorio, no era conveniente tener a alguien tan curioso en nuestra casa. ¿Por qué le habría invitado Edmund? Era la primera vez que teníamos un invitado, bueno, en realidad teníamos dos, ambos humanos ignorantes de nuestras habilidades. Tendríamos que andarnos con cuidado. A veces entendía la desconfianza de mi madre con respecto a mezclarnos con personas normales y corrientes.

En cuanto llegamos a las plantaciones, comprendí lo que había sucedido en nuestra ausencia. Sophie se había cortado el brazo con las tijeras de podar. ¿Cómo habría podido hacerlo? Parecía realmente complicado cortarse de aquella manera. Por supuesto, mi padre estaba atendiéndola, como buen médico que era, y en cuanto le entregué el maletín, sacó todo lo necesario para curarle la herida. La cara de preocupación y culpa de Eugène llamó mi atención. Mi hermano estaba realmente enamorado de aquella desconocida.

—No es un corte demasiado profundo, pero tampoco es superficial. Tendremos que vigilarlo para que no se infecte —dijo mi padre mirando de reojo a Edmund—. Te lo voy a vendar y mañana le echamos un vistazo.

Y entonces oí un suspiro o quizá un gemido detrás de mí y me giré hacia un Dominique completamente pálido y, si no me equivocaba, a punto de desmayarse; tenía suerte de estar rodeado de unos cuantos gatos, ya que pude cogerle a tiempo, antes de que se golpeará la cabeza contra el suelo. Tuve que reprimir las ganas de reír al comprender lo poco que nos parecíamos, no podía creer que fuera de esos hombres que se desmayaban con la visión de la sangre.

Dos días después del accidente de Sophie, habíamos decidido hacer

una excursión a las montañas, la lavanda necesitaba secarse y mis padres nos habían dejado libres. Además, no podrían evitar que nos fuéramos a escalar, siempre lo habíamos hecho después de terminar la cosecha, era otra de nuestras tradiciones.

Como era de esperar, ni Sophie ni Dominique querían escalar, Sophie no sería capaz de subir ni a una pequeña roca y Dominique había dicho que se quedaba acompañándola. Ese comentario no le había hecho mucha gracia a mi hermano Eugène, a juzgar por la mirada despectiva que le dirigió, y en cuanto a mí..., tenía que reconocer que la idea que se formó en mi mente sobre que Dominique se sentía atraído por Sophie me hizo sentir algo insegura a la vez que despechada. No sabía por qué me engañaba a mí misma, Sophie era el tipo de mujer delicada y dulce que gustaba a los hombres, y en ese sentido no podría competir con ella, yo era demasiado salvaje, fuerte e independiente —como decía Ed— para poder interesar a un hombre tan atractivo como Dominique. Después de todo, Edmund tenía razón.

Mis hermanos y yo habíamos quedado la noche anterior en que llevaríamos cuerdas y clavos para cubrir las apariencias, pero después de subir la primera pared vertical, nos descalzaríamos y abandonaríamos las cuerdas para poder escalar como gatos, con nuestras uñas retráctiles. Ninguno de los dos podría vernos desde abajo y por supuesto nos habíamos cerciorado de que no había ni un alma en varios kilómetros a la redonda.

Las paredes de roca calcárea de la garganta del Verdon eran completamente verticales y el agua del río era de un color azul cielo intenso. Era un magnífico lugar para que unos gatos escalaran sin ser vistos.

—¿De verdad vas a subir con tus hermanos por esa pared rocosa? — me preguntó un incrédulo Dominique sin dejar de mirar asombrado hacia la



pared vertical que teníamos frente a nosotros.

—Sí, por supuesto. Siempre lo hacemos, desde que éramos pequeños.

Me miró con una mezcla de miedo y preocupación y en ese momento supe que, si por algún casual Dominique se había sentido interesado por mí en algún momento, después de eso ya no lo estaría más, yo no me comportaba como las demás mujeres, además, vestida con pantalones —por otro lado la única vestimenta adecuada para escalar—, no creía que se sintiera muy atraído por mí.

—¿Me prometes que no te pasará nada? —aquello hizo que me replanteara lo que acababa de pensar.

Me fijé en que Edmund parecía muy interesado en nuestra conversación.

—No me pasará nada, tenemos mucha experiencia, y además mis hermanos no dejarán que me pase nada.

Eso pareció tranquilizarle y suspiró con fuerza, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Bien —dijo por fin.

Cuando estábamos a punto de llegar al primer nivel, mi hermano Eugène se puso en contacto conmigo a través del pensamiento.

—Helena, he pensado que podríamos aprovechar para bajar antes que Claude y Eugène, de ese modo yo podré hablar con Sophie y tú con Dominique.

—¿Para qué? Dominique no está interesado en mí, sino en Sophie, no quiero hablar con él.

Eugène se rio.

—No tienes ni la menor idea, Helena; ese hombre no te quita el ojo de encima. ¿No has visto lo preocupado que estaba porque fueras a escalar? Era un auténtico manojito de nervios.

—¿Tú crees? No sé, él ha dicho que se quedaba con Sophie...

—Créeme, él no está interesado en Sophie, le gustas tú.

Sonreí para mí.

—¿Cuál es tu idea? —le pregunté intrigada.

—Cuando lleguemos al primer nivel, propondremos una carrera, ya conoces a Claude y Edmund, se picarán y saldrán los primeros. Nosotros aprovecharemos para descender. Tendremos bastante tiempo para poder hablar con ellos sin que nos interrumpan Claude y Edmund.

Medité sobre su plan mientras decidía en qué ranura colocaría mi bota primero, era realmente incómodo escalar con botas, podía sentir mis uñas deseando salir al exterior.

—Tú tendrás que pretender que te has torcido el tobillo, estoy seguro de que Dominique te auxiliará y entonces yo...

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacer algo así?

—Porque necesitamos una excusa para bajar antes que ellos.

—Pero Claude y Edmund sabrán que es mentira.

—Ya, pero lo importante es que Sophie y Dominique se lo crean, nuestros hermanos se van a enterar de todo igualmente, podrán oírnos..., o quizá desde allí arriba no nos oigan, al menos eso espero. No estaría mal algo de intimidad para variar.

—De acuerdo. Haré de dama en apuros —pensé y me reí al caer en la cuenta de que al fin y al cabo a los hombres les gustaba socorrer a damas

heridas.

—¿De qué te ríes, Helena? —mi hermano Edmund, que estaba justo encima de mí, se giró sorprendido por mi carcajada.

—Oh, nada.

La jugada nos salió mejor de lo que pensaba. Claude y Edmund, que eran extremadamente competitivos, comenzaron a subir a gran velocidad encantados de competir mientras escalaban felices sin cuerdas ni botas por aquella pared completamente vertical, al mismo tiempo que Eugène y yo descendíamos por la cuerda sin que ellos se percataran.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien? —Dominique se había acercado al vernos descender.

—Helena se ha hecho daño en un tobillo —comentó Eugène.

Cuando estaba a punto de apoyar mis pies sobre el suelo, sentí cómo Dominique me agarraba por la cintura. No me solía gustar tener que mentir, pero si la recompensa era aquella —que Dominique me llevara en brazos—, quizá mereciera la pena. Contemplé asombrada su rostro contraído por la preocupación, como si yo fuera importante para él, aunque aquello era imposible, apenas hacía tres días que nos conocíamos.

«Oh, maldita sea —pensé—, yo también siento algo por él».

—¿Me permites mirarte el pie? —preguntó un cauto Dominique.

Asentí y observé cómo me descalzaba con mucha delicadeza. Dominique me inspeccionó el pie, moviéndolo de un lado a otro. Eugène y Sophie hacía rato que habían desaparecido, esperaba que le diera tiempo a hablarle a Sophie de sus sentimientos.

—No parece que te lo hayas torcido —comentó más relajado.

—¿Acaso eres médico?

—No, pero tengo una hermana propensa a las torceduras de tobillo.

—Gracias —repuse sonriéndole—, creo que tienes razón, no me lo he torcido.

—Hagamos una prueba, te voy a bajar para que apoyes el pie, ¿de acuerdo?

De nuevo dejé que me agarrara de la cintura y aspiré su maravilloso olor. Aún viendo que podía caminar perfectamente, no me soltó de la mano, como temeroso de que me cayera al suelo. ¡Era tan tierno!

—¿Qué tal? ¿Te duele?

—No.

Continuamos caminando en dirección al río, ambos agarrados de la mano. Me gustaba sentir su cálida piel, estaba muy sorprendida de lo que me hacía sentir aquel chico de ojos negros.

—Eres muy valiente, Helena. Cuando he visto cómo subías por esas rocas yo..., tu hermano tenía razón, eres una mujer muy especial.

Tendría que seguir interpretando y puse cara de sorprendida, como si no supiera de qué hablaba.

—Eso me dijo Edmund, que eras una mujer muy diferente del resto, algo salvaje.

—Eso no suele gustarles a los hombres.

—¿Ah, no? ¿A qué hombres? A mí sí me gusta —repuso sin dejar de sonreír, mostrándome su perfecta y blanca dentadura.

¡Le gustaban las mujeres salvajes! Solo me faltaba averiguar si las mujeres gatas salvajes le gustaban también.

—Es mejor que no camines demasiado. ¿Te parece sin nos sentamos cerca del agua?

Todo lo que propusiera me parecía maravilloso, siempre y cuando no dejara de estar en contacto conmigo.

—Gracias, estás en todo, Dominique.

Sonrió tímidamente.

—Tu hermano no opina lo mismo.

—Ah, ¡olvídate de mi hermano!

—Eso haré. Todavía estoy impresionado. Yo no hubiera podido subir ni a la primera roca, las alturas no me gustan, y no dejaba de mirarte mientras subías, tan segura de ti misma, pero yo pensaba que te podrías caer y matarte.

¡Eugène tenía razón! No le interesaba Sophie, simplemente no quería confesar que le daban miedo las alturas, quizá la valentía de mis hermanos y sobre todo la mía le había hecho buscar la excusa de que se quedaba acompañando a Sophie, o quizá fuera verdaderamente un caballero y pensó que no sería adecuado dejar sola a una mujer.

—Pero... ¿Por qué?

—Es la primera vez que veo a una mujer escalar, bueno, y la primera vez que veo a un hombre.

Me reí.

—Quizá el hecho de ser la única mujer haya hecho que les siguiera en todas sus locuras. Sé que no es propio de una dama hacer las cosas que hago.

—¿Y para qué quieres hacer las cosas aburridas que hacen las damas? Eres la mujer más interesante que he conocido jamás.

Dios mío, había vuelto a hacerlo, me había sonrojado por tercera vez.

—Háblame de ti, Dominique. ¿Estudias con mi hermano?

—Bueno, en realidad no, las leyes no son para mí. Acabo de terminar de estudiar finanzas. Mi padre tiene muchas propiedades y se supone que tengo que administrarlas.

—¿Se supone? Pero no es lo que te gusta, ¿verdad?

—No.

Intentando que no se diera cuenta, penetré en sus negras pupilas y, por unos segundos, me perdí en las visiones que me llegaban, las finanzas definitivamente no eran lo suyo.

—Los viajes, conocer culturas nuevas, el mundo, los idiomas, la antropología, esas son las cosas que te gustan.

Dominique dejó de sonreír y me observó con seriedad.

—¿Cómo lo sabes?

Oh, mierda, había metido la pata. No debía usar mi habilidad con los humanos, al menos no de un modo tan contundente, pero me había olvidado por completo de la realidad.

—Eso no lo sabe nadie, ni siquiera tu hermano, es algo que..., tengo en la mente pero nunca lo he hablado con nadie.

—No sé, lo he visto en tus ojos, ha sido casualidad.

Siguió mirándome algo extrañado, pero de repente oí que mis hermanos escaladores se acercaban. Después de todo, no nos habían dejado tanto tiempo como nos hubiera gustado.

—¿Por qué habéis bajado antes de tiempo? —preguntó Edmund contrariado.

Viendo que no contestaba, Dominique lo hizo por mí.

—Tu hermana se hizo daño en un tobillo, pero gracias a Dios no se lo ha torcido.

La mirada de Edmund era clara, no se lo creía en absoluto, a pesar de que yo no había abierto la boca.

*—Helena, ¿qué pretendes? Él no te conviene —me dijo Edmund a través del pensamiento.*

*—Oh, déjame en paz Edmund, solo estábamos hablando.*

*—Escucha lo que te digo, Helena, no es bueno mezclarse con humanos, ni con criaturas diferentes a nosotros, no nos entienden.*

—Creo que Eugène y Sophie vienen por allí —comentó Dominique, que por supuesto no sabía que mi hermano estaba dándome una charla en privado.

Tenía razón, Eugène venía muy contento de la mano de Sophie y ese detalle por supuesto no había pasado desapercibido a Claude, que abrió mucho los ojos al verlos tan cariñosos.

—Hola —dijo Eugène tranquilo y seguro de sí mismo—. Os quería anunciar algo, antes que a papá y a mamá. Le he pedido a Sophie que se case conmigo.

Sophie le miró embelesada, era obvio que ambos sentían lo mismo.

En cuanto a mi hermano mellizo, no sabría decir con seguridad qué significaba su mirada, ¿celos, odio, violencia o envidia? De cualquier manera, dudaba de que Claude quisiera pedirle en matrimonio, más bien buscaba otro tipo de relación menos honorable. A Sophie le convenía mucho más mi hermano Eugène.

«¿Y a mí? ¿Me conviene Dominique o tiene razón mi hermano?», me

pregunté.



## -11. Val. El secreto de los gatos.

*Meyrargues*

—¡Mamá! Sabía que te encontraría aquí —exclamó Eugène al ver a su madre desensillando al caballo.

En realidad, había seguido su aroma hasta las cuadras. De cualquier modo no era difícil adivinar dónde encontrar a su madre. Meyrargues era la única de las propiedades de la familia que tenía caballos y, cuando se encontraba allí, solía aprovechar todo el tiempo para montar.

—¿Habéis vuelto ya?

—Sí, acabamos de llegar.

—¿Qué tal ha ido el funeral? ¿Has podido por fin hablar con el tío de Álvaro?

—Sí, todo ha ido como esperaba. Él no quería hacerse cargo de Cristina, de modo que me ha firmado los papeles. En unos días, a lo sumo una semana, serán parte de la familia.

—¿Has usado alguna de tus habilidades para convencerle?

—Es posible mamá, ya lo hago sin darme cuenta —repuso con una sonrisa traviesa que hizo que Irina soltara una carcajada, sabedora de que su hijo acababa de soltar una mentira como una catedral.

—Bueno, en este caso, era totalmente necesario, esos niños son mucho más felices aquí con vosotros.

—Es asombroso cómo quieres a Cristina, a pesar de que es un perro.

Su madre le ignoró y se giró para continuar cepillando a su pura

sangre con auténtica devoción, si había algo que le gustaba a su madre tanto o más que los perfumes, eran los caballos. Eugène sabía que su madre no quería darle explicaciones.

—Quería hablar contigo —confesó Eugène.

—No puedo leer la mente, pero es obvio que quieres hablar conmigo.  
¿De qué se trata?

—Vengo a hablarte de Val.

—Espero que no vengas a hablarme sobre ese novio perro que tiene, no quiero oír hablar de él.

—Pues tendrás que escucharme mamá. Tienes que respetar lo que Val ha decidido y ella quiere a Hans, no hay nada más que hablar.

—Que haga lo que quiera, pero por Dios impídele que se case con él, o peor, que tenga un hijo con él.

Esa vez fue Eugène quien se quedó en silencio, su madre había dado en el clavo.

—¿Qué pasa? ¿Está embarazada? —le preguntó asustada.

Conocía a su nieta desde hacía poco tiempo, pero era su única nieta y la apreciaba mucho más de lo que hubiera imaginado. Era cariñosa, buena, fuerte y también algo testaruda, como ella.

—Nooo, por supuesto que no, menudas ideas tienes, mamá, pero... — prosiguió dubitativo, sabiendo que aquello no le iba a gustar a su madre—, han decidido que van a casarse.

Irina le miró con los ojos desorbitados.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No, mamá, sabes que lo digo en serio. Van a casarse, tienen mi

consentimiento y el de su madre, y además se van a casar al mismo tiempo que nosotros.

Aquel comentario provocó que a su madre se le cayera el cepillo al suelo.

—¡Eso es en unos días!

—Mamá, escúchame, sé lo que sientes por los perros, pero te pido por favor que conozcas a Hans, no es como tú crees. No todos los perros son malos, los hay buenos, como él, como su madre —aunque Irina reconoció que, en cuanto a la madre de Hans, su hijo no lo había dicho muy convencido —; quiere a Val más que a su vida y no vas a poder impedir que se casen.

—Pero lo intentaré.

—No harás tal cosa, yo te lo impediré —al ver el rostro de su madre, Eugène decidió cambiar de estrategia, no podía ser demasiado cruel con su madre, en el fondo la comprendía muy bien—. ¿Recuerdas lo que sentías por papá cuando os conocisteis? ¿Hubieras dejado que alguien se interpusiera en tu camino?

Irina bajó la mirada, como si se hubiera transportado a otra época lejana, muy lejana.

—Tu padre y yo éramos gatos los dos, no había ningún peligro.

—Da igual, si hubiera sido un perro o un humano, tampoco habrías dejado que nadie se interpusiera en tu camino. Papá por lo menos no lo habría hecho.

—No, tu padre no lo hubiera permitido. Además, no tengo que remontarme al pasado para saber lo mucho que quiero a tu padre.

—Lo sé, pero solo quería que meditaras sobre ello. Ellos se van a

casar con o sin tu apoyo, pero me gustaría que no estropearas su boda, mi boda. Te lo pido por favor, mamá, intenta olvidar.

—¡Olvidar! ¡No puedo olvidar! Me pides demasiado, Eugène — exclamó al mismo tiempo que se alejaba de él.

Era consciente de que su madre estaba empezando a enojarse de verdad, por eso se había puesto a una distancia prudencial, tanto de él como del caballo.

—No puedes meter en el mismo saco a todos los hombres-perro. Eso no es justo. Mamá..., solo te pido que pienses sobre lo que te he dicho.

Eugène decidió que por el momento no podía hacer nada más que dejarla a solas con sus pensamientos, pero sabía que tendría que avisar a su padre, él era el único que podría apaciguarla o, si no eso, al menos enfurecerla con otro asunto diferente para que olvidara su dolor. Odiaba obligarla a recordar, pero tenía que hacerlo por Val, haría cualquier cosa por su hija y por Carla, ahora eran su vida.

\*\*\*\*\*

Después de un par de horas dando vueltas en la cama sin sentido, decidí que iría a dar una vuelta. No sabía la razón para aquel estado de nerviosismo, pero no tenía sentido seguir intentando dormir cuando parecía misión imposible. Sin embargo, Hans dormía profundamente con una sonrisa en los labios que me hizo preguntarme qué estaría soñando. Tal vez la razón de mi desvelo fuera la felicidad de saber que en unos días seríamos marido y mujer contando con el apoyo de mi familia. A veces volvían a mi cabeza las hirientes palabras que mi madre y Marion nos dedicaron la noche en la que les confesamos nuestra intención de casarnos. Por suerte, o más bien gracias

a mi padre, mi madre había cambiado de opinión, pero sabía que Marion jamás lo haría. Aunque tal vez todavía hubiera esperanza para cambiar esa situación, mi padre me había demostrado en muchas ocasiones que era capaz de convencer a cualquiera de aquello que se propusiera. Lo último que había conseguido había sido la custodia de Cristina y, dentro de poco, ella y Álvaro serían parte de la familia.

Cuando salí al jardín aspiré el aroma de la noche, una noche preciosa y estrellada aunque algo fresca. Me rodeé con los brazos para intentar darme calor, aunque estaba tan acostumbrada al frío que podría soportarlo. Enseguida descubrí que mi padre había soltado a los perros, como hacía casi todas las noches, no solo para que se sintieran libres por unas horas, sino para que mantuvieran vigilado el château. Yarilo no tardó en descubrir mi presencia y vino a mi encuentro. Ya no era un cachorro, sino un adolescente hecho y derecho. En el instante en el que me senté sobre la hierba para poder acariciarlo, capté el aroma de mi padre.

—Hola, Val. ¿Qué haces aquí?

—No puedo dormir.

Se sentó junto a mí, dejando una pierna estirada y apoyándose sobre la rodilla de la otra pierna.

—Yo tampoco.

—¿Estás nervioso por la boda? —le pregunté asombrada, mi padre siempre mantenía la calma y no sabía cómo lo hacía.

—No, en realidad no es por eso, estoy nervioso porque hay algo de lo que tengo que hablarte.

Le miré extrañada, no entendía sobre qué querría hablar cuando a esas alturas estaba todo solucionado, menos tal vez el hecho de que mi abuela no

quisiera ni ver a Hans. Al principio me había sentido apenada, pero había llegado un punto en el que estaba tan enfadada con ella que me daba exactamente igual lo que pensara. Mi abuelo y mis padres me apoyaban, y con eso era suficiente. Ni siquiera me importaba ya que Álvaro tampoco estuviera de acuerdo, por lo menos seguía siendo mi amigo, aunque tenía que controlarme para no hablarle de Hans ni de la boda a todas horas, últimamente le había estado evitando por esa razón.

—No sé por dónde empezar —comentó mi padre alzando la mirada hacia la luna casi llena.

Sentí un cosquilleo en el estómago y supe que, si quería tener una conversación de criaturas conmigo, se trataba de algo serio y personal que no debía escuchar nadie de la familia, o alguien de la familia, no sabía de quién nos estábamos escondiendo exactamente, pero tenía que confesar que estaba muy intrigada.

—Ya sabes que el abuelo es médico —comenzó diciendo, a lo cual asentí—, pero también es científico, quizá no lo supieras —negué con la cabeza—. Ya, no lo sabe mucha gente. Él ha estado toda la vida investigando sobre nosotros, desde que nacimos; bueno, incluso antes de que nacióramos. Cuando yo apenas era un bebé, mi padre descubrió algo muy importante sobre nuestra raza: no envejecemos igual que el resto de personas o criaturas.

Le miré extrañada.

—Tardamos más tiempo, mucho más tiempo. Cuando somos jóvenes apenas se nota, quizá aparentas ser un año o dos menos, pero a medida que pasa el tiempo, va siendo más evidente.

—No entiendo papá, ¿es que los gatos viven más años que el resto de criaturas?

—Exacto, Val, eso es precisamente lo que intento decirte.

Me fijé en su perfil, tenía la nariz de la abuela, las abundantes pestañas negras de los Chatte, su pelo era negro como el mío, su cuerpo era proporcionado y musculoso, no había muchos hombres de su edad con ese cuerpo tan atlético y definitivamente aparentaba menos años de los que tenía.

—¿Cuántos años tienes papá?

—¿Cuántos aparento?

—Menos de cuarenta, aunque siempre he pensado que tenías ocho años más que mamá, con lo que deberías tener cuarenta y ocho años.

—Lo sé, pero la realidad es que soy mucho más mayor, Val. Nací en 1905.

Sentí un frío helador que hizo que me estremeciera. Mi padre se quitó el jersey y me lo puso por encima, aunque ni siquiera el contacto de la cachemira hizo que se me pasara la sensación de frío.

—No puede ser.

—Lo siento, Val, pero es cierto. Tu madre ya está al tanto.

Era obvio que decía la verdad.

—Ahora entiendo lo de que le abriste los ojos a mamá.

Mi padre asintió. Mi cabeza comenzó a hacer cálculos sin parar y de pronto comprendí por qué razón mi madre había accedido a nuestra boda; yo viviría muchos años, cien o quizá más, pero Hans no. Ese descubrimiento me puso tan triste que no pude evitar las lágrimas que comenzaron a rodar por mis mejillas. Agaché la cabeza y oculté mi cara entre las manos.

—Lo siento tanto, Val, sé por qué razón lloras y te entiendo. Ahora quizá comprendas por qué quería casarme con tu madre tan rápidamente.

Cuanto más hablaba, más ganas tenía de llorar. Tendría que vivir más de la mitad de mi vida sin Hans, eso no podría hacerlo, no podría. Él era mi vida y tantos años sin él sería algo insoportable.

—Val, lo que te he contado en realidad es un secreto, no lo sabe ningún perro.

—¿Qué? —exclamé levantando la cabeza bruscamente.

—Sí, es algo que no deben saber.

—Pero..., yo no puedo ocultarle esto a Hans.

—Debes hacerlo, es importante.

—No sé papá, ya es demasiado duro saber que voy a tener que vivir sin él más de una vida, como para no poder contarle algo tan importante. Además, él se dará cuenta, es cuestión de tiempo.

—Se dará cuenta, pero dentro de muchos años, todavía hay tiempo.

—¿Hay tiempo? ¿Hay tiempo para qué?

—Para que le dejes antes de que se dé cuenta.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando papá? No pienso dejarle. ¿Y tú por qué se lo has contado a mamá? Ella no es un gato.

—Tu madre es una excepción. No hay muchos casos como el de tu madre. Ella es hija de una gata, madre de una gata y su futuro marido es un gato; como madre tiene que conocer la verdad sobre su hija. Si no tuviéramos hijos, no se lo habría contado.

—¿Lo dices en serio? ¿No se lo habrías contado y luego la habrías dejado?

—No habría tenido más remedio.



No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Y si Hans y yo tenemos hijos?

—Sabía que me preguntarías eso... —contestó abatido—, y no sé qué contestarte, porque nadie tiene ni la menor idea de qué tipo de hijos vais a tener. No conocemos ningún caso como el vuestro.

—Pero..., tendremos hijos, y entonces podré contarle le verdad a Hans.

Mi padre volvió a apartar la mirada y a clavarla en la luna.

—En realidad, la razón por la que tu madre y tu futura suegra no querían que os casarais era sobre todo por el tema de la descendencia. ¿Qué pasará si tú...?

—¿Si yo qué?

—Puede ser peligroso que te quedes embarazada, un gato quizá no pueda tener..., me refiero a que no sé si físicamente estáis preparados para ese tipo de mezcla.

—Pero no dejamos de ser humanos.

—Lo sé, pero no tenemos ni idea de lo que pasaría, y por eso tenemos miedo.

—Pero tú nos has apoyado desde el principio.

—Sí, porque no es posible luchar contra un amor como el vuestro, yo lo sé mejor que nadie, hija. Pero eso no significa que no tema por ti.

Durante unos minutos ninguno de los dos hablamos, tiempo durante el cual tomé una decisión que hizo que me sintiera algo mejor.

—No le diré nada a Hans de todo esto por una simple razón: si él supiera o si él se hubiera planteado que tener un hijo juntos sería peligroso

para mí, jamás me permitiría tener un hijo con él.

—Y tú querrás intentarlo algún día, ¿verdad?

—Sí, me encantaría tener un hijo con Hans, pero todavía no.

—Por favor, Val, deja que pase el tiempo, quizá mi padre pueda intentar investigar con vuestras muestras qué pasaría si...

—¿El abuelo podría investigar? Eso sería fantástico, siempre y cuando me contara lo que descubra. ¿Puedo hablar con él sobre esto?

—Por supuesto, Val. Estará encantado de ayudarte, ya lo sabes.

Asentí. Lo sabía, él no era como mi abuela, que desde que se enteró de lo de nuestra inminente boda no me dirigía la palabra. A mí no me afectaba que no me hablara, eso podría soportarlo, pero me dolía que hiciera como si Hans fuera invisible. Él no se merecía que le trataran de esa manera con lo bueno que era y lo mucho que me quería.

—Supongo que necesitarás estar a solas —dijo mi padre levantándose y poniéndome una mano sobre el hombro como gesto de apoyo.

Asentí, incapaz de articular palabra después de toda aquella información que había puesto mi vida patas arriba. Yarilo volvió a acercarse a mí, como si supiera que necesitaba apoyo moral; el hecho de acariciarlo consiguió tranquilizarme, aunque solo en parte. No dejaba de preguntarme por qué, cuando todo parecía que se había solucionado, Hans y yo estábamos juntos, mi madre me había dado su visto bueno para casarme con él, surgían nuevas complicaciones. Además, estos nuevos obstáculos eran algo muy serio y no sabía cómo podría ocultárselo a Hans. Era demasiado observador.

Los ladridos de Morana y Perun hicieron que levantara la vista hacia el horizonte, ambos estaban a medio kilómetro de nosotros sin dejar de ladrar con la mirada clavada en el mismo punto del bosque, entre los arces, y con el

pelo completamente erizado. Me levanté de un salto decidida a averiguar qué estaba sucediendo, obviamente había alguien o algo rondando y quedó confirmado cuando Perun se lanzó hacia la oscuridad de los árboles. Morana permaneció inmóvil con las orejas en punta. Me acerqué a ella, seguida de mi fiel Yarilo.

—¿Qué hay, Morana? ¿Es una criatura? —pregunté como si fuera a contestarme.

Sentí un escalofrío al percibir, no sé cómo, que lo que estaba escondido tras los árboles no era humano. A pesar de no ser capaz de reconocer el olor, algo me decía que era peligroso, y no pude evitar sentir miedo. En ese preciso instante, el llanto de dolor de Perun me llenó de preocupación, y más todavía escuchar aquel aullido lleno de tristeza de Morana. Tenía que averiguar por qué razón Perun había llorado de aquel modo tan desgarrador. Sentí cómo Morana y Yarilo me flanqueaban cuando me encaminé hacia los arcos, como si intentaran protegerme. Me detuve al ver el cuerpo de Perun tirado en el suelo.

—¿Quién te ha hecho esto, Perun? —tenía sangre en el costado y ya no lloraba.

Puse mis manos sobre la herida, esperando que desapareciera gracias a mi habilidad, asumiendo que también podría curar animales además de personas, pero una respiración a mi izquierda hizo que me paralizara. Esa cosa seguía ahí, podía incluso sentir su aliento. Los perros comenzaron a gruñir. Un frío sobrecogedor me envolvió; olía a muerte, a odio, a sangre, a deseo. Esos olores eran horribles. Tenía que alejarme de allí antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Val! ¡Val! —la voz lejana y llena de preocupación de Hans hizo que me sobresaltara.

Unos escasos segundos después, apareció a mi lado, descalzo y sin camiseta, vestido con tan solo unos vaqueros. ¿Cómo sabía que algo iba mal? No solo era su voz la que me indicaba lo preocupado que estaba, sino su mirada al recorrer mi ropa manchada de sangre

—¿Estás bien? He venido en cuanto he oído aullar a Morana —dijo poniendo la mano sobre mi hombro.

¡Claro! Hans tenía una conexión especial con sus perros y algo así lo despertaría. Me preguntaba si Morana habría aullado a propósito para avisar a Hans, no sería imposible.

—Yo estoy bien —le aseguré, y Hans siguió mi mirada.

Pareció darse cuenta de dos cosas al mismo tiempo: de que Perun yacía moribundo sobre mis piernas y que había algo desconocido y peligroso entre los árboles. Durante un escaso segundo pareció dudar si salir detrás de aquella cosa o quedarse para protegerme.

—¡Morana, Yarilo! *Chraňte* Val —exclamó en checo mirando a los perros; después, su mirada se clavó en mí—. Val..., no sé qué demonios estás haciendo aquí, luego hablaremos de eso. Ellos cuidarán de ti mientras voy detrás de esa cosa pero, por lo que más quieras, desea que vengan tu padre y Álvaro. —Me besó rápidamente en los labios antes de desaparecer de mi vista.

Los perros me rodearon rápidamente, cumpliendo la petición que les había hecho su amo; después, suspiré preocupada, sabía que estaba en serios problemas con Hans, se lo había prometido y, sin embargo, no le había hecho caso y estaba segura de que después me pediría explicaciones.

—¡Por favor, Perun! Vuelve a la vida —supliqué. Estaba comenzando a desesperarme el hecho de que, por más que ponía mis manos sobre él, no

conseguía curarle la herida.

Enseguida percibí que Álvaro venía corriendo hacia mí; suponía que, después de todo, había obedecido a Hans y había deseado su ayuda, sin embargo no era consciente de haberlo hecho. Álvaro venía también descalzo, aunque por lo menos iba vestido.

—¿Qué ha pasado, Val? ¿Estás bien? ¡Estás herida! —exclamó asustado mirando hacia mi camisón manchado.

—No, no es mía, es de Perun —le expliqué señalando su cuerpo ya sin vida.

—Menos mal... ¿Hans? —preguntó mirando hacia el bosque.

—Sí, está en el bosque, y creo que necesitará ayuda, hay algo en la finca, algo que ha matado a Perun.

—Iré tras él, no te preocupes, cuidaré de Hans. No quiero que te quedes sin novio justo antes de la boda —repuso con una sonrisa pícaro en sus labios.

Sonreí ante su comentario, no dejaba de sorprenderme su forma de ser, siempre de buen humor, incluso aunque tuviera que ir tras algo desconocido y peligroso, o incluso aunque estuviera en contra de que me casara tan joven, y sobre todo, en contra del que iba a ser mi marido.

Me giré al presentir otra visita, mi padre también se aproximaba, lo cual me confirmó que, efectivamente, había deseado que vinieran ellos dos; llevaba la misma ropa que hacía un rato, cuando habíamos mantenido aquella difícil conversación, por lo que intuí que ni siquiera se había acostado.

—¿Val? Ah, estás aquí —iba a hablar cuando me interrumpió—, ya sé lo que ha pasado, no te preocupes, pero creo que mi papel aquí no es ir detrás de Hans y Álvaro. Estoy seguro de que Hans pretendía que me quedara

contigo, y eso haré.

Me reconfortó la presencia fuerte y segura de mi padre.

—Papá... —le señalé al perro preferido de Hans—, no consigo revivir a Perun.

Mi padre puso su mano sobre el cuello del perro y me dirigió una mirada sin esperanza.

—No vas a conseguirlo, Val, es demasiado tarde, ha muerto. Las heridas mortales no se pueden curar, ni siquiera tú, mi sanadora.

Morana lloraba a mi lado y, aunque la acaricié, no pareció que la consolara demasiado. Yarilo también intentaba animarla, chupándole la boca. Pobrecita, se había quedado sin marido. Eran perros, pero se querían, yo había sido testigo de ello.

—Volvamos a casa, Val..., yo llevaré a Perun —propuso mi padre.

—No, lo haré yo, ya estoy manchada, y además quiero hacerlo yo —«por Hans», pensé.

Mi padre asintió y caminamos hasta la casa. Morana y Yarilo seguían cumpliendo la orden que les había dado Hans y no se movían de mi lado, flanqueándome como auténticos perros guardianes, a pesar de que estaba completamente a salvo con mi padre; con su habilidad de lector de mentes, si se acercara alguien con malas intenciones mi padre lo sabría con tiempo suficiente como para poder reaccionar.

—Tenemos que enterrarlo —comenté.

—Yo lo haré. Vete a cambiarte si quieres —dijo mirando mi ropa ensangrentada.

—No, lo haré contigo.

Todavía no podía creer que Perun hubiera muerto; a pesar de que me costó mucho que me aceptara en la manada, al final le había cogido cariño. Pero quien más me preocupaba era Hans, él se sentía muy unido a sus perros.

Cuando mi padre y yo habíamos terminado de cavar el agujero, vimos que Hans y Álvaro se aproximaban; sin embargo, algo no debía ir bien. Hans cargaba con Álvaro y este iba cojeando.

—¿Qué ha pasado? —me acerqué corriendo hasta ellos.

No hizo falta que Hans me lo explicara, por lo visto esa cosa le había desgarrado parte del pantalón, podían verse unos profundos arañazos desde el muslo hasta la rodilla.

—Estoy bien, Val —me aseguró Álvaro—. No tienes que preocuparte —pero su voz sonaba extraña, como si hubiera bebido algo de alcohol.

—¿Qué te pasa, Álvaro?

—Nada..., bueno, quizá sí, me encuentro un poco mal —después miró hacia Hans—, creo que voy a desmayarme.

Hans le agarró evitando que cayera al suelo y le llevó en brazos hasta su dormitorio.

—Val, llama a tu abuelo —me pidió mi padre.

No sabía si se refería a que fuera a su habitación o a que deseara que viniera, pero haría lo segundo, no quería perder el tiempo. Álvaro había perdido el conocimiento y un desmayo no era muy habitual en una criatura. Unos minutos después, Émile, el médico de verdad de la familia, estaba examinando a Álvaro.

—No sé si tiene que ver con el ataque, pero Álvaro está ardiendo, tiene mucha fiebre, por eso ha perdido el conocimiento. Necesitará que

alguien le vigile esta noche.

—¿Puedes darle algo para la fiebre? —le pregunté.

—Sí, ahora mismo se lo voy a dar, pero aun así, me quedaré más tranquilo si alguien se queda con él.

Cristina estaba en España, volvería con Anna en unos días para la boda, y mi madre estaba completamente dormida ajena a todo lo que estaba sucediendo.

—Yo me quedaré —propuse.

Hans me clavó una mirada que no supe interpretar.

—Yo te acompañaré —dijo finalmente Hans—, pero antes me gustaría terminar de enterrar a Perun.

—Siento mucho lo de Perun —dije poniendo mi mano sobre su brazo.

Asintió antes de salir del dormitorio.

—Val..., si necesitas algo, no dudes en despertarme —me susurró mi abuelo antes de dejarme a solas con el paciente.

Estaba mojando la frente de Álvaro después de haberme cambiado de ropa, en un vago intento de que le bajara la fiebre, cuando entró Hans.

—¿Cómo está? —preguntó haciendo un gesto hacia Álvaro.

—Mal, no le baja la fiebre, pero mi abuelo me ha dado instrucciones de lo que tengo que hacer durante la noche.

Asintió distraído y después se dirigió hacia la ventana. Suspiró antes de hablar.

—Val..., sé que no es el mejor momento pero... ¿puedes explicarme qué hacías sola en el bosque en mitad de la noche?



Sabía que le había prometido, o más bien me había hecho prometerle, que jamás saldría sola al bosque, y menos por la noche. Aunque en teoría no había ningún peligro, él me había asegurado que el mundo de las criaturas no era como el de los humanos, y que había muchos más peligros de los que podía imaginarme, pero tan solo había salido al jardín, y además, estaba protegida por los perros.

—Yo..., no conseguía dormirme y salí a tomar el aire. Entonces...

—Val... —podía notar el gran esfuerzo que estaba haciendo por mantener la calma—. Puedo entender que, como llevas poco tiempo siendo consciente de que eres una criatura, no entiendas o no sepas hasta qué punto estamos rodeados de peligros, y sobre todo tú, una pequeña gata.

—¡No soy pequeña! —protesté.

Hans me dirigió una mirada fría y seria, de esas que solo mostraba cuando la preocupación podía con él.

—Quizá tu vida no signifique mucho para ti, Val, pero te aseguro que para mí, tu vida es lo más importante del mundo.

Como siempre, los sentimientos de Hans me llegaban al alma, podía notar mis lágrimas deseando aflorar.

—Cuando te he visto a lo lejos manchada de sangre... ¡Dios, Val! He pensado que estabas gravemente herida, que ibas a morir. Hasta que no estuve a tu altura, no distinguí que la sangre no era en realidad tuya, sino de Perun.

Su camaleónica mirada en ese instante estaba llena de dolor y desconsuelo.

—No me siento orgulloso, pero he dado gracias de que la sangre fuera de él y no tuya —dijo girándose hacia la ventana que daba al jardín del

château.

Me sentí abrumada, sabía que Hans quería mucho a Perun, pero su pérdida tal vez no había sido tan amarga al descubrir que yo estaba bien. Después de su confesión, comprendía que estuviera enfadado conmigo por haberme puesto en peligro. Las lágrimas rodaban por mis mejillas cuando, sin mucha seguridad en si sería aceptada, lo abracé por detrás.

—Lo siento, Hans, lo siento mucho. No volveré a hacerlo.

Se giró y, con el dedo índice, alzó mi rostro. Era una verdadera frustración que con Hans no me funcionara mi habilidad para oler sentimientos, hubiera dado cualquier cosa para poder olerlos en ese instante. Aun así, su mirada era bastante obvia, estaba llena de amor, ya me había perdonado. Me abrazó con fuerza, como temiendo que fuera a escaparme.

—*My Little Kitten*, eres tan frágil. Podría matarte ahora mismo, solo tendría que apretar más fuerte. Aunque es posible que muera yo antes que tú, siento que envejezco un año cada vez que temo por tu vida.

Ese comentario hizo que llorara más todavía. Envejecer, sí, él no lo sabía, pero con seguridad moriría antes que yo y yo tendría que aprender a vivir sin él el resto de mi vida.

—Es tan extraño verte llorar...; venga, está bien, te perdono, me ha quedado claro que no lo volverás a hacer, pero deja de llorar, Val.

Justo en ese momento Álvaro hizo un movimiento y dijo algo ininteligible en sueños. Me separé de Hans y, olvidando por un momento mi futura desdicha, retomé mi trabajo de enfermera.

—Hans, ayúdame a quitarle la ropa, está demasiado caliente. También deberíamos abrir la ventana.

—Yo le quitaré la ropa, tú abre la ventana —propuso Hans.

Sonreí al darme cuenta de por qué se había presentado voluntario, pero en realidad no tenía ningún interés en verlo sin ropa.

Tardé unos minutos en abrir la ventana, Álvaro tenía tantas cosas en la mesa del escritorio que era imposible abrirla del todo. Respiré la suave brisa de junio que entró por la ventana. Cuando me giré, la sábana le cubría hasta la cintura. Me dieron ganas de reír, pero no me atreví a hacerlo, no era un buen momento para ello. Perun había muerto, Hans casi se muere del susto y Álvaro estaba muy enfermo.

Unas horas después me desperté al oír mi nombre. La llamada era dulce, insistente, profunda. Abrí los ojos. Había sido tan estúpida que me había dormido sobre la cama de Álvaro y, por lo visto, no había mejorado, sino todo lo contrario, ardía en sueños mientras pronunciaba mi nombre.

—¿Val? ¿Val? ¿Dónde estás?

—Sssh, estoy aquí, Álvaro —contesté con suavidad, a pesar de que sabía que estaba soñando.

Por nada del mundo quería despertar a Hans, que dormía sobre la única butaca de la habitación. Hans había insistido en que me sentara yo, pero le aseguré que no pensaba dormir; mi abuelo me había pedido que le cuidara y lo haría, sin embargo, no había sido tan buena enfermera y, después de todo lo que había sucedido, el cansancio me había vencido. No comprendía por qué Hans no había aceptado mi sugerencia de que se fuera tranquilo a nuestro dormitorio, al fin y al cabo él no tenía ninguna relación con Álvaro, aparte de la obligada de vivir bajo el mismo techo, pero yo sí, era mi amigo y pronto sería como mi hermano.

—Val. —Álvaro movió la mano como buscando algo imaginario, quizá a mí. Le cogí la mano y aquello pareció tranquilizarle—. Por ti cambiaría, dejaría de usar mi habilidad, no tocaría jamás a ninguna mujer,

solo te quiero a ti, solo a ti.

¡Pero qué demonios estaba diciendo! No podía estar hablando de mí.

—Lo que daría por tocarte, por besarte. Eres la única mujer en mi corazón. Por favor, no te cases con Hans, no lo hagas.

Decididamente y aunque no quisiera, hablaba de mí. No tenía ni idea de que sintiera algo tan fuerte. Tenía la sospecha de que se había llegado a sentir atraído por mí, pero pensé que se le habría pasado hacía tiempo y que tan solo había sido algo físico. Saber lo que sentía me entristeció.

—Álvaro, lo siento, lo siento mucho —le susurré acariciándole el rostro.

De pronto, la mano de Álvaro atrapó la mía con tanta fuerza que me hacía daño. Intenté desasirme, pero era demasiado fuerte para mí. No quería gritar ni hacer demasiado ruido para no despertar a Hans. Sin darme tiempo a reaccionar, sentí su otra mano en mi nuca, que me empujó hacia sus labios con tanta contundencia que no pude hacer nada para evitarlo.

Por más que intentaba soltarme, no lo conseguía, ni siquiera cuando me levanté de la cama pude separar mis labios de los suyos, hasta que de repente, me sentí liberada. Álvaro había dejado caer ambos brazos, que yacían lánguidos a cada lado de su cuerpo. Había perdido la consciencia, lo cual significaba, por muy extraño que pareciera, que me había besado en sueños. No creía que supiera lo que había hecho.

Esperaba no haber despertado a Hans en el forcejeo, pero enseguida sentí su presencia junto a mí.

—¡Hans! —le miré preocupada.

Su mirada estaba clavada en Álvaro, una mirada que me hizo tragar saliva. Después, sin dirigirme ni una palabra, ni siquiera una mirada, salió a

toda prisa de la habitación dando un portazo.

—Gracias, Álvaro; ahora, por tu culpa, Hans está enfadado conmigo.

Decidí que, si el enfermo estaba lo suficientemente bien como para besar a su enfermera, es decir yo, ya no quería ocuparme de él. De modo que, después de avisar a mi abuelo de que dejaba a solas al enfermo —de cualquier manera ya era de día y me merecía un descanso—, busqué a Hans por toda la casa; no estaba segura de lo que había visto exactamente y, lo más importante, de la interpretación que había hecho, y necesitaba aclararlo por si acaso. Sin embargo no le encontré, y supuse que habría hecho lo que siempre hacía cuando sentía mucha rabia: salir al bosque a correr. A quien sí encontré fue a mi madre desayunando en la terraza.

Decidí comer algo y de paso ponerla al tanto de todo lo que había pasado por la noche. Después volví en busca de Hans. A pesar de saber que no le encontraría, recorrí de nuevo el jardín. Debía encontrarse en el bosque, pero tenía claro que no debía pisarlo, y no solo porque le había prometido a Hans que no lo haría, sino sobre todo porque si, como sospechaba, Hans estaba enfadado conmigo, no sería buena idea perseguirle. Aunque los ejercicios mentales que hacía todos los días con mi habilidad de deseadora parecían estar funcionando, me daba pánico ponerlo a prueba. Si Hans descubría que no funcionaba correctamente, no se casaría conmigo. Sin embargo, lo peor no sería eso, sino la posibilidad de volver a perderlo, y no pensaba poner en juego mi felicidad.

De modo que volví a mi dormitorio con la intención de dormir un poco, sabiendo que Álvaro tenía la mejor ayuda posible, mis padres se estaban ocupando de él. Seguía febril y todos estábamos empezando a preocuparnos, todos excepto mi abuelo, que parecía muy tranquilo asegurando que tendríamos que esperar veinticuatro horas para poder saber a

qué atenernos. Si él no estaba preocupado, quizá deberíamos relajarnos.

Cuando estaba metiéndome en la cama, se abrió la puerta. Me tranquilizó sentir una mirada normal e incluso un amago de sonrisa, era obvio que el ejercicio había conseguido que su rabia desapareciera, aunque para eso había necesitado correr nada menos que dos horas.

—Voy a ducharme, enseguida vuelvo —me informó cerrando la puerta del baño tras de sí.

Unos minutos después salió con una toalla atada a la cintura. Me incorporé al descubrir lo sexy que estaba; el pelo todavía mojado hacía que le goteara agua sobre el pecho, sus musculosos brazos y el hueso de la pelvis asomando por encima de la toalla me provocaron un calor repentino. Le había dado el sol y sus ojos verdes estaban más luminosos de lo habitual. Era tan guapo que a veces me costaba respirar, y hoy era uno de esos días.

Me levanté. Hans repasó mi cuerpo y mi indumentaria, una simple camiseta de tirantes y unas bragas.

—¿Te has enfadado conmigo? —pregunté acercándome a él muy despacio.

Él también se acercó a mí. Cuando estábamos a la misma altura, me acarició el rostro con dulzura haciendo que sintiera un escalofrío de placer.

—Contigo no.

—Entonces, ¿por qué saliste de la habitación de esa manera?

—No quería pegar a un hombre inconsciente, no es mi estilo.

Por si tenía alguna duda, Hans había visto cómo Álvaro me besaba en contra de mi voluntad.

—Pero cuando se recupere lo haré —añadió.

—¿Qué? —exclamé preocupada—. No, Hans, no lo hagas, por favor.

—No vas a poder impedírmelo, Val. Es lo justo, te ha besado a la fuerza, te ha agarrado de la muñeca —y acto seguido tomó mi muñeca entre sus manos—, ¿ves?, todavía tienes la marca. Supongo que, como eres una sanadora, mañana habrá desaparecido, pero me da igual. No pienso permitir que te trate de esa manera.

—Estaba inconsciente, Hans.

Se rio.

—¡Menuda excusa!

—No quiero que le pegues por una razón, no quiero que sepa lo que ha hecho y lo que ha dicho —me miró extrañado—. No sé si llegaste a oír lo que susurró antes de besarme.

Negó con la cabeza.

—El..., parece que siente algo por mí, pero yo no lo sabía y sigo sin saberlo, ¿de acuerdo? Por eso no quiero que le comentes nada de lo que ha pasado esta mañana. Si lo haces, tanto él como yo nos sentiremos incómodos, y ahora vamos a ser hermanos. En unos días estaremos casados y se olvidará de mí.

Introduje dos dedos en el borde de la toalla, quería dejar de hablar de Álvaro y que me hiciera el amor.

—Qué te dijo —pero no lo hizo en tono de pregunta, sino más bien era una orden.

—Eso da igual, Hans. ¿Me prometes que lo olvidarás? Por favor, no merece la pena.

—Lo intentaré, Val, pero lo hago porque me estás distrayendo... —

me clavó una mirada lobuna al mismo tiempo que me quitaba uno de los tirantes de la camiseta.

Mi mano derecha captó su excitación a través de la tela de la toalla y rápidamente me deshice de ella, que cayó al suelo echa un revoltijo. Sentí un cosquilleo en el estómago y me alegré de que, por lo menos Hans, se acordara siempre del pequeño detalle de poder hacer el amor a solas, sin que ninguna criatura de la familia pudiera escucharnos; aunque para eso tuviéramos que hablar de vez en cuando, era la única forma de que funcionara.

—Oh, Val, eres preciosa.

Cuando estaba a punto de dormirme sobre el pecho de Hans, su fuerte y masculina voz me desveló.

—Lo había olvidado, Val, me crucé con tu abuela en el pasillo cuando venía hacia aquí. Me pidió que te dijera que quiere hablar contigo, que estará en la biblioteca esperándote.

—¿Mi abuela te ha hablado? —pregunté incorporándome bruscamente, el sueño que sentía de pronto se había esfumado.

Aquello eran grandes noticias.

—Eso parece, pensaba que estaba soñando cuando me miró a los ojos. Era la primera vez que lo hacía. Deberías ir a ver qué es lo que quiere.

—Ha estado sin hablarnos durante... ¿dos semanas?, podrá esperar un rato a que durmamos, esta noche apenas hemos pegado ojo.

—Muy bien, *my kitten*, lo que tú quieras —dijo bostezando y acto seguido cerró los ojos.

Después de pasar un rato dando vueltas en la cama sin dejar de



preguntarme qué querría mi abuela, decidí que sería mejor averiguarlo y dejar la siesta para más tarde. Me puse unos vaqueros y una camiseta y salí de puntillas de la habitación, Hans dormía plácidamente agarrado a mi almohada. La había intercambiado por mí para que no se despertara. Hice una parada en el dormitorio de Álvaro.

—¿Cómo está, mamá?

—Igual, se ha despertado para ir al baño y casi se desmaya por el camino. Ahora está otra vez inconsciente, tiene mucha fiebre.

—Pero si se ha despertado es algo positivo, ¿no? ¿Ha preguntado algo?

—No, pero se pensaba que yo eras tú, estaba muy confundido.

Tuve que reírme, cada vez tenía más claro que el pobre no sabía lo que hacía cuando me había besado.

—Sí que lo está, demasiado. Voy a hablar con Irina, parece que quiere hablar conmigo. ¿Tú sabes algo?

—Eh, no, ni idea.

Mi madre era malísima mintiendo, ¿qué estarían tramando mis padres? ¿Habría hablado mi padre con mi abuela? Cuando abrí la puerta de la biblioteca, un olor a papel viejo me envolvió. Mi abuela no estaba leyendo como había pensado, sino de pie, contemplando el jardín mientras me esperaba, sabía que vendría. Estaba muy elegante, con un vestido largo de color azul del mismo tono que sus ojos, iluminada por los rayos de sol que entraban por la ventana.

—Gracias por venir, Val.

Me senté sobre un banco que había bajo una de las ventanas sin decir

ni una palabra, todavía no había olvidado lo grosera que había sido con mi novio.

—He pensado que, como no tienes vestido de novia, quizá te gustaría llevar el mío. Es muy sencillo y creo que te quedará bien, si te gusta claro — se había girado para mirarme.

¿Era su forma de aceptar mi boda con Hans? ¿De aceptar a Hans en la familia? Había quedado con mi madre en ir esa misma tarde a comprar mi vestido de novia, sin embargo, con Álvaro tan enfermo, no me veía capaz de ir de compras.

—Te lo he traído por si acaso querías echarle un vistazo, está en perfecto estado —dijo señalando una caja que había sobre la mesa.

Por un momento quise rechazar su oferta y salir de la biblioteca sin haber abierto aquella caja, sin embargo, la curiosidad pudo conmigo. La caja parecía antigua y un dibujo de flores la recorría de arriba abajo. La abrí temerosa de encontrar un horrible y anticuado vestido lleno de encajes entre aquel aroma a naftalina; sin embargo, al desplegarlo, solté un «¡vaya!» de absoluta admiración. Jamás hubiera encontrado un vestido tan bonito en una tienda ni aunque hubiéramos recorrido mil establecimientos. Aquel sería el vestido que hubiera soñado de haber tenido tiempo para pensar en ello: estilo imperio de cintura alta sin ningún adorno a excepción de un lazo fino de seda azul rodeando el pecho, que caía con gracia hacia abajo al igual que la falda. Era extremadamente sencillo, pero a la vez sumamente elegante.

—Oh, es precioso, abuela.

Sonrió complacida.

—No creo que pudiera encontrar uno tan bonito como este en ninguna tienda —añadí.

—Creo que te quedará perfecto, debes tener la misma talla que yo cuando tenía tu edad —dijo observando mi cuerpo—. ¿Vas a ponértelo entonces?

—Sí, por supuesto que sí. Será un honor ponerme tu vestido.

—No sabes cuánto me alegra, será la segunda vez que se usa en la historia.

—El vestido es muy antiguo y sin embargo..., ¿de qué año es?

Mi abuela me miró con cautela, suponía que no estaba segura de si yo estaba al tanto de cómo envejecían los gatos.

—Si mi padre nació en 1905..., entonces este vestido debe ser unos años anterior —comenté algo traviesa.

Mi abuela sonrió.

—Oh, de modo que por fin tu padre se ha decidido a contarte el secreto de los gatos. Sí, es un poco antiguo, de 1903, pero te aseguro que para esa época era muy moderno. Las mujeres iban tapadas de arriba abajo.

Me reí.

—Pero tú eras algo diferente, por no decir rebelde, ¿verdad abuela?

—Sí, igual que tú.

—Gracias abuela, gracias por aceptar a Hans.

—No te equivoques niña..., que te deje mi vestido no significa que lo acepte —repuso algo seria, pero con una sonrisa ladeada en sus labios.

Era muy testaruda y jamás lo reconocería, pero en mi fuero interno sabía que con el gesto de dejarme su vestido de novia estaba aceptando irrevocablemente mi boda con Hans, vaya que sí. Después de todo no me arrepentía de haber pospuesto mi siesta. ¿Y ahora dónde guardaba el vestido

para que Hans no pudiera encontrarlo? Aquel olor a naftalina era muy intenso.

    Mi abuela se encaminó hacia la puerta, pero antes de abrirla, se giró hacia mí.

    —Será mejor que me dejes el vestido, le pediré a François que lo lave, no queremos que huelga así el día de tu boda.

## **-12. Émile. La tienda de perfumes.**

*París, abril 1910*

Caminábamos por París, Irina iba delante de mí con Eugène de la mano. Todavía no podía creer que el menor de mis hijos tuviera ya cinco años. A esas alturas sabía que Irina no había tenido partos normales por mi culpa, y lo sabía por la simple razón de que Edmund, el único de mis hijos que no era realmente mío, había nacido sin ninguna complicación, y sin embargo para ver nacer al resto de mis hijos había tenido que someter a Irina a una operación tras otra, con el peligro y dolor que ello conllevaba. Todo se debía a mi tamaño, era demasiado alto y mis hijos lo eran también, demasiado grandes para nacer de un modo natural. Como no pensaba volver a pasar por el trauma de poder perder a mi mujer, cuando me enteré de que Irina estaba embarazada de Eugène, se me pasó por la cabeza una posible opción para evitar perderla.

Sin embargo, para lo que no estaba preparado, era para la reacción de Irina cuando, un mes después de haber nacido Eugène, le confesé que ya no tendría que volver a preocuparse por los anticonceptivos.

—*Mmm*, qué bien hueles —dije besándola en el cuello.

Eugène dormía como un bendito después de haber comido. Era tan bueno como lo había sido Helena cuando era un bebé. Irina se había recuperado más rápido todavía de la cesárea que la última vez. Estaba realmente sorprendido de tener una mujer tan fuerte y tan sana, capaz de sobrevivir a una operación tan compleja. Estaba seguro de que su condición de gata había sido decisiva.

Como médico, sabía que ya estaba preparada para volver a retomar su

vida sexual conmigo, lo que no sabía era si ella pensaba lo mismo. Su olor me estaba enloqueciendo, seguía deseándola y amándola como el primer día. Mi mano actuó más rápido que mi mente, deslizándose por el muslo de mi mujer apreciando a su paso la extrema suavidad de su piel.

—Émile..., detente.

No podía hacerme eso, estaba desesperado.

—Te deseo, pero me da miedo volver a tener un hijo, todas las precauciones que hemos tomado no han servido de nada.

—Bueno, han servido para que tuvieras un descanso de un año entre los mellizos y Eugène.

—¡Pues menuda tregua!

—Irina... — le acaricié su precioso cutis antes de confesarle lo que había hecho sin su consentimiento—. Ya no tendrás que preocuparte más por eso, lo he solucionado para siempre.

Me miró extrañada.

—El día que saqué a Eugène, aproveché que te había abierto para ligarte las trompas.

—¿De qué me estás hablando, Émile?

—He seccionado y ligado las trompas de Falopio, de esa manera los ovarios no podrán comunicarse con el útero, por lo que la fecundación es imposible.

—No entiendo nada, Émile, deja de hablarme como si entendiera tus términos médicos.

—Ya que no tuve más remedio que hacerte otra operación para sacarte al niño, te he practicado el método anticonceptivo más infalible que

existe, ya no podrás quedarte embarazada nunca más.

Apartó la mirada de mí y se levantó de la cama ¿enfurecida? Se plantó frente a la ventana.

—¿No estás contenta, Irina? —pregunté preocupado.

—No lo sé, Émile.

—Tú me dijiste en una ocasión que no querías tener más hijos.

—Lo sé, pero ahora hemos tenido a Eugène y estoy feliz de haberlo tenido.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué había hecho? ¿Por qué había tomado una decisión tan importante por mi cuenta sin contar con ella? Estaba tan sumamente convencido de que estaría encantada con la idea, que estaba incluso ilusionado por contárselo, pero en ese momento me daba cuenta de que estaba completamente equivocado. Tendría que habérselo contado, aunque en realidad no tomé la decisión hasta que comprendí que tendría que volver a practicarle una operación, y eso había sido en el último momento, cuando después de veinticuatro horas de contracciones, supe que ni Irina ni el feto podrían soportarlo más.

—No es lo mismo pensar que no quiero tener hijos por ahora, que no tenerlos nunca más. Todavía soy joven.

En realidad era una niña, tan solo tenía veintidós años.

—¿Por qué no me lo dijiste, Émile? —me espetó.

—Lo siento mi amor, pensé que estaba haciendo lo correcto.

Irina abrió la ventana de par en par y se subió al tejado. Definitivamente había cometido un terrible error. Unos minutos después, decidí salir para contarle la verdad, sería mejor ser completamente sincero, si

no, no entendería la razón que me llevó a tomar una decisión tan complicada y extrema.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —me advirtió sin siquiera mirarme.

Me senté sobre el tejado, aunque a una distancia de seguridad, Irina enojada era peligrosa, no sería la primera vez que me arañaba.

—Irina..., no he sido totalmente sincero contigo —confesé sin dejar de observar su bonito perfil.

Irina cerró los ojos por unos segundos y después me miró, como esperando que continuara.

—Es cierto que pensaba que tú no querías tener más hijos, pero esa no es la razón principal por la que te he ligado las trompas —tragué saliva antes de continuar—, lo hice porque no quiero volver a sufrir por tu vida. No podría pasar por lo mismo una vez más; ya pensaba que no podría hacerlo con Eugène, y lo hice, y tú lo hiciste, te has recuperado sin una infección, sin ningún problema pero, sinceramente, no pienso volver a poner en peligro tu vida. Puedes dejar de hablarme, incluso puedes tomar un tren ahora mismo e irte a París, como hiciste cuando tuviste a los gemelos, lejos de mí. Incluso preferiría que me abandonaras..., cualquier cosa antes de verte morir en mis brazos.

Irina sabía que había desnudado mi alma, me conocía demasiado bien. Después de unos minutos, me clavó una mirada indescifrable, era un auténtico fastidio no poder leerle la mente.

—¿Sabes? No me había parado a pensar en lo mal que lo has tenido que pasar al practicarme tú mismo la operación, teniendo que asumir la responsabilidad de sacarnos a todos con vida. No solo eres mi marido y el padre de los niños, sino nuestro médico. Ahora te entiendo, entiendo lo que



has hecho y no te lo reprocho, Émile. En realidad, seguramente es más seguro haber tomado precauciones definitivas. Tenemos cuatro hijos, vivos y tan sanos como auténticos gatos. —No sabía si, como respuesta a las últimas palabras de Irina, pero se podía oír cómo Claude lloraba en el cuarto de al lado, me tocaría ir a ver qué le pasaba—. Creo que ya tenemos suficiente.

Irina se levantó y me tendió la mano. Cuando me puse de pie, se abrazó a mí.

—Voy a ver qué le pasa a Claude y vuelvo enseguida, creo que estoy lista para probar este método anticonceptivo que me has practicado. ¿Te gustaría probarlo?

Me reí.

—Siempre y cuando no denuncies a tu médico si no funciona. Yo iré a ver a Claude, tú vete quitándote la ropa —le dije besándola en los labios.

Dejé de pensar en el pasado cuando Irina se paró delante de un edificio.

—Recuérdame por qué razón hemos traído a Eugène —le espeté.

—Ya te lo dije, nuestro hijo pequeño tiene mente para los negocios y he pensado que quizá podría ayudarme a encontrar un local para poner la tienda de perfumes.

—¡Si solo tiene cinco años!

—¿Y? Sé de lo que son capaces nuestros hijos.

Solté una carcajada irónica, pero después de la mirada fulminante de Irina, decidí permanecer calladito.

—Llevamos todo el día dando vueltas por París y todavía nuestro hijo

no ha hecho ningún comentario sobre cuál es el mejor local —repuse con ironía para después ponerme de cuclillas delante de Eugène—. ¿Qué te parece este local? ¿Es el que está buscando tu madre?

Le señalé el local en el que se había parado Irina.

—No —dijo tajante y siguió caminando.

—¿Ves? Este no es. Confía un poco en tu hijo y en mí.

—No niego que puede que Eugène, cuando sea mayor, tenga olfato para los negocios, pero tan solo tiene cinco años, Irina. ¿Cómo va a saber él cuál es el mejor local?

Irina resopló pero no me contestó.

—Mamá —dijo Eugène tirando del vestido de su madre unos segundos después—. Este, mamá.

Eugène estaba señalando un local que, por lo que parecía, estaba en venta. Que yo supiera, mi hijo no sabía leer todavía, con lo que me pareció extraño que hubiera señalando justo ese pequeño edificio donde ponía “en venta”. Irina me sonrió traviesa, como para demostrarme que ella había tenido razón desde el principio.

Ya que el peso de toda la responsabilidad iba a recaer sobre los hombros de mi hijo de cinco años, por lo menos había que formular correctamente la pregunta.

—Eugène... ¿estás seguro de que este es el mejor local para poner la tienda de perfumes de mamá?

—Sí —contestó con seguridad.

—Irina, este local no está en el centro —comencé a protestar, pero lo di por imposible, ella iba a hacer caso a Eugène pasara lo que pasara.

—¿Qué negativo eres, Émile! ¿No tenías que irte a una conferencia sobre no sé qué historia médica?

—Es cierto —miré mi reloj de bolsillo para comprobar que ella tenía razón—, tengo que irme Irina, pero antes os acerco al hotel.

No me convencía demasiado el barrio donde nos encontrábamos, y en un rato iba a anochecer.

—No, necesito localizar al propietario de este local.

—No me gustaría que estuvieras aquí cuando anochezca —comenté mirando a mi alrededor.

—Me iré antes de eso, no te preocupes.

—De acuerdo, pero llama un coche, es tarde y el hotel está lejos de aquí —dije y después la besé y le revolví el pelo a mi hijo pequeño—. Cuida de mamá, ¿de acuerdo? —A lo que Eugène asintió.

\*\*\*\*\*

Cuando Émile ya se había alejado, Irina se preguntó cómo podría encontrar al propietario del local y, justo en ese momento, se fijó en una mujer que llevaba una bolsa en la mano.

—¿Señora! Disculpe que la moleste —se acercó a ella—, ¿conoce usted por casualidad al propietario del local en venta? —preguntó señalando el edificio contiguo.

A aquella mujer menuda se le iluminó la cara al escucharla.

—Sí, señora. ¿Quiere hablar con él?

—Sí, si pudiera decirme dónde puedo encontrarlo.

—Por supuesto señora, venga conmigo por favor.

Irina sonrió feliz por haber solucionado el asunto tan rápido y siguió a aquella sencilla y recatada mujer dentro de una casa, a su lado parecía de la alta sociedad.

—¡Qué niño más guapo! Tiene unos ojos azules asombrosos. ¿Es su hijo? —le preguntó.

—Sí, muchas gracias, se llama Eugène.

—Eugène, tienes un nombre muy bonito —le dijo mientras los conducía a una salita que estaba junto a la escalera—. ¿Te gustaría tomar un chocolate caliente?

Eugène asintió sin mucha emoción. Irina sonrió, su hijo era muy especial; era observador, silencioso, no demasiado expresivo, todo lo contrario de su hermano Claude. A pesar de ser el pequeño, con él era fácil hacer cualquier gestión, nunca alborotaba, al revés que sus hermanos.

Mientras esperaban, Irina, sin apenas ser consciente de ello, aspiró el aroma del ambiente; a juzgar por los olores, estaba en una casa de humanos normales y corrientes. Quería zanjar el asunto y marcharse lo antes posible, por alguna razón Émile se había mostrado intranquilo por dejarla allí cuando estaba a punto de anochecer. Irina no era asustadiza, pero era cierto que no se movía con tanta soltura por París como por el campo o la montaña. En la naturaleza no se perdía con facilidad y se sentía más segura rodeada de árboles que de edificios.

Unos minutos después, oyó ruido a su espalda y se volvió hacia la puerta para contemplar algo que hizo que sintiera un escalofrío de miedo al darse cuenta de lo lejos que estaba su marido en esos momentos.

—¡Querida señora Declerq! No puedo creer que haya venido a visitarme.

Hacía siglos que nadie la llamaba así, porque hacía años que ese apellido había quedado relegado al olvido, precisamente por culpa del propietario de esa voz. No pudo evitar recordar esa noche tan lejana en la que Émile apareció en su casa de Lille lleno de golpes y con varias costillas rotas. Todo había sido obra de ese hombre y de sus matones.

—¡Profesor Miró! Es un placer volver a verle —le siguió la corriente —, pero me temo que no he venido a visitarle, desconocía que esta fuera su casa.

«De haberlo sabido, jamás habría entrado», pensó Irina.

\*\*\*\*\*

La conferencia no fue tan buena como había pensado, pero por suerte no duró tanto como me temía. En cuanto la gente comenzó a salir de la sala, me apresuré hacia la puerta intentando pasar desapercibido, por nada del mundo quería encontrarme con nadie conocido y mucho menos con el profesor Miró. No sería imposible que le viera por la universidad, al fin y al cabo él era un prestigioso miembro del cuerpo docente.

—¡Émile Declerq! ¡Émile!

Oh, demonios, mi antiguo compañero y amigo de la universidad me había localizado. ¿Por qué tenía que gritar mi antiguo y olvidado nombre a los cuatro vientos? Comenzaba a darme cuenta de que había sido una malísima idea acudir a aquella conferencia.

—¡Charles! ¡Cuánto tiempo!

Nos dimos un fuerte abrazo y después mi antiguo amigo se quedó contemplándome perplejo.

—¡Estás estupendo, Émile! ¿Has descubierto algún medicamento para

rejuvenecer? Pareces varios años más joven que la última vez que te vi.

—Sí, existe una medicina y se llama amor —me acerqué a su oído, no quería que nadie nos escuchara y se sintiera escandalizado—, mezclado con mucho sexo.

Mi amigo rio, pero enseguida me arrepentí de lo ruidoso que estaba resultando.

—Espero que vivas por aquí cerca, me gustaría que tu mujer se hiciera amiga de la mía. Recuerdo a tu mujer del día de la boda... ¡qué mujer, Émile! Tú sí que has sabido elegir bien.

—Lo sé.

—¿Sigues trabajando en aquel laboratorio?

No le podía contar mi vida y menos rodeados de tanta gente y tantos posibles oídos, de modo que asentí sin darle más explicaciones.

—¿Sabes si el profesor Miró está aquí? —pregunté con curiosidad.

—Oh, no, ha desaparecido del mapa. Dejó la docencia hace unos años, no sé la razón, porque era un magnífico profesor y muy buen científico.

—Oh, interesante. Bueno, Charles, tengo que dejarte, tengo algo de prisa.

—Espero verte pronto, Émile. Ven a verme, vivo donde siempre.

—Lo haré en cuanto pueda. Un placer haberte podido saludar. Hasta la vista.

Por alguna razón, me sentía intranquilo y quería llegar al hotel lo antes posible para comprobar que aquel estado de ansiedad se debía nada más que a mi imaginación. Lo más probable era que Irina estuviera ya en el hotel cómodamente instalada con nuestro hijo. Sin embargo, no podía ignorar

aquella alarma que sonaba en mi cabeza y que me obligó a correr por las calles de París como un auténtico poseso haciendo que la poca gente con la que me cruzaba me mirara extrañada por el ritmo que llevaba. En apenas cinco minutos estaba en la puerta del hotel; sin embargo, cuando entré en la habitación, se me cayó el alma al suelo, no había ni rastro de mi familia. Bajé corriendo hasta la recepción.

—Buenas noches, ¿la señora Chatte no ha vuelto?

—Oh, no señor, todavía no ha vuelto.

Un sudor frío me recorrió parte del cuerpo. En ese momento lo más rápido sería tomar un coche para volver al punto donde la había dejado por la tarde. Era lo único que se me ocurría para poder rastrearla. Cuando por fin llegué, el corazón se me salía por la boca, sabía que algo no iba bien y había sido un estúpido por dejar a Irina y a Eugène solos. ¡Como le hubiera pasado algo a alguno de los dos, me moriría! Sentía la boca cada vez más seca, no conseguía encontrar su rastro. Quizá estaba demasiado nervioso, debía tranquilizarme, de ese modo no sería de utilidad a mi familia. De modo que volví a intentarlo, inspiré el aire y aquella vez por fin encontré el rastro. Lo seguí hasta la casa vecina. Definitivamente había entrado en esa casa y, lo más extraño, era que no había vuelto a salir, no sabía si eso era una buena o mala señal.

Si tenían a Irina en esa casa en contra de su voluntad llamar al timbre no sería lo más adecuado. Escudriñé el lugar en busca de posibles testigos y, al descubrir que estaba completamente solo en medio de la calle, me lancé sobre la fachada trepando hasta alcanzar la única ventana que estaba abierta. En cuanto puse mis sigilosos pies sobre el suelo, me relajé un poco al detectar el olor de los dos, aunque solo en parte, hasta que no los viera con mis propios ojos, no respiraría tranquilo. Bajé la escalera con cautela. Mi olfato

me decía que había una mujer humana en la cocina, la cual hacía mucho ruido con los platos y las cacerolas. Me apoyé en la pared y esperé, alguien estaba hablando y su voz me resultaba muy familiar.

—Señora Declerq..., creo que su marido ha venido a buscarla.

Se me heló la sangre al reconocer por fin aquel timbre de voz. Irrumpí en el salón sin pensarlo dos veces. Ese desgraciado había raptado a mi mujer, por esa razón no había podido llegar hasta el hotel.

—¡Profesor Miró! ¡Cómo se atreve a retener a mi mujer! —dije poniéndome delante de él y observándole desde arriba con la autoridad que me concedía mi gran altura.

—¿Retenerla? No, querido amigo, yo...

—¡Yo no soy tu amigo! Quizá hayas olvidado la última vez que nos vimos —comenté con sarcasmo.

—Tu mujer pretendía volver al hotel cuando ya estaba oscuro, pero no me pareció buena idea. Le propuse que diera de cenar a vuestro hijo — hizo un ademán para que me fijara en Eugène, plácidamente dormido encima de su madre— y esperara a que vinieras a recogerla, sabía que volverías a buscarla.

—¡Por supuesto! Y nos vamos inmediatamente.

En ese instante me fijé en un detalle que había pasado por alto: Irina permanecía cómodamente sentada en el sofá en absoluto asustada, incluso podría decirse que estaba relajada, y en cuanto al profesor, sentado frente a ella, no parecía demasiado intimidante. A decir verdad, parecía una escena de lo más normal, como si estuviera visitando a un antiguo amigo, y para colmo la chimenea encendida le daba al ambiente un aspecto de perfecta normalidad humana. Quizá había conseguido engañar a Irina, pero a mí no conseguiría



embaucarme, ese hombre era peligroso.

—Émile..., no te precipites, necesito hablar contigo, ya le he contado a tu mujer...

—¡No pienso hablar contigo! —grité y después me dirigí a mi mujer —. Irina, nos vamos.

Sin embargo, Irina no movió ni un solo músculo para obedecerme. ¿La habría hipnotizado? Algo no cuadraba en aquella situación.

—Émile..., escúchalo, el profesor tiene algo que decirte —insistió Irina.

Suspiré derrotado haciendo un ademán al profesor con la mano para que procediera.

—¿No te sientas? —me preguntó el profesor.

Negué con la cabeza. Sabía lo que pretendía, que me relajara como había hecho Irina y que bajara la guardia, pero conmigo no iba a funcionar.

—Entiendo que estés reticente a hablar conmigo, pero todo tiene una explicación. Aquel día yo tenía miedo de que pudieras difundir tus descubrimientos y era sumamente peligroso que lo hicieras.

—Claro, por eso intentaste matarme.

—¡No pensaba matarte, Émile! Solo asustarte. No voy a negar que estos últimos años he estado buscándote, aunque sin resultado —sonreí al escuchar eso—. Ahora sé que no tenías ni tienes intención de publicar tus descubrimientos, y por eso ahora estoy seguro de que no eres peligroso.

—¿Peligroso yo? Creo que te equivocas, el peligroso eres tú.

—Me refiero a que publicar lo que sabes puede ser muy peligroso. Tú no lo entiendes, Émile, pero ellos son...

—¿Ellos? —pregunté extrañado.

—Sí, ellos, los perros.

—¿Los perros? ¿Es que hay perros además de gatos?

Me miró muy confundido.

—Por supuesto, ¿nunca habéis visto un perro?

Irina y yo negamos con la cabeza.

—¿Pero dónde vivís? Hay perros igual que hay gatos. Quizá no os hayáis fijado, pero los hay a montones, por lo menos en París.

—¿Y tú qué eres exactamente, profesor?

—No me llames profesor, Émile, ya no lo soy.

—Para mí lo sigues siendo...

—Soy un híbrido, hijo de una gata y un humano. Tengo muchas habilidades de los gatos, pero nadie sabe que soy una criatura. Es bastante útil.

En ese momento entendí por qué razón nunca había podido olerlo. Aunque tampoco podía oír sus pensamientos, y eso era extraño.

—¿Y qué pasa con esos perros?

—Verás, estoy seguro de que has seguido investigando por tu cuenta, no lo niegues, te conozco. A estas alturas ya conocerás nuestro secreto.

¿Es que él sabía lo de nuestra longevidad? No asentí, no pensaba confesarle que estaba al tanto, todavía no, que siguiera hablando.

—Émile, lo sé, o lo sospecho, sobre todo por mi edad.

—¿Cuántos años tienes?

—Muchos, muchos más de los humanamente posibles, y tengo aspecto de tener cincuenta años, ¿no es cierto?

Irina asintió.

—Por esa razón abrí el laboratorio, para investigar sobre ello, sobre lo que somos, pero llevaba años sin haber conseguido averiguar ni una mínima parte de lo que conseguiste descubrir tú, Émile. Un mes antes de verte en París y ofrecerte el trabajo en el laboratorio, esos perros me hicieron una visita. Ellos sabían que yo era un buen científico y que tenía un laboratorio propio, sabían demasiadas cosas sobre mí. Me contrataron para que investigara sobre los gatos, sin saber lógicamente que yo era uno de ellos, y pensé que no estaría mal que me pagaran por algo que iba a hacer de igual manera, ¿no crees?

—Eres un falso, profesor —comenté indignado ante lo que nos estaba contando.

—Confieso que no actué bien, pero deja que continúe. Estoy siendo completamente sincero, seguramente te hayas dado cuenta ya. Poco después de esa visita, tú volviste a París por la muerte de tu madre y me di cuenta de que te habías convertido en un gato. ¿Cómo te convertiste? Bueno, ya me lo contarás después. El saber que eras un gato me vino como anillo al dedo, porque en el fondo sabía que tú eras el indicado para continuar la investigación, lo harías mucho mejor que yo y además, lo más importante, sabía que tú investigarías por tu cuenta aunque no te lo pidiera. Te conocía Émile, sabía que lo acabarías haciendo.

—Pero hay algo que no acabo de comprender; si tú querías que yo investigara, ¿por qué querías destruir las pruebas?

—Porque cambié de idea. Aquellos perros cada vez estaban más nerviosos y exigentes, y llegó un momento en el que perdieron los papeles

para presionarme.

El profesor se levantó y se acercó al marco de la puerta.

—¡Mathilde! ¿Puedes venir un momento, querida?

Una señora algo tímida, delgada, de unos cincuenta años, entró en el salón. Por su pensamiento supe que ellos dos mantenían una relación.

—Siento tener que pedírtelo querida, pero... ¿podrías contarles a los señores Declercq lo que te hicieron esos perros?

—Sí, por supuesto —se sentó tímidamente sobre el sofá junto al profesor con la espalda completamente erguida—. Aquel día estaba paseando por los Campos Elíseos; estaba anocheciendo cuando dos hombres se pusieron delante de mí impidiéndome el paso, sus miradas me aterrorizaron, era obvio que no tenían buenas pretensiones. Mi grito no sirvió para nada, y su sonrisa malvada me dio a entender que sabían que en esos momentos estábamos solos y no había nadie que pudiera socorrerme. Uno de ellos me agarró por la espalda con fuerza y extendió mi brazo derecho hacia abajo. No sabía lo que pretendían, pero pensé...; veréis, en esa época había rumores de un grupo de hombres que asaltaban a mujeres y..., las violaban. Pensé que ese día me había tocado a mí, pero no era eso lo que querían. Me mordieron el brazo.

Mathilde se levantó la manga del vestido e Irina no pudo evitar pegar un pequeño grito al ver lo que no había debajo. Le habían arrancado el brazo de cuajo a la altura del codo.

—Los muy cobardes la dejaron en la puerta de mi casa inconsciente y desangrándose. Mathilda era mi asistente, mi ayudante, pero después de eso, después de coserla e intentar que no se muriera de una infección, yo...

No hacía falta ni que lo explicaran, ni que escuchara el pensamiento

del profesor, que por otro lado era inaccesible: se enamoró de ella. Por cómo se miraban era evidente lo que sentían el uno por el otro.

—Después de eso fui a buscarte a Lille, no quería que te pasara lo mismo que a mí, de modo que te asusté para que te fueras. No pensaba matarte, Émile, solo quería que te marcharas y dejaras de investigar. Ahora veo que conseguí lo primero pero no lo segundo.

—¿Entonces ahora no quieres que los perros conozcan nuestro secreto?

—No, porque me di cuenta de lo que harían después de que descubrieran nuestra naturaleza, lo vi muy claro. Nos estudiarían al milímetro, nos harían millones de pruebas, y después de eso querrían que descubriéramos para ellos cuál es la fórmula de la longevidad. Ellos quieren serlo también. Tú y yo somos lo que ellos ansían tener en su poder.

Le miré extrañado.

—Somos la combinación perfecta, gatos y científicos. Has hecho muy bien en desaparecer del mapa, Émile, y no deberías haber ido a esa conferencia.

¿Cómo sabía que había estado en la conferencia?

—Oh..., Irina te lo ha contado.

—Sí, por eso he preferido que Irina no se marchara de aquí, por si acaso alguien te seguía hasta el hotel.

—¿Crees que me han seguido?

¿Cómo no lo había pensado antes? En ese instante caí en la cuenta de que, gracias a mi querido amigo Charles, si alguien hubiera estado pendiente de las conversaciones a la salida de la conferencia habrían oído mi antiguo

nombre, que trabajaba en un laboratorio y que había preguntado por el profesor Miró. Tres errores muy graves.

—No lo sé, pero es posible. Una conferencia médica es justo el lugar al que irían esos perros en busca de alguien como nosotros.

—Pero habrá muchos gatos científicos.

—No abundan, Émile, y menos tan buenos como tú.

Irina me miró con la preocupación marcada en su rostro. Me senté junto a ella y tomé sus manos entre las mías.

—No te preocupes, no pasará nada, y mañana estaremos lejos de aquí.

—Señores Declerq... —comenzó a decir Mathilda.

—No nos llames así Mathilda —dijo Irina—, llámanos Irina y Émile.

—De acuerdo, es la costumbre. He preparado cena para todos. Sería un placer que nos acompañarais, no solemos tener visita.

Parecía realmente contenta de tener gente a la que alimentar y asistir.

—Por supuesto, será un placer —comentó Irina.

Irina me miró de reojo para saber si estaba de acuerdo, lo estaba. Mi percepción del mundo y mi opinión sobre el profesor había cambiado por completo. En realidad me había salvado la vida, y yo pensando que era mi enemigo.

—Louis, será mejor que traslademos al niño a una cama —sugirió Mathilda—, estará más cómodo mientras cenamos.

—Yo lo haré —dije levantándome presuroso tomando a Eugène entre mis brazos.

Estaba completamente dormido, ajeno a la realidad y a los supuestos

peligros que nos rodeaban. A veces me gustaría volver a ser niño para no tener que temer por la vida de mis seres queridos. Mientras le llevaba al dormitorio que me había indicado Mathilda, me pregunté si mis otros hijos estarían bien, pero en realidad no había por qué preocuparse, nadie sabía nuestro nuevo apellido ni dónde vivíamos, y François estaría cuidando de ellos.

Después de cenar volví al hotel donde nos habíamos alojado. Entre la insistencia de nuestro anfitriones para que nos quedáramos a dormir, que no queríamos despertar a Eugène y que el profesor nos había propuesto preparar el contrato de compra-venta de su local antes de que nos fuéramos por la mañana, habíamos decidido quedarnos a pasar la noche en su casa. El profesor nos había ofrecido el local a muy buen precio y había decidido que no me interpondría en la intención de mi mujer de abrir una perfumería y, si Eugène pensaba que ese era un buen local, lo más probable era que lo fuera.

Mi intención era recoger nuestras cosas y pagar la habitación, sin embargo había una sorpresa esperándome. La habitación estaba revuelta, todas nuestras pertenencias esparcidas, el libro de *la odisea* que siempre nos acompañaba estaba abierto en el suelo. Por suerte, no había sufrido ningún daño, si no Irina se disgustaría mucho. Lo peor de todo fue ser consciente del olor que lo cubría todo, olor a perro. El profesor tenía razón, existían los perros, lo curioso era que no había sido consciente de ello hasta ese día. Imaginé que habrían seguido mi rastro hasta la habitación del hotel y la habrían registrado mientras estaba en casa del profesor. Me alegré enormemente de que el profesor no le hubiera permitido a Irina ir al hotel, si no a estas alturas podrían tener a mi mujer y a mi hijo en su poder para obligarme a trabajar para ellos.

Después de aquella fatídica pero esclarecedora noche tenía algunas cosas muy claras: esos perros sabían que Émile Declerq era un gato científico

y conocían mi olor, el de mi mujer y el de mi hijo pequeño, pero por suerte no sabían nada más sobre el resto de mi familia, ni nuestro nuevo apellido; y lo más importante, desconocían dónde vivíamos. Por ello el mundo de las conferencias médicas había tocado a su fin, nunca más volvería a pisar un congreso médico.

No le comenté nada a Irina sobre el revuelo del hotel cuando me metí en la cama junto a ella, estaba completamente dormida. La abracé y miré hacia Eugène, dormido en la cama de al lado. Esa noche no pensaba dormir, me quedaría de guardia, no me sentía seguro en esa ciudad, tan solo dormiría tranquilo cuando llegáramos a Digné.

En mitad de la noche Irina comenzó a agitarse en sueños; por suerte, como me había prometido a mí mismo, estaba despierto, de modo que, intentando reconfortarla de la pesadilla que sin duda estaba teniendo, la besé, la acaricié; sin embargo, mis intentos eran en vano, y cada vez iba a peor, había comenzado a sudar, incluso a gritar. Finalmente la desperté, no quería que siguiera sufriendo de ese modo.

—Irina, mi amor, todo está bien. Solo ha sido un sueño.

Me dedicó una mirada confusa al mismo tiempo que aterrorizada y me abrazó con fuerza.

—No ha sido solo un sueño, Émile. Ha sido una de mis visiones, ya sabes que a veces me visitan por la noche.

Irina tenía una habilidad algo molesta, aunque según ella en ocasiones era muy útil, veía cosas que sucederían en el futuro; sin embargo, desde que sucedió lo de Helena, no le prestaba demasiada atención a sus visiones, había dejado de creer en ellas, o simplemente había dejado de querer creer en ellas.

—¿Qué has visto?



—Ha sido horrible, Émile.

—¿Nos va a pasar algo? —pregunté algo preocupado; aunque no les prestara atención, mi subconsciente sí lo hacía.

—En unos años habrá una gran guerra, una guerra mundial, Émile, y no será la única.

Irina me describió lo que iba a suceder con tanto detalle que se me pusieron los pelos de punta.

—Tenemos que mantener el contacto con el profesor Miró, es muy importante. Él nos ayudará siempre.

—¿El profesor Miró?

—Sí. Durante la segunda guerra estaremos en constante peligro, pero ninguno de vosotros tendrá que luchar en el frente; gracias a los contactos del profesor cooperaréis con la inteligencia francesa, aunque..., en la primera guerra te van a apartar de mi lado, Émile —me miró con los ojos llorosos.

—No, nadie me va a apartar de tu lado, jamás.

—No podrás hacer nada para evitarlo, te llevarán al frente, no a luchar, pero estarás en el campo de batalla. Te he visto curando a los heridos. ¡Te van a alejar de mí!

—Si es cierto lo que dices, no te preocupes Irina, volveré a tu lado, nadie conseguirá separarme de ti, mi amor —dije besándola en la frente.

—Lo sé, pero ¿y si te pasa algo? Me da tanto miedo perderte.

—¿Me has visto en la segunda guerra? En tus visiones, me refiero.

—Sí.

—Entonces no hay de qué preocuparse, todo irá bien —dije atrayéndola hacia mí y abrazándola muy fuerte.



### **-13. Helena. La fiesta de cumpleaños.**

*Digné les Bains, julio 1925*

Dominique estaba escuchando detrás de la puerta de la cocina; en realidad no pretendía espiar, pero cuando se dirigía hacia la cocina había escuchado a Helena y a su madre conversando y se había parado en seco para no interrumpir.

—Mamá, voy a ir al pueblo a comprar algunas cosas para la cena y también a recoger unos carboncillos que he encargado.

—Yo iré a París en unas semanas, te los podría comprar yo —repuso su madre.

—Los necesito ya. Ya sabes que en verano es cuando más dibujo.

—Lo sé. Bueno, compra queso y dile a alguno de tus hermanos que te acompañe si vas a ir caminando.

—¡No hace falta mamá! Puedo ir sola.

—Va a anochecer pronto y no quiero que vayas sola de noche, ya lo sabes.

—Argg, ¡no sé dónde están!, los tres han desaparecido.

—¿Cómo van a desaparecer?

—Te lo prometo, no hay ni rastro de ellos.

Dominique se dio cuenta de que esa era la oportunidad que llevaba días esperando para poder volver a estar a solas con Helena. Llevaba un mes alojado con la familia de su amigo y, aunque por nada del mundo quería volver a su casa, no tendría más remedio que marcharse al día siguiente. Su

padre debía estar enojado con él por haber estado lejos tanto tiempo, pero había merecido la pena, vaya que si había merecido la pena, había conocido a Helena y cada vez estaba más seguro de que ella pertenecía a su futuro.

—Buenos días. —Dominique entró en la cocina pretendiendo que acababa de llegar, aunque ninguna de las dos pareció sorprendida de verle.

—Hola, Dominique —respondió Helena sonriéndole abiertamente.

—No he podido evitar escucharos y..., yo podría acompañar a Helena al pueblo, si le parece bien.

Su madre le miró, como evaluando si sería lo suficientemente fuerte para proteger a su hija.

—Por supuesto, venga vamos —contestó Helena decidida tirando de su camisa y dejando a su madre con la palabra en la boca.

Dominique nunca pensó que se pudiera uno sentir tan sumamente atraído por una mujer y al mismo tiempo estar tan a gusto en su compañía, como si fuera su mejor amiga. Con Helena podía hablar de cualquier cosa, parecía como si ella conociera sus más profundos deseos, sus sueños secretos y escondidos durante años, jamás le había pasado algo semejante. Cuando estaba con ella, no le faltaba nada en absoluto, como si con ella pudiera ser feliz en cualquier lugar, en cualquier situación, ya fuera mala o buena.

Su amigo Edmund estaba muy equivocado, podría pasar el resto de su vida junto a su hermana y aún le faltarían días. Desconocía si ella sentiría lo mismo, estaba seguro de que se sentía a gusto con él y tal vez le parecía atractivo, por lo menos las veces que había podido cogerle de la mano cuando no había nadie de su familia a su alrededor (que desgraciadamente eran muy pocas veces) no la había soltado. Tenía las manos frías, como si necesitara una mano cálida y grande como la suya. Ojalá sintiera algo por él, aunque

todavía no estaba seguro.

—Es posible que caiga una tormenta —comentó Helena.

Quizá tuviera razón, el color casi morado oscuro del cielo y el olor a humedad así lo indicaban.

Dominique no pudo evitar mirar hacia atrás para corroborar que nadie les seguía y sonrió feliz cuando atrapó con suavidad la mano de Helena, le gustaba estar en contacto con ella. A veces sentía la mirada de Edmund clavada en su espalda, no parecía nada contento por el interés que despertaba su hermana en él. Entendía ese sentimiento protector que a veces los hermanos tienen por sus hermanas pequeñas, pero él era su amigo, sabía que no era un libertino, tan solo había estado con dos mujeres en su vida.

Siempre se arrepintió de su primera vez, el día de su decimoctavo cumpleaños, cuando su padre le obligó a visitar un burdel, su primera y última vez. Jamás se sintió tan humillado y desgraciado en toda su vida. Él no quería hacerlo con una de aquellas mujeres, le desagradaba sobremanera que le tocara una mujer que se acostaba con varios hombres diferentes al día. Le dio asco pensar en eso cuando aquella mujer, joven y bonita (eso tenía que reconocerlo), le hizo desnudarse. Se enfadó consigo mismo cuando tomó su miembro entre sus delicadas pero profesionales manos y este se hinchó como un globo. No tuvo más remedio que hacerlo, no porque estuviera disfrutando de aquel acto deshonesto y, por qué no, asqueroso, sino porque su padre no estaría orgulloso de él. Además, su miembro parecía ajeno a sus pensamientos. Después de eso se juró a sí mismo no volver a acostarse con una mujer a menos que sintiera algo por ella.

Unos años después tuvo la suerte o la desgracia de conocer a Joelle, la bibliotecaria de la universidad. Era bonita, delicada y sonriente. No le costó mucho llevársela a la cama, pero cuando lo hizo, por lo menos sentía algo

más que una atracción física. Estuvieron juntos unos meses hasta que Dominique se llevó la gran desilusión de su vida al descubrir que estaba casada. Después de eso no volvió a verla nunca más. Se sentía profundamente defraudado con las mujeres y desde entonces no le había vuelto a interesar ninguna, hasta que vio a Helena.

Ella no era como las demás; era fuerte, valiente, segura de sí misma y salvaje, tan salvaje que a veces pensaba que era un animal más del bosque, que pertenecía a la naturaleza más que a la vida real, pero sus sentimientos por ella eran los más fuertes que había tenido jamás y estaba convencido de que esa vez no se estaba equivocando, era ella. Aun estando bastante seguro de lo que quería en la vida, no estaría de más ponerse a prueba.

—Quería decirte que mañana me iré.

Helena dejó de sonreír y Dominique se preguntó si eso significaría que sentía algo por él. Ojalá fuera así.

—¿Tan pronto? —parecía triste.

Tuvo que reírse.

—¿Tan pronto? Vine para quedarme una semana y llevo un mes entero en tu casa.

—¿No estás a gusto?

—Oh, por supuesto que lo estoy, pero no puedo abusar más de la hospitalidad de tus padres.

—Mis padres estarán encantados de que te quedes más tiempo — aunque no pareció muy convencida.

—No es solo por tus padres, mi familia estará preguntándose por qué no he vuelto ya a casa...

Helena apartó la mirada como enfadada y se soltó de su mano, alejándose a grandes zancadas. ¿Cómo podía caminar tan rápido?

—¡Pues vete! Pero no esperes a mañana, vete ya —exclamó enfadada y Dominique sonrió para sí, esa era una clara prueba de que le correspondía. ¿O no?

En apenas unos segundos la había alcanzado, pero Helena no le estaba mirando a él, sino que miraba al frente como ¿asustada? En cuanto siguió su mirada comprendió la situación, un fuerte y feroz gruñido hizo que Helena pegara un brinco, pero cuando aquel enorme perro echó a correr en su dirección, buscó a Helena para protegerla, sin embargo había desaparecido. ¿Dónde se habría metido?

El perro no debía estar interesado en él, puesto que en el último minuto giró bruscamente hacia la izquierda y se acercó al tronco de un abeto. Se quedó allí gruñendo y ladrando sin dejar de mirar hacia arriba. Al levantar también la vista hacia las alturas, comprendió cuál era el oscuro y feroz deseo de ese perro: Helena.

—¿Cómo has podido subir tan rápido allí arriba? —le preguntó curioso.

—Soy buena trepando, ya lo sabes.

—Ya veo. ¿Te dan miedo los perros?

Helena hizo un gesto como indicándole que eso era algo obvio, y acto seguido Dominique se hizo con un palo y se acercó al perro sin ningún temor.

—¡Fuera de aquí, estúpido perro! ¡Lárgate!

El perro se resistió en un principio, pero al final, intimidado por el palo de Dominique, acabó escabulléndose entre los árboles.

—Baja, Helena, ya ha desaparecido.

—No, no bajaré hasta que esté segura de que está lejos.

—¡Sí que debes tener miedo a los perros! —exclamó él divertido—. Era un perro inofensivo. Vamos, baja.

Dominique consideraba a Helena una mujer muy valiente, quien parecía no necesitar a un hombre a su lado que la protegiera, pero se alegró de descubrir que por lo menos podía protegerla en algo, aunque fuera de un insignificante perro. Se oyó un trueno no muy lejos de allí y Helena descendió del abeto con una destreza asombrosa. Aunque sabía que no necesitaba su ayuda, la cogió de la cintura para bajarla de la última rama.

—¡Estás temblando! Tranquila, Helena —aprovechó para estrecharla entre sus brazos y acariciar su pelo dorado que aquel día, por suerte, llevaba suelto—. No dejaré que ningún perro te haga daño.

\*\*\*\*\*

Aunque Dominique no lo sabía, me sentí más tranquila al escuchar sus palabras. Lo que acababa de susurrarme al oído era cierto, no dejaría que ningún perro me hiciera daño. Era fuerte, alto y no temía a los perros, acababa de demostrarlo. Era un alivio que, por lo menos uno de los dos, pudiera luchar contra un perro, aunque obviamente solo contra un perro de verdad, no creía que Dominique pudiera contra un hombre-perro. Esperaba que lo que les había explicado el profesor Miró sobre que las criaturas no solían atacar nunca cuando había un humano cerca fuera verdad y, de cualquier modo, se sentía muy segura junto a él, incluso aunque no fuera una criatura con habilidades.

No tenía ninguna razón para temer de ese modo a los perros, de hecho jamás había visto a uno de ellos, y sin embargo, todas las historias que nos



había relatado el profesor Miró me habían vuelto no solo precavida, sino temerosa, igual que a mi madre, que no me permitía ir nunca sola cuando se acercaba el ocaso, incluso aunque supieran que en Digné las únicas criaturas que vivían eran ellos.

Dominique todavía me tenía envuelta en sus brazos sin dejar de acariciarme el pelo. Ojalá se decidiera a besarme de una vez. No habíamos tenido ninguna oportunidad como esa en todo el mes y no quería desperdiciarla. Otro trueno resonó en el cielo y no pude evitar temblar de nuevo.

—¿También le tienes miedo a los truenos? —preguntó sorprendido.

Asentí, no me gustaba que hubiera descubierto dos de mis miedos, pero era tarde para intentar ocultarlos.

—Estás llena de contrastes, Helena. Escalas una pared vertical, te subes a los árboles como si fueras una ardilla, conduces como un hombre, juegas al fútbol igual que tus hermanos, incluso mejor que yo. En fin, eres tan valiente y fuerte que a veces me siento como si me protegieras tú a mí en vez de yo a ti. Y en cambio, te aterran los perros y los truenos, cosas completamente inofensivas, o al menos no tan peligrosas. Aunque será mejor que nos alejemos de los árboles, no es buena idea estar rodeados de árboles con una tormenta tan cerca —dijo y acto seguido dejó de abrazarme.

Maldición, habíamos perdido una gran oportunidad.

Media hora después retomábamos el camino a casa con la compra hecha, comida y pinturas. La tormenta estaba cada vez más cerca y estaba segura de que iba a romperle los dedos a Dominique de lo fuerte que le apretaba la mano, pero las tormentas me daban pavor. Cuando quedaba apenas un kilómetro para llegar a casa, comenzó a llover con tanta fuerza que decidimos resguardarnos.

Guie a Dominique hasta aquella casa que, a pesar de formar parte de nuestras tierras, mis padres mantenían extrañamente abandonada. Mi padre siempre hablaba sobre su intención de restaurarla, pero por el momento no habían tenido suficiente dinero para hacerlo, o al menos era la excusa que solían poner; tenían demasiados gastos con la perfumería y el piso de París.

Ambos observamos, desde la seguridad del porche de la casa, los mantos de agua que caían sin cesar.

—¿Qué es este lugar?

—Oh, es parte de nuestras tierras, aunque la casa está abandonada por ahora. Algún día la reconstruiremos —repuse sin mucho convencimiento.

En ese instante sonó un trueno encima de nuestras cabezas haciendo que me abrazara a Dominique como si él pudiera protegerme de aquel horrible sonido. Después, levantó mi rostro con suavidad y por fin me besó, haciendo que dejara de escuchar aquel horrible estruendo que tanto pavor me provocaba. Su sabor era mejor incluso que su aroma, sentir su lengua recorriendo cada rincón de mi boca inexplorada era una maravillosa sensación. Me alegraba de que se hubiera decidido por fin a besarme, tenía pensado hacerlo yo antes de llegar a casa, pero prefería dejar que diera él ese paso y no asustarlo con mi determinación.

No tenía ninguna duda de que Dominique pertenecía a mi vida, a mi futuro, lo supe en el instante en que le vi entrar en la plantación y, cuando me llevó en brazos aquel día en las montañas cuando pensó que me había torcido el tobillo, nos vislumbré juntos, abrazados y desnudos en el lecho conyugal. No sabía si aquella imagen la había creado yo misma o si tenía alguna habilidad para ver el futuro como mi madre. De cualquier modo, no pensaba darle demasiadas vueltas, era el único hombre que había conseguido permanecer en mi mente y en mis sueños y no quería perderlo por nada del

mundo.

—Qué bien besas, Dominique.

—¿Comparado con quién? —me miró algo preocupado.

—Con nadie en realidad, tú eres mi primer beso. —Dominique sonrió al oír aquello.

—¿Hablas en serio? Eso no es posible, con lo bonita que eres seguro que habrán intentado besarte cientos de veces.

Le sonreí.

—Quizá lo hayan intentado, pero no llegaban a la altura de mis labios —repuse traviesa. Dominique se rio al darse cuenta de a qué me refería.

—O sea que es cuestión de altura —susurró en mi oído—, para mí también es un gusto no tener que agacharme para besar a una mujer —le miré algo seria—. Tranquila..., no he besado a tantas mujeres como piensas.

—Deberíamos volver —comenté sin muchas ganas de hacerlo en realidad—, mi madre debe estar preocupada.

—Todavía está diluviando. Podríamos ir corriendo, pero se mojarían tus pinturas. También podría ir corriendo hasta tu casa y traer el coche, pero entonces no estaría cumpliendo con mi deber.

Le miré confusa.

—Mi deber de protegerte —contestó—. No pienso dejarte sola, ya es de noche.

Me gustó que quisiera protegerme aunque nunca me hubiera gustado cuando mis hermanos se ponían excesivamente protectores, pero si lo hacía Dominique era diferente.

—Entonces dejemos que mi madre se preocupe —dije acercando mis

labios a los suyos.

Dominique me atrajo con fuerza haciendo que sintiera su tenso miembro a través de mi fino vestido; aun sabiendo que no debía sentirme de ese modo, sonreí para mí halagada.

—Helena..., me pregunto si podré estar lejos de ti durante un mes.

—¿Un mes?

—Sí, me iré mañana, pero estáis todos invitados a mi cumpleaños, es dentro de un mes, el veinticinco de agosto. No pensaba irme sin saber cuándo te volvería a ver. ¿Vendrás?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo. Pero... ¿dónde vives?

—En Meyrargues, a unas horas de aquí. Siempre hacemos una gran fiesta por mi cumpleaños. ¿Crees que tus padres vendrán?

Una gran fiesta sonaba a una fiesta llena de gente normal y corriente y seguramente muy elegante. Esto último no me preocupaba demasiado, los gatos sabíamos ser muy elegantes cuando queríamos, pero las multitudes no me gustaban demasiado, y a mis padres mucho menos.

—No, no cuentes con ellos. Pero nosotros iremos, los cinco —dije pensando en Sophie, que ahora parecía pertenecer a la familia a pesar de que todavía no había sido comunicado a mis padres lo de su compromiso con Eugène, no sabía a qué estaban esperando exactamente.

Había dejado de llover, ya no teníamos excusa para no ir a casa, de modo que salimos de nuestro escondite.

—Es una pena, mis padres tienen una buena colección de arte, a tus padres les hubiera gustado verla. He visto ese magnífico cuadro que tenéis en

el salón, el Cézanne.

—Oh, sí, mis padres no pueden separarse de él.

—A mi madre le encanta el arte, por eso pensé que disfrutarían, pero me conformo con que vayas tú.

Le sonreí y continuamos caminando de vuelta a casa.

—¡Mira! —exclamó Dominique señalando al frente—. Hay algo entre esos árboles.

Ambos nos acercamos lentamente y, cuando Dominique apartó las ramas, pudimos contemplar una magnífica tumba de mármol blanco, aunque su abandono había hecho que estuviera parcialmente cubierta de musgo. Me agaché y saqué mi pañuelo para limpiarla con el fin de ver a quién pertenecía. Cuando las letras esculpidas en la piedra fueron visibles, se me puso la carne de gallina.

*Jean Paul Le Brun*

*30 de diciembre de 1902 (21 años)*

*Siempre te recordaremos; tus padres, tus hermanos, Joel y Paul, tu querida esposa Irina y tu hijo Edmund.*

—¡Dios mío! ¿Será una casualidad?

—¡Por supuesto! Es imposible que sea mi madre —aunque me había quedado igual de sorprendida que Dominique.

—Irina no es un nombre muy usual, en cuanto a Edmund...

Precisamente el aroma de mi hermano mayor se había colado entre los árboles.

—Hablando de Edmund, viene hacia aquí —dije susurrándole en el oído para después soltarme de su mano.

—¡Por fin os encuentro!—exclamó Edmund pasando la mirada de uno a otro—. Estábamos todos preocupados por lo tarde que era.

—La lluvia nos ha retrasado —explicó Dominique.

Edmund hizo una mueca de ironía para después posar su mirada en la lápida, haciendo que su rostro se volviera tan blanco como el mármol. Dominique y yo permanecimos callados estudiando la expresión de sus ojos, que fue pasando desde la incredulidad hasta la decepción. Por lo visto, él tampoco pensaba que fuera una casualidad que su nombre y el de nuestra madre estuvieran escritos en una lápida a escasos metros de nuestra casa.

—Ni una palabra de esto a nadie —dijo Edmund tajante—. Vámonos antes de que toda la familia salga en nuestra busca.

### *Meyrargues. Un mes después...*

Dominique llevaba ansioso todo el día, pero sobre todo desde que habían empezado a llegar los invitados y no había ni rastro de la familia que más ansiaba ver, los Chatte. ¿Y si no venían? ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si sus padres habían decidido finalmente no dejarles venir? No parecieron muy contentos cuando les invitó a la fiesta. Si venían, sería gracias a sus hermanos, que le quitaron importancia al hecho de dormir fuera de casa. Parecían muy unidos, y eso era lo que más admiraba de aquella singular familia. Sus padres, en cambio, no tenían nada que ver el uno con el otro, ni siquiera creía que durmieran juntos. Él ansiaba tener una familia como la de Helena, en la que los padres se amaban y se comprendían y que, sin embargo, se decían las cosas a la cara sin mayor repercusión que algún enfado ocasional que al día siguiente estaba olvidado.

Cuando estaba empezando a aceptar que no vendrían, los vio a los

cuatro, perfectamente alineados, y a Sophie ligeramente fuera de la línea imaginaria que formaban los hermanos Chatte, contemplando atónitos la fachada del château. Helena no podía estar más bella con un vestido gris del mismo color que sus ojos y un tocado de flores de lavanda adornando su precioso cabello. Estaba seguro de que se lo había hecho ella misma, era muy creativa y le gustaba perder el tiempo en esas cosas, en dibujar, en contemplar un paisaje. Era ese tipo de personas poco habituales que saben disfrutar de las pequeñas cosas de la vida y le encantaba su forma de ser. Estaba deseando soltar su melena dorada y besarla de nuevo.

Dominique decidió acercarse a ellos para darles la bienvenida, tal vez no avanzaban porque se sentían fuera de lugar. A él le sucedió algo parecido cuando llegó a Digné, sus mundos eran completamente diferentes, pero a él eso le daba igual, al igual que su cumpleaños, que normalmente era el acontecimiento social del verano, pero aquella noche lo único que le importaba era estar con Helena. La familia Chatte, junto a algún amigo de sus padres, serían los únicos invitados que dormirían en el château. Ellos no lo sabían, pero tenía sus razones para que se quedaran hasta el día siguiente.

—Gracias por haber venido —les dijo mirando a todos, pero sobre todo a Helena.

Besó las manos de ambas mujeres y les presentó a sus padres. Helena les entregó una bolsa llena de regalos, por lo visto había traído perfumes para toda la familia.

—Oh, muchas gracias —comentó su madre—. He oído hablar de este perfume, *Fleur de Irina*. ¿De verdad lo hace tu madre?

—Sí —respondió Helena orgullosa.

\*\*\*\*\*

Su madre y su hermana me habían parecido muy agradables, ni siquiera me había esperado ese recibimiento, sin embargo, su padre no me había causado buena impresión, sobre todo por el hecho de que nos escrutaba a los cuatro con una mirada desconfiada, como si estuviera deseando que desapareciéramos de la fiesta de su hijo.

En cuanto a Dominique, nos lo robaron apenas entramos en el salón. Me temía que, siendo el anfitrión, tendría que olvidarme de disfrutar de su compañía. Por lo menos podía observarlo, estaba tan atractivo y distinguido con aquel traje negro de evidente exquisita calidad... Sin embargo, en cuanto mi olfato captó aquel aroma conocido pero extraño en aquel lugar, me olvidé completamente de él. Tanto mis hermanos como yo nos miramos con complicidad al percatarnos de aquel descubrimiento. ¿Qué estaría haciendo el profesor Miró en la fiesta de Dominique? Él también nos había detectado y se encaminaba hacia nosotros elegantemente vestido, construyendo una frase silenciosa en sus labios para que solo nosotros pudiéramos leerla. ¿Que no usáramos su verdadero nombre?

—¡Queridos hermanos Chatte! Es un placer volver a veros. ¿Y quién es esta preciosa señorita? —preguntó dirigiéndose obviamente a Sophie—, yo soy el señor Chardin.

Por lo menos ya sabíamos cómo debíamos llamarlo.

—Sophie Sartre, un placer.

—El señor Chardin es cliente nuestro de la tienda de perfumes —mintió Claude para seguirle el cuento—. ¿Conoces a los padres de Dominique?

—Sí, efectivamente, el padre de Dominique es conocido mío —repuso sin más detalles.



El profesor no tardó mucho en buscar una excusa para alejarse de nosotros con una halo de misterio, estaba deseando saber la verdadera razón por la que estaba allí, en realidad no parecía muy amigo del padre de Dominique.

Después de comer algo, viendo que mis hermanos estaban muy entretenidos —Claude se dedicaba a seducir a todas las mujeres jóvenes y bonitas de la fiesta, Eugène bailaba con Sophie completamente ajenos a lo que sucedía a su alrededor y Edmund hablaba animadamente con un grupo de compañeros de la universidad—, decidí salir a tomar el aire.

En un principio había pensado que aquella fiesta sería maravillosa, no solíamos acudir a ninguna celebración y estaba entusiasmada con la idea de descubrir cómo eran ese tipo de fiestas, sin embargo, el hecho de que Dominique no me hubiera prestado ninguna atención había conseguido entristecerme. Mientras caminaba hacia el bosque que rodeaba la casa, me maldecía por haber sido tan ilusa como para pensar que no se separaría de mi lado. Era la primera vez que me enamoraba y obviamente había esperado demasiado de él, o tal vez él no sintiera lo mismo que yo, o por lo menos, no con la misma intensidad. Había estado contando los días y las horas para que llegara ese día, pero evidentemente él no lo había hecho.

No fui consciente de lo lejos que me habían llevado mis pasos hasta que aquel horrible olor me invadió. No era el aroma de un gato, pero tampoco se trataba de un humano. Sentí un escalofrío de miedo cuando, por descarte, comprendí de qué se trataba. De pronto apareció de entre la oscuridad, vestía de negro, sus ojos eran del mismo color, de un negro profundo y tenebroso, era alto, grande y, por su mirada y aquella sonrisa ladeada y maliciosa, parecía querer comerme. Miré instintivamente hacia los árboles, pero antes de que pudiera saltar sobre una de las ramas, ese hombre estaba a mi lado, agarrándome con fuerza de la muñeca.

—¿Quién es usted? —pregunté asustada.

—No, ¿quién es usted? Sé que es alguien importante para Dominique, y lo sé porque nos advirtió a todos los hombres jóvenes de la fiesta que ni se nos ocurriera acercarnos a usted. Ya me imagino lo que está buscando, su fortuna, por supuesto, sabe perfectamente que Dominique es muy rico y por eso le ha encandilado, aunque no debería sorprenderme..., los gatos sois muy astutos.

En ese instante comprendí por qué razón nadie me había invitado a bailar y ese pensamiento me hizo sonreír. Dominique seguía sintiendo algo por mí, pero una milésima de segundo después, dejé de sentirme tan feliz, aquel hombre no parecía querer soltarme.

—¡Suélteme o...!

—¿O qué? ¿Gritarás? —su risa hizo que sintiera un escalofrío de miedo.

Debía llamar a alguno de mis hermanos.

—Es evidente que Dominique no sabe lo que es usted. ¿No debería decírselo?

—¿Quién es usted y qué quiere de mí?

—John Morrisson —repuso haciendo una reverencia.

—Usted no es francés.

—Por supuesto que no, soy americano y compañero de Dominique de la universidad. No pensé encontrarme con una manada de gatos en la fiesta. La verdad, ha sido una auténtica sorpresa, y sobre todo ver una familia de gatos tan unida, es algo extraño.

No sabía a qué se refería.

Ambos nos giramos al escuchar el sonido de una rama partiéndose, alguien se acercaba hacia nosotros, no estaba segura de si eso era bueno o malo hasta que me di cuenta de que me había quedado sola, aquel horrible perro había desaparecido sin dejar rastro.

—Oh, estás aquí, Helena. Te he buscado por todas partes —entonces reparó en la expresión de mi rostro, debía estar pálida después de mi primer encuentro con un hombre-perro—. ¿Te sucede algo? ¿Estás bien?

El calor que me transmitió al tomarme de la mano consiguió serenarme en parte.

—Estás temblando. ¿Has visto un perro?

¿Cómo podía saberlo? Asentí.

—Oh, lo siento Helena —me envolvió entre sus brazos—. Les pedí a los sirvientes que ataran a los perros, pero obviamente han debido dejar a uno suelto. No te preocupes, estoy contigo y no te pasará nada.

Primera noticia de que tuviera perros y, por el momento o tal vez nunca podría explicarle el tipo de perro con el que había tenido una conversación. Me apoyé en su hombro y aspiré aquel aroma a arce que me hacía sentir como en casa.

—¿Estás mejor? —me preguntó sin dejar de abrazarme.

—Sí, gracias a ti.

Todavía no me había besado y tenía que reconocer que estaba deseando que lo hiciera.

—Quiero llevarte a un sitio —dijo, y acto seguido me cogió de la mano.

Nos dirigimos en dirección contraria a la casa. Al cabo de unos

minutos, habíamos llegado a aquel lugar especial; sabía que era especial por los frondosos y grandes árboles que nos rodeaban, pero sobre todo por cómo me miró Dominique en ese instante.

—Helena..., verás, quería preguntarte algo, algo muy importante — sin soltar mi mano, se arrodilló en el suelo.

—¿Qué haces Dominique?

—Quería pedirte algo junto a los testigos más antiguos de la propiedad, estos arcos de Montpellier centenarios —me miró con intensidad antes de proseguir—. ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo? —preguntó al mismo tiempo que me tendía un anillo.

Estaba tan asombrada que, sin decir ni una palabra, cogí el anillo y me lo coloqué en el dedo, me quedaba perfecto, como si estuviera destinado a mí.

—Mi abuela paterna me dio este anillo cuando tenía dieciocho años. Me pidió que se lo pusiera a aquella mujer de la que no pudiera estar separado ni una semana. Yo ya he estado separado de ti un mes, y no pienso volver a hacerlo.

¡Y yo pensando que no sentía lo mismo que yo!

—¿Estás seguro, Dominique?

—Sí, completamente, Helena; la pregunta es si tú quieres llevar este anillo. No creo en las parejas modernas que no quieren comprometerse y que salen con varias personas al mismo tiempo. —¿Parejas modernas? ¿De qué hablaba?—. Espero que tú pienses lo mismo que yo, porque quiero que seas mía para siempre, Helena. No quiero compartirme con nadie.

Me entraron ganas de llorar, pero en vez de eso solté una carcajada.

—¿Compartirme? Oh, Dios, Dominique, ¿de dónde has sacado esa idea? Yo soy mujer de un solo hombre y te aseguro que ese hombre eres tú. Y ahora, levántate y bésame, por favor.

Me dedicó una sonrisa deslumbrante, una que no le había dedicado a nadie en toda la noche, y esa sonrisa era mía. Después, me envolvió entre sus brazos y por fin me besó.

\*\*\*\*\*

Eran las doce de la mañana y Eugène comenzaba a preocuparse por no haber visto todavía a Sophie. Era cierto que se había despertado tarde y había desayunado tranquilamente en la compañía de Dominique, Helena y el profesor Miró. Por supuesto, se había percatado de que su hermana llevaba un valioso anillo en el dedo anular que auguraba un pronto compromiso, y no solo lo sabía por el anillo, sino sobre todo por cómo se miraban el uno al otro sin dejar de sonreírse como un par de tontos, como seguro le sucedía a él mismo. Sonrió complacido de que Dominique, al igual que él, no necesitara demasiado tiempo para saber con quién quería pasar el resto de su vida.

Salió a pasear dejando a la feliz pareja en compañía del profesor Miró, quien por supuesto seguía manteniendo aquel misterio sobre por qué razón se encontraba en el château de los padres de Dominique. Al principio caminó sin rumbo, pero después de un par de kilómetros detectó el aroma de Sophie. Podía oír cómo hablaba, aunque todavía desconocía con quién lo hacía; sin embargo, no le cuadraba que hablara con alguien sobre cosas tan personales.

—*¿Pero qué estoy haciendo? Me he vuelto rematadamente loca. No puedo estar haciéndole esto a Eugène. No puedo, no debo, pero..., oh no puedo evitarlo. Es tan atractivo, las cosas que me dice...*

—Oh, Sophie, eres tan bonita, eres la mujer más bella que he

conocido, delicada como una paloma, tu piel es tan suave que me siento tentado de perderme en ella. Tu aroma es mi fragancia predilecta, te adoro, te idolatro, si no me dejas hacerte el amor creo que moriré, deja que te ame, Sophie, déjame ser el primero que lo haga —era la voz de Claude.

A pesar del dolor que le estaban causando las palabras de su hermano, Eugène dejó su mente en blanco, necesitaba concentrarse en las voces, así como en el aroma de Sophie, para poder encontrarles en el bosque. Todavía no comprendía lo que estaba sucediendo. ¿Es que estaban juntos? O tal vez los celos le estaban jugando una mala pasada.

*—No puedo dejarle, no debo dejarle. Estoy comprometida con su hermano.*

—Déjame, Claude..., no puedo hacer esto.

—Oh, no me digas eso Sophie, me haces daño con tus palabras. Sabes que te deseo desde que te vi, deberías ser mía, pero Eugène fue más rápido, tengo que reconocerlo. Si me rechazas vas a acabar conmigo y mi único deseo es hacerte feliz. Esos ojos tan tiernos que tienes me parten el corazón, Sophie. No me mires así. Dime que me deseas, dímelo.

Por fin les había localizado. Eugène no daba crédito a lo que veían sus ojos, ambos estaban tumbados, Sophie tenía el pelo suelto esparcido sobre la verde pradera y mantenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta en éxtasis mientras dejaba que Claude le besara los pechos, esos pechos que él todavía no había osado ver y mucho menos tocar.

*—Te deseo, te deseo Claude.*

En ese instante comprendió que lo que escuchaba no era la voz de Sophie, sino sus más íntimos pensamientos; sus labios no se movían, sin embargo no se sentía dichoso de comprobar que él era el único que había

tenido la suerte de heredar la habilidad de su padre, le parecía grotesco el modo en el que había salido a relucir su nueva habilidad, viendo cómo su prometida y su hermano le traicionaban.

—*Oh, Dios mío, Eugène, lo siento, lo siento, pero no puedo hacer nada por evitarlo.*

—No te preocupes por Eugène, no se enterará —dijo Claude como si hubiera podido escuchar los pensamientos de Sophie.

Una sonrisa malévola apareció en el rostro de Eugène, iba a matar a su hermano con sus propias manos.

\*\*\*\*\*

Estábamos terminando de desayunar en el jardín cuando oímos los gritos de Sophie pidiendo ayuda; al segundo apareció frente a nosotros en un estado lamentable sin dejar de llorar.

—¡Ayuda! Oh, Dios mío, Dominique..., Edmund..., tenéis que ayudarme, Eugène va a matar a Claude, lo está matando. ¡Rápido!

Edmund y yo nos miramos, no hacía falta ser muy inteligente para adivinar por qué razón Eugène quería matar a Claude, solo había que ver el estado en el que había llegado Sophie, con la blusa medio desabrochada, el pelo suelto y enmarañado y sin zapatos. Por suerte, en ese momento no había ningún miembro de la familia de Dominique, hubiera sido muy vergonzoso, y no solo para mí.

—¿Dónde están, Sophie? —preguntó Dominique.

—En el bosque —contestó un tanto aturdida.

El bosque era una palabra demasiado amplia, pero no para nosotros, sabíamos perfectamente cómo encontrarles, por ello Edmund y yo salimos

corriendo sintiendo cómo Dominique nos seguía de cerca, seguramente preguntándose el porqué de la dirección que tomábamos.

—*Helena..., Dominique no puede ver cómo luchan, se dará cuenta de que no son humanos en cuanto les vea saltar sobre las copas de los árboles. Haz lo que sea para pararlo* —me avisó Edmund a través del pensamiento.

—*¿Y qué quieres que haga?*

—*Cáete, tienes que pretender que te has torcido el tobillo.*

—*¿Otra vez? ¡Estoy harta de tener que ser siempre la patosa! ¿Por qué no te caes tú?*

—*Helena..., si me cayera yo, Dominique no pararía. Sabía que lo del tobillo torcido el día que fuimos a escalar había sido una patraña, pero gracias por confirmarlo.*

A esas alturas poco me importaba haberme delatado. Edmund tenía razón, si era yo la que caía al suelo Dominique pararía para atenderme. No tendría más remedio que volver a hacer de dama en apuros por segunda vez en poco tiempo, y aunque odiaba representar ese estúpido e irreal papel, la idea de poder sentir las manos de Dominique en mi cuerpo hacía que mereciera la pena. Además, por el momento, él no debía saber nada sobre nuestra condición gatuna, podría perderle.

Aproveché la oportunidad cuando vi una rama caída en mitad del camino, pero antes de que pudiera hacer mi actuación, caí al suelo de verdad sin saber con qué había tropezado; lo más probable es que fuera culpa de esos malditos tacones, no estaba acostumbrada a correr con zapatos.

—*¡Helena! ¿Me oyes? ¿Estás bien? Por favor contéstame. Dios mío, estás sangrando por la cabeza.* —Por el tono de voz de Dominique, así como por el hecho de no poder contestarle, supe que no había sido una caída leve.



¿Me habría convertido en una patosa de verdad? En cuanto a mi cabeza, en ese momento no sentía nada, bueno, aquello no era cierto del todo, sentía cómo Dominique me llevaba en brazos. Podía oler el perfume que le había regalado en su piel, aunque al mezclarse con sus aromas naturales, desprendía una fragancia en verdad apetitosa, aunque un segundo después dejé de percibir cualquier cosa y me sumí en la oscuridad.

## **-14. Antonie. Sangre de mi sangre.**

### *Digné-les-Bains*

Carla paseaba por los campos de lavanda de Digné. Ambas familias, la de Hans y la de Val, habían llegado para celebrar las bodas de madre e hija que tendrían lugar al día siguiente, y la casa estaba demasiado abarrotada como para disfrutar de algo de tranquilidad. La cosecha sería dentro de una semana y la lavanda estaba en su máximo esplendor, al menos eso era lo que le había explicado Eugène aquella mañana. En cuanto se adentró en aquella zona más boscosa se dio cuenta de que alguien la estaba siguiendo y, por alguna razón, sabía que no era Eugène.

—¡Claude! Menudo susto me has pegado —exclamó al darse cuenta de quién era.

—Espero que no sea por lo feo que soy —contestó con una sonrisa sarcástica.

—No, claro que no —contestó Carla también riéndose ante su ocurrencia. Feo sería el último adjetivo que se le ocurriría a cualquiera para definir a Claude.

—¿Te importa que te acompañe en tu paseo?

—No, claro que no, así me haces compañía.

—Entonces mañana es la gran boda doble.

—Sí —repuso risueña ante la perspectiva.

—¿Estás contenta?... , quiero decir, ¿es lo que siempre has querido?

—¿Casarme con tu hermano? Por supuesto que sí —repuso Carla algo

extrañada por aquella pregunta.

—Entiendo perfectamente por qué mi hermano quiere casarse contigo, eres la mujer más preciosa que he visto en mucho tiempo, Carla. Eres lo que todo hombre quiere a su lado, una mujer dulce, fuerte, sonriente, inteligente...

Siempre era agradable escuchar tantos cumplidos juntos, pero por alguna razón Carla no se sentía cómoda escuchándolos. ¿A dónde quería llegar?

—Alguien en quien se puede confiar, alguien en quien apoyarse y buscar consuelo, alguien con quien estar el resto de la vida —se paró y le dirigió una mirada penetrante—. Yo..., oh Carla, no dejo de soñar contigo desde el día en que te vi en Meyrargues, el día que os conocí a ti y a Val.

—¿De qué estás hablando, Claude? —Carla se paró en medio del camino—. Por favor, deja de decir tonterías.

—Es cierto, y quería decírtelo hoy, antes de que cometas un error.

—¿Un error? Claude por favor, será mejor que te alejes de aquí.

Ellos lo ignoraban, pero Eugène había interceptado su conversación desde kilómetros de distancia y, en esos momentos, se dirigía hacia ellos a gran velocidad con el corazón desbocado pensando en que aquella pesadilla volvía a repetirse aunque, por alguna razón, esa vez era diferente, confiaba en Carla como nunca había confiado en nadie en toda su vida.

—Por favor, Carla, deja que te demuestre lo que siento —dijo y acto seguido la tomó de la mano.

La reacción de Carla fue rápida y contundente, se soltó de golpe alejándose bruscamente de él hasta golpearse contra el tronco de un árbol, lo cual hizo que Claude aprovechara para acorralarla entre sus brazos. Cuando

Carla vio que los labios de su futuro cuñado se dirigían hacia los suyos, sintió tanto miedo que, en un acto reflejo, lo empujó con todas sus fuerzas y comenzó a trepar por el tronco del árbol.

—¿Cómo has subido hasta ahí arriba? —le preguntó Claude sorprendido.

—No lo sé. —Carla estaba igual de desconcertada que él.

—¡Oh, Dios mío! Eres un híbrido —exclamó Claude.

Carla negó con la cabeza, pero entonces siguió la mirada de Claude, que estaba clavada en sus manos, y entendió a lo que se refería.

—Tienes uñas retráctiles. ¿No lo sabías?

—No. Pero eso da igual ahora, tienes que irte de aquí Claude.

—Pero..., yo...

—Mírame a los ojos, Claude. Soy Carla, la prometida de tu hermano Eugène, la madre de Val. Yo quiero a Eugène, le amo, me voy a casar con él mañana. Sé que no lo has hecho a propósito, es esa habilidad o más bien maldición la que ha podido contigo, pero en realidad no querías hacer esto, ¿verdad, Claude?

La mirada de Claude comenzó a cambiar, volviéndose más lúcida que antes, incluso podía atisbarse un brillo de arrepentimiento.

—¡Pero qué he hecho! —se llevó las manos a la cabeza visiblemente consternado—, lo siento Carla, tienes razón, a veces no sé lo que hago. Pero Eugène no me perdonará esto.

—No le diremos nada, en realidad no ha pasado nada. ¿De acuerdo?

—No, yo no puedo perdonarme haber vuelto a..., se lo he hecho demasiadas veces.

—¿Qué es lo que le has hecho más veces?

—Intentar robarle a su prometida.

Carla no daba crédito a lo que estaba diciendo Claude.

—¿Cuántas veces lo has hecho?

—Esta sería la tercera. Es horrible lo que hago —repuso Claude, que se sentó de golpe sobre el suelo ocultando el rostro entre las manos.

Carla no sabía qué pensar, pero era obvio que Eugène le había mentado; cuando se reencontraron en Linares, él le confesó que era la única mujer con la que había querido casarse, cuando en realidad era la tercera. Aunque después decidió que ese detalle no era tan importante como lo mucho que habría sufrido Eugène si, en efecto, su hermano había interferido en dos de sus bodas. Y de golpe, algunas cosas que no habían tenido sentido hasta ese momento, lo tenían; las prisas de Eugène por casarse con ella, su comportamiento posesivo cuando su hermano Claude estaba cerca, pero sobre todo, la razón por la que no se hablaba con su hermano.

—Quizá puedas buscar algún tipo de terapia, seguro que se puede hacer algo para remediarlo.

—Pero tú has sido la única que no ha caído en mis garras, Carla —me miró sorprendido—. Eso solo puede significar una cosa.

—¿Qué significa?

—Que estás realmente enamorada de mi hermano. En esos casos, mi habilidad no funciona, pero es difícil no caer en mis redes, te lo aseguro. Tú eres la mujer destinada a Eugène. ¿Me perdonarás por lo que he intentado hacer?

—No es para tanto, Claude, solo has intentado besarme. Vete y

olvídalo, yo ya lo he olvidado.

Claude se levantó del suelo y le dedicó una sonrisa estilo Chatte a su futura cuñada.

—Te aseguro que pretendía algo más que besarte, Carla, pero..., por suerte no lo he conseguido. Buscaré una terapia, seguro que hay alguien que pueda ayudarme. No pienso volver a hacerle algo así a mi propio hermano, jamás.

Carla le observó mientras se alejaba con los hombros y la cabeza caídos en señal de duelo y sintió mucha lástima por él; no debía ser fácil no poder enamorarse de una única persona, no poder contar con alguien a su lado para el resto de su vida era demasiado triste. Su habilidad era realmente una maldición, aunque quizá solo necesitaba aprender a controlarla, otros tenían habilidades que habían tenido que aprender a controlar también.

Después recordó el descubrimiento tan asombroso que había hecho y contempló atónita aquellas uñas de gato que todavía eran visibles, al mismo tiempo que se preguntaba cuándo desaparecerían.

—¡Estás aquí!

Carla sintió un gran alivio porque su futuro marido no hubiera aparecido unos minutos antes. Por nada del mundo hubiera querido que reviviera la traición reiterada de su hermano. Se le rompía el corazón al pensar en sus dos intentos fallidos de boda, a pesar de que no le hiciera ninguna gracia pensar en ello y que en el fondo tendría que estar agradecida, si no, no estaría a punto de casarse con él.

Los ojos de Eugène se desviaron enseguida hacia las uñas de Carla y sonrió complacido.

—¡Conque eres un híbrido! Claro..., no sé cómo no me había dado

cuenta.

—Yo no lo sabía, ¿cómo puede ser que no lo haya notado en toda mi vida?

—Anda, baja del árbol. Prefiero tenerte cerca.

Le encantó la sensación de descender con semejante agilidad del árbol, comprendiendo al mismo tiempo por qué Val necesitaba subirse a un lugar alto para relajarse o para deshacerse de un enfado. Las uñas volvieron a su estado normal en cuanto pisó el suelo, o más bien se escondieron en algún lugar desconocido entre sus dedos. Eugène la atrapó entre sus brazos.

—¿Te ha pasado algo para que hayas sentido miedo?

—Yo... —titubeó—, ¿por qué lo dices?

—Porque las uñas solo salen cuando las necesitas. Por eso se me ha ocurrido pensar que algo ha tenido que asustarte y por eso han salido por sí solas.

—Oh..., bueno, sí, he oído un ruido extraño y me he asustado.

Aunque habitualmente Eugène no podía estar seguro de si Carla mentía o no al no tener acceso a su mente, esa vez sabía perfectamente que estaba mintiendo. Había sido testigo de todo lo que había sucedido, y no solo eso, también había escuchado el pensamiento de su hermano. Por primera vez había podido comprobar que Claude estaba realmente arrepentido de lo que había hecho. Por eso había decidido que sería mejor para los tres hacer como si no supiera nada. Además, algo le decía que Carla tan solo quería evitar que sufriera y no había nada que deseara más en el mundo que hacerla feliz.

—Es normal que estés nerviosa, después de lo que le pasó a Álvaro. Pero ahora estamos lejos de Meyrargues. Te quiero tanto, Carla..., no sabes lo tranquilo que me siento al saber que eres un híbrido, no quiero que te pase

nunca nada malo.

—Pero me has dicho muchas veces que las criaturas no suelen molestar a los humanos.

—No suelen hacerlo, pero a veces sí; y además, ser un híbrido es algo muypreciado, nadie puede olerte, nadie sabe lo que eres, ni las criaturas ni los humanos. Es una gran ventaja.

—Tú sabes distinguir a un híbrido. Álvaro...

—No hay muchos como yo, de hecho no conozco a nadie que lo haga, pero ni siquiera yo he podido darme cuenta de que tú lo eras. Supongo que es porque no tengo acceso a tu mente, eres una caja de seguridad para mí, completamente inaccesible, sin clave que me permita entrar.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. No me gustaría que pudieras entrar.

—¿Acaso tienes algo que ocultarme?

—No, claro que no —aunque ahora sí lo tenía, lo que había sucedido con Claude, pero no era nada importante, nada que pudiera afectar a su relación—, pero cuando me enfado contigo..., en fin, digamos que prefiero que no escuches lo que pienso.

—Ah, ¿es que te enfadas muy a menudo conmigo? —le preguntó burlón.

—Claro que sí, a todas horas —contestó Carla besándole—. ¿Entonces crees que es bueno que sea una de vosotros?

—No sé cómo explicarte lo contento que estoy, Carla. ¿No te has dado cuenta de lo que significa que seas un híbrido?

—Bueno, ahora puedo escalar árboles, quizá también pueda oler a



mucha distancia, puedo arañar a alguien si me ataca...

—Sí, todo eso es lo normal, pero hay algo mucho más importante..., los dos podremos vivir muchos más años juntos.

—Yo no he notado que haya envejecido menos de lo normal.

—Carla... ¡Tú no te has visto! No aparentas treinta y nueve años. No tienes ni una sola arruga, tienes la piel de una chica de veintitantos años. Además, es a partir de los veinte o treinta años cuando nuestro envejecimiento se ralentiza más.

Carla le miraba incrédula.

\*\*\*\*\*

Claude iba de camino a casa cuando Álvaro pasó a su lado corriendo. Le dedicó una inclinación de cabeza a modo de saludo, pero de repente se dio cuenta de que necesitaba hablar con él. Era posible que para él ya fuera demasiado tarde para cambiar, pero a lo mejor Álvaro estaba a tiempo. ¡Claro que estaba a tiempo! Solo tenía dieciocho años, apenas acababa de empezar a disfrutar de su habilidad, de hecho había empezado demasiado pronto. Aunque también su sobrina Val había comenzado antes de lo habitual manifestando una habilidad diferenciadora. ¿Sería posible que las nuevas generaciones comenzaran a desarrollar sus habilidades antes que ellos?

—¡Álvaro! ¡Álvaro! ¡Para hombre! —tuvo que salir tras él hasta alcanzarlo, algo nada sencillo dada la velocidad que llevaba.

Álvaro se detuvo con resignación, preguntándose qué sería tan importante como para interrumpirle cuando estaba haciendo ejercicio.

—¿Qué haces corriendo? ¿Tú no estabas enfermo ayer mismo?

—Eso parece, pero me siento muy bien, mejor que nunca. ¿Me has

detenido para preguntarme eso?

—Verás..., quiero hablar contigo. ¿Tienes un segundo?

—¿Te importa correr a mi lado mientras me lo cuentas?

—Sí, me importa, como puedes comprobar, no voy vestido para ponerme a sudar, esta camisa es demasiado cara para estropearla.

Álvaro puso los ojos en blanco.

—¡Está bien! Dime, te escucho, pero date prisa —repuso Álvaro visiblemente molesto apoyándose en el tronco de un roble.

—¿Te puedo preguntar algo personal? No es curiosidad, te lo aseguro.

—Depende de lo que me preguntes.

Claude pensó que Álvaro era realmente atractivo, era una pena que no le interesaran los hombres.

—¿Has sentido alguna vez algo especial por una mujer? Me refiero a algo que no fuera solo físico, a un interés más profundo.

Álvaro le escrutó con la mirada, como intentando entender por qué demonios querría Claude saber lo que había sentido o dejado de sentir, pero decidió que no perdía nada por ser sincero sin dar detalles.

—Sí.

—¡Eso es fantástico, Álvaro! —Álvaro seguía sin comprender por qué aquello parecía ponerle tan alegre—, porque yo no he sentido nunca nada especial por una mujer; quiero decir, que he sentido siempre algo especial por todas, pero no por ninguna en concreto. No sé si sabes a qué me refiero.

—Sí, creo que te entiendo. ¿A qué viene esto, Claude? —preguntó cruzándose de brazos.

—Verás, me doy cuenta demasiado tarde de que no he utilizado bien mi habilidad de seductor. Quizá tú estés a tiempo. Yo..., he hecho cosas horribles, y no es solo por eso, sino porque me hubiera gustado encontrar una mujer especial que hiciera que me olvidara de las demás y de esa manera no estar tan solo. Es...

Claude iba a explicarle que llevaba más de cien años tonteando con miles de mujeres diferentes y que estaba empezando a sentirse muy solo, pero por suerte se dio cuenta a tiempo de que no debía desvelar el secreto de los gatos, y menos a un perro.

—Te cuento todo esto porque he oído que ahora eres parte de la familia, y como compartimos una habilidad similar, me ha parecido que podría darte un consejo para que no cometas los mismos errores que yo.

—Está bien —Álvaro a esas alturas tenía curiosidad—, adelante, quiero escuchar tu consejo.

—De acuerdo. Hablando de esa mujer que te ha hecho sentir algo más...

—Olvídate de ella, no me corresponde —dijo tajante Álvaro.

—Eso es bueno, muy bueno.

—¿Cómo que es bueno?

—Que con ella no te haya funcionado tu habilidad, es bueno, créeme. En fin, a lo que iba, si vuelves a sentir algo diferente por una mujer, algo que vaya más allá de lo físico, no sé lo que se siente, con lo cual no puedo darte un ejemplo, pero tú sí debes saberlo. Si te vuelve a pasar, no uses tu habilidad con ella, haz todo lo que puedas por ignorarlo. No la seduzcas. Intenta disfrutar de su compañía, enamórala de forma natural, pero concéntrate en no usarlo, por favor.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Si lo usas demasiado, puede ser tu maldición. Te lo digo por experiencia. Todavía eres joven, puedes usarlo un tiempo, pero no olvides parar en algún momento y, sobre todo, si vuelves a sentir ese algo diferente. ¿De acuerdo?

Álvaro asintió, pero no dijo nada.

—Si lo consigues, me encantaría ser el padrino de tu boda.

Álvaro se rio.

—Pero si me invitas a tu boda, por favor no me permitas estar cerca de tu prometida a solas, es muy peligroso. ¿Me lo prometes?

Álvaro le miró extrañado, aunque volvió a asentir, más por dejar aquella conversación para seguir corriendo que por otra cosa. Después de eso, Claude le dio una palmada en el hombro y se alejó hacia la casa. Una boda le sonaba tan lejano, a pesar de que al día siguiente tendría nada menos que dos al mismo tiempo, y una de ellas era de la mujer por la que sentía algo diferente, aunque era posible que hubiera otra que le hiciera sentir de ese modo, o al menos, desde la noche anterior estaba un tanto confuso.

Quando se despertó en su cama totalmente desorientado sin saber qué hacía allí, enseguida se percató de que no estaba solo, dos pares preciosos de ojos le sonreían con sinceridad.

—¡Te has despertado! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Val.

—Muy bien. ¿Por qué lo dices? ¿Qué hacéis las dos en mi dormitorio?

Álvaro se levantó de un salto. La mirada de ambas se clavó en su

cuerpo, aunque en una parte más abajo. Al seguir su mirada descubrió, para su asombro, que estaba completamente desnudo. Tiró con fuerza de la sábana y se la puso alrededor de la cintura.

—Estoy esperando a que me digáis qué hacéis Anna y tú en mi dormitorio —preguntó algo más serio que la primera vez. Se sentía avergonzado por la situación y sobre todo por cómo había despertado su miembro, pero para ser sinceros, no solía tener compañía femenina en su dormitorio.

—Por lo que veo, no te acuerdas de nada —comentó Val—. Llevas exactamente veinticuatro horas inconsciente, con mucha fiebre, incluso hemos temido por tu vida; bueno, solo mis padres y yo, mi abuelo sabía que sobrevivirías. ¿En serio no te acuerdas de nada?

Álvaro desvió la mirada pensativo.

—La cuestión es..., que recuerdo levantarme para ir al baño, me encontraba fatal, después de eso no recuerdo nada.

—El otro día te arañó algo en el bosque y después de eso te pusiste muy enfermo. Mi abuelo dijo que tendríamos que esperar veinticuatro horas para saber si era algo serio, pero ya veo que estás perfectamente. Iré a llamarle para que te eche un vistazo.

Val desapareció de la habitación sin que Álvaro hiciera nada para evitarlo. Su mirada se clavó en la otra chica, también propiedad de Hans en cierta forma. ¿Por qué todas las chicas que le gustaban tenían que estar relacionadas con ese perro?

—Yo... —Anna se había sonrojado de pronto—, te dejaré para que te vistas. —Pero Álvaro no dejó que se marchara y la tomó de la mano.

Álvaro sonrió al darse cuenta de lo mucho que le gustaba el rubor de

sus mejillas; además, Anna estaba preciosa, ya se había dado cuenta de ello hacía meses, pero cada vez era más evidente. Se parecía mucho a su padre, pero al mismo tiempo tenía algo que le recordaba a Hans, y por eso no comprendía cómo podía encontrarla tan atractiva, pero su miembro se había encargado de demostrárselo hacía unos minutos. Seguramente había sido a causa de esos minúsculos vaqueros que dejaban al descubierto sus largas piernas, aquel pecho sumamente desarrollado a pesar de su edad y aquellas mejillas bañadas en pecas, pero no podía engañarse a sí mismo, además del envoltorio, con Anna se sentía él mismo, y no solo eso, junto a ella se sentía buena persona y sentía unas ganas tremendas de envolverla entre sus brazos para protegerla de lo que fuera, y aquello sí era algo inusual que no había sentido con nadie más que con Val. Los síntomas comenzaban a repetirse, y aquello solo podía significar o que estaba tan enfermo que no sabía lo que sentía, o que por fin había olvidado a Val.

—Anna..., me alegro de verte. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, pero debería ser yo quien te lo preguntara, ¿no crees? Estaba muy preocupada por ti. Por cierto, creo que debería irme, tu hermana está a punto de entrar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso eres un híbrido y lo mantenías oculto? —le preguntó Álvaro divertido.

—Ojalá lo fuera, pero no tengo esa suerte. Lo sé porque dijo que vendría en cuanto saludara a toda la familia. Bueno, me alegro de que estés mejor y de que no te hayas muerto.

—Oh, bonito comentario.

Anna se estaba poniendo tan nerviosa y acalorada que no sabía ni lo que decía, pero no era justo que Álvaro la cogiera de la mano de aquella manera tan tierna y mucho menos que siguiera desnudo de cintura para

arriba, aquellos pectorales la estaban volviendo loca, y también el hecho de que aquella sábana no ocultara del todo lo que había tras ella. Aunque en el fondo de su alma sabía que la culpable de todo eso era Val y no ella, como le hubiera gustado. Aquel pensamiento la puso tan triste que se soltó de su mano y se dirigió hacia la puerta

—Anna...

—¿Sí? —se giró para echarle una última mirada antes de desaparecer.

—Cada día estás más guapa —repuso él con una sonrisa de lo más seductora.

Anna no pudo evitar volver a sonrojarse y salió atropelladamente del dormitorio. Álvaro permaneció con una sonrisa en la boca pensando en lo mucho que le gustaba aquella niña tan fácil de sonrojar, pero después, se le borró la sonrisa del rostro.

—¡Estúpido!, es tan solo una niña.

Tendría que quitársela de la cabeza como había hecho con Val, aunque para ello tuviera que romperle el corazón, pero ella no se merecía a alguien como él, por mucho que suspirara por su causa. Por lo menos podía sentirse orgulloso, por una vez había mantenido a raya su habilidad, si no a esas alturas la habría besado, o algo mucho peor.

Para la cena de esa noche, François y Carla habían preparado juntos una cena tipo buffet; la mitad de los platos eran franceses y la otra mitad españoles, al fin y al cabo había invitados de las dos nacionalidades. A François le había costado llegar a aceptar la presencia de Carla en la cocina, se sentía angustiado viendo cómo se iba apropiando de aquel terreno que siempre había sido suyo, le ponía nervioso tenerla revoloteando a su

alrededor, que se hiciera con las mejores sartenes para preparar las tortillas de patatas, y le sacaba de quicio que canturreara mientras cocinaba. A él le gustaba el silencio para poder escuchar si la comida estaba en su punto, el orden para poder encontrar siempre lo que necesitaba.

Sin embargo, después de aquellos meses conviviendo juntos en aquel espacio tan íntimo, y compartiendo recetas además de protagonismo, se sentía menos solo. Incluso se había sorprendido echándola de menos en alguna ocasión que no había aparecido por la cocina, y tenía que confesar que, en noches como aquella, con tantos invitados a los que dar de cenar, agradecía el trabajo en equipo. Además, hacía semanas que había dado por imposible cocinar en silencio e incluso se estaban acostumbrando a poner música clásica de fondo, cualquier cosa a excepción de oír a Carla canturrear, no tenía ningún oído para la música.

Aquella noche contaban con familiares y amigos, algunas criaturas y otros no, como Óscar y Anna. Todos conocían la nueva gran noticia, Carla era un híbrido. Su hermana Elena se sintió feliz de que no fuera la única extraña en la familia y Carla estaba contenta sobre todo por poder disfrutar de su familia durante más años, aunque le apenaba saber que Hans y Val no tendrían la misma suerte. Marion seguía sin estar muy feliz con el hecho de que su hijo estuviera a punto de casarse con una gata, pero era consciente de que no podría hacer nada por evitarlo, con lo que había decidido que intentaría disfrutar de la velada y del hecho de estar en aquel lugar tan bonito de la Provenza francesa rodeados de campos de lavanda.

—¿Has pensado ya lo que vas a estudiar el año que viene? —Irina no quería que su nieta Val dejara los estudios por el hecho de casarse.

—Sí, lo tengo bastante claro —dijo mirando de reojo a Hans.

Él la miró con curiosidad, no habían hablado de ese tema, ya que



últimamente habían tenido demasiadas cosas que hacer.

—Voy a estudiar Magisterio, quiero ser profesora de niños pequeños.

Su abuela dejó de sonreír para levantarse apresuradamente de la silla con la excusa de servirse más vino. Émile la miró con preocupación para después dirigirse a su nieta.

—No es nada, no es por ti, Val. Es fantástico que quieras dedicarte a eso, seguro que lo haces muy bien.

—No sabía que quisieras estudiar Magisterio, pero me gusta la idea, te pega —comentó Hans.

—¿Y tú, Hans? Me ha dicho Val que estabas estudiando Veterinaria —le preguntó Émile, aunque su mirada se desvió un segundo para comprobar si Irina estaba bien.

—Sí, ya he terminado la carrera. Solo me queda el proyecto fin de carrera. Pronto podré ejercer, tengo que buscar trabajo, ahora tengo una familia que mantener —repuso mirando a Val.

Marion, que tenía el oído puesto en casi todas las conversaciones, se giró para mirar a su hijo.

—¿Lo dices en serio? ¿Te has examinado de los dos años?

Hans asintió.

—¿Cómo no me lo habías dicho? Es fantástico, Hans —se levantó para darle un abrazo.

—Era una sorpresa.

—Aquí puedes tener bastante trabajo, Hans —comentó Émile—. Hay muchos animales por esta zona y la gente necesita un veterinario. Además, podrías usar mi laboratorio. Deberíais quedaros a vivir en esta casa, es toda

vuestra. Y Val podría estudiar en la universidad de Aix-en-Provence, está a tan solo una hora de aquí. Solo tendríais que soportarnos a Irina y a mí de vez en cuando, pero nosotros durante el invierno solemos estar en Meyrargues o en París.

Hans y Val se sonrieron, no era mala idea, Digné les había encantado.

El ambiente era relajado y distendido hasta que de pronto todas las criaturas escucharon cómo un coche se aproximaba a la casa. Por lo visto, tendrían invitados inesperados, aunque no eran inesperados para todos.

—Es Edmund —le susurró Irina a su marido como si este no lo supiera ya—, pero no viene solo, trae a una mujer-perro con él. ¡Cómo ha podido hacer algo así!

—Por favor, Irina, déjame a mí —comentó Émile y, acto seguido, se puso en pie dispuesto a darle la bienvenida a su hijo primogénito así como a su mujer, Antonie, sabiendo que la velada ya no seguiría siendo tan agradable, aunque no por él.

\*\*\*\*\*

Estaba tan nerviosa que me temblaban las piernas. Aquello no iba a ser nada fácil; mi hija Marion no se lo iba a tomar nada bien. Edmund me dedicó una sonrisa apaciguadora y me apretó la mano, pero sabía que él también se temía una mala reacción por parte de su madre, por lo visto le gustaban tan poco los perros como a mi hija los gatos. Pero, si había llegado a aceptar la boda de Val con Hans, ¿por qué no aceptarme a mí?

Fuimos conscientes de cómo se acallaron de golpe todas las conversaciones cuando abrimos aquella portezuela de hierro que daba al jardín. Mis ojos se pararon en Marion, su mirada estaba llena de interrogantes

además de desconcierto. Sabía que no había actuado bien no contándole todos mis secretos de juventud y ya era hora de no esconderme más.

Enseguida supe que el hombre que se dirigía sonriente y acogedor hacia nosotros, seguido de Hans, Val, Eugène y Carla, era el padre de Edmund. Por último, se levantaron Álvaro, Ale y Óscar, todos los que habían vivido aquella pequeña aventura hacía no demasiado tiempo en mi casa del lago.

—Encantado de conocerte, Antonie, bienvenida a la familia —el abrazo cariñoso y las palabras de Émile dejaron a su mujer estupefacta—. Edmund... —dijo su nombre con suavidad antes de abrazarle también a él.

El abrazo de mi nieto Hans me llenó de valor.

—Para quien no les conozca, este es mi hijo Edmund y su mujer Antonie, la abuela de Hans por parte de madre —explicó Émile a todos, pero sobre todo sin dejar de mirar a Marion, que estaba literalmente hundida en el banco del jardín y se agarraba con fuerza del brazo de Miguel.

Aunque no fuera el mejor momento ni el más adecuado, debía tener una conversación privada con mi hija, a solas, lejos de tantos oídos de criaturas. Le hice un leve movimiento de cabeza señalando la puerta del jardín y, no sin antes susurrarle a su marido que volvía enseguida, se levantó del banco con el semblante serio y contrariado.

Fue ella la que dirigió la marcha hasta llegar a una zona boscosa, lejos de la casa, donde nadie pudiera oírnos.

—Bien mamá, adelante, explícame qué es eso de que eres la mujer del tío de Val —inquirió Marion sentándose sobre el tronco de un árbol seco que había en el camino.

Comencé a caminar nerviosa delante de ella.

—Verás..., Edmund y yo nos conocimos hace muchos años, en 1955, cuando yo vivía en Checoslovaquia, aunque él por ese entonces se hacía llamar Iván —hice una pausa y tragué saliva—. Él fue mi primer marido, Marion, el gran amor de mi vida. Yo me fui de Checoslovaquia pensando que había muerto, pero no fue así, lo he descubierto hace poco, cuando vinieron todos a Estados Unidos.

Marion la miró confusa, sorprendida y quizá algo enfadada.

—¿Y qué hay de papá? ¿A él no le querías?

—Sí, claro que le quería, pero de otra manera; de todas formas..., hay algo que tengo que decirte, algo importante: Tom no era tu padre, Marion.

—¿Qué?!

—Hija..., mírame bien, mírame a las pupilas con detenimiento.

Marion se perdió en mis ojos durante unos minutos. No podría controlar lo que veía, pero esperaba que se diera cuenta de lo más importante.

—¡No eres un perro lobo checoslovaco! ¡Eres un pastor alemán! ¿Cómo puede ser, mamá?

—Porque tu padre no era un perro, sino un lobo, así fue como se creó esa raza, con la unión de un perro alemán con un lobo de verdad. No te habías dado cuenta antes porque yo no quería mostrártelo. Tengo una extraña habilidad que me permite esconder mi forma de perro o esconderme literalmente. Lo siento hija, siento mucho haberte ocultado mi secreto durante tanto tiempo. No he hecho bien, lo sé —repuse sentándome a su lado, derrumbada.

—Pero... ¿Un lobo? ¿Es que también hay lobos?

—Él era un lobo, te lo aseguro, pero no sé si hay más como él. Los

dos nos convertimos en criaturas casi al mismo tiempo, a través de un mordisco.

—¿Un mordisco? Llevo toda la vida queriendo saber de dónde venimos. ¿Por qué no me lo habías contado?

Un débil crujir de ramas hizo que ambas nos pusiéramos en guardia, por lo visto alguien se acercaba. Quizá por instinto o quizá porque Edmund me había pedido que no dejara de practicar mi habilidad de camaleón, me oculté sin poder remediarlo. Yo seguía allí, sin embargo Marion se había girado preocupada al no verme junto a ella. La agarré con suavidad de la mano para que supiera que seguía allí y fue entonces cuando descubrí que mi hija podía verme a pesar de que estuviera oculta, me había mirado directamente a los ojos. Aquello era asombroso además de extremadamente útil.

—Marion, no hables, mi olfato me dice que debemos marcharnos — no estaba segura de si podría oírme, pero en cuanto se levantó y me apretó la mano, supe que sí.

Mi hija también debió darse cuenta de que algo desconocido para ella, para mí no lo era, se acercaba a nosotras, e instintivamente salimos corriendo hacia la casa. Inocentemente esperaba que mi sentido del olfato estuviera equivocado, porque no podía ser cierto que siguiera vivo, o peor, que me hubiera encontrado después de llevar años escondiéndome de él, pero desgraciadamente mi sentido del olfato funcionaba a la perfección y de pronto sentí que nuestras manos se separaban de golpe. Čech había agarrado a Marion y la sujetaba con fuerza de las muñecas.

—¡Déjame! ¿Quién eres tú? —preguntó Marion enfadada sin un ápice de temor.

Él la miró perplejo de arriba abajo. Su aspecto era mucho más sereno

y maduro de lo que recordaba, tal vez se lo confería el tono gris de su pelo, que le llegaba a la altura del cuello, pero su mirada seguía siendo tan gélida como el hielo y físicamente parecía estar en muy buena forma.

—¿No me reconoces? Siempre pensé que te darías cuenta. Soy Alexej Čech, tu padre, tú eres sangre de mi sangre —le habló en checo y por supuesto Marion lo entendió perfectamente.

\*\*\*\*\*

Marion se fijó mejor en él, sabía que no mentía, puesto que reconocía ese aroma ya que formaba parte de ella, y se perdió en esos ojos azules y fríos transportándose en el tiempo. La imagen que le llegó era de él y su madre cuando eran muy jóvenes. Su madre no parecía nada contenta de verle, incluso podría decirse que discutían. Alexej apartó la mirada y Marion no pudo seguir profundizando en aquella historia, pero ahora ya sabía que, sin duda alguna, era su padre, pero también era consciente de que nunca habían estado enamorados el uno del otro. Pero entonces... ¿por qué la habrían tenido a ella? ¿Qué le estaba ocultado su madre además de haberle ocultado quién era su padre? Estaba demasiado enojada con su madre como para hacerle todas las preguntas que se agolpaban en su mente. ¿Por qué nunca le habló de su primer marido? ¿Por qué le hizo creer que Tom había sido su padre?

\*\*\*\*\*

—Marion..., tu padre es muy peligroso. No me separaré de ti.

Me dirigió una rápida mirada cargada de odio y volvió a fijarla en él.

—Si eres mi padre, ¿se puede saber por qué me tienes agarrada de esa manera? ¡Suéltame! —exigió Marion.

—Lo siento hija, pero no pienso soltarte, tú te vienes conmigo.

Al comprender que su padre no estaba bien de la cabeza, Marion intentó darle una patada, pero Alexej la esquivó sin problemas, asestándole un golpe seco pero estudiado en la nuca, un golpe que solo una persona adiestrada como él podría dar, haciendo que Marion perdiera el conocimiento en ese mismo instante, pero por lo menos Alexej no dejó que se cayera al suelo. La recogió como si fuera un saco de patatas y se la cargó al hombro.

Alexej se alejó en dirección contraria a la casa y yo decidí seguirlos, no debía perder el tiempo en buscar ayuda, si lo hacía, podría perder el rastro de mi hija y sería muy grave dejarla a solas con su padre. Además, sabía que Edmund nos encontraría, al menos encontraría a Marion; si me mantenía oculta yo sería inaccesible incluso para un rastreador como él.

—Luego volveré a por tu madre, oigo ruidos y creo que te están buscando —comentó Alexej como si Marion pudiera oírle.

¿A por mí? ¿Qué estaría buscando en realidad? ¿Es que acaso querría matarnos a las dos?

\*\*\*\*\*

Unos minutos antes, Álvaro había comenzado a gritar como si alguien le estuviera clavando un cuchillo en la pierna. Se había sentado de golpe sobre un banco del jardín y se inclinaba hacia adelante sin dejar de agarrarse del muslo. Todos acudieron en su ayuda, aunque la primera en llegar había sido Anna, puesto que estaba a su lado cuando había comenzado a gritar.

—¿Qué te pasa, Álvaro? —preguntó ella preocupada.

Álvaro no podía contestar, el dolor era insoportable. Eugène era el único que sabía lo que le sucedía, podía escuchar su pensamiento.

—Es la pierna, donde le arañó esa criatura el otro día, le duele muchísimo —Eugène buscó a su padre con la mirada, aunque Émile, que ya

se había percatado de lo que sucedía, estaba yendo hacia ellos.

Val también se había acercado para comprobar si, con su habilidad de sanadora, podría reducir su dolor, pero por más que colocaba sus manos sobre su muslo, Álvaro no había dejado de gritar. Incluso llegó a pensar que había perdido su habilidad, tampoco había podido salvar a Perun.

*—Él está aquí cerca. Quiere que le lleve a Antonie a la verja de fuera. Pero yo no sé dónde está Antonie, ha salido con Marion. Tengo que obedecerle, si no, me romperá la pierna.* —Al escuchar el pensamiento de Álvaro, Eugène sintió un escalofrío de miedo.

—Marion y Antonie están en peligro —anunció Eugène—. La criatura que atacó a Álvaro está ahí fuera.

Edmund, Hans y Miguel se levantaron al mismo tiempo. Eugène, sin embargo, no dejó que Miguel se uniera a las criaturas.

—Será mejor que te quedes —le dijo poniendo su mano sobre su hombro—. Es peligroso para ti.

—¡Mi mujer está en peligro! —exclamó contrariado Miguel.

—Lo sé, pero no dejaremos que le pase nada —añadió Eugène.

—Quiero ir a ayudar —exclamó Cristina.

—Sí, puedes ir con ellos —asintió Eugène, la fuerza de Cristina podría ser de gran ayuda.

Eugène vio por el rabillo del ojo que el profesor Miró había salido detrás de Cristina y de los demás y se alegró por ello.

—Papá... ¿crees que esa cosa ha podido transmitirle a Álvaro algo a través del araño? ¿Es posible que le controle la mente? —preguntó Eugène al cabeza de familia.



—Sí, es justo lo que estaba pensando. En realidad, la fiebre que ha tenido, todo, es demasiado parecido a lo que nos sucedió a tu madre y a mí cuando nos convertimos en gatos.

—*No puedo llevaros hasta él, no me lo permite, como no le obedezca pronto, me partirá la pierna en dos* —Álvaro seguía dando rienda suelta a sus pensamientos, lo cual le resultaba de mucha utilidad a Eugène.

—Álvaro... —le puso la mano sobre el hombro—, tranquilo, no dejaré que te haga daño. Levántate e intenta moverte. Quizá de esa manera él piense que le estás obedeciendo —propuso Eugène.

Al escuchar a Eugène, Álvaro se puso en pie a duras penas e intentó caminar hasta la puerta del jardín. El dolor remitió un poco, pero solo en una milésima parte.

—No puedo llevaros hasta él, se dará cuenta —comentó atormentado Álvaro—. ¡Dios, qué dolor más insoportable! ¿Por qué me está pasando esto?

—Es la criatura que te arañó, te está controlando la mente, Álvaro —le explicó Eugène.

Álvaro le miró consternado y vio cómo Anna se acercaba a él llena de preocupación. Le agarró por la cintura dispuesta a ayudarlo a caminar y después, cariñosamente, colocó su otra mano sobre su muslo, como si con su contacto pudiera curarlo. Para su sorpresa, el rostro de Álvaro dejó de contraerse y la miró asombrado.

—No quites tus manos de ahí, Anna —le pidió Álvaro—. Tú..., tú, con tu tacto, deja de dolerme.

—¿También te deja de controlar la mente, Álvaro? —preguntó curioso Eugène.

—Es posible, sí. Déjame comprobarlo —repuso y volvió a sentarse en

el banco del jardín sin apartar la mano de Anna, que seguía en contacto con su muslo—. Sí, creo que funciona, es como si no pudiera acceder a mí si te tengo cerca, Anna.

Anna sonrió complacida y Álvaro comenzó a respirar a un ritmo más normal. Desde que Anna había puesto sus manos sobre la herida. Álvaro sentía la mente más despejada, como si antes alguien hubiera estado metiéndose en ella, mandándole órdenes, como si algo le impidiera moverse libremente, decidir libremente, como si esa criatura que le había atacado pudiera matarlo en cualquier momento si así lo deseaba o en caso de desobedecerle. Era una sensación horrible, pero Anna lo había parado.

—Parece que Anna es el antídoto para tu herida. ¿Puedes llevarnos hasta esa criatura, Álvaro? ¿Puedes hacerlo ahora? —preguntó Eugène.

—Sí, puedo hacerlo, siempre y cuando Anna no se separe de mí. ¿Te importa Anna?

—No, claro que no —contestó rauda y veloz.

—Por favor, Eugène, cuida de mis chicas, te lo pido por favor, ahora tienes a toda mi familia en tus manos —le imploró Miguel.

—Por supuesto que lo haré, y Hans también.

—Papá, voy con vosotros —intervino Val decidida.

—Está bien.

—Esperad..., se han ido, él ha visto que no podía obligarme a hacer nada y se ha ido. Se ha llevado a Marion con él —comentó Álvaro mirándonos a todos.

—¿Cómo? —preguntó con suma preocupación Miguel.

—Quiere conseguir a su familia, a Marion y a Antonie y no se irá

hasta conseguirlo. Pero Antonie...

—¿Su familia? —Miguel estaba realmente confuso.

Justo en ese momento, el primer batallón que había ido en busca de Marion y Antonie, entró en el recinto. Volvían frustrados, desilusionados y muy preocupados.

—No puedo seguirles el rastro, me pregunto por qué —comentó Edmund angustiado.

—Quizá sea porque Antonie ha usado su habilidad de camaleón —comentó Val.

—¡Por supuesto! Tiene todo el sentido. Sí, seguro que lo ha usado, pero ¿con qué fin?

—Tal vez para seguirles sin ser vista, pero la cuestión es quién es esa criatura que se ha llevado a Marion y que tiene acceso a la mente de Álvaro —repuso Val.

—¡Oh, Dios mío! Creo que sé quién puede ser. ¡Es Čech! —exclamó Edmund mirando a las únicas personas allí presentes que conocían ese nombre, Val y Hans. Los tres se estremecieron al recordar ese nombre.

## **-15. Helena. Los disparos.**

*Meyrargues, 26 de agosto 1925*

—Estoy bien, por favor, profesor, ocúpate de mi hermana, ella está mucho peor que yo —dijo Eugène intentando alejar al profesor Miró y a su aguja de su ceja.

—Tengo que terminar de coserte la herida.

—¿Para qué molestarse? Lo mejor será que venga Edmund y me cure —añadió Eugène.

—¡Claro! ¡Qué gran idea! Te recuerdo que os han visto Dominique y su familia. ¿Qué les diremos cuando salgáis de aquí sin ninguna marca y ni un solo rasguño? ¿Que tu hermano es un gato sanador y que hace milagros?

Eugène bajó la vista al darse cuenta de que el profesor Miró tenía razón y había dicho una estupidez. Sin embargo, Edmund sí había ido para intentar curar a Helena, aunque sin resultado.

—Y en cuanto a Helena... —dijo el profesor apesadumbrado, mirando hacia la cama donde estaba tumbada—. No puedo hacer nada más por ella, salvo esperar a que despierte.

—Lo hará, se despertará. ¿Saben que eres médico? —preguntó Eugène refiriéndose obviamente a la familia de Dominique.

—No, le he dicho al señor Marchant que mi padre sí lo era y que tengo conocimientos suficientes para ocuparme de vosotros. Me ha creído y por eso no ha llamado al médico. ¿Qué ha pasado ahí fuera? ¿Os habéis peleado por esa preciosidad rubia?

Eugène asintió, aunque no le explicó nada, no parecía proclive a

contarle lo que había sucedido.

—Me lo puedo imaginar..., Claude ha seducido a tu prometida.

—¿Cómo sabes que es mi prometida?

—¡Vamos, Eugène! —exclamó sonriendo—, es obvio. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a casarte con ella?

Eugène se levantó, el profesor había terminado y él no quería seguir con esa conversación.

—No, no pienso casarme con una mujer que cae ante los encantos de mi hermano.

—Oh, pero no es culpa suya, Eugène, seguramente no haya podido evitarlo.

—Es posible, es posible evitarlo.

Aunque solo si los sentimientos de la mujer son lo suficientemente fuertes, estaba convencido de ello. Salió de la habitación, no sin antes acercarse para comprobar cómo estaba su hermana. Le acarició el rostro con suavidad. Esperaba que a ella le fuera bien con su caballero, se lo merecía.

Un segundo después, Dominique entró en el dormitorio y le entregó al profesor su maletín; en realidad el profesor lo había usado como una excusa para separarle durante unos minutos de Helena y poder hablar a solas con Eugène. Dominique volvió a colocarse en el lugar donde había estado durante las últimas horas, junto a Helena.

—¿Sabe tu padre lo de tu compromiso? —le preguntó el profesor sin rodeos.

—¿Cómo lo ha sabido, señor Chardin?

—Bueno..., solo hay que ver cómo la miras. Y ese anillo que lleva en

la mano no estaba ayer cuando la vi en la fiesta.

—Es usted muy observador. Sí, es cierto, le he pedido que se case conmigo y he tenido la suerte de que me ha aceptado.

—No sé hasta qué punto los padres de Helena estarán contentos.

Dominique le miró sorprendido.

—¿Les conoces?

—Sí, sus padres son amigos míos desde hace tiempo. Y tu padre tampoco creo que se alegre mucho.

—Cuento con ello.

—Pero aun así lo vas a hacer, ¿no?

—Sí, por supuesto. Nadie va a detenerme.

El profesor se rio con ganas.

—¡Así me gusta, muchacho! —exclamó apoyando la mano en su hombro—. Será mejor que vaya a ver a mis otros pacientes. ¿Puedes cuidar de ella mientras tanto?

Dominique le hizo una mueca como dándole a entender que no hacía falta que se lo pidiera y el profesor salió rumbo a la habitación de al lado. No había tenido más remedio que separar a los dos heridos, no quería correr el riesgo de tener que volver a coser las heridas de ambos hermanos, e intuía que, si estuvieran juntos, volverían a pegarse. Además, esos chicos habían peleado como auténticos salvajes y en cierta forma fue una suerte que Helena, con su desafortunada caída, hubiera impedido que Dominique presenciara la pelea y se diera cuenta de que no eran humanos normales y corrientes.

—Helena..., espero que te despiertes pronto. Acabamos de comenzar

nuestra vida juntos y no pienso dejar que te mueras, ¿me entiendes? — susurró Dominique a su prometida, aprovechando que estaban solos, y después le acarició la mejilla.

Estaba tan fría que le colocó una manta, a pesar de que estaban en pleno agosto y hacía un calor insoportable. Unos segundos después, Helena se agitó en sueños por primera vez y Dominique casi se muere del susto cuando Helena se incorporó de golpe respirando muy fuerte, como si se estuviera ahogando.

—¿Estás bien, Helena? —preguntó Dominique sobresaltado a la par de agradecido de que hubiera recobrado la consciencia.

\*\*\*\*

Había tenido una pesadilla horrible donde un perro enorme me perseguía en la nieve; había corrido tanto intentando huir de él y había sentido tanto frío, que había llegado un punto en que me había dado por vencida, casi deseando la muerte. De hecho, el mordisco que me dio en cuanto caí al suelo rendida había sido sin duda mortal, directo al cuello, como si su única intención hubiera sido acabar conmigo. Después de eso, un frío helador se fue colando por mis huesos, haciéndose cada vez más y más intenso hasta que llegó un momento en que noté que me faltaba el aire, no podía respirar, algo me lo impedía. Por suerte, había sido todo un mal sueño y ya había despertado.

No tardé en darme cuenta de dónde estaba, a salvo en casa de Dominique, quien me dedicaba una mirada feliz a la vez que preocupada. Aunque había algo que no entendía, ¿qué hacía en una cama?

—¡Helena! ¡Qué bien que te has despertado! ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llame al señor Chardin?

—No, estoy bien. Es que había tenido una pesadilla en la que me ahogaba, pero estoy bien. ¿Qué hago en la cama?

—¿No te acuerdas? Te caíste cuando íbamos a buscar a tus hermanos, te diste un golpe en la cabeza con una piedra. Pensaba que..., te iba a perder.

—Oh, no, tengo la cabeza muy dura. No es la primera vez que me doy un golpe en la cabeza.

—Ya..., me temo que eres muy valiente, pero un poco patosa.

¿Patoso yo? Aunque era cierto que esa vez había tropezado de verdad.

—¿Mis hermanos? ¿Están bien?

—Sí, los separaron entre Edmund y el señor Chardin, él les ha curado o está en ello. Helena... —dijo tomando su mano entre las suyas—. ¿De verdad estás bien? ¿No te duele la cabeza?

—No, te lo prometo.

—Entonces, ¿te ves con fuerzas para contarles a mis padres lo de nuestro compromiso? Después de pensar que te podía perder, no pienso dejarlo para otro día.

Me miraba de una forma tan tierna y llena de preocupación que le sonreí.

—Sí, lo haremos, yo tampoco quiero esperar. Pero, ¿dónde viviremos cuando nos casemos?

—Aquí, por supuesto.

—¿Aquí? ¿Con tus padres?

Dominique asintió y se quedó preocupado cuando la sonrisa de mi boca se borró de repente.



—¿No te gusta la idea? —preguntó visiblemente preocupado.

—Sí, me gusta mucho, esto es muy bonito también, y tienes un bosque rodeando la casa, eso me encanta, pero..., pensé que viviríamos solos, o incluso que nos iríamos en busca de tu sueño.

—¿En busca de mi sueño?

—Sí, a viajar por otros lugares, quizá hasta el Amazonas, a descubrir otras formas de vida.

—Eso sería un sueño.

—Y podríamos hacerlo.

—Ojalá Helena, pero no podemos vivir del aire.

—Yo no pido demasiado, Dominique. Me bastaría con vivir contigo.

Me sonrió.

—Eres encantadora y la mujer más valiente que he conocido. Te quiero, Helena, te quiero por decirme todas estas cosas, pero mi deber es quedarme aquí, con la familia.

A pesar de que aquella vida no le hacía feliz (a mí no me engañaba), sabía que diría algo así. Sentía una responsabilidad muy fuerte hacia su familia. A mí también me daría pena separarme de la mía, pero debíamos intentar perseguir nuestros sueños ahora que teníamos toda la vida por delante.

—De acuerdo, pero prométeme una cosa. Si no somos felices después de un año, ¿me prometes que cambiaremos de vida?

—Sí, te lo prometo.

—De acuerdo, ah, y otra cosa, me gustaría seguir enseñando.

—Si te hace feliz...

Dominique sabía que a sus padres no les gustaría que su esposa trabajara, pero tendrían que aguantarse, porque Helena no parecía el tipo de mujer que se quedaba sentada esperando a que su marido volviera de trabajar. Lo sabía, lo supo en cuanto la vio colgando los manojos de lavanda en aquella cuerda y más todavía cuando se enteró de que era maestra y de que sus alumnos la adoraban. Además, en realidad se había enamorado de su fortaleza, de su independencia, de su valentía, la quería a ella tal cual era y no quería que cambiara. También se había enamorado de ella a través de los ojos de sus hermanos, todos la adoraban y se sentían orgullosos de ella, al igual que sus padres. Le gustaba la familia Chatte y lo unidos que estaban. En cierta forma él quería formar con Helena una familia tan unida como la de ella.

Al oír unos golpes en la puerta, Dominique soltó rápidamente mi mano, aunque no hubiera hecho falta, tan solo era Sophie, pero claro, él no lo sabía.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella desde el otro lado.

—Entra Sophie —la animé. Por el aspecto que tenía, deduje que había llorado bastante.

—Iré a buscar al señor Chardin —comentó Dominique muy hábilmente, dándose cuenta de que Sophie necesitaba hablar conmigo sobre lo sucedido, pero al mismo tiempo dudando sobre si debía irse.

—Estoy bien, Dominique, voy a levantarme.

—¡No! Espera a que vuelva con el señor Chardin —después clavó su mirada en mi compañera—. Sophie..., no dejes que se levante, por favor —y desapareció de nuestra vista.

—Ya has oído, quédate sentada, por favor... —me suplicó y me dejó caer hacia atrás de que me trataran como a una enferma—. Oh, Helena, no sé qué voy a hacer, lo he estropeado todo.

—¿Claude?

—Sí, no sé cómo he podido hacerle esto a Eugène.

—¿Te ha besado?

—Sí, pero no solo en los labios, Helena, ¿crees que me perdonará Eugène?

—¿Él os ha visto cuando te estaba besando...? —miré instintivamente a sus pechos y ella asintió avergonzada. —Oh, Dios mío —exclamé sin poder evitarlo.

—Yo..., estoy enamorada de Eugène.

—Pero también te gusta Claude, ¿verdad? Le deseabas...

Asintió de nuevo, Claude había caído muy bajo por hacerle algo así a la pobre Sophie, además de a su propio hermano, aunque también era posible que Sophie sintiera ya algo por Claude antes de ese día.

—¿Quieres que sea sincera? —le espeté.

—Sí, por favor.

—Conozco a Eugène..., y creo que no te perdonará. Aunque debes intentarlo, puede que esté equivocada.

Eso hizo que Sophie estallara en lágrimas.

—En realidad tienes razón, él no me perdonará. ¿Qué voy a hacer, Helena? No puedo quedarme con vosotros más tiempo. Como Eugène vuelva a dirigirme una mirada tan fría como la que me acaba de dirigir hace un rato, me moriré. No puedo soportarlo.

—Podrías irte con tu familia española. ¿Te contestaron a la carta?

—Sí, guardo aquí su respuesta. Me han pedido que vaya a vivir con ellos.

Sonreí, no porque me pareciera graciosa la situación, sino porque acababa de caer en la cuenta de que mi madre sabía que pasaría esto, por eso había insistido a Sophie en que escribiera aquella carta. Ella sabía que Eugène querría casarse con ella, que Claude la seduciría y que, llegado el momento, Sophie necesitaría un hogar donde refugiarse y comenzar una nueva vida. Mi madre supo desde el principio que Sophie no sería la mujer definitiva para Eugène. Tener una madre con la habilidad de ver el futuro daba un poco de miedo. Ahora ya sabía que, cuando mi madre se enfadaba o se mostraba contraria a una situación, era porque sabía que era definitiva. Y no se había mostrado demasiado contraria a la presencia de Sophie, no había querido profundizar en ella, ni conocerla demasiado, porque sabía que sería algo pasajero. Me preguntaba si también habría visto a Dominique en el futuro junto a mí, si él sería mi hombre definitivo, tenía que serlo.

—Creo que deberías aceptar. Te prestaremos dinero para que viajes hasta allí; además mi hermano Eugène no dejará que te vayas de cualquier manera, no es su estilo.

—¿Después de lo mal que me he portado con él?

—Quizá ya no confíe en ti, pero te aseguro que quiere lo mejor para ti. Todo irá bien, te lo prometo.

—Os echaré tanto de menos... —sollozó.

—Y yo también. Por cierto, no sé si es el mejor momento para contártelo, pero Dominique quiere anunciar esta noche nuestro compromiso.

—¡Claro que es buen momento! No te preocupes por mí, estoy muy

contenta por ti, espero que seáis muy felices —comenzó a llorar de nuevo—. Pero... ¿no te importa que no vaya a esa cena? Creo que no podría verlos a los dos juntos...

—Entiendo perfectamente que no vengas, no llores más, Sophie. — Además creía que sería mejor para evitar que mis hermanos volvieran a enfrentarse; tal vez, si ella no estaba delante, harían lo posible por comportarse civilizadamente.

—Deja que te ayude a peinarte y vestirme, por favor, de esa manera estaré entretenida y no pensaré demasiado en cómo he arruinado mi vida.

—No seas tan cruel contigo misma. Si no te casas con Eugène, es porque no tenía que ser con él. Eso significa que hay un hombre mejor esperándote.

—Si es mejor que Eugène, tiene que ser alguien maravilloso, alguien perfecto.

Estaba segura de que la madre de Dominique se había dado cuenta de que llevaba el anillo de su madre, ya que no dejaba de mirarlo. Me preguntaba qué opinaría cuando su hijo anunciara nuestro compromiso, aunque en realidad ella no me preocupaba demasiado, más bien me preocupaba su padre, no parecía nada interesado en mí ni en mis hermanos, tan solo prestaba atención al profesor Miró, con quien no dejaba de hablar; también ignoraba de igual manera a su mujer y a su hija. No parecían una familia demasiado unida. El profesor intentaba abrir las conversaciones para incluirnos a los demás, pero el padre de Dominique no dejaba de cerrarlas para seguir cuchicheando entre ellos. Era muy extraño. Pero se equivocaba si pretendía amargarme la noche, porque Dominique no parecía preocupado y no dejaba de dedicarme sonrisas deslumbrantes desde el otro lado de la mesa;

además, Claude amenizaba la conversación que manteníamos el resto de los comensales, aunque Eugène le ignoraba por completo, totalmente concentrado en la comida.

En mitad de la cena, Dominique se puso en pie y dio unos golpecitos en la copa ya vacía de vino.

—Me gustaría anunciaros algo a todos —miró a los invitados; sus padres, su hermana, el señor Chardin y su mujer, mis tres hermanos y a mí, que le sonreía para darle aliento—. Me gustaría comunicaros..., que he pedido a Helena en matrimonio y ella me ha aceptado. Sé que lo correcto hubiera sido pedirle la mano primero a su padre, pero tengo suerte de contar con la presencia de tres miembros varones de la familia Chatte que quizá puedan hablar en nombre de su padre. Me gustaría brindar con todos vosotros.

Dominique hizo una señal al mayordomo, que comenzó a servir champán en las copas. Nadie decía nada y aquello comenzó a preocuparme, ni siquiera mis hermanos, que se habían quedado de piedra, por lo menos Claude y Edmund. Cuando ya estaba a punto de levantarme para acompañar a Dominique, que era el único que se mantenía en pie, su madre se incorporó y fue hacia él, seguida de su hermana.

—Enhorabuena hijo. Soy muy feliz de que por fin hayas decidido casarte —le dio un beso en la mejilla y, justo después, me besó también.

Su hermana hizo lo propio, así como los señores Chardin, pero ni su padre ni mis hermanos habían dicho ni una sola palabra.

—Hijo..., supongo que ya lo has decidido, ¿no? —preguntó su padre después de unos minutos de silencio.

Dominique asintió con firmeza.

—En ese caso, no tengo nada que decir —se levantó de la silla y se fue del comedor, dejándonos a todos completamente descolocados, pero sobre todo a su hijo, que parecía visiblemente dolido, como si hubiera preferido que le dieran un puñetazo en el estómago antes que hacerle aquel desplante.

—Aunque soy el mayor, no puedo hablar en nombre de mis padres, supongo que tendrás que preguntarles a ellos —comenzó a decir Edmund—. Por mi parte, apoyaré lo que decidan mis padres. Eres un buen hombre, Dominique, y un buen amigo..., pero no creo que puedas hacer feliz a mi hermana —sentenció y después se levantó para desaparecer escaleras arriba.

¿Quién era él para decidir quién podía o no hacerme feliz? Sentí el impulso de salir tras él y arañarle alguna parte de su cuerpo, pero lógicamente tuve que contenerme.

Por lo menos Eugène no me defraudó, él si me dio un beso y nos felicitó a los dos, y sus palabras me llenaron de orgullo de hermana.

—Si es que sirve de algo, yo os doy mi bendición y mi apoyo en cualquier situación.

—Gracias Eugène, te lo agradezco mucho —comentó Dominique visiblemente feliz de que por lo menos alguien de la familia de su prometida estuviera de acuerdo con su boda.

Unos minutos después tan solo quedábamos nosotros dos, además de Claude y la hermana de Dominique.

—Supongo que, si os habéis quedado, es porque estáis más o menos de acuerdo —comentó Dominique algo descorazonado mirando hacia Claude y su hermana—. En ese caso..., bebamos —dijo levantando la copa de champán.

—Sí, brindemos por los futuros novios —exclamó Claude—. Yo siempre apoyaré a mi hermana, al fin y al cabo es mi melliza. ¿No lo sabías, Dominique?

Negó con la cabeza sin dejar de mirarnos en busca de algún parecido, pero por mucho que lo intentara no lo encontraría, no podría haber dos mellizos más diferentes que nosotros dos, y no solo físicamente.

Dom, como había comenzado a llamar a mi futuro marido, me había prometido que nos veríamos todas las semanas hasta que nos casáramos, y sabía que lo cumpliría. Hacía tan solo una semana que habíamos comunicado nuestro compromiso a sus padres, y aquel día era el turno de los míos. Mi padre y él se habían alejado de la casa hacia las plantaciones de lavanda. Mi intención era ir tras ellos y escuchar su conversación, pero justo cuando estaba a punto de irme, mi madre me llamó desde el laboratorio de esencias.

—Aquí estoy, mamá. ¿Qué querías? —repuse algo contrariada cuando entré un segundo después en el laboratorio.

—No quiero que te cases con ese hombre —espetó sin siquiera girarse para mirarme mientras seguía trabajando con sus esencias, como si yo no estuviera allí. No podía creer que me soltara una cosa así sin tener el valor de mirarme a los ojos.

—Mamá..., le quiero y pienso casarme con él.

—Yo también quiero que te cases, pero no con un humano —esa vez por lo menos se giró para clavarme aquella mirada gris.

—Lo siento, mamá, pero me he enamorado de un humano, no hay muchos gatos por aquí y..., él apareció y resulta que es el hombre de mi vida.

—No puede ser..., él no, no.



—¿Por qué no puede ser él?

—Porque es un problema que no sea como nosotros, ¿no lo entiendes? Solo lo hago por ti, no quiero que sufras —por fin había abandonado lo que estaba haciendo y me prestaba toda su atención.

—¿Por qué sonríes? —preguntó sin comprender.

Si mi teoría era cierta —mi madre estaba enfadada y en contra de mi matrimonio con Dom, y aquello solo podía significar una cosa: que iba a suceder, que Dom era mi hombre definitivo— tenía razones para estar feliz.

—Gracias, mamá —y me abracé a ella—. Ahora sé con seguridad que Dominique forma parte de mi futuro.

—¿Me das las gracias? ¡Si te estoy diciendo que no quiero que te cases con él! —exclamó confusa.

—Por eso, por eso sé que es el definitivo y que nadie va a impedir que nos casemos.

—No te entiendo, Helena.

—Lo sé. No todos estamos hechos para casarnos con un gato, ¿no lo habías pensado? Yo estoy hecha para un humano, para Dom.

Abandoné el laboratorio sin dejar de sonreír, sabiendo que mi madre estaba completamente confusa por mis palabras, pero ya no había nada más que hablar. Me iba a casar con él y punto.

Nunca supe qué hablaron mi padre y Dominique durante la hora que estuvieron ausentes, pero cuando llegaron parecía que se habían hecho amigos.

—Hija... —me dijo mi padre agarrándome con cariño del brazo—. Todavía tengo que hablar con tu madre... —mi madre no estaba presente,

pero sí sus oídos de gata, y mi padre debía saberlo—, pero seguro que no habrá ningún problema para que os caséis. ¿Cuándo queréis hacerlo?

Llevábamos seis meses casados. Mi padre había venido a visitarnos, decía que me echaba mucho de menos. Le entendía perfectamente, porque a pesar de que nosotros íbamos a visitarlos a Digné una vez al mes, yo también lo echaba de menos, aunque solo cuando no estaba con Dom. Mi padre había tenido suerte de haber coincidido con el profesor Miró, que venía de vez en cuando a tratar sobre negocios con mi suegro, o al menos eso decían. Después de la cena, mi padre y él se habían quedado charlando en el comedor de la casa grande, nadie podría ganar a unos gatos a trastrochar. Dom y yo nos habíamos retirado a nuestra casita, él dormía profundamente mientras yo daba vueltas en la cama incapaz de dormir.

Cuando el insomnio gatuno me importunaba, trepaba hasta el tejado y me transportaba en el tiempo a la primera noche —nuestra noche de bodas— que pasamos en aquella casita que se había convertido en nuestro pequeño hogar. Recordaba cada detalle de nuestra conversación de esa noche, cada gesto, cada caricia. Atesoraba esos momentos y siempre lo haría.

—¿Qué es este lugar, Dom? —le pregunté al entrar aquella noche.

—Oh, esto es una casa de invitados.

—Me gusta, ¿podríamos vivir aquí?

Dominique se rio.

—¿Lo dices en serio? —Me clavó una mirada incrédula—. ¡Vaya! Lo dices en serio.

¿Por qué estaba tan sorprendido?

—Me encantaría Dom, aquí tendremos privacidad y será como estar en nuestra propia casa.

—Solo hay dos habitaciones y un baño.

—¡Justo lo que necesitamos!

Me atrajo hacia él.

—Si tú me lo pidieras, viviría en el bosque, mi gatita. Con lo que, bienvenida a nuestro humilde hogar. —Me hacía gracia que me llamara precisamente así cuando todavía no le había confesado nada sobre mi naturaleza salvaje, pero decía que trepaba como una gatita, y no sabía hasta qué punto era cierto—. ¿Sabes lo que va a pasar esta noche? —me preguntó con cierta preocupación y aquello me hizo reír.

—¡Pues claro, Dom! He hablado con mi madre, y con mi padre también.

—¿Con tu padre? —exclamó sorprendido.

—Sí, me ha dado ciertos consejos.

—¿Como qué?

—Ah, no te lo puedo decir.

—No puedo creer que tu padre te haya hablado de sexo.

—Bueeeno, de sexo exactamente no, pero me ha dado consejos para no quedarme embarazada.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Dominique visiblemente enfadado, y no solo por la expresión de su rostro, sino porque se había soltado de mi cintura.

—Él lo ha hecho solo porque le da miedo perderme. Lo pasó muy mal cuando mi madre nos tuvo a nosotros, creyó que no sobreviviría... —me

acerqué a él y lo tomé de la mano—. Tú... ¿quieres tener hijos conmigo?

—¡Por supuesto, Helena! Me encantaría tener hijos contigo, pero por supuesto no quiero que mueras en el intento.

—Oh, no te preocupes, no me moriré. Además, no he hecho caso a mi padre, yo también quiero tener un hijo tuyo.

Dom me sonrió y volvió a atraerme hacia él.

—Me gusta lo que dices, pero si seguimos hablando, no vamos a tener hijos jamás. Hablando no se puede procrear.

—¿Has estado con muchas mujeres? —pregunté intentando dilatar el tiempo.

—Solo con dos, pero no estaba enamorado de ellas. En cambio tú..., me vuelves loco, tu pelo —me lo acarició mientras hablaba—, tus labios... —los repasó con sus dedos—, tu forma de mirarme, como si me atravesaras, eres fascinante. Y ahora..., señora Marchant, te deseo demasiado como para seguir hablando. Voy a quitarte el vestido, para mí sería un honor poder verte desnuda —sin embargo, no hizo ningún movimiento, como si esperase mi aprobación.

Aquello me gustó y me giré para que pudiera liberarme de los miles de botones que tenía el vestido de su madre. Ella me había pedido muy emocionada que me pusiera su vestido de novia y casi se me cae el alma a los pies cuando, una semana después de haber accedido a llevar el vestido de mi suegra, mi madre me pidió lo mismo. Se me rompió el corazón cuando le confesé que me había comprometido con la madre de Dom. Me arrepentía de no haber hablado antes con mi madre sobre el vestido o por no haber tenido el valor de pedirle disculpas a mi suegra y llevar el vestido de mi madre, que además era mucho más sencillo y moderno que el de mi suegra.

Después de haberse deshecho del vestido, me sacó la camisola por la cabeza y se quedó observándome boquiabierto.

—Oh, Helena..., Helena de Troya, todos los hombres caerían a tus pies.

—¡No digas tonterías! —exclamé avergonzada.

—Hablo muy en serio. Eres mucho más hermosa de lo que me había imaginado. ¿Te da vergüenza que te admire?

—No, en realidad no. Aunque todavía no has terminado de desnudarme —hice una mueca hacia abajo.

Él me sonrió pícaramente y me bajó la última prenda. Se quedó de rodillas y me agarró de las caderas, besándome el ombligo.

—Pelo dorado, aunque más oscuro en las profundidades. Me alegro de que no seas Helena de Troya, no podría compartirme con otro hombre, ni dejar que otros te vieran desnuda.

Se levantó y, mientras me besaba, sus manos se había apoderado de mis pechos desnudos.

—No tan rápido, Paris —dije apartándome ligeramente de él—. ¿Eres Paris o Menelao?

—Mmm, prefiero ser Paris, no era su marido, pero se quedó con ella.

—De acuerdo, pero ahora es mi turno —dije traviesa mirando hacia su ropa.

—¿Quieres desnudarme?

Asentí mientras comenzaba a desabrochar los botones de su camisa. Su pecho era fuerte y moldeado, aunque ya lo había intuido. Dom se mantenía muy callado, pero cuando mi mano se coló en su pantalón y se lo

desabroché, jadeó. Intentó dar un paso hacia mí, pero se lo impedí. Todavía no había terminado. Le bajé los calzones y me tomé mi tiempo en admirar lo bello que era. Él decía que yo era Helena de Troya, pero él por lo menos debía ser Eros, el dios del amor.

—Te deseo, Helena, déjame tocarte o..., me moriré.

Tuve ganas de reírme, pero en vez de eso, temblé de repente al darme cuenta de que Dom me iba a hacer el amor, ya había llegado el momento. El debió darse cuenta de que había cambiado de expresión.

—¿Estás asustada?

—No eres el primer hombre que veo desnudo, tengo tres hermanos, pero si es la primera vez que..., alguien me toca y... ¡Claro que tengo miedo!  
—exclamé de repente.

—Oh, Helena, deja que te acaricie.

Negué con la cabeza y volví a detenerle, apoyando mi mano en su pecho.

—Espera... —susurré poniendo una mano en su miembro completamente tenso y desesperado.

Jadeó más todavía y cerró los ojos mientras lo palpaba. Nunca había tocado uno de esos y quería hacerme a la idea, acostumbrarme, antes de que lo introdujera dentro de mí. La verdad era que su tamaño hacía que me estremeciera. ¡Aquello era enorme!

—¡Estás temblando! Deja que te acaricie, no te voy a hacer daño, te lo prometo. Lo haré muy despacio —susurró en mi oído y acto seguido me agarró con suavidad por los hombros.

—¿Lo prometes?

—Sí, te quiero Helena, nunca te voy a hacer daño ni dejaré que te lo haga nadie. Pero ahora eres mía, y llevo soñando con este momento desde que te vi en ese campo de lavanda con tu melena rubia al viento. En cuanto tu hermano Edmund dijo que no eras como las demás mujeres, que eras salvaje y que no nos llevaríamos bien, supe que tenías que ser mi mujer —dijo atrayéndome hacia él sin que yo pudiera impedirselo.

Me besó en el cuello, en el pecho, con suavidad puso sus manos sobre mi trasero y me apretó contra él. Sentí algo húmedo entre las piernas y en ese momento dejé de tener miedo.

Subida sobre el tejado caí en la cuenta de la razón de mi insomnio, todavía no le había contado a Dom lo que ya sabía desde hacía casi tres meses. Había preferido esperar un tiempo prudencial para contárselo. No era extraño que las mujeres perdieran su primer hijo, y sabía que Dom estaba deseando tener descendencia. No quería que se hiciera ilusiones para después perderlo. Pero ya habían pasado tres meses y debía contárselo. De modo que descendí del tejado y me metí de nuevo en la cama. Dom estaba sumamente calentito, adoraba aquel calor que desprendía.

Le despertaría, aunque me diera una pena horrible hacerlo, ya que estaba plácidamente dormido. Le besé, le acaricié, sin prisa, ya que sabía lo difícil que era despertarle, tenía un sueño muy profundo. Sin embargo, había una forma infalible para conseguirlo. Deslicé mi mano en sus calzones —no dormía jamás en pijama, salvo en invierno, cuando hacía mucho frío— y, a los pocos segundos, su miembro estaba tenso e hinchado y Dom, como intuía que haría, abrió los ojos.

—Helena..., eres incorregible. ¿No has tenido suficiente antes? Aunque..., ¿sabes qué? Yo nunca tengo suficiente. Me encanta que me despiertes —me rodeó con su brazo y me besó en el cuello.

—Te he despertado por otra cosa. Aunque...

—¿Por qué me has despertado? ¿Pasa algo malo? —se incorporó alarmado.

—No, no, tranquilo. No pasa nada malo. Todo lo contrario. Pasa algo muy bueno que todavía no te había contado.

—Mmm, deja que adivine. ¿Te han ampliado el horario para dar más clases? ¿Vas a dar clases de dibujo también?

—Ojalá, pero no, a la directora no le gusto demasiado, qué se le va a hacer. Pero no me puedo quejar, doy clases todos los días y adoro a mis alumnos.

—¡Vaya! Un día de estos voy a ir a hablar con esa odiosa directora, estoy seguro de que es fea y que tiene celos de ti —dijo acariciándose el pecho—. Y no me extraña que los tenga. Eres preciosa, Helena.

—La noticia en realidad es... ¿Cómo no lo has notado todavía?

Me miró confundido sin comprender por qué me enfadaba de repente.

—Tengo más pecho, no tengo el periodo desde hace tres meses... ¿y no notas mi barriga más hinchada?

Me sonrió de oreja a oreja.

—Oh, Helena, no sabes lo feliz que soy. —Y me besó con dulzura—. No me he dado cuenta de lo del periodo, pero ahora que lo dices..., no sé cómo no lo he hecho. En cuanto a tu pecho..., está más grande —aprovechó para acariciármelo—. Eso sí que lo he notado, pero pensé que era porque habías engordado algún kilo, que te sienta de maravilla, por cierto.

—¿Estás contento de verdad? —pregunté con un deje de preocupación en mi voz. ¿Y si después de todo no le apetecía tener un hijo?



Dom se incorporó y me miró muy serio.

—No sé cómo explicarte, Helena. Te amo, eres la mujer que siempre había querido tener, de hecho, eres mejor que la mujer que había soñado tener. ¿No me lo habías contado antes porque tenías miedo de perderlo y desilusionarme?

Asentí.

—Tener un hijo contigo es maravilloso, aunque si no hubiéramos podido, habría sido feliz igualmente. Con tal de estar contigo, no me importa nada más.

Me dormí en sus brazos, feliz de saber que los dos queríamos lo mismo en la vida. Aunque yo todavía no había olvidado su promesa de seguir nuestro sueño si no llegábamos a ser felices en el plazo de un año. Sin embargo, desde que Dominique me había explicado la verdadera razón que le impedía seguir su sueño, había decidido no ser tan egoísta. Era tan bueno, tan generoso, que no podía presionarle.

Durante unos meses había estado completamente equivocada, no le daba miedo enfrentarse a su padre, ni le daba apuro dejar desatendidos los asuntos familiares, ni siquiera le preocupaba no seguir la tradición familiar con respecto a su trabajo, como yo había pensado en un primer momento. No quería abandonar su hogar porque temía dejar a su padre a solas con su madre y su hermana. No es que las maltratara físicamente, pero sí lo hacía psicológicamente. Dom era el único que lo mantenía a raya, y cuando él estaba cerca, no se atrevía a dar rienda suelta a su desagradable forma de ser. Me sentía muy orgullosa de mi marido por sus nobles intenciones y por sacrificarse por su familia. Era un hombre maravilloso para quien la familia era lo más importante.

A la mañana siguiente me desperté descansada, más que en los

últimos meses, y supuse que era porque por fin había podido compartir mi secreto, aunque aún me quedaba un secreto por contarle, pero me daba miedo, mucho miedo que no me aceptara, ni a mí ni a su futuro hijo, sabiendo lo que yo era en realidad y lo que podría llegar a ser nuestro bebé. Dom no estaba en la cama, pero me había dejado una nota.

*Helena de Troya,*

*Estoy deseando que te unas a mí en el comedor para desayunar, pero no quiero despertarte, duermes tan profundamente que hasta estabas roncando (es broma, no roncas). Pero ven pronto, no sé si seré capaz de esperar mucho tiempo, estoy deseando contarles a todos la buena noticia. ¡Voy a ser padre! Bueno, tú ya lo sabes, pero me gusta decirlo, pensarlo y también escribirlo.*

*Te amo,*

*Paris, más conocido como Dom.*

Me vestí lo más rápido que pude con una sonrisa en mis labios. Dom me hacía siempre reír. Al salir de la casita capté el aroma de mi padre, le vi a lo lejos saliendo del château.

—¡Papá!

Me saludó con la mano y vino a mi encuentro

—¿Cómo estás, hija? —Me besó en la frente—. Oh..., ya veo, por fin se lo has contado a tu marido. ¡Ya era hora! Estoy deseando contárselo a tus hermanos.

Me reí.

—¿Entonces Dom se ha contenido y no ha dicho nada todavía?

—Entre tú y yo... —comentó hablando en susurros—, se lo ha

contado tan solo a su madre, que está feliz de poder ser abuela, pero todavía no lo sabe nadie más.

Fuimos caminando hacia el château, aunque de pronto algo llamó nuestra atención. El profesor Miró acababa de salir corriendo por la puerta de la casa y se dirigía hacia el bosque, pero no iba solo, detrás de él corrían dos criaturas, un perro y un gato que jamás había visto en mi vida. Pero lo más sorprendente de todo era que, unos segundos después, Dom salió corriendo tras ellos.

—¡Vamos! —exclamó mi padre agarrándome del brazo y ambos comenzamos a correr en su dirección—. Esto no me gusta.

—*¿Sabes quiénes son?*

—*No exactamente, pero me lo puedo imaginar.*

—*¿Son peligrosos?*

—*Sí, muy peligrosos.*

Cada vez íbamos más rápido, sin embargo nos llevaban ventaja. Me sorprendió descubrir que Dom corría casi igual de rápido que una criatura.

—*¡Papá! El hombre perro lleva un arma.*

—*Lo he visto, hija. Aunque no creo que la use, quieren al profesor vivo.*

—*¿Para qué?*

—*Es una larga historia.*

Aceleramos el paso. El corazón me latía cada vez con más fuerza porque podía imaginarme que Dom estaba involucrado en aquello por casualidad, y no tenía ni la menor idea de dónde se estaba metiendo, aquello eran asuntos de criaturas y podría ser muy peligroso para él, un simple

humano. ¡Por qué demonios no se habría quedado en la casa! Él no era consciente de lo peligrosas que podían ser las criaturas y más todavía los perros, de hecho no sabía ni de nuestra existencia. Eran más fuertes que nosotros, era una cuestión física e irremediable.

Mi padre y yo redujimos la marcha al comprender que prácticamente tenían a profesor rodeado, aunque por lo menos estaba en lo alto de un gran tilo.

—Profesor..., baje del árbol, sabe perfectamente que no nos iremos sin usted —le dijo el gato mirándole con burla desde abajo. Él podría subir a por él, sería cuestión de unos segundos que lo atraparan.

El hombre perro se había girado al sentir a Dom a sus espaldas y nos dejó a todos temblando cuando le apuntó con el arma.

—¡Dios mío! —gritó mi padre, esta vez en voz alta, no en mi pensamiento—. Me había equivocado, Helena.

No tardé en entender su comentario, en realidad no hacía falta leerle la mente para saber que ese hombre pensaba disparar a Dom, pero lo que nadie sabía era que yo no iba a permitirlo. Aceleré el paso y me abalancé sobre mi marido justo cuando se oyó el disparo.

\*\*\*\*\*

Émile quería comprobar si su hija estaba bien —no podía acceder a su pensamiento y aquello no le gustaba, tan solo oía el de Dominique, quien no parecía muy seguro de a quién había alcanzado el disparo—, pero primero tendría que hacerse con el arma. De modo que no lo dudó ni un segundo, se abalanzó sobre el hombre perro que acababa de disparar, quien todavía seguía aturdido mirando hacia Helena y Dominique, sin saber a cuál de los dos había alcanzado. Émile no tardó en hacerse con el arma y apuntar a ambas

criaturas. El profesor Miró aprovechó la oportunidad para descender del árbol.

Dominique apartó a su mujer de su lado con suavidad lleno de temor, ambos estaban empapados en sangre y necesitaba averiguar a quién pertenecía. Rezó para que fuera suya y no de Helena. *Por favor, que sea mía, por favor.* Sin embargo, cuando la miró, supo que nadie había oído sus plegarias. Helena yacía inerte a su lado con un disparo mortal en el cuello. Había perdido a su mujer así como a su hijo, porque ella había decidido salvarle la vida a él. Pero... ¿por qué? Él no quería vivir sin ella, su vida no significaba nada sin Helena. Tuvo que contener las lágrimas, porque en ese momento lo único que calmaría su rabia sería matar al culpable de la muerte de su familia.

Sin siquiera haberlo meditado, se abalanzó sobre el arma que sostenía Émile y disparó a ese odioso hombre que de nada conocía. Su compañero, al comprender lo que sucedería después, se tiró encima de él. Ambos rodaron por el suelo y forcejearon durante unos minutos, hasta que Dom gritó al sentir cómo aquel hombre le arañaba la espalda como si fuera un tigre; después de eso, se oyeron dos disparos.

Émile y el profesor se acercaron a ellos y levantaron el cuerpo sin vida de aquel gato, pero tan solo para descubrir que se habían disparado mutuamente, o quizá Dominique se había quitado la vida después de saber que Helena estaba muerta, no estaban seguros de lo que había sucedido.

Émile cayó de rodillas junto al cuerpo sin vida de su hija y creyó morir cuando se dio cuenta de que, después de todo, Irina había tenido razón desde hacía veintidós años, Helena no formaría parte de su futuro y ese pobre chico tampoco.

—Profesor..., por favor, lleva el cuerpo de Dominique a sus padres.

—Su padre está implicado.

—¿Cómo?

—Sí..., él ha traído a estos dos —dijo señalando los cuerpos sin vida de las dos criaturas—. Mi mujer los ha reconocido, uno de ellos fue el que le cortó el brazo. Ellos sabían que yo estaría aquí, han venido a por mí y el padre de Dominique ha sido el culpable de todo esto.

—Luego veremos qué hacemos con el señor Marchant. Por ahora, lleva el cuerpo de Dominique a su madre. Explícales lo que se te ocurra. Diles que Helena está herida. Luego vendremos a enterrarlos —dijo refiriéndose a las dos criaturas.

—¿Herida? —preguntó sorprendido el profesor—, pero si tu hija está completamente...

—Mi hija no está muerta; por favor, haz lo que te he pedido. Yo llevaré a Helena a su casita y la curaré.

El profesor pensó que su amigo había perdido la cabeza por completo —el corazón de Helena no latía y ambos lo sabían— y decidió que avisaría a Irina, su marido no estaba en su sano juicio, aunque le comprendía, lo que había sucedido era horrible y todo había sido por su culpa. Si se hubiera dejado apresar, nadie habría muerto.

## **-16. Hans. Las mujeres de mi vida.**

Marion se despertó con un horrible dolor de cabeza, le zumbaban los oídos. Desconocía dónde se encontraba, pero sabía que no estaba donde debería. Por lo visto iba en un coche y no recordaba haberse metido en ninguno. Antes de incorporarse, inspiró para captar los olores: un humano conducía el coche y... ¡Oh, Dios! Al captar aquel horrible hedor, comprendió que el hombre-lobo que parecía ser su padre se la había llevado a la fuerza. Sintió cómo la ira ascendía desde su estómago hasta sus mejillas en forma de calor. ¡Su madre! ¿Cómo podía haberle hecho algo así? Intentó incorporarse y en ese momento cayó en la cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda.

Marion casi pega un brinco al oír la voz de su madre, como un susurro en su oído.

—Hija, siento mucho lo que ha pasado. No hables, se supone que solo tú puedes escucharme y verme. Ellos no pueden y no deben saber que estoy aquí.

En ese momento la vio, sentada a su lado y clavándole una mirada de arrepentimiento. Era muy extraño, porque no la había visto ni oído hasta que le había hablado, aquella habilidad de camaleón que le había confesado su madre que tenía era algo muy peculiar. Aunque, al recordar que nunca le había hablado de ello, se enfadó más todavía; le hubiera gustado salir corriendo, pero para su desgracia estaba atrapada en aquel coche. Ardía en deseos de echarle en cara a su madre lo decepcionada que estaba y dejarle claro que no quería volver a saber nada de ella ni de su nuevo novio, sin embargo no lo hizo. Su madre tenía razón, ellos no debían saber que ella

estaba allí, tan solo empeoraría las cosas, de modo que reprimió las ganas de discutir y guardó en su mente todas las frases recriminatorias que se habían formado en su cabeza en cuestión de segundos.

—¿Por qué razón estoy atada? —preguntó Marion dirigiéndose a su padre.

—Ah, estás despierta —comentó su padre mirándola con cierto desinterés—. Es más seguro para ti.

—¿Más seguro para mí? ¿Qué es lo que pretendes?

—Verás..., llevo buscándote a ti y a tu madre desde que estabas en la tripa de ella, pero no sé por qué, a pesar de ser un buen rastreador, no os he encontrado en todos estos años. Pero sabía que era cuestión de tiempo, solo tenía que venir de vez en cuando a esta zona de Francia y perseguir a ese señor Chatte, el hijo, para llegar a vosotras. Tengo que reconocer que he tardado demasiado, pero no importa, en cuanto consiga a tu madre, estaremos la manada completa.

—¿La manada? —preguntó sin comprender y sintiendo un desagradable escalofrío.

—Sí, tu madre, tú y yo. Por fin juntos.

Marion se alegraba de que ese hombre no contara con el resto de la familia como parte de la manada, por lo menos sus dos hijos estaban fuera de aquella denominación, pero definitivamente aquel hombre estaba loco de remate y Marion sintió, casi por primera vez en su vida, algo parecido al miedo; y era extraño, porque ella no se asustaba fácilmente. No pudo evitar mirar hacia su madre, quien había palidecido de repente.

—Por lo que veo, tu madre no te ha hablado de mí, pero no importa, yo te explicaré lo básico. Tu madre y yo no compartimos ninguna historia de



amor, siento desilusionarte si eso era lo que esperabas oír. Su padre, es decir, tu abuelo, era mi superior en la base militar donde trabajaba, pero educó a su hija, para mi gusto como si fuera un chico, era una niña desobediente, consentida y altiva, pero, tengo que reconocer, que era la mujer más bonita del pueblo.

Marion miró de reojo a su madre. Estaba clarísimo que su madre estaba cada vez más enfadada, y prueba de ello era el calor que despedía su cuerpo y esa mirada de odio que le estaba clavando a su padre. Su habilidad debía ser muy potente, porque cualquier criatura sentiría en su nuca ese tipo de mirada, y sin embargo Alexej parecía completamente ajeno.

—En realidad, soñaba con poseerla desde la primera vez que la vi, pero no se me presentó ninguna oportunidad hasta esa noche, cuando la encontré medio enferma en el pabellón... Yo estaba un poco enloquecido, acababa de convertirme en lobo y ese olor, el olor de tu madre, me volvió completamente loco. Sabía que ella se estaba convirtiendo en perro. Tenía un mordisco en el cuello, igual que yo. Cuando me abalancé sobre ella, ya había perdido el conocimiento. Oh, qué recuerdos, me hubiera gustado volver a poseerla, pero después de eso tuve que esconderme. Además, apareció ese maldito hombre, en aquel entonces se llamaba Iván, ahora sé que es ese Chatte, él la protegía, aunque yo no tenía miedo de un simple gato.

Marion no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Aquel odioso hombre había violado a su madre? ¿Ella era fruto de una violación? Se sintió horrorizada, aunque no tanto por ella misma, sino por su madre, una madre a la que, por lo visto, apenas conocía. Ella permanecía completamente quieta y tenía la mirada perdida, estaba en tensión, sus manos apretadas sobre sus muslos con los puños cerrados, como si estuviera preparándose para darle un puñetazo a ese hombre. A medida que Alexej hablaba, Marion fue comprendiendo la razón por la que su madre no le había hablado nunca de su

pasado, debía ser muy doloroso para ella revivir todo aquello, quizá había querido olvidarlo por completo, quizá no había querido confesarle qué tipo de padre tenía realmente.

—...Ivan era un espía. Lo supe unos días después del encuentro con tu madre. ¡Era un maldito espía francés! Y el padre de Antonie lo estaba permitiendo, le permitía acceso a toda la información confidencial de la base. Tu abuelo era un traidor a su patria y tu madre también. ¡Se casó con el espía! ¿No lo entiendes? Tuve que matarlos a los dos, además tu abuelo me encontró y sabía que venía a matarme. Quería vengarse por haber deshonrado a su hija. ¡Deshonrado! A ella le gustó, aunque estuviera inconsciente sé que le gustó, estaba húmeda y no me costó nada penetrarla. ¡Dios, cómo me hubiera gustado que estuviera despierta para ver su cara de pavor mientras se lo hacía! Pero no hubo manera, estaba completamente febril, podría haberla matado y ni se hubiera enterado.

Marion supo que su madre iba a golpear a su padre —por otro lado con toda la razón el mundo— y le agarró la mano antes de que llegara a su destino, y no porque quisiera salvar a aquel hombre, sino porque estaba de acuerdo con su madre en que él no debía saber que Marion no se encontraba sola.

Cuando consiguió abrir el puño cerrado de su madre y meter su mano dentro de la suya, Antonie pareció volver a la realidad y la miró. Aún parecía estar algo ausente, pero a los pocos segundos le sonrió débilmente. Marion le devolvió la sonrisa. Se sorprendió a sí misma por sentir el impulso de abrazar a aquella mujer que tanto había sufrido y asegurarle que entendía por qué no le había hablado de su pasado, pero no podía, no en ese momento, su padre continuaba hablando.

—Tendría que haberla matado, pero fue mejor que no lo hiciera, si no

ahora no tendría a nadie con quien compartir el resto de mi vida. Ahora por lo menos tengo una manada, y pienso pelear por ella, por ti y por Antonie. En cuanto a ese marido suyo..., pensé que le había matado, pero no rematé bien a ese maldito gato. Aunque después decidí que me convenía que siguiera vivo, él sería el que me llevaría hasta vosotras. El otro día, cuando le vi junto a tu madre aquí, en Digné, creí que estaba soñando. Todos estos años de espera habían resultado provechosos después de todo. Les oí hablar de una boda y les oí decir que tú estarías aquí. Les seguí también a esa otra casa, en Meyrargues, quería olerte, verte, pero no estabas allí.

—Hija, tenemos que escapar, tu padre es muy peligroso. Es un asesino..., ya lo has oído.

Marion asintió sin mover la cabeza, lo hizo apretándole la mano. Tenía razón, su padre no solo era muy peligroso, sino que estaba mal de la cabeza.

—De cualquier manera, estoy segura de que Iván..., quiero decir, Edmund, vendrá a buscarnos. Es un buen rastreador —añadió su madre.

\*\*\*\*\*

Nos habíamos distribuido en dos coches para ir a rescatar a mi madre y a mi abuela. Al final no tuvimos más remedio que dejar que mi padre nos acompañara, porque estaba demasiado nervioso y se negaba a quedarse esperando mientras su familia estaba en peligro. Iba en el otro coche junto con Álvaro, Anna y Edmund. Yo iba acompañado de Eugène y Val. No me gustaba la idea de que Anna viniera con nosotros, me preocupaba que le sucediera algo, y esa era una de las razones por las que habíamos traído a Val, por su poder de sanadora. Por supuesto, tampoco me hacía gracia que ella nos acompañara, me preocupaba tener que proteger a tantas personas al mismo tiempo; no solo a las mujeres de mi vida, Val, Anna, mi madre y mi

abuela, sino también a mi padre, quien estaría en desventaja por ser un simple humano.

Mi madre no solía necesitar que nadie la protegiera, era valiente y fuerte, sin embargo, yo sabía muy bien que Čech no era cualquier criatura, era algo desconocido para nosotros. Los únicos que éramos conscientes de lo peligroso que podría resultar aquel hombre éramos Val, Edmund, mi propia abuela y yo. Estaba seguro de que su fuerza sería muy superior a la de un perro, pero él no sabía que mi habilidad residía precisamente en la fuerza.

Lo peor de todo era no conocer las intenciones de aquel hombre; no quería matarlas, si no, ya lo habría hecho, y sabíamos que seguían vivas, al menos mi madre lo estaba. Después de todo, resultaba muy útil que a Álvaro le hubiera arañado aquel lobo y tuviera una conexión con él, si no el rescate se habría complicado todavía más. Nuestro mejor rastreador, Edmund, decía que no captaba nada, ese poder de camaleón de mi abuela era demasiado potente y le impedía a Edmund poder seguir su rastro. De modo que nuestra única esperanza era Álvaro y, aunque no se lo había confesado, ni pensaba hacerlo, le agradecía que estuviera cooperando para recuperar a mi madre y a mi abuela. Por eso no podía quejarme demasiado de que Anna estuviera literalmente pegada a él, tenía que estar en constante contacto con su pierna para que Álvaro no sintiera tanto dolor y pudiera concentrarse en seguirles el rastro.

—No te preocupes, las encontraremos —me susurró Val al mismo tiempo que ponía la mano sobre mi tenso muslo, todo mi cuerpo estaba en tensión.

Aún seguía dándole vueltas a qué sería aquello que Val no podía contarme. La había notado muy extraña desde la noche en que esa criatura atacó a Álvaro. La encontraba muy a menudo mirándome con cierta tristeza.

No tenía ninguna experiencia, pero me parecía que una futura novia no debería tener esa mirada perdida y triste unos días antes de su boda, de modo que la noche anterior había tenido una conversación privada con ella, sin necesidad de usar nuestro diálogo de criaturas. Le había propuesto ir a dar un paseo por Digné y por fin estábamos a solas, en una casa llena de invitados era complicado conseguir un poco de intimidad.

—Val, ¿te pasa algo?

La sola idea de que hubiera cambiado de opinión y que después de todo no quisiera casarse conmigo me atormentaba.

—No me pasa nada, estoy bien —repuso sonriéndome.

Pero había algo debajo de esa sonrisa, no podía engañarme.

—*My kitten...* —Paré en mitad de las escaleras—. Quiero que nuestra relación sea sincera desde el principio, por favor, dime qué te preocupa.

Apartó la mirada de mí y la clavó en el paisaje que teníamos delante de nosotros, la vista panorámica de Digné, las casas y edificios apelotonados y rodeados de colinas verdes y grandes riscos de piedras, era asombrosa.

—¿Quizá ya no quieres casarte conmigo? —Necesitaba saberlo.

Val se giró para dedicarme una mirada de asombro.

—¡Claro que quiero casarme contigo! Más que nada en el mundo... —Después hizo una pausa y volvió a mirarme, parecía ligeramente atormentada—. ¿Y si te dijera que no puedo hablarte sobre lo que me preocupa?

—¿Lo que no puedes contarme afecta a nuestra relación?

—Quizá a la larga, pero no por ahora.

—Eso no es muy alentador, Val.

—Lo sé, pero..., es algo que no depende solo de mí, hay más personas implicadas.

En ese momento fui yo quien desvió la mirada hacia la vista panorámica, aunque no estaba realmente mirando el paisaje. Podía sentir la mirada de Val atenta a cualquier movimiento o palabra que pudiera decir. Estaba preocupada por mí, no por ella. ¿Qué podía ser eso que nos podría afectar a la larga? No lo entendía, aunque estaba seguro de que tenía que ver con los gatos. Quizá su padre le había contado algo importante sobre los gatos que yo, como perro, no podía saber. Sentía curiosidad, eso no podía negarlo, pero mi curiosidad podría esperar, lo importante en ese momento era que Val se sintiera tranquila y volviera a ser feliz, no me gustaba verla preocupada. Tomé sus manos entre las mías.

—Lo entiendo, Val. No hace falta que me lo cuentes. Sea lo que sea que crees que nos va a afectar en el futuro, dudo mucho que consiga separarnos, yo no lo permitiré. ¿De acuerdo? Y ahora vuelve a sonreír.

Noté cómo Val suspiraba aliviada y dejó que la envolviera en mis brazos.

—¿Por fin vendrán tus tíos? —preguntó Val.

—Sí, vienen mañana, justo para la boda, toda la familia.

—Me preocupa tu sobrino Manu. ¿Cómo va a sobrevivir con su alergia a los gatos?

—Sabía que eso te preocuparía, pero no tienes por qué. Le expliqué a mi tía que la casa estaría llena de gatos, además de verdad —repuse pensando en los gatos de su abuela Irina—, y me dijo que le pondría a Manu una fuerte vacuna para que no tuviera problemas.

—Uf, menos mal —comentó Val completamente relajada.

Así era Val, siempre preocupada por los demás, sobre todo si eran niños pequeños. Aquella faceta de mi novia me encantaba.

—También le expliqué que teníamos suerte de contar con tu abuelo, que es médico, eso también la tranquilizó bastante.

Val me dedicó una de esas sonrisas que me hacían sentir más ligero y supe que había ahuyentado sus preocupaciones por lo que fuera que iba a pasar en el futuro que no podía contarme. Aunque, en esos momentos, mientras íbamos a la caza del lobo, me preguntaba si realmente al día siguiente habría boda, después de todo no podríamos celebrar nada si no encontrábamos a mi madre y a mi abuela.

\*\*\*\*\*

Álvaro observó a Anna, seguía manteniendo sus manos apoyadas sobre su muslo y le gustaba la sensación de cercanía. Se preguntaba si el arañazo del lobo tendría algo que ver, pero desde que le había arañado, había dejado de sentir lo que sentía antes por Val. No es que lo echara de menos, lo agradecía, todo sería mucho más fácil si se olvidaba de ella. Quizá sus esfuerzos por olvidarla habían dado su fruto y había coincidido con ese ataque, seguramente solo fuera eso. Pero la realidad era que la persona que ocupaba su mente desde hacía poco era Anna. Le empezaba a gustar más de lo que debería, porque Anna era demasiado buena para él, no se merecía estar con alguien como él, acabaría haciéndola daño y eso sería imperdonable.

—Llevamos dos horas en el coche. ¿Seguro que vamos bien, Álvaro?  
—preguntó Edmund, quien conducía y estaba empezando a desesperarse, igual que Miguel, que estaba sentado en el asiento del copiloto.

—Sí, vamos bien, aunque haré otra comprobación —miró hacia Anna y puso sus manos sobre las suyas—. Anna..., puedes quitar las manos, necesito comprobar si vamos por buen camino.

—No pienso hacerlo, te dolerá.

Era cierto, cada vez que ella apartaba sus manos, el dolor que sentía era insoportable, sentía un calor abrasante, como si le estuvieran acercando un metal ardiendo a la pierna y se lo apretaran con fuerza. Pero era la única manera de conectarse con la mente de ese lobo. Se preguntaba si el lobo lo habría hecho a propósito, aunque si era así, no era muy inteligente, ya que gracias a eso le seguían la pista. Quizá no contaba con que tuviera un antídoto como Anna a su lado.

—No te preocupes, es la única manera y lo sabes —dijo apartando él mismo las suaves manos de Anna.

A Anna le dolía ver cómo sufría Álvaro cada vez que le pedía que apartara las manos, y lo hacía de vez en cuando para no perder el rastro de ese lobo. Cuando lo hacía se le contraía el rostro, el pecho, su respiración se volvía más fuerte y entrecortada y cerraba los ojos, suponía que lo hacía para ocultar su dolor, pero a ella no la engañaba, podía sentirlo.

—¡Ya está! Les he localizado, están en Niza, cerca de una playa. Os llevaré hasta ellos —en cuanto dijo eso Anna volvió a colocar sus manos sobre su muslo y Álvaro volvió a respirar con normalidad.

—Gracias, Álvaro, gracias por ayudarnos a encontrarlas —murmuró Anna en su oído y después le dio un beso en la mejilla, tan suave que apenas se oyó. Por lo menos su padre no parecía haberse dado cuenta, claro que a Álvaro en ocasiones le costaba recordar que Miguel era humano, igual que Anna.

—Espero que las encontremos —murmuró algo confuso después de aquel beso tan tierno.

Le parecía extraño que un simple beso le afectara tanto, cuando estaba



acostumbrado a cosas mucho más potentes que un beso casi infantil, pero después de unos minutos todavía podía sentir la calidez de sus labios en su mejilla. Sintió ganas de besarla, pero por supuesto no siguió aquel impulso, después de todo debía olvidarse también de ella.

\*\*\*\*\*

Alexej las había encerrado a las dos en una habitación, aunque lógicamente él ignoraba que tenía dos prisioneras. Antonie empezaba a arrepentirse de no haberse quedado fuera cuando Alexej había cerrado la puerta con llave, ya no podrían escapar. Su hija se había sentado derrumbada sobre la única cama que había en la habitación y tenía la cara oculta entre las manos. Se imaginaba que su hija debía estar muy confusa y necesitaría tiempo para absorber y aceptar su situación.

—Marion... —se sentó a su lado y comenzó una conversación privada, pero su hija se levantó de la cama como si la hubiera activado un resorte—. Sé que estás enfadada conmigo por no haberte contado nada sobre tu padre y...

Marion le hizo una seña para que no dijera nada, quizá en ese momento no quería oír hablar de su padre, pero ella necesitaba hablar con su hija, no podía soportar aquel silencio.

—Me recuerdas tanto a mi madre... —por primera vez Marion levantó la mirada—. Se llamaba Lenka y era tan guapa como tú. Tenía tus mismos ojos verdes, iguales que los de Hans.

—Tú también los tienes verdes.

—Pero los suyos eran iguales a los tuyos, luminosos, salvajes, profundos.

—La recuerdo, a mi abuela.

—¿Hablas en serio? Si eras muy pequeña cuando se murió.

—La recuerdo, no sé por qué ni cómo, pero la recuerdo. Estaba enferma, pero cuando se sentía bien, le gustaba peinarme.

Antonie sonrió al descubrir que, efectivamente, su hija tenía recuerdos reales sobre su abuela.

—Mamá... ¿crees que me parezco a mi padre?

—¡No! No te pareces en absoluto a él.

—Siempre me he preguntado por qué no me parecía a ti ni a Tom, no en el físico, me refiero al carácter. Debo tener el carácter de mi padre. Soy celosa, tengo mal genio...

—¡Marion, no quiero que vuelvas a decir algo así! No te pareces en nada a ese hombre. Él es tu padre biológico, pero gracias a Dios no has recibido nada más de él. No es buena persona. Él mató a mi padre e intentó matar a Iván.

—¿Iván?

—Edmund. Yo le llamo Iván porque le conocí con ese nombre.

—Ah, claro, era espía, ¿es eso cierto?

—Sí, es cierto.

—Debió ser horrible para ti, que matara a tu padre e intentara matar a tu marido —comentó Marion y su madre se sintió perdonada de nuevo por su hija.

—Lo más horrible que me ha pasado nunca, pero después de todo Iván no murió. Quiero que sepas que él se casó conmigo sabiendo que estaba embarazada de ti. Él quería ser tu padre y lo hubiera sido si no llego a perderle. Me gustaría tener tiempo para contarte todo desde el principio,

como te mereces, como se lo conté a Hans.

—¿Hans está al tanto? —preguntó Marion asombrada.

—Sí, cuando vino a verme, se lo conté todo. Le pedí que no te dijera nada, quería contártelo en persona, pero Alexej se ha adelantado. Te prometo que esa era mi intención cuando acababa de llegar a Digné.

—Te creo, mamá.

—No quiero que pienses que ese hombre te ha traspasado su maldad, ¿de acuerdo? —Pero Marion no respondió y se quedó callada, mirándola sin creerse lo que le estaba diciendo—. Marion, por favor, dime que lo sabes, dímelo.

—No lo tengo tan claro, puede que sí sea mala. A veces soy muy brusca hablando, no sabes cómo me enfadé cuando Val y Hans nos dijeron que querían casarse, y tengo que confesar que..., me gustan las peleas de criaturas. Cuando secuestraron a Val en Salamanca y luchamos contra aquellos perros, disfruté mamá, y no es la única pelea en la que he disfrutado. No soy normal, no soy una madre como las demás. Una buena madre estaría feliz de que su hijo se casara y no disfrutaría haciendo daño a otras personas.

—¡Oh, Marion! Lo de disfrutar en las peleas es normal. ¡Yo también he disfrutado! Incluso disfruté luchando contra tu padre. Eso es algo que creo que llevamos en la sangre. En cuanto a tu carácter..., tengo que confesar que yo no soy muy diferente de ti y de tu abuelo. ¡Tendrías que haberle conocido! La gente que estaba a su cargo le temía, y yo también le he temido alguna vez. Además, tu carácter es propio de tu raza, al fin y al cabo eres un perro-lobo. Eres independiente y algo fría, pero muy familiar, tu familia es lo más importante. Y eres una madre fantástica, no estabas de acuerdo con la boda de Hans, pero al final has accedido.

—Pero..., entonces, ¿por qué mis hijos quieren alejarse de mí? Tú no lo sabes, pero Anna me ha pedido estudiar el año que viene en Francia. Se va a quedar a vivir con los Chatte.

Antonie sonrió.

—¿No fuiste tú la que en su ceremonia de graduación me pediste ir a estudiar a España? Y no pensé que fuera una mala madre porque mi única hija quisiera alejarse de mí, pensé que tenía una hija muy independiente que sabía lo que quería en la vida. Conociste a Miguel y nunca más volviste a Estados Unidos. Pero has construido tu propia familia, una familia maravillosa. Estoy orgullosa de ti y también de tus hijos.

Marion estaba a punto de derrumbarse cuando oyó cómo la llave giraba en la cerradura. ¡Su padre era muy inoportuno!

—Marion, voy a aprovechar para salir de la habitación, esperaré a que se duerma y le quitaré la llave. De ese modo podremos huir.

Su hija asintió y Antonie se colocó junto a la puerta. Alexej se asomó unos instantes después y se quedó plantado en medio, impidiéndole el paso. Miró a su hija sin demostrar ninguna expresión.

—No sé cómo llamarte.

—Puedes llamarme prisionera, es lo que soy ¿no?

Aquella risa hizo que a Antonie se le pusieron los pelos de punta, era muy desagradable y le traía malos recuerdos.

—Me gusta la gente con sentido del humor, hija. Bueno, voy a dormir un poco y después iré a buscar a tu madre. Antes de que amanezca estaremos de vuelta.

—¿De vuelta?

—Volvemos a casa, a Libejovice.

Se refería al pueblo donde había vivido su madre en la República Checa antes de abandonar su país.

—¡Ni lo sueñes!

Clavó en ella esos ojos gélidos y distantes.

—Nadie te ha pedido tu opinión, pero allí es donde vivo y donde debe vivir mi manada.

Estaba a punto de cerrar la puerta dejando a Antonie dentro cuando Marion decidió intervenir.

—Alexej... —dijo Marion, no pensaba llamarle papá ni muerta—. ¿Puedes acercarte un momento?

—No estarás pensando en escaparte, ¿verdad?

—Claro, eso pensaba, pero estoy segura de que me atraparías antes de que llegara a la puerta.

Aquella horrible risa de nuevo.

—Tienes mucha razón —su padre sintió curiosidad, por lo que dejó la puerta abierta a sus espaldas. No le preocupó, puesto que sería imposible que su hija escapara de allí

—¡Qué quieres!

—Me pregunto si tú también tienes este dedo torcido hacia dentro — Marion le mostró su dedo meñique curvado de una forma extraña. En realidad, siempre se había preguntado de quién lo habría heredado, puesto que ni su madre ni Tom lo tenían.

Alexej se miró la mano y sonrió.

—Sí, una señal más de que eres mi hija, aunque en realidad no las necesito, siempre lo he sabido. Siempre he sentido que estabais las dos vivas, a pesar de que no os pudiera encontrar. Pero si hubierais muerto, lo habría sabido. Es algo extraño de explicar. Bueno... —dijo dirigiéndose de nuevo a la puerta, por donde acababa de escapar Antonie—. Si me disculpas, necesito unas horas de sueño.

Antonie esperó a que Alexej se durmiera y aún esperó más todavía, hasta que notó que su respiración se había vuelto más pausada y los latidos de su corazón habían descendido. La llave estaba en el bolsillo derecho de su vaquero. No sería fácil sacarla sin despertarlo, pero era la única manera de huir de allí. Separó un poco el pantalón y metió la mano, podía tocar la llave, estaba a su alcance, pero Alexej decidió en ese momento cambiar de postura y se giró hacia el otro lado del sillón. Antonie dejó escapar un suspiro, él no podría oírla, pero no podía permitir que la tocara, si lo hacía, podría verla. Volvió a acercarse a él y, después de ahuecar el bolsillo, metió dos dedos con mucho cuidado. Sonrió en cuando vio la llave a salvo en sus manos, pero justo en ese momento la mano de Alexej se cerró sobre su muñeca. Antonie sintió que el corazón se le iba a salir por la boca y le miró llena de pánico, pero él seguía con los ojos cerrados, parecía estar dormido. Decidió que había sido un acto reflejo y apartó la mano de su muñeca. Un segundo después había liberado a Marion.

Salieron de la casa sin apenas hacer ruido y comenzaron a correr en dirección norte. A los pocos minutos se adentraron en el bosque que corría perpendicular a la carretera que las llevaría hacia Digné. Aunque, cuando llevaban unos cuantos kilómetros, se dieron cuenta de que alguien las seguía.

—Marion, es él, nos ha descubierto. Quiero que hagas algo por mí, adelántate, yo le entretendré.

—No, no pienso dejarte sola con ese loco.

—Por favor, te lo pido por favor, déjame hacer algo por ti, por mi hija, tú tienes una familia que cuidar, yo..., solo tengo a Iván. Tengo menos que perder. Además, volveré a escapar, te lo prometo. ¡Corre, corre a toda velocidad! Hazlo por tus hijos y por Miguel.

Su hija la miró dubitativa, pero su madre la empujó hacia delante y finalmente Marion salió corriendo como le había implorado. Antonie se quedó parada en mitad del camino a propósito. Alexej estaba a punto de chocarse con ella, como era su intención.

—¿Qué demonios...

Čech se preguntó qué había provocado que cayera hacia atrás cuando en realidad no había nada frente a él. La sensación que había tenido era la de chocar contra algo, pero ¿qué? En ese instante escuchó una respiración y alargó la mano sin dejar de sorprenderse de estar tocando una pierna, pero ¿de quién? Entonces captó aquel aroma tan conocido para él y en ese momento la vio, era Antonie, aunque no comprendía por qué no la había visto hasta ese momento.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—He venido a buscar a mi hija.

—¿Tú sola? —preguntó mirando a ambos lados, no se creía que hubiera venido sin ese gato que la protegía.

—Sí, y no dejaré que la alcances.

Soltó una carcajada escalofriante.

—Me viene muy bien que estés aquí, me has ahorrado un viaje, ahora encontraré a Marion y por fin estaremos juntos —comentó poniéndose de pie.

—No me has oído, no dejaré que te muevas.

Antonie estaba dispuesta a luchar, lo que hiciera falta con tal de impedir que Čech fuera detrás de Marion. No sabía hasta dónde podría llegar, estaban muy lejos de Digné, pero quizá si le retrasaba un poco más perdería el rastro de su hija. Antonie se colocó en posición de combate, pero él se rio antes de golpearla en plena cara. Aún pelearon durante un rato, hasta que la tiró con tanta fuerza contra un árbol que Antonie perdió el conocimiento. Él la cargó sobre su hombro y salió corriendo, podía oler perfectamente el aroma de su hija, era inconfundible.

—Deja a mi mujer en el suelo —aquella voz hizo que parara en seco y miró hacia arriba, hacía la copa del árbol que tenía sobre su cabeza.

—O si no ¿qué?... —preguntó con ironía—, ¿me aplastarás desde ahí arriba? Vamos..., no me hagas reír.

—¿Te da miedo pelear conmigo? —le provocó Edmund, sabía que eso funcionaría con seguridad.

En cuanto Čech depositó a Antonie sin ninguna delicadeza, dejándola caer sobre el suelo sin ningún cuidado, Edmund se arrepintió de haberle pedido que la soltara. Esperaba que Antonie estuviera bien, podía oír cómo respiraba y eso le tranquilizaba, tan solo estaba inconsciente, aunque sintió que la rabia recorría cada vena de su cuerpo al saber que la había golpeado. Saltó sobre él aprovechando para arañarle la cara con sus uñas. El lobo se tocó incrédulo primero el rostro y después las manos ensangrentadas y arremetió contra el estómago de Edmund, sin embargo, enseguida se dio cuenta de que aquel gato se había apartado a tiempo.

—Tenía que haber acabado contigo hace tiempo —comentó Čech.

Edmund decidió que iba a matarle con sus propias manos.



¡Desgraciado lobo! Volvió a arañarle, aunque esa vez fue en la espalda. El lobo gritó y se tiró encima de él, fue directo al cuello, pero Edmund se protegió a tiempo, desgarrándole la mano. No le preocupó demasiado, Val la recompondría más tarde, si es que acababa vivo, cosa que comenzaba a dudar, aquel lobo era muy fuerte y él era un simple gato.

Edmund decidió que lucharía hasta el final y se lanzó hacia una rama del árbol para impulsarse desde allí sobre Čech; sin embargo, este no parecía haber sufrido ningún daño, el lobo era duro de pelar. Unos segundos después se vio acorralado por él sin saber cómo, parecía que, después de todo, aquel el lobo ganaría la batalla, lo único que le preocupaba era qué le sucedería a Antonie cuando él muriera. Al menos había podido volver a quererla, a amarla.

—¡Apártate de mi hermano o te vuelo los sesos! —Edmund recobró la esperanza al escuchar la voz de Eugène.

¿Había traído una pistola? Eso no era propio de su hermano.

Čech se levantó muy despacio al sentir el frío de la pistola en su nuca. Se giró para encontrarse con más personas de las que había oído en un principio; dos gatos, sin duda familiares del novio de Antonie, un perro que lógicamente pertenecía a su manada, tenía el olor de su hija, y un humano que debía ser su yerno.

—¡Qué bonita reunión familiar! Pero no teníais que haberos molestado por mí —comentó el lobo divertido.

—Edmund, ¿estás bien? —preguntó Eugène.

—Sí, pero Antonie no. Val ¿puedes...? —pero Val ya estaba arrodillándose a su lado. A los pocos segundos, la había reanimado.

—Antonie... ¿cómo te encuentras? —le preguntó su marido

preocupado.

—Algo mareada, pero ahora que Val me ha curado, estoy mucho mejor.

—Edmund, acaba con él, por favor —le pidió su hermano tendiéndole el arma.

—No, creo que ese honor es de Antonie —comentó pasándole el arma a Antonie, que la miró un tanto confusa.

—¡Mamá! —Era Marion, que había aparecido de la nada—. Preferiría que no lo hicieras tú. —Su madre la miró extrañada—. No sé por qué, pero prefiero que sea otra persona.

—¡Así se habla, hija! En realidad no quieres que me maten, ¿verdad? Eres sangre de mi sangre, no deberías... —pero dejó de hablar cuando su hija le dio un puñetazo en plena cara.

—Eso es por el puñetazo que me diste hace unas horas, bastardo, y sí, quiero que mueras. No quiero que un asesino y violador como tú siga dando vueltas por el mundo. Eres peligroso.

Edmund tomó el arma de la mano temblorosa de Antonie y la apuntó hacia el lobo, pero todos se quedaron petrificados cuando Álvaro apareció de pronto colocándose delante de Čech, dispuesto a protegerle.

—¡No! —Exclamó—. No dejaré que le matéis.

Anna sabía perfectamente lo que estaba sucediendo, obviamente estaba siendo manipulado por aquel lobo y era consciente de que solo ella podría revertir la situación, necesitaba llegar hasta Álvaro y tocarle para que ese hombre no pudiera manipular su mente. Sin embargo, resultaba difícil cuando Čech había aprovechado aquella oportunidad para hacerse con un rehén, Álvaro, a quien tenía agarrado con fuerza por el cuello.

—Si os acercáis a mí o me disparáis, le mataré. Sabéis que no miento, lo haré.

Se fue alejando sin girarse hacia atrás con Álvaro. Había recorrido un trecho considerable sin que ninguno de ellos se hubiera movido ni un milímetro, pero nadie sabía que Anna estaba escondida detrás de un árbol y, cuando menos se lo esperaban, salió de detrás y se tiró con ímpetu sobre Álvaro, provocando que los tres cayeran al suelo.

Como Anna había previsto, Álvaro volvió en sí y golpeó con el codo repetidas veces al lobo que permanecía debajo de él. Después se incorporó para morderle el brazo con saña, sin embargo, el muy canalla consiguió escaparse y, sin que Álvaro pudiera evitarlo, agarró a Anna, propinándole un puñetazo en plena cara, lo que provocó que cayera al suelo como un trapo. Álvaro se enfureció tanto que se preparó para descargar toda su furia contra el lobo, cuando se dio cuenta de que Hans lo tenía agarrado con fuerza por el cuello.

\*\*\*\*\*

Tenía ganas de partir a aquel despojo humano en dos, y podría hacerlo perfectamente; cuando alguien conseguía enfadarme de aquel modo, podía llegar a triplicar mi fuerza. Esa era mi habilidad o mi desgracia en algunas ocasiones, porque cuando me enfadaba tanto no podía controlar mi fuerza ni sus repercusiones. Sin embargo, la mirada de Edmund me detuvo. Comprendí que quería ser él quien le matara, y era comprensible, aquel lobo le había apartado del amor de su vida durante demasiados años, le había matado una vez a él, había violado a su mujer además de matar a su suegro. Le hice una seña para que se acercara y Edmund no dudó en hacerlo. Le agarró por el cuello y, como un auténtico experto, le dejó sin vida en cuestión de segundos, no sin antes escuchar las últimas palabras del lobo.

—No tienes agallas para hacerlo.

Me pregunté si les habría partido el cuello a muchas criaturas antes que a Čech, pero no hacía falta que me lo dijera, era obvio que sí.

Sonreí al darme cuenta de que al día siguiente sí habría boda y de que ese hombre ya no volvería a hacer daño a ninguna de las mujeres de mi vida, nunca más.

## **-17. Émile. Los peligros de formar parte de la resistencia.**

*París, abril 1943*

El aroma de la tienda de perfumes era intenso; si cerrabas los ojos, te daba la impresión de estar en un campo de lavanda. Lavanda era el olor de Irina; cuando pensaba en ella, siempre me venía ese olor a la mente. La había echado tanto de menos, estaba deseando que esa maldita guerra terminara, la sensación de poder perder a cualquier miembro de la familia me tenía en tensión constante, y eso a pesar de que pasaba mucho tiempo con mis hijos. Trabajábamos juntos, y eso se lo tenía que agradecer al profesor Miró y a Irina, que me había avisado hacía muchos años. Cuando estalló la guerra, nosotros éramos los únicos que estábamos preparados, no todos tenían la suerte de estar casados con una gata con el poder de ver el futuro o parte de él.

Irina estaba concentrada en apuntar algo en un cuaderno. Estaba preciosa, desde que había entrado en la tienda, hacía unas horas, soñaba con quitarle esa camisa de seda tan elegante que llevaba. Recorrí su espalda con mi mano haciendo que se estremeciera.

—Déjame, Émile..., podría entrar una clienta —protestó suavemente.

Por el tono de su voz sabía que en realidad no quería que me apartara. La deseaba tanto, estaba tan bonita como siempre. A pesar de que debía tener casi sesenta años, seguía aparentando treinta y pocos.

—Por eso, será mejor que cierres la tienda y pongas el cartel de “cerrado”, mi paciencia se está agotando; te necesito, Irina, llevo semanas sin verte y..., me temo que tengo que volver a irme.

—¿A dónde? No puede ser... —se giró y me miró preocupada.

Cada vez que me mandaban a alguna misión se preocupaba, no sin razón, pero ambos sabíamos que sobreviviríamos a esa maldita guerra.

—Mi amor..., me temo que es información confidencial.

Me miró con el ceño fruncido y supe que tendría que contárselo, después de todo no podía tenerla más de un mes sin saber dónde me encontraba.

—Cierra y te lo contaré todo —le prometí.

—Mmm, está bien, me has convencido.

—¡Ah! De modo que solo aceptas mi soborno a cambio de información confidencial. ¿Es que no me deseas?

Se rio con esa carcajada que siempre intentaba memorizar para recordarla cuando estaba lejos de ella.

—En realidad, mi única intención es sacarte información para pasársela a mis clientas alemanas —contestó traviesa al mismo tiempo que colocaba aquel cartel que me permitiría desnudarla allí mismo, sin que tuviéramos que trasladarnos al piso de arriba, donde teníamos la vivienda.

Le desabotoné la blusa muy despacio para después deshacerme del sujetador. Nunca me cansaría de mi mujer, era deliciosa, guapa, estilizada, perfecta. Y sabía que otros hombres pensaban lo mismo que yo. Estaba seguro de que por eso muchos hombres venían a comprar perfumes o acompañaban a sus mujeres, querían disfrutar de contemplar a mi preciosa mujer. En realidad, esa idea no me gustaba, es más, la odiaba, sobre todo sabiendo que la mayoría eran alemanes y que tenía que ausentarme durante largos periodos de tiempo. Por motivos del todo patrióticos, mis hijos y yo colaborábamos con el servicio de inteligencia francesa, en una división

completamente ajena a Laval y el gobierno de Vichy, trabajando clandestinamente con la resistencia y con el gobierno inglés.

Agarré a Irina por la cintura y la subí sobre el mostrador. Me preguntaba qué pensarían las estiradas clientas de Irina si supieran que hacíamos el amor allí mismo, en la tienda. Esa idea me excitó más todavía, pero más aún descubrir que Irina no llevaba ropa interior bajo su falda negra.

—¿Dónde han ido a parar tus bragas, Irina?

Se rio traviesa, echando la cabeza hacia atrás.

—Sabía que pasaría esto y sé cuánto te gustan las sorpresas como esta.

—Mmm, supongo que me conoces demasiado bien —repuse al tiempo que me bajaba los pantalones—. Eres un poco fresca, ¿lo sabías?, pero te adoro —susurré besándola en la boca, en el cuello, en el pecho.

—Solo soy fresca contigo.

—Lo sé. Dios, Irina, te echaba tanto de menos y te echaré tanto de menos...

Me escondí debajo de la falda y deseé que nadie se acercara demasiado a la puerta porque, sin duda alguna, podría oír jadear a Irina desde fuera. Cuando estaba lista para mí, la penetré. No podía más, o lo hacía o moriría de desesperación, en aquel momento no podría jugar al escondite, como a veces nos gustaba hacer. Después, la tomé en mis brazos y la subí hasta nuestra habitación. Tenía ganas de tenerla junto a mí durante toda la noche. Pronto me iría y esa vez no sabía exactamente cuándo volvería a tenerla entre mis brazos.

—Ahora dime por favor dónde te vas.

Estaba apoyada sobre mi hombro mientras yo le acariciaba su bonito cabello castaño. Hacía unos meses que se lo había cortado y, a pesar de no llevarlo a la moda, me asombraba su belleza.

—Voy a participar en una operación organizada por el servicio de inteligencia inglés. Me voy a España con Edmund.

—No, Émile, por favor, necesito a Edmund..., no lo sé con seguridad, pero algo me dice que le voy a necesitar, mejor llévate contigo a Eugène o a Claude.

—Claude no me serviría para esta misión, se distraería con cualquier falda; podría llevarme a Eugène, si así lo prefieres. ¿Has visto algo? ¿Le va a pasar algo a alguien?

—No lo sé Émile, pero ese es el presentimiento que tengo, voy a necesitar a Edmund, pero no sé la razón. De todas formas es imposible que podáis entrar en España, las fronteras están cerradas.

—Para unos oficiales alemanes no.

—Ya entiendo, os haréis pasar por alemanes —asentí—. Pero eso es muy peligroso.

La abracé con fuerza.

—Cualquier cosa que hagamos es peligrosa; que hagamos intercambio de armas en la perfumería y espías a tus clientas alemanas es altamente arriesgado, que nuestro hijo Edmund se haga pasar por militar alemán es muy delicado, que Claude seduzca a las hijas y esposas de altos cargos alemanes para sacarles información es terriblemente comprometido, que Eugène trafique con armas en el mercado negro es altamente peligroso, y que nuestra hija nos traiga las armas desde Digné es lo peor de todo. En realidad estoy muerto de miedo, les podría pasar cualquier cosa. Tuve a



Helena muerta en mis brazos durante veinticuatro horas, pensando que la habíamos perdido —ese pensamiento me humedeció los ojos—, y no quiero volver a pasar por eso. Es demasiado doloroso.

—¿Tú crees que no fue doloroso para mí? Yo también tuve a Helena muerta en mis brazos. Cuando llegué esa noche a Meyrargues, casi me desmayo al verla sin vida. Y lo peor fue enterarme a través del profesor, que me hizo llamar, tú ni siquiera me avisaste, canalla.

Vaya, ya habíamos tocado un tema demasiado peliagudo para los dos, sobre todo para Irina, todavía no me había perdonado que no fuera yo el que la avisara, pero no podía, estaba destrozado pensando en que había perdido a mi pequeña, demasiado hundido como para reaccionar. Ni siquiera me di cuenta del paso del tiempo.

En realidad, durante aquellas odiosas horas, después de saber que había perdido a Helena, decidí que actuaría como si todavía estuviera viva y procedí a quitarle aquella bala que se le había incrustado en el cuello y a curarla como si todavía le latiera el corazón. Después de eso, le cambié de ropa para que estuviera tan bonita como siempre. Me entristeció comprobar que el hijo que tanto habían deseado Dominique y ella hubiera muerto. ¿Cómo no iba a morir si su madre había fallecido? Y ese pobre muchacho muerto por un asunto en el que nada tenía que ver. Eso me hizo recordar al padre de Dominique, todo había sido por mi culpa. Estaba a punto de levantarme para ir a pedirle explicaciones a la casa grande cuando apareció Irina ante mí completamente pálida.

Se acercó con paso lento hasta Helena, que yacía sobre su propia cama. En realidad parecía estar viva; la había maquillado, su pelo dorado cubría su pecho y el vestido verde le daba cierta alegría a su rostro, si no fuera porque no respiraba y estaba pálida como solo un cadáver podía estar.

Irina se sentó, o más bien se desplomó sobre la cama y le acarició la mejilla, como había hecho cuando era un bebé aquel día que decidió que intentaría quererla. Ese recuerdo me pareció tan lejano, pero ya habían pasado veintitrés años, la edad de mi hija. ¡Por qué había tenido que morir ella! ¿Por qué no había muerto yo en su lugar? No era justo, lo que había pasado no era justo.

—No puede estar muerta, mi hija no... —murmuró Irina con lágrimas en los ojos.

Le tomé la mano que tenía libre, pero la apartó rápidamente, confirmando que Irina pensaba lo mismo que yo, había sido culpa mía y estaba indignada conmigo por no haber podido proteger a nuestra hija, por no haber impedido que le dispararan. Y aquel pensamiento me desgarraba por dentro, porque tenía razón, tenía que haberla protegido, era mi misión como padre. Yo hubiera podido cambiar los hechos, solo yo, había leído su pensamiento justo antes de que se colocara delante de Dominique, y tenía que haberme adelantado y haberme puesto en su lugar. Jamás podría perdonármelo.

—Lo siento, Irina. Era mi hija y tendría que haberla protegido, lo oí en su pensamiento justo antes de que se pusiera delante de su marido. No sé cómo no lo hice... Te he fallado a ti, a mi hija y a mí mismo.

Levantó la mirada.

—Tú no podías haberlo evitado, Émile. No te culpo por su muerte. Ella decidió dar su vida por su marido, pero no le sirvió de nada, él también está muerto. Aunque...

—¿Aunque?

—Quizá sea lo mejor, yo no querría vivir si tú murieras.

—No digas eso —volví a intentar tomar su mano y esa vez no aparté la suya—. Yo querría que vivieras, porque nuestros hijos te necesitan.

—¿Tú querrías vivir si yo muriera? —aquella era una pregunta trampa, pero tenía razón.

—No, no querría, pero lo haría por nuestros hijos.

Irina lloró en silencio durante lo que me pareció una eternidad, sin embargo, yo no era capaz de llorar, estaba seco por dentro.

Unas horas después, unos golpes en la puerta me despertaron. Estaba abrazado a Irina y ella a Helena, los tres sobre la cama, dándonos un calor que ya no servía de nada. Ambos nos incorporamos algo desorientados, el profesor Miró nos observaba con cara de culpabilidad desde el marco de la puerta.

—Siento molestaros..., yo..., en realidad venía a disculparme. Lo siento mucho, ha sido todo culpa mía. Esos perros venían a por mí, tenían que haberme matado a mí en vez de a vuestra pobre hija y a su...

—No digas estupideces —repuse y acto seguido me levanté de la cama—. Ellos habrían ido a por mí también si supieran quién soy. No es culpa tuya. Ha sido..., mala suerte, solo mala suerte.

Había amanecido y en ese preciso instante comprendí que el día estaba tan triste como nosotros, llovía a cántaros.

—¡Demonios! ¡Los cuerpos!..., tenemos que enterrarlos —exclamé de repente al recordar los cuerpos de esas criaturas que habían asesinado a mi hija y a mi yerno.

—Yo lo haré, Émile, déjame hacerlo a mí, de ese modo no me sentiré tan miserable —el profesor no esperó a que le respondiera, cerró la puerta y desapareció tan rápido como había aparecido.

Iba a ir tras él cuando un sonido de lo más espeluznante inundó la habitación. Un sonido desgarrador, angustioso, que hizo que se me pusieran los pelos de punta y que me girara hacia la cama donde estaban las dos, preguntándome de donde procedía aquel sonido tan espantoso. Parecía el sonido de alguien que estuviera ahogándose, de alguien que lucha por encontrar algún resquicio de aire, que se está quedando sin oxígeno en los pulmones. A pesar de ser médico, nunca había oído algo semejante. ¡Era Helena quien se estaba ahogando! Pero, aquello era imposible, estaba muerta.

—¡Qué demonios...! —exclamé.

Justo cuando me estaba acercando a ella, Helena se incorporó de golpe, haciendo que retrocediera por la impresión de ver a un muerto resucitar. Helena, aún con los ojos cerrados e intentando desesperadamente conseguir algo de aire a través de la boca, se levantó de la cama y avanzó hacia la puerta. Corrí hacia ella sabiendo que, si no la ayudaba, se ahogaría; sin embargo, cuando abrió la puerta, su respiración se volvió más normal, como si la simple brisa que entraba por la puerta fuera suficiente como para revivirla. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Estaba soñando o mi hija realmente había resucitado? Según algunas leyendas había gatos que tenían más vidas. ¿Las tendría Helena?

Irina estaba igual o más sorprendida que yo, aunque ella había formado con palabras lo que yo tan solo pensaba; estaba junto a Helena aferrada a su brazo.

—¿Helena? ¡Oh, Dios mío! ¡Estás viva! —exclamó feliz.

Helena la miró sin comprender, después posó su mirada en mí, dio un repaso a su habitación y volvió a fijar la mirada en su madre.

—Hija, te quiero, te quiero tanto... Sé que no te lo digo nunca, pero..., tú lo sabes, ¿verdad? —le preguntó Irina.

—Claro, mamá —repuso todavía con voz de ultratumba—. Sé perfectamente que me quieres... —aún le costaba respirar y hablaba entrecortadamente—, pero... ¿Qué hacéis vosotros dos en mi dormitorio? ¿Dónde está Dom?

Irina y yo nos miramos con pavor, preguntándonos cuál de los dos le contaría la cruda realidad, que su amado esposo se había ido para siempre, ya que él no resucitaría, como en cambio sí había hecho ella. Sin embargo, no hizo falta que interviniéramos, la expresión de su rostro cambió de repente, se volvió más pálida todavía y supe que iba a desmayarse, obviamente había recordado todo de golpe.

Llegué a tiempo, antes de cayera al suelo, y la tumbé sobre la cama; no había perdido la consciencia, pero había comenzado a llorar con amargura.

—No puedo vivir sin él, papa. Tú lo entiendes, ¿verdad? ¿Por qué he tenido que resucitar? Yo quiero estar muerta.

La abracé con fuerza y sentí ganas de sumarme a sus lágrimas, porque la entendía perfectamente, había sentido lo mismo cuando pensé que ella había muerto, lo mismo cuando Irina había estado a punto de morir después de dar a luz. Cuando un hijo tuyo muere, una parte de ti también lo hace, pero ya no haría falta, mi hija era una gata con más vidas, no sabía cuántas, pero por lo menos tenía otra.

La intromisión del profesor Miró nos devolvió a la realidad. El no veía a Helena desde la puerta.

—¡Émile! —jadeaba por la evidente carrera. ¿Qué pasaría ahora?—. El cuerpo de uno de ellos, el del gato, ha desaparecido.

—Está claro que ha resucitado, igual que mi hija —repuse sabiendo que el profesor todavía no se había percatado de que Helena estaba viva.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender el profesor.

Le hice una seña para que se acercara a nosotros. Cuando vio que Helena tenía los ojos abiertos y respiraba, se echó hacia atrás como si hubiera visto un fantasma.

—¡Está viva! —exclamó señalando hacia ella.

—Sí, profesor..., estoy bien —contestó Helena.

—Pero..., si estabas muerta. ¿Y el bebé?

¡El bebé! Lo había olvidado por completo y Helena parecía que también. Se llevó las manos al abdomen, a pesar de que todavía no se le notaba el embarazo.

—¿Papá? —me imploró con la mirada.

Me acerqué más a ella y apoyé mis manos sobre abdomen. Lo podía oír, un lejano palpitar. Tendría que hacerle algunas pruebas, pero era un milagro que su hijo siguiera vivo, era algo científicamente imposible, aunque en realidad ese día estaban pasando demasiadas cosas imposibles.

—Creo que está bien, hija.

Suspiró con fuerza y me abrazó, después abrazó a su madre. Y lo más sorprendente, se levantó con algo de dificultad y abrazó al profesor.

—Lo que ha pasado no ha sido culpa de ninguno de vosotros, ¿de acuerdo? —Hasta que no asentimos los tres, no se quedó tranquila—. Ahora, quiero ir a ver a Dom.

—¿Estás segura, hija? —preguntó su madre claramente preocupada con la idea.

—Sí, quiero verle.

—Está bien, iremos —dije yo—, pero antes deja que te vende el

brazo.

Me miró extrañada.

—He hecho bien en decirles que estabas herida y no muerta. Pero la familia de tu marido tiene que ver que es cierto —añadí acercándome al maletín.

Por unos segundos me había transportado al pasado, y suponía que Helena lo haría a menudo también. Ella estaba bien físicamente, pero no emocionalmente, sus heridas todavía no habían cicatrizado y lo sabía porque no le había interesado ningún hombre desde que Dom se fue. Más que evitar a los hombres, los ignoraba completamente. Si volvía a enamorarse alguna vez, él tendría que tener mucha paciencia con ella. Era una mujer encantadora, dulce, fuerte y apasionada, pero desde que murió Dominique, no había vuelto a ser la misma. El único que conseguía hacerla feliz era su hijo, y no siempre lo conseguía.

\*\*\*\*\*

Helena conducía el coche de su madre. Le gustaba sentir el viento en su rostro, incluso aunque el pelo se le enredara. Llevaba muchas horas al volante, pero no le importaba. Le gustaba hacer esos viajes, lo único que le preocupaba era pasar los controles para poder llegar a París. Nunca le ponían problemas, puesto que el salvoconducto estaba en orden y siempre pasaban por el mismo pueblo, Croisy. Según el contacto de su madre, un algo cargo alemán, allí no les harían perder el tiempo. Los clientes alemanes de la perfumería de su madre eran muy útiles.

Su único papel consistía en llevar la mercancía hasta la perfumería de su madre. Oculta entre las flores de lavanda y los aceites, transportaba clandestinamente armas que después sus hermanos distribuían entre los partisanos. El proceso completo era peligroso, tanto el que estaba haciendo

ella como el de sus hermanos, de hecho su padre no había querido que se implicara ella personalmente, pero esa vez había sido más terca que él; si todos colaboraban con la resistencia, ella también lo haría, no podían impedirselo. Su padre a veces era demasiado protector con ella y con su madre.

—Mamá —su hijo Dom la devolvió a la realidad—. Estamos a punto de llegar a la frontera.

Su hijo era exactamente igual a su padre y se alegraba de que fuera así, de ella solo había heredado su condición de gato. A pesar de que habían pasado diecisiete años desde que murió, no había dejado de pensar en él cada día, la acompañaba en sus sueños, tanto diurnos como nocturnos. De cualquier manera, nunca podría dejar de pensar en él, con tan solo mirar a su hijo, podía recordarle.

—Eso parece —dijo Helena reduciendo la velocidad.

Por supuesto, su hijo no estaba enterado del tráfico de armas, era más seguro para él. A Helena le daba igual morir por la causa, pero su hijo era demasiado joven y tenía todavía muchas cosas que vivir. En realidad, si se ponía nerviosa al llegar a la frontera era tan solo por él. No solía llevarle en estos viajes, pero tenía pensado dejar a Dom con su madre para que no se sintiera tan sola mientras su padre se iba a esa misión a España.

Estaba anocheciendo y Helena olió la presencia de tres hombres. Iba vestida lo más elegantemente posible, como le había indicado su padre; según él, eso le daría un aire de importancia y distinción. Además, esa mañana se había echado el perfume de su madre, Eau de Irina, aquello también ayudaría. Levantó ligeramente el mentón para parecer más altiva, aunque le costaba asumir ese papel, ella no era así, pero tenía que interpretarlo para evitar que registraran el coche.



—Buenas noches, señora —la saludó uno de los militares alemanes. Tenía que reconocer que su francés era perfecto, casi como si fuera un auténtico francés.

Al llegar a ella aspiró fuertemente, lógicamente estaba captando su perfume; esperaba que, como siempre, esas maniobras funcionaran.

—Buenas noches —le contestó Helena en francés. Ella hablaba perfectamente alemán, pero era mejor que pensaran que no lo hacía, de ese modo podría interceptar información confidencial, en alguna ocasión había resultado de mucha utilidad.

—¿Habla usted alemán?

—Me temo que no, señor.

—Documentación —exigió con firmeza.

Helena se la tendió con una sonrisa en los labios. Aquel hombre estudió en profundidad el salvoconducto mientras su compañero, físicamente opuesto a él, bajito y regordete, no le quitaba ojo a Helena, de hecho su forma de mirarla estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Está todo en orden —comentó finalmente y Helena respiró de nuevo.

—Gracias, seguiré camino entonces.

—No tan rápido... Me gustaría revisar su mercancía. En las hojas pone que lleva mercancía a la perfumería de la señora Chatte en París.

—Sí, es correcto.

—Bien —dijo acercándose al asiento de atrás, donde llevaban todo el material.

Aquello no debía suceder, tenía que impedirlo como fuera.

—Pero..., tengo mucha prisa, todo está en orden, ¿no?

—Sí, pero me gustaría echarle un vistazo —en realidad ya lo estaba haciendo. Podía oír cómo abría cajas y frascos.

Su nerviosismo había pasado a convertirse en enojo. ¿Qué demonios hacía curioseando? Tenían órdenes de un alto cargo alemán de no hacerles perder el tiempo revisando su mercancía. ¡Por Dios, si descubría las armas estarían muertos! Tenía que pensar en algo, ¿Qué podría hacer para despistarlos? ¿Desmayarse? No, ese truco estaba muy visto.

—Señora..., por favor, salga del coche, tengo que interrogarla.

En un primer momento, Helena sintió el impulso de arañar al cabo en plena cara; después respiró hondo, intentando controlarse, tal vez solo fuera una mera formalidad, pero al cerrar la puerta tras de sí, sus piernas amenazaron con fallarle mientras seguía a aquel hombre. Se volvió para mirar a su hijo, y este le sonrió como para darle ánimos.

—Vuelvo enseguida —le aseguró a Dom sin estar realmente segura de que eso fuera a suceder—. Señor... ¿Sucede algo? No entiendo...

—Señora, por favor, no discuta y sígame.

—¿Pasa algo, mi capitán? —preguntó su compañero regordete.

—Quédese vigilando al chico —le contestó con solemnidad, aunque el cabo hizo un gesto despreciativo en cuanto se giró, era obvio que no le había gustado que quisiera deshacerse de él.

El vestido blanco de Helena revoloteó con el viento al igual que su precioso pelo rubio, y aquello no pasó desapercibido a ninguno de los soldados, pero el capitán continuó caminando hacia la oficina, a unos metros del control de seguridad. Helena sentía las uñas luchando por salir a la superficie, pero no podía permitir que eso ocurriera. Quizá tuviera que

atacarlos a los tres y, aunque la idea no le gustaba en absoluto, lo haría si la vida de su hijo corría peligro. Ambos entraron en una sala casi vacía, a excepción de por una mesa y unas sillas, y Helena se estremeció por el ambiente tan frío e impersonal de aquel ambiente.

—Siéntese —le ordenó aunque sin levantar la voz.

Seguía pareciéndole que su francés era demasiado bueno para ser de un alemán, pero también había podido comprobar que su alemán era perfecto. Aunque no quisiera, tenía que reconocer que era atractivo, sus ojos eran asombrosamente oscuros y, por un escaso segundo, le recordaron a su Dom. Era muy joven, seguramente más que ella, claro que ella tenía cuarenta años, a pesar de que la gente solía echarle unos veinte.

—Dígame por favor cómo se llama —la miró de una forma intensa al mismo tiempo que se sentaba frente a ella.

—Señora Marchant.

—Su nombre de pila.

Helena le miró extrañada. ¿Para qué quería saber su nombre? Estuvo a punto de mentirle, pero al final decidió que todo sería más fácil si era sincera.

—Helena.

—¿Qué relación tiene con la dueña de la perfumería, la señora Chatte?

—Es mi madre.

—Entiendo... ¿El muchacho que va en el coche es su hermano?

—No, es mi hijo.

Él la miró algo confuso, quizá se preguntaba a qué edad le había

tenido, aunque no entendía aquel interrogatorio. Si había visto algo sospechoso en el coche, ¿por qué no la incriminaba directamente en vez de hacerle todas esas preguntas personales? A pesar de que era la primera vez que la interrogaban y no tenía ninguna experiencia, le parecía que aquellas preguntas no eran nada profesionales.

—¿Dónde está su marido?

—¿A qué vienen tantas preguntas? Si tiene algo que decir, dígalo — protestó Helena levantándose de la silla.

—Es un interrogatorio normal y corriente, señora. Por favor..., conteste a la pregunta.

¿Significaba eso que no había visto las armas? Helena se sentó algo más calmada.

—Murió.

—Oh, lo siento. ¿Cuándo fue eso?

Helena cada vez estaba más confusa con sus preguntas. ¿A qué venía aquel interés por su familia? Le miró indignada, sabía que no tendría más remedio que contestar, aunque no pensaba hacerlo con precisión.

—Hace mucho.

Él se quedó callado por un momento.

—¿Cómo murió?

—¡Eso a usted no le importa! —exclamó levantándose de nuevo de la silla algo enfurecida, las uñas de la mano derecha salieron sin control, pero Helena escondió la mano a tiempo detrás de la espalda. Esperaba que el oficial no se hubiera dado cuenta.

—Está bien, señora Marchant, siéntese. No hace falta que me conteste

a la última pregunta. Verá..., no la voy a engañar. He visto un arma entre las flores de lavanda...

Helena se dejó caer sobre la silla completamente hundida. Un sudor frío comenzó a instalarse en su nuca, en sus manos. Se le erizaron los pelos del cuerpo y tuvo que esconder la otra mano, las uñas estaban completamente descontroladas, así como su temperatura, ya no sabía si sentía frío o calor. No quería hacer daño a ese hombre, aunque no sabía por qué, no le conocía en absoluto y además él había cometido el error de interrogarla. Si las cosas se ponían feas, tendría que matarles a los tres, o por lo menos herirlos de gravedad, su hijo podría ayudarla.

Lo único que podría complicarles las cosas era el hecho de que estuvieran armados, si no, entre los dos podrían ocuparse perfectamente de varios humanos, su hijo sabía luchar incluso mejor que ella, sus tíos se habían ocupado de adiestrarlo. De cualquiera manera, no había que subestimar la fuerza de algunos hombres, los había realmente fuertes.

—¿Qué quiere de mí?

—Solo quiero saber si colabora con la resistencia, o si..., por el contrario, ese arma es para..., digamos defenderse de algún asaltante.

—Por supuesto que es para defenderme —confirmó con decisión.

—En ese caso no le serviría de mucho metida en una caja entre flores de lavanda. Y..., además, ¿qué hay de las demás armas?

¡Oh, Dios santo! ¡Había visto más armas! Ya no perdería nada por ser sincera, no tendría más remedio que matarlos, no podía dejarlos con vida; en menos de dos días, su descripción estaría en todos los controles de la frontera. No debía haber muchas jóvenes rubias viajando solas con su hijo.

—Seré sincera con usted..., sí, colaboro con la resistencia, pero mi

hijo no tiene nada que ver con esto, él no sabe nada.

—Bien, sé que ha dicho la verdad.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Levántese, el interrogatorio ha terminado.

—¿Cómo se llama usted? —si iba a matarle, pensó que le gustaría saber su nombre.

—Capitán... —dudó durante una milésima de segundo—. Soy Roberto, simplemente Roberto.

No solo le sorprendió que le dijera su nombre de pila, sino que su nombre fuera tan poco alemán, ni siquiera era francés, más bien parecía un nombre español.

Al llegar a la puerta la dejó pasar primero, agarrándola ligeramente de la cintura. Helena sintió un escalofrío por primera vez desde hacía una eternidad. No sabía qué demonios estaba mal dentro de ella, estaban a punto de fusilarla y sentía un estremecimiento de placer cuando su verdugo la rozaba. Helena se encaminó hacia su coche, sus uñas estaban en posición de ataque, tan solo tenía que advertir a su hijo a través del pensamiento de la situación.

—Puede marcharse, señora Marchant, todo está en orden, perdone por haberla retrasado. Buen viaje.

Helena cerró la boca después de unos segundos, se le había abierto sola sin permiso, pero no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¿La dejaba irse? ¿Es que él era francés además de alemán? Sabía que había algunos militares de la resistencia infiltrados en el cuerpo militar alemán. ¿Sería Roberto uno de ellos?

—Gracias. Adiós —repuso más sorprendida que otra cosa y sintiendo todavía un cierto temblor en sus piernas.

—¿Qué ha pasado mamá? ¿Qué quería ese hombre? —le preguntó su hijo cuando estaban lo suficientemente lejos.

Helena se quedó pensativa.

—No te habrá hecho daño, ¿verdad? Porque si es así yo...

Helena se rio de lo protector que era su hijo.

—No, Dom, no me ha hecho daño —dijo y pensó que la que había estado a punto de hacerle daño había sido ella—, no tengo ni la menor idea de lo que quería.

\*\*\*\*\*

Me encontraba tras la puerta de entrada de la perfumería, listo para dar la bienvenida a mi hija Helena y a mi nieto Dom. Irina sin embargo hacía rato que se había ido a la cama. Yo había intentado dormir, pero estaba inquieto y esperaba que eso no significara que mi hija había tenido problemas en la frontera, por eso hacía rato que había decidido que los esperaría en la perfumería.

—Helena —la abracé con fuerza—. Dom —hice lo mismo dándole unas palmadas en el hombro—. ¿Cómo os ha ido? —pero entonces escuché el pensamiento de mi hija y me di cuenta de la situación. Helena no quería que escuchara sus pensamientos y había intentado ocultármelos, pero era muy difícil conseguirlo, tenía la mala suerte de tener un padre que podía penetrar en su mente.

—¿Tienes hambre muchacho? —le pregunté a mi nieto.

Estaba enorme para tener tan solo diecisiete años, ya me había

alcanzado a pesar de lo alto que era. Sin embargo, no se parecía en absoluto a los Chatte, mi nieto era el vivo retrato de su padre; suponía que la naturaleza era muy sabia, de ese modo se aseguraba de que todos recordáramos a su padre para el resto de nuestras vidas.

—Tengo un hambre horrible, me comería un regimiento de ratones.

Me reí con ganas. Mi nieto me encantaba.

—Vete a la cocina, allí podrás encontrar comida, pero no creo que haya ratones, a tu abuela no le gustan.

—Me lo temía —comentó Dom, que tenía un sentido del humor muy parecido al mío.

En cuanto mi nieto desapareció de nuestra vista, comencé una conversación privada con Helena.

—Gracias a Dios que estás bien, Helena. Sabía que era demasiado peligroso, no tenía que habértelo permitido.

—No ha pasado nada, papá —protestó Helena.

—Esta vez no, pero..., ¿y la próxima? No permitiré que lo vuelvas a hacer, cambiaremos los roles, pero tú no volverás a traer armas.

—Pero...

—¡No hay nada más que hablar! Te juro que esta vez me da igual cómo te pongas, no lo volverás a hacer, y Eugène estará de acuerdo conmigo en cuanto se lo cuente.

Helena resopló como cuando era niña y no le dejábamos hacer algo que quería pero, para mi sorpresa, al segundo reía sin parar.

—¿Qué te parece tan gracioso? —le pregunté, pero Helena no podía parar de reír.



Al cabo de unos segundos, por fin pudo contestarme, aunque lo curioso era que no había podido leerle el pensamiento.

—Oh, papá, te entiendo perfectamente. Yo haría lo mismo con Dom si él hubiera estado en mi lugar. Nos volvemos muy protectores con nuestros hijos o con nuestros... —Iba a decir parejas, pero dejó la frase en el aire, porque ella ya no tenía ninguna pareja, además desde hacía tiempo.

—Entonces..., ¿me harás caso?

—Me temo que no, los hijos estamos para desobedecer a los padres, pero dejaré que pase un tiempo, no lo volveré a hacer por lo menos..., hasta que vuelvas de tu viaje secreto —repuso sonriendo.

A mí no me hacía tanta gracia como a ella, pero le sonreí de vuelta, ya tendría tiempo cuando regresara de volver a prohibírsele, lo último que quería era que le pasara algo a mi pequeña; con haber vivido su muerte una vez había sido suficiente. Ojalá volviera a enamorarse de alguien, de esa manera quizá no se metería en actividades tan peligrosas como las que hacíamos el resto de la familia.

Unos días después, Helena volvía en el coche hacia Meyrargues, era una pena no poder llevar la capota abierta —le gustaba conducir sin ella y sentir el viento en su rostro—, pero por desgracia llovía a cántaros. Como siempre solía buscar algo positivo, decidió que cantaría, le gustaba hacerlo, pero solo se atrevía cuando estaba a solas. A veces necesitaba estar a solas consigo misma y pensar en Dom, necesitaba aquellos momentos para recordarle, para no olvidarle, todavía le dolía que no hubiera podido disfrutar la vida junto a ellos. Habían tenido tan poco tiempo para disfrutar de su matrimonio.

Poco después de morir Dominique, su suegro se puso gravemente enfermo y murió a los pocas semanas, una infección estúpida que no hubo

manera de controlar. Helena hubiera preferido marcharse de aquella casa, le traía demasiados recuerdos, pero decidió quedarse un tiempo en el château, no se veía capaz de abandonar a su suegra y a su cuñada, ambas estaban destrozadas por la muerte de los hombres de la casa y lo único que las mantenía ilusionadas era la perspectiva del nacimiento del hijo de Dominique.

Después de nacer Dom, se dio cuenta de que tampoco entonces podría irse de su lado, por muchas ganas que ella tuviera de regresar a Digné con sus padres. Desde que el pequeño Dom estaba en sus vidas, todo había mejorado y sabía que se deprimirían si volvía con su familia. Además, en el colegio le iba cada vez mejor y no quería abandonar a sus alumnos. Sus padres lo entendieron perfectamente, bueno, quizá su padre mejor que su madre. De cualquiera forma, iba todo lo a menudo que podía a visitarles y sus hermanos iban siempre que podían al château. Y sin darse apenas cuenta habían pasado muchos años sin volver a su hogar, o quizá Meyrargues se había convertido en su hogar.

Dejó de cantar en cuanto se percató de que estaba aproximándose a la frontera. Entrar en la zona libre era igual de fácil o de difícil que entrar en la zona ocupada, pero estaba tranquila porque esa vez no llevaba nada peligroso con ella. No habría ninguna complicación.

En cuanto paró el coche captó el aroma de aquel hombre bajito que la otra vez la había mirado con lujuria, pero le daba igual, en unas horas estaría de nuevo en casa; además, en unos días comenzarían de nuevo las clases y necesitaba el bullicio de sus alumnos para no concentrarse demasiado en su propia vida.

—Buenas noches —dijo Helena después de bajar la ventanilla. Todavía llovía con fuerza.

Sin embargo, el hombre regordete miró hacia atrás y fue un compañero suyo quien se acercó al coche. En cuanto se agachó para hablar con ella, sintió un nudo en el estómago. ¡No podía tener tan mala suerte!

—Hola gatita —saludó en voz baja para que su compañero no pudiera oírlo.

—¡La conozco! Es la señora Marchant —gritó su compañero, que se acercaba hacia ellos sin importarle mojarse—. El otro día estuvo aquí y el capitán Krumm la interrogó.

—¿Ah, sí? —preguntó el cabo con una sonrisa perversa en su rostro—. Oh, qué interesante. Creo que yo también la interrogaré.

—Sí, hagámoslo—comentó su compañero riéndose entre dientes.

Aquello no podía estar sucediendo.

—No creo que haya motivo alguno para interrogarme. Los papeles están en orden, si tiene la amabilidad de echarles un vistazo —dijo Helena sacando los documentos.

—¿Está usted sorda, señora...?

—Marchant. Y si se entera el coronel Schneider de que me han retenido sin razón...

—No se enterará, vamos salga, no me haga perder la paciencia —insistió el perro.

Helena salió temblando. Podría luchar contra tres humanos, pero no podría contra un simple perro. Mientras caminaba desconsolada flanqueada por ambos hombres, inspeccionó el lugar en busca de árboles pero, por desgracia, estaban fuera de su alcance. Volvió a entrar por segunda vez en poco tiempo en aquella sala de interrogatorios fría y desoladora, sin saber qué

querían exactamente de ella. ¿No debería haber más hombres en la frontera? Daría lo que fuera porque estuviera aquel capitán, Roberto, que estaba a favor de la resistencia, sin embargo aquel no debía ser su día de suerte.

El perro la sentó de golpe sobre una silla. Por lo visto esa no iba a ser una charla amistosa, podía olerlo.

—Señora Marchant, ¿dónde vive?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Conteste.

—En Meyrargues.

—¿Es usted pariente del difunto señor Marchant?

—Sí —aunque en realidad no sabía si se refería a su marido o a su suegro.

—¿Conoce a un hombre que se llama Émile Declerq?

El corazón le dio un vuelco, ese era el nombre real de su padre antes de cambiárselo por Chatte. Todos conocían el secreto, su padre se lo contó a todos los miembros de la familia después de morir su marido.

Helena era consciente que no debía contestar a esa pregunta, si contestaba que no le conocía, el perro sabría que había mentido, y si le respondía que sí lo conocía, seguiría interrogándola y tenía que evitar por todos los medios que averiguara que ese hombre era su padre. En realidad, cualquiera de las dos opciones era mala, podía olerlo. De modo que decidió callarse.

—¿Tengo que volver a preguntártelo, estúpida?

Helena le miró directamente a los ojos, sin desviar la mirada, ya que no quería parecer cohibida y asustada, como seguramente quería que se

sintiera ese perro apestoso, aunque en realidad sí lo estaba. Tragó saliva cuando percibió que su interrogador no se andaría con tonterías y, efectivamente, un segundo después, le dio una bofetada en la cara con tanta fuerza que cayó de la silla.

—¡Tú! ¡Recógela y vuelve a ponerla en la silla! —le gritó a su compañero—. Átala a la silla con esa cuerda.

El hombre bajito y regordete se acercó sin dejar de sonreír, obviamente disfrutaba del espectáculo y lo demostró sobándola sin necesidad mientras la ataba. Helena dejó que sus uñas actuaran por su cuenta y, antes de que la tuviera del todo atada, le arañó el brazo. Él pegó un alarido y se llevó la mano a la manga del uniforme, rasgada hasta llegar a su piel.

—¡Me has roto el uniforme, maldita zorra! ¿Qué tipo de uñas tienes? —se acercó de nuevo a Helena, que tenía las uñas preparadas para una segunda sesión en caso de que intentara ponerle las manos encima.

—Otto, por favor, haz el favor de ir a ver si ha llegado algún coche —le pidió el perro.

El tal Otto salió a regañadientes, dirigiéndole una mirada de odio, casi prefería esa mirada que la de lujuria. El perro ató a la prisionera con tanta precisión y fuerza que supo que, en unos minutos, le dejaría de circular la sangre por las manos.

—Bien, ahora estamos solos. Sé dónde vives, sé que conoces al profesor Miró y algo me dice que también conoces a Émile Declerq. De modo que empieza a decirme dónde puedo encontrarlos, si no, acabaré matándote, y será una muerte lenta; te patearé, te destrozaré la cara, después las manos, luego los pies, y por supuesto dejaré que mi compañero, que parece estar encaprichado contigo, te haga lo que quiera, yo no siento ninguna atracción por ti. Eres bonita, pero tu olor es asqueroso.

—Esto es ilegal, gritaré...

Se rio con fuerza.

—Grita todo lo que quieras, estamos completamente solos, llueve con fuerza y nadie te oirá; además, si se acerca un coche, te meteré un trapo en la boca. —Se calló y el silencio que se produjo le hizo sentir un escalofrío. Helena supo que iba a golpearla y esquivó su puñetazo, que fue a parar al aire.

No parecía muy contento con el resultado, pero no perdió la compostura, volvió a intentar golpearla, sin embargo Helena había tenido los mejores maestros del mundo, sus hermanos, y pudo volver a esquivarlo. Sabía que aquello no acabaría bien, al fin y al cabo ella tenía todas las de perder.

Lo siguiente que hizo fue agarrarla del pelo con tanta fuerza que la levantó del suelo junto con la silla. Helena no recordaba nada tan doloroso y no pudo evitar gritar y llorar de dolor. El perro aprovechó su desventaja para darle un puñetazo en plena cara. Helena sintió cómo se le desgarraba la mejilla, pero también el cuero cabelludo. Después la soltó sin contemplaciones y, a pesar del golpe, sintió alivio de ver el pelo liberado de semejante tirantez.

Un ruido hizo que se girara hacia la puerta, era Otto.

—Esta zorra no quiere hablar —dijo el perro en alemán, a pesar de que lo más probable es que supiera que ella podía entenderlo—; la pegaré durante un rato, quizá le desfigure el rostro, no te importa ¿verdad? Luego podrás tocarla. ¿Te gustaría, pequeño gusano? Apuesto a que hace tiempo que no follas con ninguna mujer.

A pesar de los insultos, Otto parecía contento por el premio. El perro

se giró para mirar de nuevo hacia ella.

—¿Sigues sin querer hablar? —Helena no contestó—. Ya veo que te gustan las palizas. Quizá haga falta que lo haga con más fuerza.

El siguiente golpe fue directo a su ojo izquierdo. Helena ya no se sentía capaz de jugar a esquivar sus golpes, sabía que podría matarla si quisiera y tendría que hacerlo, porque jamás delataría a su propio padre. Además, ya debía haberla dejado ciega del ojo izquierdo. Después sintió su aliento en la cara, aunque apenas podía ver. La besó en los labios, pero por supuesto ella no se esperaba un beso de amor, sino que sabía que pretendía morderle los labios, y así fue.

Por suerte, el perro se había olvidado de atarle los pies y llevaba un rato intentado quitarse los zapatos para poder defenderse. Sabía que moriría aquella noche, pero pelearía hasta la muerte. Antes de que el perro se diera cuenta y haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, le dio una patada clavándole las uñas en la espalda. El perro pegó un alarido y volvió a golpearla, aunque esa vez en el estómago. Helena se cayó hacia atrás y, cuando quiso darse cuenta, el perro le había atado los pies. Por desgracia, ya no le quedaban armas para defenderse.

Cuando volvió a colocar la silla en su posición normal, le pegó un pisotón en su pie desnudo con sus enormes y pesadas botas militares. Helena emitió un gemido que retumbó en las paredes, jamás había sentido un dolor tan espantoso, y lo peor era sospechar que le había roto las uñas retráctiles quizá para siempre. Saber eso le dolió más que el dolor mismo, un gato no era nada sin sus uñas.

—Bien, cambiemos de táctica, ya que no le importa que le destroce el cuerpo, veamos qué le parece que la desnudes, la toques y la penetres. Vamos, Otto, acércate, te dejaré a solas con ella para que tengas un poco de

intimidad, pero antes —dijo acercándose a la prisionera—, hagamos que no pueda gritar de placer..., o de asco.

Helena sintió cómo le metía un pañuelo en la boca y después la desataba de la silla para volver a atarle las manos detrás de la espalda y empujarla contra la pared. Quedó tirada en el suelo atada de pies y manos y sin apenas poder ver con claridad, tan solo veía sombras borrosas, pero no le hacía falta el sentido de la vista para imaginarse la sonrisa de satisfacción de Otto por poder quedarse a solas con ella.

Un segundo después, la puerta se cerró y enseguida sintió el aliento de Otto en su cara. La besó en el cuello. Después le desabrochó la camisa y comenzó a sobarle los pechos por encima del sujetador. Helena sintió ganas de vomitar, pero las reprimió, ya que si lo hacía con aquel trapo en la boca sin duda alguna se ahogaría. Una de sus manos se posó sobre su rodilla y comenzó a ascender hacia su muslo, por lo que cerró los muslos para intentar que no llegaran a su destino final; solo de pensar en lo que aquel seboso cerdo quería hacer con ella, le volvían a entrar náuseas. Separó sus muslos de nuevo y esa vez se colocó encima de ella para impedirle que volviera a cerrarle el paso y acto seguido le rompió el sujetador.

No sabía cuánto tiempo iba a poder reprimir los gritos y el llanto que deseaban salir de su boca o sus constantes ganas de vomitar, los oídos le zumbaban, aunque era normal después de los golpes que le había dado aquel perro. Pero, de repente, como por arte de magia, dejó de sentir la presión del cuerpo de Otto sobre el suyo, e intentó enfocar con el ojo derecho para ver qué estaba sucediendo, pero todo estaba borroso y su nariz, medio rota, tampoco le daba ninguna pista. Quizá el perro había vuelto para rematarla de una vez, quizá morir sería más fácil que aquella tortura.

Oyó un golpe seco y, justo entonces, alguien le tapó el cuerpo con



algún tipo de abrigo. Después, una voz que se le antojó sinónimo de salvación y luz le susurró al oído en francés.

—¡Qué te han hecho, por el amor de Dios! Soy yo, Roberto, te sacaré de aquí, ¿de acuerdo?

Quería advertirle que había un perro detrás de la puerta, pero no podía hablar. Helena señaló su boca y Roberto pareció entenderla perfectamente. Fue un alivio verse libre de ese obstáculo y poder respirar de nuevo, debía tener la nariz casi rota, justo antes de que la salvara Roberto pensó que ya no podría respirar. Volvió a sentir náuseas, pero esa vez no las reprimió, no podía, se giró a un lado y vomitó. Sintió cómo Roberto le desataba los pies y luego las manos. Era una lástima no poder verle con claridad, tan solo veía una sombra de luz, pero por lo menos se sentía más a salvo que nunca.

—Pagarán por esto, Helena. Espérame aquí, ahora vuelvo.

Quiso rogarle que no se fuera, que no la dejara sola, también quiso avisarle de que su otro compañero era un perro, que no podría luchar contra él, pero era incapaz de hablar y menos de explicarle que era un hombre-perro, ni siquiera debía contarle algo así a un desconocido humano.

Lo que tenía claro Helena era que no se quedaría sentada allí esperándole, debía huir. No estaba segura de si podría mantenerse en pie, pero debía intentarlo. Tenía que hacer un último esfuerzo por levantarse, saltar por la ventana y meterse en el coche. En el primer intento perdió el equilibrio, pero consiguió agarrarse a tiempo a la mesa. Tanteó hasta llegar a la ventana y, no sin dificultad, consiguió abrirla. Sentir el aire del exterior la tranquilizó un poco. En condiciones normales se hubiera subido a la ventana de un salto, pero en esos momentos se encontraba en baja forma, sin una pierna en la que poder apoyarse y sin poder ver con claridad. Se subió a la ventana con más torpeza que un simple humano y saltó sobre su pie sano, a

pesar de eso perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el barro. A duras penas consiguió girarse y pudo sentir como la lluvia le lavaba la cara. Se le nubló la vista y dejó de sentir, era agradable no sentir nada, ni oír nada. ¿Estaría muriéndose?

Al cabo de un rato, Roberto fue en busca de Helena, sin embargo no estaba donde la había dejado. No le costó mucho seguir su rastro, marcado por manchas de sangre y la evidencia de la ventana abierta. Su instinto le decía que no habría llegado muy lejos en su estado, ni siquiera entendía cómo había podido saltar por la ventana. Se le encogió el corazón cuando vio su cuerpo inconsciente tirado en mitad del barro y de la lluvia.

Cuando llegó al puesto fronterizo y vio el coche de Helena aparcado, supo que algo no iba bien, no tenía sentido que la interrogaran de nuevo cuando lo más seguro es que ya se hubiera deshecho del cargamento de armas. Entró con cuidado, sin saber muy bien qué se iba a encontrar, pero cuando descubrió a Otto intentando violar a Helena, su rabia se apoderó de él, no estaba seguro de si lo habría dejado con vida, aunque en realidad le daba exactamente igual.

—Helena, sé que no me oyes, pero todo ha acabado, ahora te llevaré a tu casa.

La tomó en brazos y la dejó con suavidad sobre el asiento trasero de su coche. Sabía que debía cambiarla de ropa, no solo estaba manchada de barro, sino que estaba calada hasta los huesos, pero primero tendría que asegurarse de que se alejaba lo suficiente para que nadie les encontrase. Cuando consideró que no había peligro y que nadie le seguía, se apartó del camino.

Se alegró al descubrir que Helena viajaba con una maleta en la que había algo de ropa. No le gustaba la idea de desnudar a una mujer

inconsciente, pero no tendría más remedio que hacerlo. A pesar de los moratones que tenía por el cuerpo, su piel era preciosa, suave y blanca y desprendía un embriagador aroma a melocotón. Cuando terminó, la enrolló en una manta, estaba completamente helada. Le hubiera gustado tener conocimientos médicos para poder comprobar si estaba muy grave, pero no hacía falta mucho conocimiento para saber que estaba mejor inconsciente, el pie tenía que dolerle muchísimo —a juzgar por su aspecto se lo debían haber aplastado—, y en cuanto a su precioso rostro, si no llega a ser por su coche, su pelo rubio y su aroma, no la hubiera podido reconocer.

No dejaba de culparse por lo sucedido, si no la hubiera interrogado él hacía unos días, es posible que no la hubieran atacado, aunque en realidad eran tan solo conjeturas. ¿Qué demonios querrían de ella? Parecía como si hubieran querido sacarle algo de información a base de golpes y vejaciones. Quizá habían descubierto que colaboraba con la resistencia, esa era una buena excusa para maltratarla. A pesar de que sabía que había hombres crueles y violentos, le costaba pensar que dos hombres pudieran hacerle algo así a una muchacha tan joven y bonita. Se sentía fatal por lo que le había pasado y pensaba llegar al fondo del asunto, y no solo porque odiaba las injusticias —sobre todo cometidas contra personas más débiles—, sino porque ella era muy importante para él.

Había llegado a pensar que jamás la encontraría, por eso, cuando la vio en el coche junto a su hijo —a pesar de que había sido una sorpresa para él saber que tenía un hijo, además tan mayor—, supo que no podría dejarla ir sin hablar con ella, necesitaba saber en qué situación de su vida se encontraba y por eso la había interrogado. En el fondo de su alma había esperado que le reconociera, pero no estaba seguro de que en realidad pudiera hacerlo, no debía esperar demasiado. Al menos había descubierto que su primer marido había muerto hacía tiempo. Hasta ahí todo cuadraba.

Después del interrogatorio no tuvo más remedio que dejarla marchar, no quería que sus compañeros descubrieran el arsenal que llevaba en el maletero, si no su vida correría peligro y eso era lo último que quería. Pero nadie sabía lo mucho que le había costado dejar que se fuera, el miedo de no volver a verla era insoportable, el mundo era demasiado grande como para tener la suerte de volver a encontrarse con ella. Aunque el destino había tenido una forma muy cruel de darle otra oportunidad, demasiado cruel para considerarse un hombre con suerte.

Se sentía en deuda con su instinto, puesto que le había impulsado a pasar por la base aquella noche, a pesar de que no tendría que estar allí, y gracias a eso, había podido salvar a Helena. Su instinto siempre le había ayudado a lo largo de su vida y en esos momentos le estaba susurrando que debía llevar a Helena directamente a su casa, y de ninguna manera a un hospital. Pero el problema era... ¿dónde vivía?

¡Los papeles! Claro, como no lo había pensado antes. Sin soltar el volante rebuscó en la guantera y enseguida los encontró. Recorrió rápidamente la vista, Digné-les-Bains, los papeles del coche y de la tienda de perfumes eran de su madre, quizá no viviera con ella, pero era un comienzo.

—Edmund, Ed, te necesito —Helena parecía estar hablando en sueños.

Roberto no sabía quién sería ese tal Edmund, pero de repente le entró un sudor frío. Era evidente que era una persona importante para ella. ¿Sería su prometido? ¿Habría llegado demasiado tarde o demasiado pronto? No estaba seguro de lo que sucedería, pero haría todo lo posible para que se enamorara de él, por eso estaba allí, había venido a buscarla.

No tardó demasiado en llegar a aquella dirección. Entró con el coche por un camino de tierra y admiró la gran casa familiar que se presentaba ante

sus ojos. Respirar el aire puro de la montaña le hizo sentirse mejor, a pesar de todo lo que había sucedido. Un hombre de unos treinta años abrió la puerta —no era demasiado alto y tenía la nariz pronunciada al estilo francés—; se le abrieron mucho los ojos cuando vio a Helena en sus brazos.

—Pase —le dijo sin preguntarle nada en absoluto.

—La encontré... —empezó a explicarse Roberto.

—No importa, ahora lo importante es curarla, sígame por favor.

Le siguió hasta una habitación que sin duda alguna funcionaba de consulta médica, había una camilla en el centro y medicamentos, así como artilugios médicos por todas partes. En realidad era lo último que se esperaba encontrar, pero después de todo su instinto no había fallado.

—¿Es usted médico? —preguntó Roberto curioso.

—No, pero sé algunas cosas.

A Roberto le hubiera gustado saber quién era el médico de la familia, ya que era evidente que había uno, pero aquel hombre no parecía demasiado hablador. Tumbó a Helena sobre la camilla y después sacó algunas cosas de unos cajones. Primero le limpió la cara; Helena pareció sentir el roce, ya que se agitó, y después comprobó el estado de su pie. Parecía saber lo que hacía, por lo menos más que él.

—Lo del pie es grave, necesitamos a Edmund.

—¿Quién es Edmund? —otra vez ese nombre.

Aquel hombre le dedicó una mirada penetrante, sin embargo no le dio ninguna explicación y, justo en ese momento, escuchó un portazo a lo lejos, además de unos pasos apresurados que se dirigían hacia aquella sala. Sin duda alguna era otro gato. Al segundo apareció en la consulta un hombre

joven, algo más mayor que Helena, moreno, con unas facciones elegantes y distinguidas, igual de alto o incluso más bajo que ella. Ese hombre no debía ser de su familia, no se parecían en absoluto, y Roberto se temió lo peor; sin duda alguna y por la expresión de máxima preocupación de su rostro, debía ser su prometido.

—Quien haya hecho esto se las verá conmigo —dijo mirando directamente hacia él.

—Yo..., le aseguro que ya han pagado por ello —balbuceé.

Edmund volvió a fijarse en aquel hombre moreno, de ojos oscuros, tan alto como lo había sido su cuñado Dominique, y asintió satisfecho.

—Bien, luego me explicarás lo que ha pasado y quién eres, ahora tengo que ocuparme de ella.

No solo era su prometido, sino que además él debía ser el médico. De repente se preguntó qué demonios hacía allí, debería irse, no pintaba nada en esa casa; sin embargo, ni sus piernas ni su mente respondían. No, no volvería a separarse de ella, pasara lo que pasase.

—Sí, por supuesto, esperaré fuera —dijo Roberto, que por fin consiguió salir de la estancia.

—François, no te vayas, te necesito —le dijo Edmund.

Roberto sabía que debía irse, pero se quedó por dos razones: la primera y más importante, no podría irse sin volver a hablar con ella y comprobar que estaba bien; y segunda, ese tal Edmund esperaba que le explicara lo que había sucedido. Le contaría toda la verdad, un gato siempre sabía distinguir cuándo alguien era sincero.

Edmund no debía saber que él podía oír lo que decían desde el salón.

—¿Qué sabes de él, François?

—Nada señor, acababa de llegar cuando ha entrado usted.

—Ah. Acércame eso, no tendremos más remedio que operar el pie.

—Pero... ¿no puedes curarlo con tu habilidad?

—He hecho lo que he podido, pero cuando algo se rompe del todo, tengo que recurrir a la medicina tradicional. Algunos huesos se han partido, no sé quién demonios le ha hecho esto, pero lo ha hecho con mucho odio. No sé quién podría odiar a Helena con tanta fuerza, es algo imposible de pensar. No sé si este hombre dice la verdad sobre que han pagado por ello, pero te aseguro que encontraré a quienes le han hecho esto.

Hizo una pausa e inspiró fuertemente.

—François. Tengo que dormirla.

Después de eso, Roberto no escuchó nada más importante salvo peticiones de Edmund sobre qué tipo de instrumento tenía que acercarle François, hasta que una hora después salió de la habitación y fue a buscarle.

—¿Cómo está Helena? —preguntó levantándose de golpe.

—Está bien, le he operado el pie y dormirá sin problemas unas horas, necesita descansar. Siento no haberte ofrecido nada antes. ¿Quieres beber algo? ¿Vino? ¿Algo más fuerte quizá?

—Lo que tomes tú.

—Bien, entonces un whisky —dijo mientras sacaba unos vasos y una botella del mueble que tenía frente a él.

Edmund se lo bebió de un golpe y después se quedó mirándole como exigiendo que hiciera lo mismo con el suyo. No pensaba quedar como si él fuera menos duro, de modo que hizo lo mismo que él. El líquido color

avellana descendió como si fuera fuego por su garganta, no estaba acostumbrado a tomar bebidas fuertes, pero agradeció la sensación de relajación muscular que se produjo unos minutos después.

—Bien; ahora, cuéntame la verdad —le exigió el prometido de Helena.

Comenzó a hablar y, a pesar de lo cansado que estaba, las palabras le salieron de forma fluida; acabó contándole más cosas de las que había planeado contarle, pero ese hombre le miraba de una forma tan intensa, como estudiando cada partícula de su cuerpo, que se sintió intimidado.

—Me pregunto cómo supiste que aquel militar era un perro —comentó Edmund después de escuchar su historia.

—Oh, verás, conozco la existencia de las criaturas, aun no siendo una de ellas.

—Precisamente por eso, ¿cómo pudiste distinguir que era un perro?

—Por su fuerza.

—Ya veo. Y lo más importante... ¿Cómo pudiste acabar con un perro siendo un simple humano?

—A veces más vale maña que fuerza; además, tampoco tengo claro que “acabar con él” fuera lo que hice. Tan solo lo puse fuera de juego el tiempo suficiente como para huir con Helena de allí.

—Está bien. Sé que has sido sincero. Veo que tienes algunos mordiscos. ¿Sabes que son infecciosos?

Negó con la cabeza.

—Será mejor que te los cure —propuso Edmund mientras colocaba una mano sobre el mordisco que tenía cerca del cuello.



Roberto sintió un hormigueo por la zona y el dolor desapareció. Después hizo lo mismo con otros mordiscos que tenía por los brazos y las piernas. Fue algo asombroso que jamás había experimentado.

—¿Cómo has hecho eso?

—Como sabes mucho sobre criaturas, no me importa decirte que soy un gato sanador. Ahora... —Edmund miró el reloj que había colgado en la pared—, es un poco tarde, ¿te gustaría dormir un poco?

—Sí, si no te molesta, claro.

—Depende. Si quieres quedarte para saludar a Helena cuando se despierte y después te vas, no me molesta. Si pretendes quedarte más tiempo, sí me molesta.

Sin darse cuenta, Edmund acababa de confirmar las sospechas de Roberto, definitivamente era el prometido de Helena, un gato directo y sin pelos en la lengua.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso tienes miedo de que pueda elegirme a mí?

¿Era el whisky el que hablaba o es que Edmund le había pegado esa forma de hablar tan directa?

—¿Elegirte? —se rio y se levantó de un golpe—. Será mejor que duermas, creo que estás demasiado cansado. François te dirá dónde está tu habitación.

Edmund supo que ese hombre le había tomado por el pretendiente de su hermana, pero no le apeteció corregirle. Quizá de esa manera se fuera por la mañana. No quería que su hermana sufriera de nuevo y además sus bigotes le decían que ese hombre le ocultaba algo.

## **-18. Eugène. Confesiones a medianoche.**

### *Digné-les-Bains*

Carla me miraba con ansiedad a través del vapor de la infusión que ella misma se había empeñado en prepararme. Estaba preocupada por mí, por todos en general, pero sobre todo ardía en deseos de saber lo que había sucedido, y en ese preciso momento me di cuenta de que, por primera vez, podría contárselo de forma confidencial; eran las ventajas de haber descubierto que mi futura mujer era un híbrido gato. No la avisé de lo que iba a hacer, prefería ver cómo reaccionaba. Por ello, comencé a clavarle la mirada y a fijarme en los pequeños detalles de su rostro, esos ojos avellana, su pelo castaño algo ondulado, sus sensuales labios; los azulejos azules y verdes de la cocina comenzaron a volverse borrosos. Era la primera vez que mantenía una conversación de criaturas con alguien que lo hacía por primera vez, y tenía curiosidad por saber si sentiría algo.

—¿Por qué me miras así, Eugène? Me siento extraña.

—¿Cómo te sientes? —realmente tenía una curiosidad gatuna.

—No sé, como si intentaras atravesarme el alma, como si tus ojos..., estuvieran aquí mismo —dijo poniendo una mano a la altura de sus ojos—, sobre los míos, es algo muy extraño. ¿Qué estás haciendo?

—Intento mantener una conversación de criaturas contigo —le expliqué—, y me preguntaba si lo notarías, ya veo que sí.

—Sí, también siento un cosquilleo en el estómago, como cuando te emocionas por algo y sientes mariposas dentro. Es extraño..., pero me gusta.

Carla tenía las pupilas bastante dilatadas, prueba de que había

funcionado. La conexión ya había finalizado, desde ese momento podríamos hablar y nadie nos podría escuchar. Aproveché para explicarle quién era el lobo que había secuestrado a Marion y Antonie y todo lo que había sucedido durante las horas que habíamos estado ausentes.

—Es algo horrible lo que ese lobo les hizo a Antonie y a Marion..., pobrecita, debe estar muy confusa después de saber que su vida ha sido un engaño. Pero hay algo que no acabo de entender. ¿Por qué esta vez has decidido contarme algo que sabes a través del pensamiento de otras personas? Es la primera vez que lo haces.

—Esta vez tengo el beneplácito de una de ellas.

Carla me miró extrañada.

—Marion me lo ha pedido. Tú eres la única de nuestra pequeña familia que no lo sabe, Val y Hans estaban al tanto de todo.

—Bueno, supongo que no es una historia fácil de contar, y menos todavía para Antonie, pobrecilla. Menos mal que Edmund está locamente enamorado de ella.

—Sí, te aseguro que es algo chocante ver a mi hermano tan enamorado. ¿Sabías que nunca se volvió a casar? Ella fue la primera y la última, en realidad ellos ya están casados, supongo que por eso la considera su mujer.

—Hablando de eso... —dijo Carla tosiendo un poco incómoda—. Verás, quería preguntarte algo.

¿Qué sería eso que quería preguntarme que la ponía tan nerviosa? Alargó la mano para hacerse con su infusión y se la bebió de golpe, como si fuera una copa de vino.

—No hace mucho me dijiste que..., que yo era la única mujer con la

que habías querido casarte...

¡Conque era eso! Ella sabía que no era cierto, o por lo menos no en parte. Claude se lo había contado el día que intentó seducirla, aunque lógicamente Carla no sabía que yo había sido testigo de aquel intento fallido de seducción y no pensaba confesárselo. Además..., era comprensible, e incluso me sentía halagado porque quisiera conocer algo de mi pasado más remoto.

—¿Es eso cierto?

No quería hacerla daño, pero sería mejor contarle la verdad.

—No, no es cierto. Debería contarte algo sobre mi vida, pero no es una historia corta. ¿Estás cansada?

Negó con la cabeza y yo respiré hondo antes de continuar.

—La primera vez que me enamoré, tenía veinte años. En realidad podría decirse que me enamoré de la idea de proteger a una mujer bella y delicada, Sophie; quise casarme con ella para ayudarla, para que tuviera una familia y no tuviera que estar sola. Pero..., en realidad no la amaba. ¿Sabes cómo me di cuenta de ello? —Carla negó con la cabeza, me miraba con intensidad, como si estuviera memorizando todo lo que le estaba contando, y eso me hizo sonreír—. Cuando ya le había pedido en matrimonio, Claude la sedujo. En ese momento me di cuenta de que no la amaba, porque si lo hubiera hecho me habría hundido, y no lo hice, sentí rechazo por ella, simplemente no quería volver a verla. Aunque eso no impidió que quisiera matar a mi hermano, lo intenté, pero Edmund consiguió separarnos. Estuvimos un tiempo sin hablarnos, aunque al final, gracias a..., bueno, gracias a la familia, retomamos nuestra relación de hermanos y poco a poco volvimos a estar tan unidos como siempre lo habíamos estado. La segunda vez que me enamoré, fue durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Quieres decir que durante esos años..., no estuviste con ninguna mujer?

—Bueno, no exactamente, ya te dije que no soy ningún santo, pero no me enamoré de ninguna de ellas; tampoco soy un mujeriego como mi hermano, pero supongo que no soy demasiado enamorado, ¿sabes?, y creo que tú tampoco lo eres, ¿no es cierto?

Aunque sabía por mi hija que Carla había llegado a tener una relación con un hombre durante los años que estuvimos separados, creía que no se había enamorado de él, pero no estaría de más que me lo confirmara ella misma. Era demasiado doloroso pensar que otro hombre había estado con ella, no podía pensar en mi Carla con otro hombre, era una imagen que me atormentaba, por eso intentaba evitar pensar en ello.

—Sí, supongo que tienes razón. Continúa.

Por el momento me tendría que contentar con esa respuesta, Carla estaba centrada en mí, era yo el que tenía que contarle mi historia amorosa.

—Bien, durante la Segunda Guerra Mundial, nosotros formamos parte de la resistencia. En realidad éramos espías, todos podíamos hacernos pasar por oficiales alemanes, nuestra facilidad para los idiomas nos lo permitía.

—¿Todos?

—Me refiero a toda la familia, incluida mi madre, ella tenía clientas alemanas que visitaban su tienda de perfumes y a quienes les sacaba información. A veces pienso que esa tienda tuvo esa finalidad, existió para eso y para hacer de almacén de armas.

Carla me miró medio escandalizada, medio asombrada.

—En fin, como te iba diciendo, muchas veces trabajábamos en equipo, aunque lógicamente teníamos nombres falsos y nadie sabía que

éramos familia. Yo me ocupaba de..., negociar, sobre todo con hombres, y una de mis funciones era conseguir armas a buen precio. Mi hermano Claude, como te puedes imaginar, se ocupaba de las mujeres, su especialidad; en cuanto a Edmund, era bueno siguiendo el rastro de personas clave, las espiaba y las perseguía sin que ellos supieran que les seguía. No hay nada como un gato espía, créeme, es lo mejor que tuvieron los franceses durante la resistencia, aunque no salgamos en los libros de historia.

—No, nunca he visto mencionar a un hombre-gato en los libros de historia.

—Me temo que siempre será así. Mi padre y yo habíamos vuelto de España de una de nuestras misiones, habíamos pasado más de un mes allí. Tenías que haber visto a mis padres cuando se reencontraron..., se querían tanto que a veces me dan envidia. Yo quería eso, no me iba a conformar con menos. Unas semanas después de haber vuelto, me encargaron la misión de espiar a un alto cargo alemán. El..., tenía una hija, su mujer había muerto cuando ella era pequeña. Yo no me fijé en ella, ¿sabes?, estaba completamente concentrado en cultivar la amistad de Hermann Gunter como para fijarme en una mujer algo traviesa a la que le gustaba coquetear con los hombres, ese tipo de mujeres nunca habían sido mi tipo. Al poco tiempo, conseguí que Gunter me invitara un fin de semana a su casa. En realidad, un gato espía no tiene que buscar entre los papeles, ni revolver los cajones del despacho, basta con que tenga los oídos bien alerta para escuchar cualquier conversación confidencial; las mejores eran las conversaciones telefónicas, pero yo además contaba con mi habilidad de leer mentes, aunque no siempre podía leer todas, la de su hija era una de las que no podía leer.

»Durante el fin de semana hubo un momento en que su padre tuvo que ausentarse, yo ardía en deseos de seguirle, pero su hija me lo impidió, me engatusó para que jugara con ella al tenis, y la verdad es que al cabo de unas

horas a solas me había olvidado completamente de mi misión. Ella era una mujer algo alocada, divertida, ruidosa, coqueta, pero tenía algo, y sin darme cuenta caí en sus redes; a las pocas semanas me había enamorado de ella. Dejó de coquetear con los hombres, porque sabía que no podía soportarlo, y un mes después le pedí que se casara conmigo.

\*\*\*\*\*

### **París, junio 1943**

Era uno de esos días en los que nos reuníamos con mi padre en nuestra casa de París para decidir nuestros siguientes pasos, pero mi padre no había llegado todavía; sin embargo, mi madre estaba en la planta baja, en su tienda de perfumes. Mi padre era quien trataba con la inteligencia francesa, aunque desconocíamos con quién exactamente y sabíamos que mi padre no nos contaba todos los detalles para que fuera menos peligroso para nosotros, si es que eso era posible. Solo sabíamos que estaba relacionado con el profesor Miró.

Manteníamos una conversación de criaturas, era nuestra costumbre, puesto que no queríamos arriesgarnos a que algún otro perro o gato pudiera oírnos desde la calle.

—Hermanito, he notado que pasas mucho tiempo con Monika — comentó Claude—. Esa mujer no es de fiar. Solo te quiere para sacarte información, es una espía alemana, se pasea con esa cara de mujer traviesa y juguetona para atrapar a los hombres. Reconozco que es guapa, tiene unos ojos azules asombrosos y un trasero...

Claude siguió pensando sobre otras partes del cuerpo de Monika y estaba poniéndome enfermo con su pensamiento. Tuve ganas de partirle la cara, pero no quería hacer ruido, si no, mi madre vendría y lo que menos me apetecía era que ella se enterara también de mi relación con Monika, nadie

sabía todavía lo de mi compromiso, ni siquiera yo mismo sabía cómo iba a gestionarlo.

—Oh, conque piensas eso. Pues siento desilusionarte, pero la he pedido en matrimonio.

En realidad no había planeado decirlo tan pronto, pero mi subconsciente parecía ser más rápido que mi consciente y aquellas palabras salieron sin control alguno. Claude debía tener más respeto por las mujeres, no podía ir comentando cómo era el trasero de una señorita y mucho menos si esa señorita me pertenecía. En cuanto a su pensamiento, nadie podría impedirle que la desnudara con él, pero yo no podía soportarlo y él lo sabía.

—¡Cómo! ¡Estarás de broma! No, no lo estás. ¿Pero por qué, Eugène?

—No tengo que darte explicaciones de mi vida privada. Solo te diré que por lo menos yo hago las cosas como es debido, no como tú.

—No me des clases de moralidad, por favor, bien que os gusta que consiga información de las mujeres que me llevo a la cama.

—Muchachos, tranquilos —intervino Edmund, que hasta ahora se había mantenido callado; nos apartó ligeramente, ya que sin darnos cuenta estábamos frente a frente, a un paso de pegarnos—. Hay algo que no entiendo, Eugène... ¿Cómo pretendes casarte con una alemana hija de un alto cargo alemán cuando tú eres francés y además de la resistencia? Sin contar con que has matado a unos cuantos alemanes.

—Yo no he matado a nadie.

—Quizá no de manera directa..., todavía, pero gracias a las armas que tú consigues tan hábilmente, habrás matado a cientos de ellos. ¿Cómo le vas a explicar eso a Monika? —añadió Edmund.

Me aclaré la garganta.



—Bueno, sé que es complicado, pero no voy a casarme todavía, la boda será dentro de unos meses, y espero que esta guerra acabe pronto.

—Sabes perfectamente cuándo va a acabar, mamá nos lo ha dicho miles de veces, será en mayo de 1945, todavía faltan dos años. Además..., no solo tendrás que contarle que sois enemigos, sino que además eres un gato.

Sabía que tenían razón, pero no quería escucharles y me vino de perlas que, justo en ese momento, mi padre hubiera entrado en la tienda. Le oímos hablar con mi madre. Como si supiera que algo se cocía en el piso de arriba, al segundo apareció por la puerta. Nos miró a los tres y después hizo un gesto para que nos sentáramos. Era obvio que había repasado nuestros pensamientos y estaba al tanto de todo.

—Estoy seguro de que Eugène sabrá solucionar ese pequeño problema que tiene. Él tiene razón, la guerra no durará mucho más, solo serán dos años de engañar a tu mujer, después podrás contarle la verdad sobre ti. A ella le vendrá bien estar casada con un francés, eso te lo aseguro. Te perdonará por habérselo ocultado.

Después de las palabras de mi padre, mis hermanos bajaron la mirada como sabiendo que no podrían atacarme más.

En julio me encontraba en Niza, en una gran fiesta en casa de una personalidad alemana junto con Monika y su padre. No tardé en darme cuenta de que Claude también había sido invitado. Lógicamente, nadie debía saber que estábamos relacionados, por eso Claude se puso en contacto conmigo a través del pensamiento, por lo visto quería hablar conmigo y debíamos vernos en unos minutos al final del jardín, donde nadie pudiera vernos ni oírnos.

—Sé que no quieres oír lo que tengo que decirte..., pero tendrás que hacerlo. Monika es una espía y lo sé con absoluta seguridad. Verás, yo...

El resto de su confesión la escuché en su pensamiento, el muy cobarde ni siquiera tenía agallas para hacerlo en voz alta. ¡No podía creer que hubiera sido capaz de volver a traicionarme!

—Espera, Eugène, deja que termine, luego podrás darme una paliza si quieres. Tú sabes que yo de alguna manera puedo oír lo que las mujeres quieren escuchar, ¿verdad? Por eso sé lo que les gustaría que yo dijera y lo que quieren que les haga..., pero ella, Monika, no quería que la besara, ni que la tocara...

Aquella confesión hizo que me relajara por un segundo.

—No es lo que piensas, ella solo quería averiguar si tú y yo estábamos relacionados, sospecha que somos parientes y también quería averiguar si éramos espías franceses. Sospecha de ti, Eugène, y está dispuesta a casarse contigo para averiguarlo. Ella no te quiere, ¿me oyes?

Le oía, pero en ese momento no quería escuchar nada más, quería que dejara de hablar y de pensar, su pensamiento me estaba matando. ¡Él se había acostado con ella! Con mi prometida. Siempre él, siempre él cuando amaba a una mujer. Una vez que comencé a pegarle, no pude parar, hasta que una mano me agarró del brazo.

—¡Basta, Eugène! ¡Basta ya! ¡Vas a matarle!

Por lo visto, mi otro hermano también había sido invitado a aquella fiesta, y si pensaba que descubrir la traición de Claude era lo peor, estaba muy equivocado. Era mucho más doloroso y decepcionante saber que Edmund estaba al tanto de todo y que estaba de parte de Claude.

—¡Tú lo sabías! —le señalé con el dedo índice.

—Sí, y deberías agradecer a Claude que se haya dado cuenta de lo que es capaz Monika antes de que te casaras con ella.

Paseé la mirada del uno al otro durante unos angustiosos segundos. Si en algún momento de mi vida había deseado matar a alguien con la mirada, ese era uno de ellos, les habría matado a los dos.

—A partir de ahora, para mí estáis los dos muertos —dije señalándolos a ambos—. Ya no sois mis hermanos.

\*\*\*\*\*

—¿Quieres decir que no te hablas con tus hermanos desde 1943?

—Bueno, les he tenido que hablar. Manteníamos las apariencias delante de la familia, aunque no podíamos engañar a nadie, mis padres se percataron enseguida. Pero no hemos tenido una verdadera relación de hermanos hasta..., hasta que Val y tú habéis aparecido en mi vida.

Carla se quedó demasiado callada para mi gusto. Me hubiera encantado poder saber lo que estaba pasando por su mente inquieta. ¿Se sentiría menos amada por mí al saber que había intentado casarme en más de una ocasión? ¿Sentiría celos de esas mujeres que habían formado, por poco tiempo, parte de mi vida?

Cleopatra decidió hacer acto de presencia en ese momento saltando sobre la mesa de la cocina. Fue directa hacia Carla, quien la acarició distraída.

—Carla, yo..., cuando te dije que eras la primera mujer con quien quería casarme, en realidad lo que quería decir es que eres la única mujer que he amado de verdad. A ellas no las amaba, en unos meses me había olvidado de ellas, y sin embargo a ti... Desde que te abandoné, no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti. Y, si Claude te hubiera seducido también a ti... —Noté que Carla se asustaba un poco al escuchar aquello—. Estaría totalmente hundido. Te aseguro que sin ti, no podría vivir, Carla.

Carla dejó de acariciar a Cleopatra, que salió disparada hacia otro lugar de la casa, y se acercó a mí.

—Yo tampoco puedo vivir sin ti y..., no me gusta la idea de que te hayas querido casar más veces, ¿sabes? Pero lo entiendo. Has tenido una vida muy larga y es lógico que te hayas enamorado más veces. No pretendo ser la única mujer de tu vida.

—Lo eres, Carla, lo serás siempre. Aparte de nuestra hija, claro. Me pregunto si yo... —pero dejé la frase inconclusa porque Carla parecía poder leerme el pensamiento.

—Sí, tú si eres el único hombre con el que he querido casarme, eres el hombre de mi vida, te lo aseguro —dijo besándome.

La tomé de la mano y abandonamos sigilosamente la cocina.

—Oí cómo tu madre te sugería que sería buena idea si la noche antes de la boda no dormíamos juntos; aunque estabais lejos, pude oírlo —susurró Carla en mi oído.

—Oh, tus oídos de gato son peligrosos. Por cierto, ¿es que antes no podías escuchar las conversaciones?

—No, pero desde que soy consciente de lo que soy, sí puedo hacerlo.

—¡Al diablo con mi madre! —exclamé y tiré de la mano de Carla en dirección a nuestro dormitorio.

\*\*\*\*\*

Val se había ido a dormir con Anna, su abuela se había empeñado en que Hans y ella deberían pasar la noche separados y, sin Val a su lado, Hans no podía dormirse. Necesitaba su suave y frío cuerpo junto al suyo y poder tocarla de vez en cuando para asegurarse de que todo estaba bien. Después de

lo que había sucedido hacía un rato —la persecución en busca del lobo y la muerte del mismo—, le estaba costando conciliar el sueño. Justo en ese momento oyó que Val se asomaba a la puerta; le encantó comprobar que Morfeo tampoco quería ir a visitarla.

—Hans, ¿estás despierto? —preguntó con suavidad.

—Sí, completamente. No puedo dormir.

—¿Quieres que te prepare una infusión? Mi madre siempre dice que es mejor darse un respiro cuando no puedes dormir, no sirve de nada dar vueltas en la cama.

—Sí, creo que tu madre tiene razón. Vayamos a por esa infusión.

Bajaron por la escalera lo más silenciosos que pudieron. Val lo hacía mucho mejor que Hans, pero era lógico cuando ella era un animal silencioso por naturaleza. Cuando llegaron a la cocina, ambos se dieron cuenta de que los padres de Val habían estado allí hacía unos minutos, podían olerlo y además, por si eso no fuera suficiente señal, el fuego de la vitrocerámica estaba todavía caliente.

—Apuesto a que mis padres tampoco podían dormir —comentó Val.

Hans se sentó sobre una silla y se relajó observando a Val mientras preparaba la infusión. Como siempre. Iba descalza y llevaba puesto un camisón minúsculo, y ambas cosas hicieron que le entraran unas ganas horribles de acorralarla y hacerle el amor allí mismo, pero no quería ser él el causante de que Val no siguiera los deseos de Irina, había sido complicado que su abuela le hubiera aceptado en la familia y no quería estropearlo a esas alturas.

—¿Qué tal está Anna? —preguntó Hans intentando cambiar de tema y poder así dejar de desnudar a Val con la mirada.

—Mejor, duerme profundamente. Ha sido una noche demasiado larga; después de lo que ha pasado es normal que no podamos dormir, pero Anna..., estaba agotada. Ese estúpido de Čech le dio un buen golpe, el muy...

—Bueno, creo que él no volverá a ser ningún problema.

—No, gracias a ti.

—No, gracias a todos, y sobre todo a Edmund, fue tu tío quien acabó con él.

—Oh, no, si no llegas a agarrarlo tú... Por cierto, quería preguntarte algo. Tú tienes una habilidad muy potente, más incluso que la mía, y nunca me lo habías dicho.

Hans asintió.

—Es la fuerza, ¿no es cierto?

Era algo que le rondaba la cabeza desde hacía tiempo. Hans nunca le había explicado que tuviera ninguna habilidad especial, pero esa noche lo había visto con claridad, y seguramente no había sido la única en percatarse de ello. Se suponía que aquel lobo debía ser más fuerte que los perros y, sin embargo, Hans había podido inmovilizarlo con sus brazos. Incluso, en los últimos segundos antes de morir, Val había captado en el lobo un sentimiento de asombro e incluso de miedo, miedo de que un simple perro pudiera atraparlo de esa manera.

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías contado?

Hans bajó la mirada hacia la taza que le había colocado delante Val hacía un segundo.

—Verás..., no me siento orgulloso de ello.

—¿Por qué? Hoy has hecho algo muy bueno, has acorralado a ese lobo peligroso y has dejado que Edmund vengara por fin a tu abuela. Deberías estar orgulloso, yo lo estoy.

Hans le sonrió débilmente.

—Una vez me preguntaste si había matado alguna vez a un gato. ¿Lo recuerdas?

Val asintió. Claro que se acordaba, pero le daba miedo lo que tuviera que contarle.

—Bien, quizá sea hora de que te lo cuente. No quiero que te cases conmigo sin que me conozcas de verdad.

—Hans, no es necesario que me lo cuentes.

—Sí, para mí sí lo es —respiró hondo antes de empezar a contarle aquella historia—. Yo tenía dieciséis años. A veces, al salir del colegio, daba un rodeo por el bosque para ir a mi casa, incluso aunque tardase más tiempo en llegar, pero ese contacto con la naturaleza me relajaba. Aquel día, a los pocos minutos de adentrarme en el bosque, noté que alguien me seguía; no era una criatura, pero sabía que me estaba siguiendo a mí, no era una casualidad. Cuando ya habíamos terminado de atravesar el bosque entero, me di la vuelta. El que me seguía era un chico más joven que yo, no debía tener más de quince años, y tenía esa mirada que tienen los niños que tienen un retraso mental. Eso hizo que me relajara.

\*\*\*\*\*

—Hola —dije lo más simpático que pude—. ¿Cómo te llamas?

—David. Tu eres Hans, ¿a que sí? Me gusta cómo hueles.

Me pareció curioso su comentario, pero no me sorprendió demasiado, ya que siempre había pensado que los chicos con retrasos intelectuales tienen una sensibilidad especial y una forma diferente de ver y captar las cosas que les rodean que las personas normales no tienen.

—Gracias, tú también hueles muy bien. ¿Te gusta el bosque?

—Sí, mucho, igual que a ti.

Seguimos caminando y charlando tranquilamente y lo acompañé hasta su casa. Sabía que en realidad otra persona nos había estado siguiendo de modo que, cuando David cerró la puerta tras de sí, me giré con brusquedad para encarar a la chica que nos llevaba siguiendo desde hacía rato. No quise hacer nada mientras David estaba conmigo para no ponerle nervioso.

—¿Quién eres tú y por qué me sigues? —la agarré de la muñeca, quizá con demasiada fuerza

—No te seguía a ti —repuso intentando soltarse de mí aunque sin éxito—. ¿Crees que eres tan guapo que las chicas no pueden evitar seguirte? Pues te diré una cosa, eres guapo, pero aun así no estoy interesada en ti.

Me reí al oír su comentario y la solté. Debía tener mi edad y parecía una chica segura de sí misma, aunque era la primera vez que la veía. No era demasiado alta, tenía bastante pecho y se podían apreciar unas piernas fibrosas a través de la falda del uniforme. A pesar de no ser especialmente guapa, tenía algo especial en su mirada, en su porte, que la hacía muy atractiva.

—¿Entonces a quién seguías?

—Al chico que iba contigo.

A Hans le extrañó que una chica como ella siguiera a David, no acababa de comprenderlo.



—Él es..., mi hermano. Solo intento que no se meta en problemas y me aseguro de que llega bien a casa.

Si yo hubiera sido un humano normal y corriente podría haberme tragado esa mentira, pero no compartían el mismo olor, con lo que sabía perfectamente que me estaba mintiendo pero, ¿por qué lo haría?

—Ya me he asegurado de que llegara a casa sano y salvo —comenté.

—Sí, ya lo he visto. Parece que David se siente atraído por ti. Últimamente solo habla de ti.

—¿Ah sí? ¿Y qué dice?

—Que hueles muy bien, que eres el hombre más fuerte que ha conocido..., ¡ah! y que le gustaría correr tan rápido como tú. ¿No es extraño?

—Supongo que sí. Bueno, tengo que irme. Un placer haberte conocido...

—Sol.

—Yo soy Hans.

—Ya lo sé.

—Oh, bueno, hasta otro día.

No tuve que mirar hacia atrás para saber que Sol se había metido en la casa de enfrente de la de David. Debía ser su vecina pero, ¿por qué se hacía pasar por su hermana?

Durante unas semanas todo siguió igual. David me seguía por el bosque, a mitad de camino le esperaba y seguíamos caminando hasta su casa. Sol siempre venía detrás de nosotros, hasta que un día decidí que esa situación era absurda, pensaba proponerle a Sol que fuéramos los tres juntos, sin embargo, al día siguiente ella no apareció.

Aquel día David me invitó a entrar en su casa, yo no quería hacerlo, pero insistió tanto que al final accedí. Tenía la habitación llena de fotos de perros, y eso me impactó, las tenía dispuestas de una forma parecida a la mía. ¿Sabría que yo era un perro? Lo que era evidente era que sabía muchas cosas sobre mí, como si me hubiera visto en acción en algún momento, aunque aquello no era posible, si me hubiera espiado lo hubiera percibido.

Cuando salí por fin de su casa estaba empezando a anochecer y fue en ese momento cuando tuve una extraña sensación que me llevó de vuelta al bosque. Estaba seguro de que era mi instinto el que estaba actuando y enseguida comprobé que así era. Sol estaba allí, pero no estaba sola, y era obvio que algo iba mal. Les vi a lo lejos, había dos chicos, uno de ellos era un gato, de eso estaba seguro, le había visto alguna vez por el colegio; el otro no era una criatura. Le habían atado ambas muñecas a dos robles de tal manera que tenía ambos brazos casi completamente extendidos. Sol estaba temblando, y no solo de miedo, la habían desnudado de cintura para arriba y estábamos en pleno otoño. Tenía un ojo morado y parecía a punto de desmayarse. Calculé que debían llevar allí más de una hora.

El gato me oyó acercarme mucho antes que los demás. El muy cobarde trepó en cuestión de segundos a un castaño centenario y muy alto que se encontraba detrás de ellos. Ni Sol ni el otro chico se percataron de ese movimiento tan silencioso y sutil del gato, pero en cuanto su amigo me vio corriendo hacia él como un loco, salió huyendo despavorido. Me pregunté si mi mirada y mi determinación le habrían asustado.

—Cierra los ojos, Sol —al verme me dedicó una especie de sonrisa de alivio y me obedeció en el acto.

No quería que me viera cortar las cuerdas de sus manos con mis propios dientes, aquello podría sorprenderla y quería evitar que viera cosas

que no debía. Después le tendí mi jersey —su ropa estaba hecha jirones sobre el suelo— y me maldije por no llevar abrigo; como siempre, no iba humanamente preparado para esa temperatura tan fría y húmeda. Podía percibir el frío que sentía Sol y era angustioso.

—Ahora vete a tu casa, te prometo que no te pasará nada, ahora voy a verte, ¿de acuerdo?

Asintió y salió corriendo, tropezando enseguida con alguna rama del camino, pero la vi levantarse de nuevo. Cuando desapareció de mi vista, miré hacia la copa del castaño, donde mi presa estaba escondida.

—Sabes perfectamente que no te dejaré marchar sin recibir tu merecido.

—Oh, qué miedo me das —repuso riéndose—. ¿No quieres saber lo que pensaba hacer con ella? ¿No sientes curiosidad? —Como vio que no decía nada, continuó hablando—. El otro día se lo pedí amablemente, le pedí salir conmigo, me gusta, ¿sabes?, pero ella me dijo que no. ¡Me dijo que no a mí! Y sin embargo prefiere pasar el tiempo con ese subnormal antes que conmigo. Por eso decidí que, si no iba a salir conmigo voluntariamente, lo haría involuntariamente. De modo que...

—Eres muy valiente, ¿verdad?

—No me das miedo, perro.

—¿Ah no? ¿Y entonces por qué no bajas del árbol?

—Bueno, digamos que no soy tonto.

—Me quedaré aquí hasta que se te congelen los huevos cabrón, pero no te librarás de mí, eso te lo aseguro.

—¿Acaso eres su novio?

—No, soy su amigo, e incluso aunque no lo fuera, no permitiría que le hicieras esto.

—¡Estoy temblando de miedo! —se volvió a burlar desde lo alto de una rama.

Al cabo de unos minutos, harto de aquella pérdida de tiempo, le di una patada al árbol aunque, aparte de temblar, el árbol permaneció en su lugar provocando las risas del gato. Después de darle unas cuantas patadas más sin mayor consecuencia, y frustrado por las constantes burlas de aquel chico, me alejé varios metros. Él sonrió pensando que me daba por vencido, pero estaba muy equivocado. Cogí carrerilla y me lancé contra el árbol con todas mis fuerzas. El gato no volvió a reírse, la rama en la que estaba subido se partió y cayó a mis pies como había calculado que pasaría. Le agarré del cuello y lo lancé contra los robles. Era cierto que no me tenía miedo, puesto que ni siquiera intentó salir huyendo, sino que se abalanzó sobre mí arañándome la espalda. Peleamos durante un rato. Le dejé bastante dolorido, por no decir con algún hueso roto y unos cuantos mordiscos por el cuerpo. Le amenacé de muerte si volvía a tocar a Sol o a cualquier chica.

Durante unas semanas me encargué de escoltar a Sol y a David hasta su casa. Óscar empezó a mosquearse conmigo, según él, ya no le hacía caso, de modo que un día, viendo que todo había vuelto a la normalidad, decidí acompañar a Óscar. Aquello fue una equivocación de la que me arrepentiría toda la vida. Al día siguiente escuché las noticias de labios de mi madre: alguien había encontrado a aquel gato muerto en mitad del bosque, justo en la zona donde habían atado a Sol aquel día, lo habían degollado.

Intenté hablar con David y con Sol, pero fue misión imposible, ninguno de los dos quería verme; fui repetidamente a sus casas, pero ni siquiera quisieron abrirme la puerta, y lo peor fue que poco después Sol se

marchó del pueblo. David no volvió a dirigirme la palabra y, un año después, también abandonó el pueblo.

\*\*\*\*\*

—Pero... —le interrumpió Val extrañada—. Entonces tú no le mataste. ¡Tú no fuiste! —exclamó feliz.

—En cierta forma fui yo. Date cuenta que yo era importante para David, él quería ser como yo, me imitaba, estoy seguro de que el día que atacaron a Sol y yo la rescaté, él vio cómo peleaba con aquel gato y..., creo que aquella tarde que no les acompañé después del colegio, el gato estaba esperándolos en el bosque y les atacó. David peleó como una verdadera criatura, repitiendo los movimientos que él me había visto hacer unas semanas antes, con la diferencia de que, sin ser consciente de lo que hacía, le mató.

—Pero..., eso no es posible, un humano no puede ser más fuerte que un gato, los gatos son..., digo, somos más fuertes.

—En realidad David era más fuerte que el gato porque en realidad no era un humano. Era un híbrido perro, estoy seguro, aunque no me di cuenta hasta después. Siempre había sospechado que había algo extraño en él, sabía demasiadas cosas y además a nadie más que a una criatura se le hubiera ocurrido matar de esa forma permanente e irreversible a un gato.

—Degollándolo —murmuró Val recordando que Óscar le había advertido que quizá Hans hubiera matado una vez a un gato, sin embargo su amigo estaba muy equivocado—. Hans..., no puedes sentirte culpable de esa muerte, tú no fuiste, tú no hiciste nada malo, fue él quien lo mató.

—Si no me hubiera visto luchar de esa manera, quizá a él solo no se le hubiera ocurrido; además, lo más probable es que escuchara cómo le

amenazaba de muerte si volvía a hacer daño a Sol. Tuve que ver en su muerte y, de cualquier manera..., si hubiera pillado a ese gato haciéndole daño a Sol otra vez, o a cualquier otra persona, te aseguro que le habría matado.

—Pero no lo hiciste, no lo hiciste —añadió Val y acto seguido se acercó a Hans para abrazarlo.

Hans dejó que le consolara, parecía necesitarlo incluso más que él mismo, su forma de ser le enternecía.

—A pesar de que todo son conjeturas, hay algo que sí averigüé —comentó Hans sabiendo que a Val le gustaría escuchar la historia completa.

—¿Qué? —preguntó Val levantando la cara de su hombro.

—Después del suceso, solía pasearme cerca de sus casas, por si conseguía hablar con ellos. Una noche escuché cómo Sol le confesaba a su madre que su padrastro en ocasiones le pegaba. David lo sabía, otra señal de que era híbrido y podía escuchar las conversaciones que tenían lugar en la casa de enfrente. David intentó hacerse amigo de Sol y empezaron a quedar de vez en cuando. Un día David pilló a su padrastro en plena paliza y se enfrentó a él. Desde ese momento no la volvió a tocar, le tenía demasiado miedo a David. Por eso Sol le consideraba como si fuera su hermano y por eso cuidaba de él; en cierta forma, se cuidaban mutuamente. Todo esto se lo contó por primera vez a su madre aquella noche, ella desconocía cómo trataba su marido a su hija. De modo que después, al día siguiente, las dos se marcharon del pueblo desapareciendo del mapa y abandonando a aquel hombre. A veces me pregunto dónde estarán los dos. Tenían una amistad muy especial.

—Oh, Hans —dijo Val acariciándole la cara—. Eres tan bueno..., sabía que no podías haber matado a un gato sin alguna razón, y además, no le has matado tú. No sé por qué te culpas por algo que no has hecho. Bésame,

por favor.

—No —dijo Han apartándose de ella—. No puedo, si te beso..., no podré parar, te lo aseguro.

—Pues no pares.

—Pero..., tu abuela...

—Ah, ¡esa estupidez sobre que la noche antes no debíamos estar juntos! Pero..., espera un momento, ella dijo “será mejor que no durmáis juntos la noche anterior”, no que no hiciéramos el amor... —comentó Val traviesa y añadió—. Bésame Hans.

Hans no necesitó más explicaciones, estaba deseando hacerlo, de modo que en cuanto posó sus labios sobre los suyos, ella le empujó hacia la puerta que estaba a su espalda y, sin que él se diera cuenta, Val abrió la puerta con maestría y ambos cayeron al suelo de la despensa muertos de risa, cerrando la puerta tras ellos.

## **-19. Roberto. Recordando.**

*Digné-les-Bains, abril 1943*

Seguí el rastro de Helena hasta el porche del jardín. No pude evitar contemplarla durante unos segundos, su pelo rubio y sedoso caía sobre su espalda. ¿Cómo podía estar tan guapa después de la paliza que le habían dado el día anterior? Sabía que su prometido, el gato sanador, le había borrado todas las marcas del rostro, lo había comprobado la noche anterior cuando me colé en su dormitorio, necesitaba saber que estaba bien antes de irme a dormir. A pesar de que no me gustaba Edmund, se lo agradecí mentalmente, me dolía en el alma contemplar aquel rostro angelical hinchado e irreconocible.

Su pie vendado reposaba sobre una silla y unas muletas descansaban apoyadas en la mesa. Era obvio que ella era consciente de mi presencia, aunque por suerte no lo era de mi forma de mirarla, debía tener cuidado con dejar traslucir lo que sentía si no quería estropearlo todo antes de tiempo. Helena estaba concentrada dibujando algo a carboncillo, parecían unos retratos. Cuando me acerqué lo suficiente como para poder distinguirlos, se me pusieron los pelos de punta.

—Buenos días —murmuró Roberto—. ¿Cómo te encuentras?

Helena se giró levemente y me dedicó una sonrisa de lo más dulce.

—Muy bien..., gracias a ti. Edmund me ha contado lo que hiciste por mí, no sé cómo agradecértelo.

—Oh, no fue nada —repuse alzando la mano para restarle importancia—. Lo único importante es que estás bien.



—También me ha contado Edmund que estás al tanto de nuestro mundo de criaturas, así será más cómodo, no es algo habitual.

Me pregunté qué más le habría contado su prometido sobre mí. ¿Le habría hablado de mi vergonzoso ataque de celos? A juzgar por cómo me trataba Helena, Edmund lo debía haber obviado. Imaginé que habría sido idea de su prometido retratar a los culpables del ataque. Tenía que reconocer que era una brillante idea, aunque ese pensamiento hizo que me sintiera derrumbado, sería imposible rivalizar con aquel hombre lleno de útiles habilidades —sanador y médico al mismo tiempo— y grandes ideas. Sin embargo, la sonrisa de Helena hizo que desechara mi idea catastrofista, no dejaría que nadie me separara de ella.

—Dibujas muy bien, son exactos a la realidad —comenté y enseguida me arrepentí de mi comentario, el rostro de Helena se ensombreció de repente, obviamente le había hecho recordar lo sucedido la noche anterior. Me pregunté si realmente estaría bien, parecía tranquila y hacía un instante me había parecido incluso alegre, pero obviamente no lo estaba del todo y me hubiera encantado conocer sus más profundos sentimientos y pensamientos sobre lo sucedido la noche anterior—. ¿Puedo? —hice una seña hacia la silla que estaba junto a ella.

—Por supuesto, siéntate. ¿Qué te gustaría desayunar?

—Cualquier cosa, no quiero molestar.

—No es molestia, y menos después de haber arriesgado tu vida por mí.

Antes de que pudiera protestar, François apareció con una bandeja llena de viandas. La dejó sobre la mesa sin decir nada y volvió a desaparecer.

—Por cierto, me gustaría saber... ¿por qué lo hiciste?

—¿Hacer el qué?

—Arriesgar tu vida por mí, ahora te estarán buscando también a ti.

Por un momento me quedé pensativo, conocía la respuesta, pero no podía contárselo, pensaría que me había vuelto loco; además, estaba prometida. En el fondo sabía que debía olvidarme de ella, pero... ¿Cómo hacerlo? Olvidarla sería algo impensable, imposible.

—No podía dejar que te mataran. —Aquella era otra opción sincera de responderle.

—Me hubieran matado, eso seguro.

Asentí, lo sabía perfectamente y no dejaba de preguntarme cuál sería la razón. Algo me decía que no tenía nada que ver con el hecho de que fuera colaboradora de la resistencia, había algo más, algo personal que nada tenía que ver con aquella maldita guerra.

—Estoy segura de que nos estarán buscando —comentó distraída Helena, pero de pronto abrió mucho los ojos y pegó un grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cómo no lo había pensado antes! Meyrargues, habrán ido allí a buscarme —se levantó de golpe y recogió las muletas con una rapidez asombrosa.

—¿A dónde vas? —pregunté al mismo tiempo que me incorporaba.

—A por el coche, tengo que marcharme.

—Pero... —protesté al mismo tiempo que salía detrás de ella. No entendía cómo podía ir tan rápido con las muletas.

—Mi suegra y mi cuñada están en peligro. ¿Por qué no he caído antes? Si les pasa algo no podré perdonármelo.

¿Su suegra, su cuñada? ¿Se referiría a la familia de su difunto marido?

—¡Espera, Helena! —exclamé agarrándola suavemente por el brazo—. No puedes conducir con el pie así.

Helena se miró el pie, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento de su verdadera situación.

—Yo te llevaré —añadí.

—Te lo agradezco, pero puede ser peligroso. Ahora tu vida es mi responsabilidad y no pienso meterte en más problemas.

—¿Tu responsabilidad? No sé a qué te refieres, pero sé cuidar de mí mismo.

«Y de ti también, si no fuera por tu prometido», pensé.

—Estoy segura de que puedes, pero no... —Me miró en silencio durante un segundo—. En realidad, te necesito. Edmund no está y tienes razón, no puedo conducir.

¿Qué tipo de prometido se iba dejándola sola con un desconocido después de lo que había sucedido el día anterior? Yo jamás lo hubiera hecho. A pesar de eso, me gustaba la idea de estar a solas con ella durante unas horas, me conformaba con estar a su lado, por ahora me conformaba con eso, pero la echaba tanto de menos que me dolía no poder besarla.

La ayudé a acomodarse en el asiento del copiloto y, cuando entré yo también en el coche, vi cómo Helena revolvía en la guantera.

—Tenía unos papeles..., aquí están. Si nos paran, estos son tus papeles. Eres..., mi marido, ¿de acuerdo?

Miré atónito los papeles que me había tendido, nombres falsos, aunque en el fondo no me sorprendió, si colaboraban con la resistencia llevando armas, como sabía que hacían, tendrían que tener muchas

identidades falsas.

—Estos papeles no estaban ayer ahí dentro.

—Sí que estaban, pero en un compartimento, digamos... secreto, lo hizo mi hermano Eugène.

—Pero no creerán que soy el de la foto, no me parezco en absoluto.

—Oh, no te preocupes, no pasará nada. Verás..., Ed me ha enseñado una técnica para conseguir que ellos vean en la foto lo que yo quiera. Solo tengo que concentrarme en ello y todo irá bien. Edmund lo hace mejor que yo, pero..., me saldrá bien, no te preocupes —sin embargo, no parecía demasiado convencida.

Justo cuando estaba a punto de encender el coche, François apareció de la nada con una cesta de mimbre en su mano alegando que Helena necesitaría llevarse algo de comer.

—Gracias François, eres una bendición —repuso Helena.

—Señorita Helena, Edmund me pidió que no la dejara marchar, pero imagino que no podré detenerla, ¿verdad?

—Cierto, François, mi familia política está en peligro, no tengo más remedio. ¿Dónde está Edmund?

—Bueno... —dijo mirando incómodo hacia Roberto—. Ha vuelto al trabajo. Verá, ayer..., vino solo por usted, su madre le avisó de que le necesitaría.

A pesar de que no entendí todo lo que había dicho ese tal François que tan poco aprecio me tenía, me quedó claro que su prometido había sido advertido por la madre de Helena. Pero... ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo sabía ella que le iba a necesitar? ¿Y cómo podía ese tal Edmund dejar a Helena

para volver al trabajo después de lo que había sucedido? Una de dos, o tenía un trabajo muy importante, o era un absoluto idiota por dejarla con un desconocido como yo. Aunque, por supuesto, estaba encantando de que se comportara de aquel modo tan estúpido.

Le había propuesto a Helena cerrar la capota del coche para no llamar demasiado la atención, debíamos evitar que nos pararan en los controles de camino a Meyrargues, me temía que esa bonita melena rubia y sus preciosos ojos grises harían que nos pararan con seguridad en todos los controles, por desgracia conocía demasiado bien a los oficiales alemanes. Ella había accedido encantada con tal de no perder tiempo y llegar lo antes posible a la casa de su familia política, estaba realmente preocupada por ellos y cada vez me gustaba más la humanidad que desprendía.

—Helena..., yo..., quería preguntarte algo.

—Por supuesto, dime.

—Se me había ocurrido que..., cuando pasemos un control..., quizá si te abrazo... Quiero decir, que si te apoyas en mí, parecerá que somos una pareja de verdad..., claro que..., si no te parece correcto, lo entenderé.

Helena sopesó lo que le había propuesto durante unos segundos.

—Me parece muy buena idea, Roberto. Si evitamos que nos paren, iremos más rápido, y eso es lo más importante. Espero que esté equivocada y que ellas estén bien, pero algo me dice que ese perro sigue con vida.

—Sí, yo también lo creo.

Unas horas después nos topamos con un control a unos metros de distancia. Con una simple mirada, Helena asintió y dejó que la rodeara con mi brazo. La felicidad que me embargó cuando posó su cabeza sobre mi hombro fue indescriptible. Todo había merecido la pena por ese momento,

ese fugaz roce que apenas duró unos minutos y que me hizo aspirar el aroma de su pelo, como si lo quisiera memorizar para siempre. Por suerte, no nos detuvieron, y Helena tardó unos segundos en separarse de mi hombro.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó Helena en cuanto aparcamos el coche frente a un magnífico château de piedra al que habíamos accedido después de recorrer unos metros por un camino de tierra. Parecía que habíamos llegado a nuestro destino sin mayores contratiempos—. Ha estado aquí. —Obviamente se refería al perro.

Seguí a Helena dentro de la casa, con las prisas se había olvidado las muletas en el coche e iba cojeando. Por lo que me había explicado Helena por el camino, buscábamos a su suegra y a su cuñada, las únicas que habían quedado en la casa después de marcharse ella con Dom a París, pero allí no había ni rastro de ellas y podía sentir cómo su ansiedad aumentaba a medida que íbamos completando el recorrido de la casa. La seguí al exterior para después atravesar el bosque hasta encontrarnos con unos árboles que, a juzgar por su porte y su majestuosidad, debían ser muy antiguos. No tardamos en vislumbrar los cuerpos sin vida de ambas mujeres tirados en el suelo. Me acerqué a ella temeroso de que perdiera el equilibrio, sus pulsaciones habían descendido así como la temperatura de su cuerpo, y era completamente razonable, el espectáculo que teníamos frente a nosotros era dantesco, aquel perro las había degollado.

La agarré justo a tiempo, antes de que se cayera redonda al suelo.

—Lo siento mucho, Helena, siento que hayas tenido que ver esto —le susurré al tiempo que la tomaba entre mis brazos.

No estaba inconsciente, mantenía los ojos abiertos aunque perdidos, pero se había dejado llevar por mí hasta sentarla bajo la sombra de uno de aquellos árboles. Estaba seguro de que estaba en *shock*, sin embargo, unos

segundos después clavó su mirada en mí e hizo algo para lo que no estaba preparado: se tiró en mis brazos. Jamás soñé con poder sentirla tan cerca, tan pronto, había pensado que pasarían meses hasta que dejara que me acercara a ella; aunque, para qué me iba a engañar, sabía que no era por mí, si no debido a las circunstancias. Estaba completamente destrozada por la muerte de su familia política.

—No puedo más, Roberto, esto..., es demasiado. Primero mi marido y ahora su madre y su hermana. Esos perros han matado a toda su familia, me han robado a personas queridas. ¿Quién será el siguiente? No me importa morir, de verdad que ayer pensé que me iba a matar y, después de un rato, lo deseé, pero no quiero que muera mi hijo, ni mi madre, ni mi padre, ni mis hermanos. No merece la pena.

No tenía ni la menor idea de lo que hablaba, pero al parecer unos perros habían matado a su marido y a su familia por la misma razón por la cual la buscaban a ella.

—*Shh*, tranquila Helena, no pasará nada, te prometo que no dejaré que maten a tu hijo, ni a ti, aunque me cueste la vida.

Por un momento Helena dejó de llorar y me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué? ¿Por qué darías tu vida por mí, por nosotros?

Maldita sea, tendría que controlar mis pensamientos, si seguía diciendo esas cosas, no confiaría en mí.

—Creo que sería mejor que nos marcháramos lo antes posible de aquí, es peligroso estar en esta casa.

—Sí, tienes razón, pero tengo que enterrarlas.

—No es buena idea, alguien tiene que ver que las han asesinado, ¿no

crees?

—No soy capaz de dejarlas ahí tiradas llenas de moscas, no puedo.

—No te preocupes, haré que alguien venga a la casa y las encuentre.

—¿Cómo?

—No preguntes, dame un minuto, tan solo tengo que hacer una llamada desde el château. Ahora vuelvo. Te traeré las muletas.

—Oh, no, ya estoy mejor, no las necesito.

Unos minutos después estábamos de vuelta en la carretera, sin rumbo. Helena permanecía en silencio y estaba preocupado por ella, sin embargo no sabía cómo consolarla. No hacía falta que me dijera que se sentía culpable de sus muertes, pero no debía hacerlo, incluso aunque desconociera la situación y la razón por la que aquel perro las había matado, estaba seguro de que ella no había tenido la culpa.

—Nos siguen —le comuniqué a Helena, que pareció reaccionar y se irguió en el asiento. Un coche negro iba detrás de nosotros a una distancia considerable

—¿En serio? —preguntó asustada mirando hacia atrás—. ¿Qué hacemos?

—Despistarlos; agárrate fuerte Helena, en cualquier momento daré un giro brusco y nos meteremos campo a través.

Giré el coche hacia un camino de tierra en el último momento y, por suerte, el coche negro pasó de largo, pero no tardaría en dar con nosotros. Lo único que podríamos hacer sería abandonar el coche y correr por el bosque, aunque estaríamos en desventaja, Helena andaba coja por culpa de ese maldito perro. En ese momento caí en la cuenta de que habíamos caído en su



trampa.

—Él lo sabía, sabía que iríamos al château —dijo Helena en ese momento confirmando mis sospechas.

—Sí, he pensado lo mismo. Helena, tenemos que bajar del coche y correr, ¿de acuerdo? ¿Podrás hacerlo?

—Sí, creo que es lo mejor y podré hacerlo, mi pie está mucho mejor —repuso, aunque ambos sabíamos que no era cierto.

Nos adentramos en el bosque justo cuando oímos cómo el coche se detenía junto al nuestro. Era demasiado tarde para escapar de él.

—Roberto, tienes que irte, si no, te matará y no pienso...

—Eres tú quien tiene que ponerse a salvo. —No podía creer que intentara protegerme.

—¡No, escúchame tú! —gritó desesperada, lo cual hizo que pegara un brinco sorprendido por su tono de voz—. No quiero que muera ningún inocente más. Tienes que irte, y rápido.

—¡Helena! ¡Escúchame por favor! Súbete a ese árbol ahora mismo, ¡Ya! Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por tu hijo, pero hazlo ya. —No pensaba dejar que le sucediera nada y menos por intentar protegerme—. Por favor, por favor, Helena, confía en mí.

Helena suspiró contrariada y saltó sobre la copa del árbol. La puerta del coche se cerró de un portazo, era cuestión de segundos que el perro nos alcanzara.

No había sido una gran idea, el perro la encontró en un abrir y cerrar de ojos, su aroma era inconfundible.

—¿Dónde está él? —le espetó.

—¿Quién? —repuso Helena haciéndose la tonta.

—Sabes perfectamente quién, él que se hace pasar por un alemán, le he visto conduciendo el coche.

—Tú también te haces pasar por un alemán cuando en realidad eres francés, ¿verdad? Claro, ahora lo entiendo, ningún alemán conocería al profesor Miró; en realidad el que estés aquí no tiene nada que ver con esta guerra, y por eso no has hecho que nos busquen, estás solo en esto. Solo quieres...

—Tú lo sabes muy bien, ¿verdad? Quizá no necesite al profesor después de todo, estoy seguro de que tú sabes lo que busco. Además, sé que puedes llevarme hasta Émile Declerq, cualquiera de los dos me vale.

En ese momento me aproximé hacia ellos lo más sigiloso que pude, llevando conmigo una enorme piedra con la que pretendía dejar inconsciente, o mejor, matar a ese perro. Por alguna razón sabía que Helena era consciente de mis movimientos a pesar de que en ningún momento había desviado la mirada.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Helena. ¿Estaría intentando distraerlo?

—Lo sabes perfectamente, Helena, quiero el secreto de los gatos, y no soy el único.

Estaba a punto de darle alcance, bastante más preocupado por no hacer ruido que por escuchar la conversación.

—Y tú sabes que prefiero que me mates antes que decirte nada.

—Me imaginaba que dirías algo así..., tengo que reconocer que eres una mujer muy valiente, pero creo que sé cómo convencerte. Tengo a dos rehenes más y creo que sientes algo por ellos.

Aquello último sí lo había escuchado y no pude evitar mirar hacia Helena, había palidecido de repente, preocupada porque al parecer el perro decía la verdad. Había secuestrado a alguien de la familia de Helena pero, ¿a quién?

—Quizá hablen ellos cuando intente matarte, o quizá haga al revés, quizá te saque a ti la información si ves cómo les voy matando poco a poco... No creo que quieras ver muerto a tu hijo...

Me quedé paralizado al sentir cómo Helena se derrumbaba. Aquel perro había encontrado nuestro punto débil.

—Sí, Helena, tengo a tu queridísimo hijo, y también a tu madre.

—¡Estás mintiendo! —exclamó Helena, aunque podía ver en su rostro contraído por la preocupación que lo que había dicho el perro debía ser cierto.

—He ido hasta París, hasta esa encantadora perfumería, reconozco que es un lugar exquisito, huele a flores, a lavanda, y tu madre es una mujer muy atractiva, igual que su hija.

No hizo falta que Helena me lo pidiera, comencé a retroceder, sabiendo que no podría matarlo como me hubiera gustado, puesto que si lo hacía, no podríamos saber dónde los había escondido. Sin embargo, la idea de dejar marchar a Helena con ese sucio perro me parecía la peor idea del mundo.

\*\*\*\*\*

Helena iba en el coche junto a un asesino, quien no había considerado atarla porque sabía perfectamente que no iría a ningún sitio sin su hijo y sin su madre. No dejaba de preguntarse qué iba a hacer Roberto, el perro había

pinchado las ruedas de su coche, aunque en realidad poco podría hacer por ella y en el fondo lo prefería, no quería que muriera más gente por su culpa.

En cuanto tomaron aquella curva supo adónde la llevaba, en realidad tenía mucho sentido que fueran de vuelta al château, qué lugar mejor para esconder a su familia que la casa de su propio hijo, porque desde el momento en que ese perro había asesinado a su suegra y a su cuñada la casa le pertenecía a Dominique. A esas alturas ya debía saber que su tía y su abuela habían muerto, debía haber sido un duro golpe para él, pero era un chico fuerte.

El perro la arrastró hasta uno de los dormitorios de invitados y, en cuanto abrió la puerta, Helena volvió a respirar con normalidad, aunque solo en parte. Dominique estaba allí. Lo abrazó con desesperación preguntándose dónde estaría su madre, y enseguida se dio cuenta de que, si no estaba allí, estarían interrogándola, y sabía que no iban a ser delicados con ella. Hubiera preferido intercambiarse por ella, total, ya sabía lo que se sentía.

*—Mamá, las han matado, a la abuela y a... —Dom se comunicó con Helena a través del pensamiento.*

*—Lo sé Dom, lo siento mucho. ¿Cómo estás?*

*—Ahora no hay tiempo para eso, voy a intentar salir por la chimenea, ¿de acuerdo? Buscaré ayuda.*

*—No, es peligroso.*

*—Lo voy a hacer mamá. Están golpeando a la abuela, puedo sentirlo, no hay más remedio.*

Helena asintió casi sin darse cuenta y Dominique desapareció dentro de la chimenea de piedra. De camino al château, Helena había intentado contactar con su padre y sus hermanos, incluso aunque supiera que estaban

demasiado lejos para poder ayudarles, sin embargo ninguno de ellos la había contestado. Era la primera vez que su peculiar modo de comunicación no funcionaba y aquello había terminado por ponerla de los nervios, y cada vez tenía más claro que aquella pesadilla no iba a acabar nunca, aquel secreto, el de los gatos, era una auténtica desgracia, una maldición en realidad. ¿Cuántas personas más tendrían que morir a causa de ello? En ocasiones desearía ser como los perros y no tener el privilegio de vivir durante más tiempo.

La puerta se abrió de golpe. Aquel odioso perro olfateó el ambiente y en dos zancadas se había plantado delante de la chimenea por donde acababa de desaparecer Dom. ¿Le habría dado tiempo a salir por el hueco?

—Este chico me lo ha puesto muy fácil.

Recogió unos troncos que estaban junto a la chimenea y los dispuso dentro. Después sacó unas cerrillas de su pantalón, pero antes de que pudiera encender el fuego, Helena saltó sobre él, no pensaba dejar que prendiera fuego a su hijo. El perro la apartó de un manotazo para propinarle después un fuerte puñetazo en el estómago que hizo que me tambaleara.

—¿No quieres que muera quemado? Pues ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Habla de una vez!

—Está bien, lo haré, pero prométeme que no le harás daño y tampoco a mi madre.

—Te lo prometo, si me dices lo que necesito saber, nos marcharemos de aquí.

Los perros suelen cumplir sus promesas, pero con un perro como él, no se podía estar segura.

—Necesito una prueba de que cumplirás con tu palabra.

—¿Qué tipo de prueba?

—Quiero que escribas una nota confesando los asesinatos de mi suegra y mi cuñada.

—¿Y de qué servirá eso?

—Es la prueba que te pido.

Helena no sabía ni siquiera si aquello serviría para algo o si simplemente estaba intentando ganar tiempo, aunque ¿tiempo para qué? Nadie iba a ir a rescatarlos.

—Está bien —repuso el perro, que se acercó a la mesa, tomó una pluma y comenzó a garabatear sobre el papel.

—¿Está bien así? —preguntó un instante después entregándole la nota.

—No está mal, tienes mucha imaginación.

—¿Y bien?

—El profesor Miró está en Vichy, forma parte del gobierno de Laval.

«Aunque no es partidario suyo, solo está espionando», —pensó Helena.

—¿Qué nombre está usando?

—Le conocen por...

Un estruendo en el cristal de la ventana hizo que los dos se giraran, dejando la conversación inacabada. Alguien había decidido irrumpir en la habitación haciendo estallar el cristal de la ventana en miles de fragmentos que llegaron volando hasta ellos. Helena no lograba entender qué estaban haciendo allí su hermano Edmund y Roberto juntos. Ambos aprovecharon la confusión para agarrar al perro; después, dos miembros más de la familia entraron también a través de la ventana rota.

¿Qué demonios estaban haciendo allí su padre y Eugène?

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó el padre de Helena agarrando al perro por el cuello de la camisa.

No hizo falta que contestara, su padre había escuchado la respuesta en su pensamiento. Los perros no estaban acostumbrados a que hubiera gatos

lectores de mentes, de hecho parecía ser un privilegio de algunos miembros varones de la familia Chatte. Por esa razón su padre y su hermano Eugène siempre hacían las preguntas directas sabiendo que, sin darse cuenta, la otra persona las contestaría sin miedo a ser descubierto. No le debió gustar lo que había pensado el perro, puesto que antes de abandonar la habitación, le golpeó con fuerza en la cara. El perro no tuvo más remedio que reprimir las ganas de devolverle el puñetazo, ya que Roberto, Edmund y Eugène lo sujetaban con firmeza. Al pasar junto Helena, su padre la miró con ojo clínico, su mirada se posó durante escasos segundos en su pie vendado y, aunque su mirada fue de preocupación, decidió que era más urgente liberar a su madre. Y tenía razón, Irina iba a necesitarle, a él y a Edmund.

Un crujido hizo que Helena volviera a mirar hacia sus hermanos, Roberto acababa de retorcerle el pescuezo a aquel odioso perro. Lo había hecho rápida y limpiamente, como si no fuera la primera vez que mataba a una criatura. Helena, que ya sospechaba que Roberto no era un humano normal y corriente, tragó saliva al darse cuenta de que Roberto era una criatura como ellos, aunque no sabía de qué especie. Del mismo modo sintió un inmenso alivio al saber que ese perro ya no volvería a ser un problema para ellos, estaba completamente muerto.

—Ha sido un placer trabajar contigo, soy Eugène —le dijo su hermano pequeño a Roberto ofreciéndole la mano.

Roberto dejó caer al suelo el cuerpo sin vida del perro y se la estrechó sonriéndole, como si se conocieran de toda la vida.

—Lo mimo digo, soy Roberto, el...

—Sé quién eres, me lo ha explicado todo mi hermano Edmund. Tú salvaste a nuestra hermana —dijo mirando hacia Helena—, por eso eres bienvenido en esta familia.

—Deberíamos ir a ver si mamá está bien —comentó Edmund—.

¿Dónde está Dominique? —esto último lo preguntó mirando hacia Helena.

—Salió por la chimenea, estoy segura de que estará con mamá.

Eugène y Edmund salieron de la habitación dejando solos a Roberto y a Helena. Ella seguía preguntándose por qué razón Roberto había vuelto a salvarla. Tampoco comprendía por qué había sido precisamente él quien había matado a aquel perro. Mientras ella se preguntaba todo aquello, Roberto intentaba quitarse algún que otro cristal que se le había clavado en las manos y en los brazos. Al darse cuenta, Helena se acercó a él para echarle una mano y, en cuanto levantó la mirada, le dedicó una sonrisa deslumbrante que la dejó hipnotizada.

—Helena —dijo su nombre con tanta ternura que Helena no pudo evitar sentir un escalofrío al mismo tiempo que se perdía en aquellos ojos oscuros pero brillantes como una buena noche estrellada. No sabía la razón, pero le costaba respirar al tenerlo tan cerca—. No sabes cuánto me alegro de haber llegado a tiempo.

—¿A tiempo?

—Pensé que quizá, cuando llegáramos, estarías muerta, aunque en el fondo de mi alma sabía que no. Aun así, me da miedo lo valiente que puedes llegar a ser, siempre lo has sido.

—¿Siempre? Hablas como si me conocieras.

—Oh, te conozco Helena, te conozco mucho, y te he echado de menos, tanto que no puedo evitar hacer esto —sostuvo su rostro entre sus grandes manos y después la besó.

Había algo familiar en su sabor, en su boca, en cómo su lengua buscaba en todos los rincones de la suya, en cómo sus brazos agarraban con fuerza su cintura. ¿Quién era ese hombre que la besaba y la tocaba como si efectivamente la conociera? A pesar de que le encantaba estar entre sus brazos, Helena se apartó de él con cierta brusquedad. Casi no podía hablar de



lo rápido que le latía el corazón.

—¿Quién eres?

—¿Me reconoces, Helena?

—No, no lo sé, hay algo en ti..., algo familiar.

—Soy tu marido, bueno..., lo seré.

## -20. Epílogo.

### *Digné-les Bains*

Entré por la verja de madera. Aspiré el aire que me envolvía, ese olor a lavanda era parte de mí, de mi familia. Me alegré de saber que todavía no habían recogido la cosecha, llegaba justo a tiempo. Hacía siglos que no venía de visita y una cosecha era justo lo que necesitaba. Cuando estaba llegando a la casa, me di cuenta de que allí no había ni un alma, estaban todos en los campos de lavanda, pero por los diferentes aromas que me llegaban, había muchísimas personas desconocidas. ¿Qué estaría sucediendo? No era nada habitual que hubiera tanta gente reunida, los Chatte no eran personas demasiado sociables y, al ser los únicos gatos de los alrededores, no se relacionaban excesivamente con la gente del pueblo.

Enfoqué con mi vista gatuna y no pude evitar quedarme completamente paralizado. ¿Una boda? ¿Es que ahora alquilaban la casa para hacer bodas? No tenía que haber dejado pasar tanto tiempo, tenía que haber venido antes. Cuando amplié mi pupila, descubrí que lo del alquiler era una estupidez, después de todo, la boda parecía ser familiar. Eugène miraba con adoración a una mujer desconocida y muy bella.

Mis ojos se dirigieron a la otra pareja que estaba junto a ellos, eran mucho más jóvenes, la chica era preciosa, morena con unos ojos de gata azules denominación de origen Chatte, no cabía duda de que era mi prima. Lo que no podría creer ni en un millón de años era que se estuviera casando con un hombre-perro, aquel olor era lo más asqueroso del mundo. ¿Cómo podía estar cerca de él? Además, era una transgresión de las normas. No podía permitir que se casaran. ¿Es que mi abuela se había vuelto loca de remate?

A propósito de mi abuela, la busqué entre la veintena de invitados que estaban allí reunidos. Irina estaba embelesada mirando hacia su nieta, pero no entendía por qué no ponía fin a semejante ultraje. En cuanto a los padres de mi prima, en ese instante comprendí por los olores que desprendían que Eugène se estaba casando con la madre de su hija; podían casarse sin problemas, un gato y una humana no era nada extraño después de todo, pero mi prima no debía cometer semejante error. ¡Yo no lo permitiría! Aceleré el paso, pero tardé en ser consciente de que había llegado demasiado tarde.

—En nombre de la ley, declaro que Hans Claros Wolf y Valentina Chatte del Valle, están unidos por los lazos del matrimonio. Y también declaro que Eugène Chatte y Carla del Valle están unidos por los lazos del matrimonio. Mi más sincera enhorabuena a los cuatro.

¡Mierda! ¡Ya estaban casados!

Los invitados se agitaron en sus sitios al verme llegar casi corriendo, no sabía si se habían puesto nerviosos porque no sabían quién era yo o si era por mi ropa. Bueno, era cierto que no iba vestido para una boda, pero tampoco iba tan mal, al menos llevaba mis mejores vaqueros, unas converse y hasta una camisa, podría decirse que iba elegante y todo.

Mi abuelo fue el primero en verme.

—¡Dominique! —se separó de mi abuela y vino hacia mí. No parecía excesivamente entusiasmado por mi aparición—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a la boda de..., mi tío y parece ser que de mi prima. No me habíais avisado, si no, me hubiera vestido para la ocasión, pero... ¡Más vale tarde que nunca! Por cierto, no sabía que tuviera una prima, ¿no vais a presentármela?

—Oh, disculpad todos —dijo mi abuelo mirando hacia los invitados

—. Para quien no le conozca, este es mi nieto Dominique.

Yo no era lector de mentes, pero podía ver las preguntas dibujadas en el aire como si fueran bocadillos de un tebeo. ¿Hijo de quién? Mis abuelos y mis tíos parecían seguir sin querer hablar de mi madre, de modo que tendría que aclarárselo.

—Soy hijo de Helena, la hermana de mis tíos e hija de mis abuelos. Y ya que estoy aquí, debo decir que esta boda, la de mi prima con ese... —me paré a tiempo al percatarme de que había algún que otro humano allí reunido y ellos no debían averiguar nada sobre nuestra existencia— hombre..., no es válida.

—¿Cómo? —preguntó el alcalde—. ¿Tiene algo que alegar que haga que esta boda no sea válida? ¿Alguna prueba?

La tenía, pero no podía decirlo delante de aquellos humanos.

\*\*\*\*\*

Fin.

Esta historia continúa con Ojos de Gata IV. La luz que ilumina la oscuridad.

## AGRADECIMIENTOS

Como siempre, a mi familia, ellos son mi campo de lavanda.

A mis lectores, ya que sin ellos no sería capaz de seguir escribiendo, y a mis superlectores cero, sin ellos esta historia no sería ni la mitad de buena.

A Sergio Rueda, por poner la banda sonora de mis libros; en esta ocasión han sido: One Republic, con sus álbumes *Native* y *Waking up*, así como mi adorado Kodakline con *Coming up for air*.

A la amiga de mi madre Marga, matrona de profesión desde hace muchos años, quien me ayudó a revisar la escena de los partos complicados de Irina.

A mi padre, informático de profesión, pero de pasión científico, por revisar los pensamientos de Émile sobre el ADN.

A mi marido Pedro, historiador y geógrafo, por ayudarme con cualquier duda histórica o sobre naturaleza, en este caso por ambientarme en la Francia ocupada y también por llevarme a ver la película *Suite Francesa*, aunque en realidad ya había escrito esta historia antes de ir.

A mi amiga Stephanie, que me ha dado alguna pista sobre las palabras que diría un alcalde francés al casar a mis personajes.

A mi revisora Susana, siempre puntual con los encargos y como siempre, enviándome comentarios de lo mucho que le está gustando, ella no sabe la ilusión que me hacen.

A mi amiga Anai que se ha tomado la molestia de hacer la última revisión y que, gracias a que se mete en todo y no solo en los posibles errores gramaticales, queda mucho más perfecta.

Seguro que me olvido de alguien.....perdón si es así.

## MIS OTRAS NOVELAS

### **Trilogía +qav, saga romántica contemporánea.**

Más q. un amor de verano

Un don un tanto molesto

Una familia diferente

Lo mejor para explicaros de qué trata, es poner algunas opiniones que los lectores han dejado en Amazon, alguno de ellos se ha llevado un premio por esta razón, los lectores que se toman la molestia de dejar su opinión en Amazon, entran dentro de sorteos de libros.

*"Más q. un amor de verano" es una novela que nos habla sobre todo de amor, de esos amores que surgen en los lugares o momentos más inesperados y que vienen cargados de sorpresas y emociones. Amores que por su naturaleza pensamos que serán fugaces, pero que en esta novela ocurre todo lo contrario. Nos vemos ante dos noviazgos paralelos, las de sus protagonistas femeninas, dos hermanas que se llevan mucha edad, pero cuya conexión es perfecta.*

*Primeramente conoceremos la historia de Pat y Marcos, una relación que surge de forma fortuita y que poco a poco irá creciendo y arraigando en los personajes, y que tendrá que afrontar los problemas y traumas propios de la madurez, lo que para mí la hizo muy interesante. Después conoceremos la historia de Clara y Leo, fresca y llena de emoción, pero con todas las dudas e inexperiencia que implica la juventud. Pero aún hay mucho más en este libro en el que nos encontraremos también con una trama que nos habla de la familia, de los vínculos indestructibles entre sus miembros, del amor fraternal, hay giros y sorpresas e incluso algo de magia entre sus ingredientes.*

*Una novela que me ha gustado mucho, pasan muchas cosas, hay momentos de ternura, también de romanticismo, algunos muy emotivos que te conmueven hasta el fondo y un final que te sacude y te deja con ganas de seguir esta saga familiar de la que estaré esperando muy atenta su segunda parte.*

*"María si leyendo tus dos novelas anteriores me lo he pasado genial con esta tercera ni te cuento, fíjate que sólo me ha durado un día. Como se nota que el amor al final siempre vence pese a las dificultades de la vida y al paso del tiempo. Me encanta ese don tan peculiar que tienen María y su hija Lola. Amig@s lectores si estáis pensando en que leer, yo os la recomiendo al 100% no os defraudará pues tiene amor, intriga, celos y es súper divertida. Gracias una vez más por escribir como lo haces".*

*“Me encanta esta saga, de la primera a la última. Desde luego el título no puede ser más apropiado. Aunque con una línea diferente en la que nos sorprenden con secuestros, policía y demás, el trasfondo sigue siendo esa familia que nos robó a todos el corazón. Da gusto poder saber qué pasó con cada uno de los personajes de esta novela años después. Felicidades a la autora”.*

### **Fran o Francesca**

Fue mi primera novela y se nota, pero no por ello deja de ser una historia fantástica, especial y muy romántica, con algún giro inesperado. Es una novela más juvenil, o al menos *new adult*.

*“Una narración genial, de muy fácil leer, a pesar de la complicación de su argumento, y de los vertiginosos giros del relato, que te mantienen en la más absoluta incógnita, sobre el nuevo giro, haciéndote repetir una y otra vez, esto es imposible, después de este cambio de rumbo, va a ser imposible hilvanar el relato, y la razón, al cabo de unas páginas, te lleva a desear un nuevo giro, que no tarda en producirse, pero justo en dirección contraria a la esperada.*

*Simplemente genial.*

*Hacia mucho tiempo que un libro no conseguía sorprenderme de tan grata manera”*

Búscame en Amazon; escribiendo simplemente mi nombre de autora, M.N.Mera, saldrán todas mis novelas.

**Actualmente trabajando en revisar Ojos de gata IV y en una novela nueva, no fantástica pero sí romántica y misteriosa, que se titula, Las palabras de sus ojos.**